HISTORIA ANTIGUA DEL UNIVERSALISMO

DESDE LA ÉPOCA DE LOS APÓSTOLES HASTA EL QUINTO CONCILIO GENERAL,

CON UN APÉNDICE QUE RASTREA LA DOCTRINA HASTA LA REFORMA.

HOSEA BALLOU, D. D.

CON NOTAS, POR EL REV. A. ST. JOHN CHAMBRlS, A.M.,
Y T. J. SAWYER, D. D.

BOSTON: UNIVERSALIST PUBLISHING HOUSE, 37 CORNHILL.

1872.

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN.

El lector percibirá, al comienzo del siguiente trabajo, que no he introducido una declaración de la doctrina de las Escrituras sobre el tema de mi Historia. Para la omisión, que algunos pueden considerar un defecto, expongo estas razones: me pareció que una breve declaración resultaría inútil, ya que cada uno se formaría su propia opinión de otra autoridad; y se pensó que una discusión satisfactoria de la importante cuestión correspondía más al polémico que al historiador. En consecuencia, para el comienzo de mi empresa, fijé una fecha posterior a la publicación de la mayor parte del Nuevo Testamento; y, sin embargo, como era deseable tener en cuenta todas las demás producciones cristianas existentes de las primeras épocas, era necesario comenzar ya en la época d.C. 90, antes de algunos de los

escritos de San Juan se compusieron.

El lector atento descubrirá también, a medida que avance, que la Historia antigua del universalismo se distingue naturalmente, por ciertas peculiaridades, en tres períodos sucesivos: el primero, que se extiende hasta el año 190 y abarca los dos primeros capítulos, ofrece sólo pocos huellas indiscutibles de esa doctrina o de su contraria; el Segundo, que recorre los capítulos tercero, cuarto, quinto y sexto, hasta el año 390 ó 394, se distingue por el predominio tanto del Universalismo como de la doctrina de la miseria sin fin, sin producir la menor perturbación o inquietud en la iglesia; el Tercero período, llegando al Quinto Concilio General, en el año d.C. 553, está marcado por continuas censuras, frecuentes conmociones y algunas peleas vergonzosas sobre ese tema.

Y como me he esforzado por variar mi plan general para adaptarlo al carácter y circunstancias peculiares de cada uno de estos períodos, quisiera llamar la atención del lector sobre el método que he seguido. En el primer período, entonces, he tenido

cuidado de exponer, en sus propias palabras, la opinión de cada autor cristiano que nos ha dejado algún comentario sobre el castigo futuro o la salvación final del mundo; Y hasta el año 150, he insertado, con aún más particularidad, cada pasaje que pensé que pertenecía a cualquiera de esos temas. En consecuencia, se puede esperar que, para muchos, los dos primeros capítulos resulten más tediosos que el resto de la obra. En el segundo período, si bien mi objetivo principal ha sido dar una descripción completa de todos aquellos padres que, durante ese tiempo, defendieron o favorecieron el universalismo, también he intentado presentar una visión correcta de las opiniones sostenidas, mientras tanto, por el mundo cristiano en general, sobre este punto. En el tercer período he seguido casi el mismo camino; dejando, sin embargo, que el sentimiento común de la iglesia, con respecto a la doctrina en cuestión, se deduzca de las controversias y peleas que ocurrieron entonces, y que he descrito minuciosamente. Hasta ahora,

puedo aventurarme a decir que la Historia es completa en un aspecto: contiene un relato de cada individuo destacado, de quien ahora tenemos los medios para saber que fue un universalista.

En el Apéndice el plan es muy diferente, ya que una historia regular y conectada del Universalismo, desde el Quinto Concilio General hasta la Reforma, me resulta absolutamente impracticable. Por lo tanto, aquí no se intenta más que un esbozo, señalando aquellas huellas de la doctrina que he descubierto en el curso de la lectura.

También aprovecharía esta oportunidad, de una vez por todas, para informar a mis lectores del sentido en que encontrarán ciertos términos y frases utilizados en el siguiente trabajo. Se supone que el título de obispo ha sido firmado, al principio, sólo por el ministro principal de una ciudad o territorio; aunque posteriormente su aplicación quedó limitada a un orden de clero distinto y superior. Por los epítetos populares ortodoxo y hereje me refiero no a lo verdadero y lo falso, sino a lo

predominante, o católico, y a lo disidente, o anatematizado. Para concluir, he hablado frecuentemente de las Iglesias occidentales o latinas, a diferencia de las orientales o griegas; aunque finalmente no se separaron de la comunión del otro hasta el siglo IX.

ROXBURY, 22 de octubre de 1828.

Una SEGUNDA edición de esta obra se publicó en 1842. Siempre ocupó un lugar importante en la literatura de la Iglesia Universalista; y ahora se vuelve a publicar con las adiciones a las notas que han sugerido investigaciones posteriores.

LOS EDITORES.
Boston, 1º de diciembre de 1871.

CONTENIDO

[PÁGINA]
(do livro impresso)

HISTORIA ANTIGUA DEL UNIVERSALISMO

Hosea Ballou II D.D. (18/octubre/1796 – 27/mayo/1861). Usó "2d" para referirse a segundo (y no “II”). Esto es para diferenciarlo de su tío abuelo del mismo nombre y también teólogo universalista. D.D. significa *Doctor of Divinity*, Doctor en Teología.

CAPÍTULO I. Desde 90 d.C. al 150 d.C.

En la fecha con la que comienza esta historia, A.D. 90, se supone que ninguno de los apóstoles estuvo vivo, excepto San Juan, que residía entonces, a edad muy avanzada, en la gran ciudad de Éfeso. San Pedro y San Pablo sufrió el martirio en Roma más de veinte años antes; y Santiago el Grande y Santiago el Menor, en Jerusalén, en un período aún anterior. De las muertes de los otros apóstoles nada se puede decir con seguridad, a pesar de los relatos de su martirio dados por algunos escritores antiguos y adoptados por muchos de los modernos.

Tampoco debemos pretender definir hasta qué punto se había extendido ahora el cristianismo; ya que, sobre este tema, a menudo es imposible distinguir la verdad

de los relatos fabulosos de los primeros historiadores. Es probable, sin embargo, que algunas iglesias ya estuvieran establecidas en la mayoría de las provincias romanas, especialmente en las orientales. [p.007] [p.008] Pero el número de cristianos profesos debe haber sido todavía muy pequeño, en comparación con la masa total de la comunidad; y debe haber estado compuesto, con algunas excepciones, por las clases bajas de personas. Los ricos y nobles estaban, en su mayor parte, apegados a las formas e instituciones antiguas; y los hombres de gran saber y de gustos refinados no se apartaban, como rara vez lo hacen, de ese rumbo popular en el que podían encontrar recompensa, o al menos esperanza de admiración.

Los cristianos, sin embargo, no eran una secta oscura. Su religión era tan novedosa, tan diferenciadora de todas las demás, y eran tan celosos y exitosos en su causa, que atraía mucha atención dondequiera que se introdujera. De hecho, el público en general lo malinterpretó en gran medida; y aún más tergiversada por

sus enemigos particulares. De ellos, los más amargos eran los sacerdotes paganos, que sentían perturbado su largo y tranquilo reposo por el creciente abandono de sus templos y el abandono de sus servicios. (1) Aún así, debe señalarse que los cristianos habían sufrido muy poca persecución, excepto calumnias, desde la muerte de Nerón, más de veinte años antes. Pero se acercaba el tiempo en que las autoridades civiles les darían prescripción, peligro e incluso la muerte. Sólo cuatro o cinco años después, los celos del emperador Domiciano revivieron la tormenta que se desató, con algunos intervalos significativos, durante más de dos siglos, hasta que la ominosa conversión de Constantino dio a la Iglesia los reinos de este mundo. y la gloria de ellos.

(1) Epístola de Plinio. 97, librería. X. y Analítico de Táciti lib. xv. cap. 44. Después, o hacia el año 150, encontramos las calumnias más escandalosas amontonadas sobre los cristianos: se les llamaba comúnmente ateos; y se

les imputaba toda clase de libertinaje, incluso aquellos que con decencia no pueden mencionarse. Refutar y exponer estas calumniosas falsedades era un gran objetivo para varios de los primeros escritores cristianos. [p.009]

En cuanto al sistema de doctrina que sostenían los cristianos en este período, podemos determinar algunos de sus detalles, si es que es apropiado decir que tal sistema se obtuvo entonces. Su religión, hasta el momento, no se había enseñado según ningún plan regular, como el de un cuerpo de teologia. Sus verdades fundamentales, que Jesús de Nazaret era el Mesías, el Cristo del único Dios verdadero y el Salvador de los hombres, y que resucitó de entre los muertos, necesariamente acapararon la atención principal de sus profesores, ya que estos eran los hechos importantes que Se veían obligados, casi continuamente, a incitar al pueblo y a defenderse de sus oponentes. Es extremadamente difícil para nosotros, que hemos crecido en un estado de sociedad cristiana donde es la

religión original y universal, y donde nuestras disputas se extienden sólo a sus principios particulares, concebir la sencillez con la que los primeros predicadores enseñaron su fe, cuando, no la doctrina, sino la verdad misma de esa religión, era el principal punto en disputa. Cuando se hacía que las personas reconocieran la misión de Cristo, se las consideraba cristianas y, si su conducta se convertía en su profesión, eran recibidas con gusto en las iglesias; aunque luego se dieron más instrucciones o se agregaron posteriormente a medida que se ofrecían oportunidades. (1)

(1) Esta era la práctica de los apóstoles. Vea los resúmenes y relatos de los discursos que dirigieron a los incrédulos; Hechos ii. 14 - 41; III. 12 - 26; IV. 8-12; V.29-2; viii. 30-38; IX. 20-22; X. 34-48; xii. 16-41; xvi. 30-33; xvii. 2-4, 18, 22-34; xiii. 6; xxv. 18, 19; xxvi, xxviii, 23. [p.010]

Siendo tales las condiciones liberales en las que se reunían las iglesias, ellas, por

supuesto, admitían personas de sentimientos diferentes, e incluso opuestos, en muchos puntos de doctrina. Tanto los conversos judíos como los gentiles conservaron muchos de sus respectivos prejuicios. La consecuencia fue que ya habían surgido disputas entre ellos, particularmente respecto de la obligación de los rituales mosaicos, por un lado, y los esquemas paganos de la filosofía, por el otro. Los propios apóstoles se habían interpuesto, años antes, para decidir estas controversias; pero ni siquiera esa autoridad pudo eliminar los prejuicios de las partes ni silenciar sus contiendas. Incluso en este primer período, algunos de los creyentes gnósticos en particular probablemente habían llegado al extremo de separarse de las otras iglesias y formar cuerpos distintos, que, sin embargo, debieron ser pequeños y oscuros. Después de todo, no podemos suponer que los cristianos, en general, hubieran borrado tan pronto de su fe los rasgos destacados de la doctrina apostólica; especialmente, si consideramos que la mayoría de los libros

del Nuevo Testamento estaban ahora en circulación, y que San Juan todavía vivía para ser consultado y para dar instrucciones. (1)

Procediendo ahora al tema particular de nuestra historia, en el presente capítulo mostraremos todo lo que se puede saber, con algún grado de certeza, de las opiniones sostenidas por los cristianos, desde este tiempo hasta 150 d.C., en relación con un futuro estado de castigo y la eventual salvación del mundo.

(1) Los hechos principales de esta sección están ilustrados ampliamente en Mosheim, Eccl. Historia. Siglo i. ; y más particularmente en sus Comentarios sobre los asuntos de los cristianos, antes de la época de Constantino, etc. vol. 1. Traducción de Vidal. [p.011]

La única luz directa que brilla, a intervalos, a través de la oscuridad del camino que intentamos, se deriva de los pocos escritos cristianos de este período, que aún se conservan. Estas son las producciones de los comúnmente

llamados Padres Apostólicos, los primeros autores cristianos, cuyas obras han llegado hasta nosotros, después de los propios apóstoles. Son los siguientes: La Primera Epístola de Clemente Romano; siete Epístolas de Ignacio; La Epístola de Policarpo; La Epístola de Bernabé; y El Pastor de Hermas. Entre ellas quizás deberíamos insertar una Relación del martirio de Ignacio. (1) Estos escritos, compuestos por hombres de poco conocimiento y, en su mayor parte, de igual poco juicio, siguen siendo valiosos, ya que brindan una idea del estado de los primeros cristianos y de sus sentimientos; pero quien espere encontrarlos instructivos o edificantes en otros aspectos se levantará de su lectura decepcionado, si no con disgusto.

A.D. 90 a 95.

La Epístola de Clemente Romano se distingue por el respeto que recibió de las iglesias antiguas, algunas de las cuales hicieron que fuera leída en público junto con los libros del Nuevo Testamento. Se pueden admitir, al menos, los elogios de

que es simple aunque difuso, y que contiene sólo un ejemplo (2) de esas alegorías absurdas que abundan en los padres sucesivos. Clemente, de Roma, que era obispo de la iglesia de esa ciudad, y quizás la misma persona que San Pablo había mencionado (Fil.4:3), escribió esta Epístola a los cristianos corintios con el propósito de disuadirlos de sus disputas y sediciones. Exhortándolos fervientemente a arrepentirse de su mutua envidia y abuso, aduce, entre otras consideraciones, la justicia de Dios como motivo de temor y la terrible destrucción de Sodoma y sus ciudades vecinas como ejemplos de los juicios divinos sobre los pecadores. Pero es notable que, en toda esta Epístola, aproximadamente tan larga como el Evangelio de Marcos no hay ninguna expresión que descubra si creía en algún estado futuro de castigo, ni si creía en la salvación de toda la humanidad.. (3) Hay, de hecho, dos pasajes, (4) que naturalmente, no necesariamente, pueden entenderse como que dan a entender que sólo aquellos que aquí sirven al Señor resucitarán de entre los muertos en el

futuro. (5) [p.012]

(1) De la llamada Segunda Epístola de Clemens Romano, la autenticidad es considerada dudosa por Eusebio, Jerónimo, Du Pin, Mosheim, etc., y totalmente negada por Focio, el Arzobispo Usher, Lardner, Brucker, Le Clerc y otros. Casi nadie lo admite. Se conservan otros escritos, atribuidos a Clemens Romanus, pero que ahora se consideran universalmente falsificaciones y de una fecha mucho posterior. Omito Los Hechos de Pablo y Tecla, una falsificación del primer siglo, porque nuestra copia actual es una falsificación del original o está tan interpolada que no podemos determinar qué es antiguo. Véase Credibilidad de Lardner, etc., cap. Escritos supuestos del siglo II. La razón por la que coloco La Epístola de Bernabé y El Pastor de Hermas al final de este catálogo se dará en las descripciones respectivas de esas obras.
(2) Rom. de Clemente, Epis. § 12. Traducción de Wake. La fecha de esta Epístola probablemente fue entre A.D. 90 y 95. Lardner lo sitúa en

A.D. 94 o 95; Junio, a los 98; Baronio y Cotelerio, en 92; Dodwell, Wake y De Clerc, entre 64 y 70 años.

(3) Probablemente creía en la salvación de toda la humanidad. Dice: "Reflexionemos cuán libre de ira está para con todas sus criaturas", Ep. 1, xix. Véase también xx., donde hacia el final leemos que Dios "hace bien a todos, pero más abundantemente a nosotros que hemos acudido en busca de refugio a sus compasiones por medio de Jesucristo nuestro Señor", etc. Véase también xxxii. "No somos justificados por nosotros mismos, ni por nuestra sabiduría, ni por nuestra inteligencia, ni por nuestra piedad, ni por las obras que hemos hecho en santidad de corazón; sino por esa fe a través de la cual, desde el principio. Dios Todopoderoso ha justificado a todos los hombres; a quien nos gloriamos por los siglos de los siglos. Amén." — A. St. J. C.

N. B. — Mis notas a lo largo de este volumen están, en su mayor parte, condensadas de mi manuscrito. Historia del "cristianismo y la Iglesia". - A. St. Juan Chambré:.

(4) Clemente. Rom. Epis. § 26 y 49.

En estos dos pasajes, Clemens menciona expresamente la resurrección de aquellos que "sirven religiosamente al Señor" y son "perfeccionados en el amor", pero en ninguna parte afirma la resurrección de otros.
(5) Clemente. Rom. Ep. 1, xxviii., sin embargo, parece enseñar lo contrario. En que todos están llamados a abandonar el pecado, ya que nadie puede escapar de los juicios de Dios, ni alejarse de él, aquí o en el más allá. El pasaje citado para justificar esto es el Sal. cxxxix. 7-10. - A.St.J.C.
[p.013]

A.D. 94 a 100.

Pasando la época en la que se supone comúnmente que San Juan escribió su Evangelio y tres Epístolas, (1) podemos observar que este último de los apóstoles murió en Éfeso, alrededor del año 100. Dejó el mundo en un período en el que los viejos errores parecen haberse estado extendiendo en la iglesia, y surgiendo allí bajo nuevas formas y modificaciones. Eran principalmente de tipo gnóstico, derivados

de la filosofía oriental o persa, de la que daremos una explicación más detallada a continuación.

(1) Del Apocalipsis, la fecha ha sido un punto de mucha disputa; pero ahora parece haber una inclinación general a situarlo antes de la destrucción de Jerusalén. De la fecha de los otros escritos de San Juan, se mantienen diversas opiniones: Dr. Witherspoon sitúa el Evangelio en el año 96 d.C. y las Epístolas en 98; Lardner fecha el Evangelio en 68 d.C., y las Epístolas en 80 y 85; por Le Clerc, el Evangelio es asignado al año 97, y las Epístolas al 91 y 92; Dr. Owen sitúa el Evangelio alrededor de 69 d.C.; Jer. Jones, a los 97; y Du Pin, alrededor del año 100 d.C. Las últimas y mejores autoridades ahora dan fe de que el Apocalipsis fue escrito antes de la destrucción de Jerusalén, en el año 70 d.C. La evidencia interna es concluyente para nuestra mente. Para evidencia externa se puede consultar, Grotius, Lightfoot. Sir Isaac Newton, Stewart (Andover), Whittemore, Blunt, Gieseler, Ewald, etc. Fue escrito,

probablemente, aprox. 67 d.C. Sin duda, el segundo nombre de Nerón, Domiciano, indujo a error a los primeros escritores a pensar que era una producción de la época de Domiciano. El Apocalipsis es positivamente un libro sellado ante cualquier hipótesis que ubique su producción después del derrocamiento de la ciudad y el templo de Jerusalén, cuando terminó la dispensación judía. – A.St.J.C. [p.014]

A.D. 107 a 116.

Llegamos a continuación a las famosas Epístolas de Ignacio; cuya autenticidad ha sido atacada y denunciada con un celo desmedido, completamente desproporcionado con su valor o peso real, sea cual sea la causa. Aunque la cuestión todavía está envuelta en incertidumbre, seguiremos, con algunas dudas, lo que parece ser la opinión predominante, de que los siete (1) traducidos por el Arzobispo Wake son, en su mayor parte, genuinos. Fueron escritos, si por Ignacio, mientras era conducido, en parte por mar y en parte

por tierra, en un tardío viaje de casi dos mil millas, (2) desde Antioquía a Roma, para la ejecución de la sentencia de martirio. Se dice que fue obispo de la iglesia en la ciudad anterior, durante unos cuarenta años, y que conoció personalmente, en su juventud, a algunos de los apóstoles. Sus escritos, sin embargo, no siempre son dignos de sus ventajas: contienen algunas presunciones pueriles, (3) delatan una inclinación a las fábulas orientales sobre el mundo angelical, (4) y abundan en serios mandatos de la más absoluta sumisión a la razón, fe y práctica al clero, cuya autoridad a menudo se compara expresamente con la de Dios y Jesucristo.

(1) Incluso de éstas hay dos copias muy diferentes: la más grande, que generalmente se supone que está muy interpolada; y el más corto, seguido de Wake y preferido casi universalmente. Mosheim, sin embargo (Comentario sobre los asuntos de los cristianos, etc.), parece dudar de que lo más grande no sea lo genuino, si es que alguno de ellos lo es. (a)
(2) Su ruta, real o fabulosa, se

traza desde Antioquía a Esmirna, Troas, sobre el Egeo, hacia Macedonia y a través del Epiro, a través de los mares Adriático y Tirreno, hasta la desembocadura del Tíber y luego hasta Roma. La fecha de su viaje, y por supuesto de sus Epístolas y Martirio, se sitúa en el año 107 d.C., por Du Pin, Tillemont, Cave y Lardner; pero en 116 d.C., por Pearson, Lloyd, Pagi, Le Clerc y Fabricius. Si la Relación del Martirio de Ignacio, que afirma haber sido escrita por testigos presenciales, es genuina, esta fecha en disputa se fija en 116 d.C. Véase § 3. Traducción de Wake.

(3) Ignacio. Epist. a los Efesios, § 9. Wake's Trans.

(4) Ídem, § 19, y Epístola a los Trallianos, § 5.

(a) Las investigaciones modernas dejan pocas dudas sobre la esencialidad de la recensión genuina más corta de estas epístolas y de las versiones siríacas (descubiertas en 1838, 1839 y 1842 d.C. por el archidiácono Tattam, en el monasterio de Santa María Deipara, en Desierto de Nitrian, Egipto), de las Epístolas a Efesios, Romanos y

No podemos determinar las opiniones del autor sobre el alcance final de la salvación; y lo siguiente es todo lo que parece referirse a un estado futuro de castigo: "Los que corrompen a las familias con el adulterio no heredarán el reino de Dios. Así que, si los que hicieron esto según la carne, padecieron la muerte, ¿cuánto más morirá el que con su malvada doctrina corrompe la fe de Dios, por la cual Cristo fue crucificado? (1) En otro lugar dice, en un párrafo más bien inconexo: "Viendo, entonces, que todas las cosas tienen un fin, están estas dos indiferentemente puestas ante nosotros, la vida y la muerte; y cada uno partirá a su lugar apropiado". (2) De la misma manera inconexa, dice nuevamente: "Por lo que queda, es muy razonable que volvamos a la cordura, mientras todavía hay tiempo para regresar a Dios". (3) Es posible que algunos de estos pasajes, de hecho, no hagan alusión a un estado futuro. Sin embargo, debe señalarse aquí que el autor evidentemente creía que ciertos herejes, y

quizás los malvados en general, no resucitarán de entre los muertos, sino que existirán en el futuro como meros espíritus incorpóreos. (4)

La Relación del Martirio de Ignacio, escrita por testigos oculares cristianos de su prueba y sufrimientos, no contiene nada para nuestro propósito; por lo tanto procedemos a,

La Epístola de Policarpo, una pieza que evidencia un tenor de pensamiento más conectado que la mayoría de los escritos eclesiásticos de esa época.

(1) Epist. a Efesios, § 16.
(2) Epist. a los magnesianos, § 5.
(3) Epist. a los esmirneos, § 9.
(4) Ídem, § 2 y 7, en comparación con Epist. al Camino., § 9, y Epist. a los Romanos, § 2. [p.016]

El autor es culpable de una excepción a su moderación habitual, cuando exhorta a sus hermanos "a estar sujetos a los ancianos y diáconos como a Dios y a Cristo". (1) Quienes reciben esta epístola como de Policarpo (2) generalmente suponen que fue escrita poco después del

martirio de Ignacio, al que alude. Policarpo fue obispo de la iglesia de Esmirna, aproximadamente desde el año 100 hasta después de mediados del siglo II. Se dice que fue discípulo de San Juan; y ciertamente fue considerado, después de la muerte de ese apóstol, como el más eminente de los cristianos de Asia. (3)

Lo siguiente es todo lo que contiene su Epístola en relación con el tema particular de esta historia: "A quien [Cristo] están sujetas todas las cosas, así en los cielos como en la tierra; a quien adorará todo ser viviente; a quien ven a ser juez de los vivos y de los muertos cuya sangre Dios exigirá de los que no creen en él". (4) Aludiendo, sin duda, a algunos de los herejes gnósticos, dice: "Quien no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es el anticristo. Y quien no confiesa su sufrimiento en la cruz, es de la demonio.

(1) Epist. de Policarpo, § 5. Traducción de Wake.
(2) M. Daille y Blondel lo rechazan, y Mosheim dice que "tiene simplemente un derecho de crédito cuestionable". Pero Lardner, por el

contrario, afirma que "entre los eruditos apenas hay dudas o preguntas sobre la autenticidad de esta Epístola de Policarpo".
(3) Algunos lo consideran el ángel de la iglesia en Esmirna, a quien se dirige el Apocalipsis. ii. 8. Esto, sin embargo, es dudoso, ya que es probable que no fuera ordenado hasta después de que se escribió el Apocalipsis,
(4) Epist. de Policarpo, § 2. [p.017]

Y cualquiera que pervierte los oráculos del Señor para sus propias concupiscencias, y dice que no habrá resurrección ni juicio, ése es el primogénito de Satanás." (1) También puede haber una pregunta, si el autor no insinuar que la futura resurrección depende de la fe y la obediencia en esta vida (2)

A estas fechas sucede un período de varios años, del cual no nos han llegado escritos cristianos, excepto unos pocos pasajes que fueron citados por escritores posteriores, de Papías, Cuadrato y Agripa Castor; de los cuales, sin embargo, no prestaremos atención, ya que no arrojan ninguna luz sobre nuestro tema. Pero es

importante señalar que Papías y Arístides (un escritor del que no queda nada) contribuyeron, sin querer, a pervertir la simplicidad del cristianismo; y que sirven, al mismo tiempo, para ejemplificar la manera en que crecieron las corrupciones en la iglesia. Se dice que el primero, que fue obispo en Hierápolis, cerca de Laodicea, se dedicó a recopilar tradiciones de la doctrina y dichos apostólicos; (116 d.C.), pero siendo muy crédulo y de mente débil, recibía, con poca discriminación, todo lo que se relacionaba con él. Habiendo formado así una colección de cuentos vanos y nociones tontas, las publicó al mundo como instrucciones autorizadas de Cristo y sus apóstoles. Tal era el carácter de la iglesia, que su obra parece haber sido bien recibida;

(1) Ídem, artículos 2 y 7.
(2) Ídem, § 2 y 5. Si Clemens Komanus y Policarpo, así como Ignacio, realmente sostenían una resurrección parcial, exclusivamente la de los santos, la circunstancia parecería probar que la noción de los judíos, o más bien de los Los

fariseos, en este punto, se habían extendido bastante en la iglesia, desde Asia Menor hasta Roma, en este período temprano. Esa era la noción de los fariseos, hacia finales del primer siglo, véase Josefo, etc. [p.018]

y ciertamente obtuvo un crédito considerable entre los padres sucesivos, que adoptaron algunas de sus ficciones. (1) Pero cualesquiera que fueran los efectos perjudiciales de estas supuestas tradiciones, la causa de la verdad sufrió un detrimento mucho mayor por la incorporación gradual de la filosofía griega. Arístides fue probablemente el primer filósofo profeso de las escuelas griegas que participó activamente en el apoyo del cristianismo. (124-126 d.C.) Pero parece, desgraciadamente, haberlo vestido con la túnica de la Academia; porque Jerónimo nos informa que la Apología que presentó al emperador Adriano, en nombre de los cristianos perseguidos, estaba llena de nociones filosóficas, que posteriormente fueron adoptadas por Justino Mártir. (2) La

filosofía griega era casi tan incompatible con el cristianismo como la oriental; pero las corrupciones que introdujo florecieron en la iglesia, después de unos años, como en un suelo agradable; y, en menos de un siglo, dio una nueva apariencia a la masa general de doctrina considerada ortodoxa.

A.D. 131.

La Epístola de Bernabé es la siguiente en orden; a menos que, como se ha pensado hasta ahora, pertenezca al primer siglo. (3) Fue compuesto por algunos cristianos judíos, de habilidades mezquinas, con el propósito de representar la ley mosaica y otras partes del Antiguo Testamento como si contuvieran un relato oculto de Cristo y su religión.

(1) Bibliotheca Patrum de Du Pin, artículo, Papías. Se dice que Papías floreció alrededor del año 13 d.C. 116.
(2) Bibliot. de Du Pin. Palmadita. Arte. Quadratus y Arístides, Se supone que La Apología de Arístides fue escrita alrededor del año 124 d.C. o 126.

(3) La mayoría de los eruditos han pensado que la Epístola de Bernabé fue escrita en el siglo I; y, para muchos, que fue obra de Bernabé, que fue compañero y compañero de viaje de San Pablo. Mosheim considera esta última opinión como poco digna de refutación; y, aunque ha tenido algunos defensores eminentes, ahora es generalmente descartado. Que la primera opinión también es incorrecta, no puedo dejar de pensar que es suficientemente evidente en la propia Epístola. [p.019] El autor, hablando del templo de Jerusalén, dice: “Otra vez, él [Cristo] habló de esta manera: He aquí, los que destruyen este templo, ellos también lo reconstruirán. Y así sucedió: porque a través de sus guerras, ahora es destruida por sus enemigos; y los siervos de sus enemigos lo edifican." (Barnab.Epist, § 16. Wake's Trans.) No se cuestionará que el autor aquí habla, 1, de la destrucción del templo después del ministerio de nuestro Señor; es decir, de su destrucción por Tito; y 2, de los intentos de reconstruirlo por parte de los siervos de los romanos, al momento de escribir esta

Epístola. Ahora bien, es bien sabido que no hubo ningún intento de reconstruir ni el templo ni la ciudad, después. después de su destrucción por Tito, hasta la época de Adrián, quien, en 130 d.C. o 136, envió una colonia a Jerusalén para restaurar la ciudad, y en o cerca del sitio del antiguo templo para erigir uno nuevo, que posteriormente dedicó a Júpiter. Esta circunstancia parece determinar la fecha de la ilusión citada por Bernabé; y no sé de nada que pueda defenderse contra la hipótesis. Ireneo, alrededor del año 190 d.C., es el primero que parece haber imitado alguna de las expresiones de esta Epístola; y Clemens Alexandrinus, alrededor de A.D. 194, es el primero que lo mencionó o aludió formalmente a él. Sin embargo, es justo advertir al lector que mi hipótesis no está respaldada por la autoridad de los críticos; quienes, hasta donde yo sé, no han prestado atención a la alusión de Bernabé a la reconstrucción del templo. Mosheim supone que la Epístola fue escrita en el siglo primero; y está de acuerdo con Cotelerius, Brucker, Basnage y otros, en que su autor no

fue Bernabé, compañero de San Pedro. Pablo. Wake, Du Pin y Lardner, por el contrario, lo atribuyen a Bernabé y sitúan su fecha alrededor del año 71 d.C. o 72.

Las interpretaciones alegóricas y místicas, en las que consiste principalmente la Epístola, presentan un ejemplo extraordinario de estupidez ciega orientada a los descubrimientos. (1)

(1) "Entended, hijos", dice, "estas cosas más plenamente, que Abraham, que fue el primero en practicar la circuncisión, la realizó, después de haber recibido el misterio de las tres letras, por las cuales esperaba en el espíritu, a Jesús. Porque la Escritura dice que Abraham circuncidó a trescientos dieciocho hombres de su casa. Pero ¿cuál fue entonces el misterio que le fue revelado? Marcos, primero, los dieciocho; y luego, los trescientos. Porque las letras numéricas de diez y ocho son IH [es decir, la Eta griega, o E larga, - IE son las dos primeras letras de la palabra Jesús]. Y estos señalan a Jesús. Y como la cruz era aquello por lo que

íbamos a encontrar la gracia, añade, por tanto, trescientos; cuya letra numérica es T [la figura de la cruz]. Por lo cual, en dos letras firmó Jesús, y en la tercera, su cruz. Quien ha puesto en nosotros el don injertado de su doctrina sabe que nunca enseñé a nadie una verdad más cierta; pero confío en que sois dignos de ello." — Barnabas's Epist., § 9. Tal es uno de los descubrimientos importantes que comunica nuestro autor; y, por extraño que parezca, los padres posteriores, incluso aquellos de indudable erudición, como Justino Martyn, Ireneo, Clemens Alexandrinus, etc., no parecen haber sido en modo alguno insensibles a los encantos de este tipo de disparates [p.020]

Es digno de notar que de todos los escritos cristianos, después de las Sagradas Escrituras, esta Epístola es la primera en la que encontramos la palabra eterna, o eterna, aplicada al sufrimiento; cerca del final, Bernabé representa dos caminos, el de la luz, sobre el cual están designados los ángeles de Dios, y el de las

tinieblas, donde presiden los ángeles de Satanás; y después de describir la manera de caminar en el camino de la luz, dice: "Pero el camino de las tinieblas es torcido y lleno de maldición; porque es camino de muerte eterna con castigo, en el cual los que caminan, encuentran aquellas cosas que destruyen sus propias almas." (1) Posteriormente agrega que quien elija esta parte "será destruido junto con sus obras. Por esta causa, habrá resurrección y retribución". (2) A lo largo de su Epístola no dice nada sobre la salvación universal; y parece, por lo que hemos citado, que creía en un futuro estado de castigo. Pero no se puede determinar si pensó que era interminable; ya que los antiguos usaban la palabra “para siempre” o “eterna” para denotar una duración indefinida en lugar de interminable. (3)

150 d.C.

La última, y también la más larga, de las obras de los llamados Padres Apostólicos es esa efusión de segunda puerilidad. El Pastor de Hermas. (4) Fue escrito en Roma, por un hermano del obispo de esa

ciudad; pero delata una mente ignorante e imbécil, en absoluta decadencia.

(1) Epístola de Bernabé (Traducción de Wake), §§ 18 y 20.
(2) Ídem, artículo 21.
(3) Ver ejemplos de esto, en el próximo capítulo, secciones, iii. IV. xi., y en los capítulos siguientes.
(4) Los eruditos habían debatido durante mucho tiempo si esta obra fue compuesta en el siglo I por aquel Hermas a quien San Pablo menciona (Rom. 16:14); o en el siglo II, por otro Hermas, hermano de Pío, obispo de Roma. Pero la cuestión quedó finalmente decidida por un fragmento de una obra del siglo II, sacado a la luz por Aluratori: •• Hermas, hermano de Pío, obispo de la iglesia de la ciudad de Roma", *dice este fragmento*, "escribió muy recientemente , en nuestro tiempo. El Pastor, en Roma."(a) (Véanse los Comentarios de Mosheim sobre los asuntos de los cristianos, etc., Eccl. Hist., of the First Cent., § liv., notas “n” y “o”; donde puede encontrar una discusión completa sobre este punto). Shepherd, por lo

tanto, no puede ser mucho anterior al año 150 d.C.; quizás mas tarde. [p.021]

(a) Esta posición no es sostenible. Se desconoce el autor del fragmento. Incluso el idioma original es oscuro y motivo de dudas. Esta opinión sólo aparece en una nota de Muratori y en un poema falsamente atribuido a Tertuliano. Sin duda pertenece a la época de Adriano o Antonino Pío, – d.C. 117 – 138. Probablemente sea una ficción temprana; pero es sumamente valioso porque refleja el pensamiento de ese período. – A.St.J.C.

Su objetivo parece haber sido estimular a los profesores del cristianismo a una mayor rectitud, celo y abstracción de los negocios así como de los placeres ordinarios de la vida; y esto el autor se esfuerza por lograr relatando visiones fingidas e introduciendo instrucciones de un ángel, que ocasionalmente se le apareció, según afirma, con hábito de pastor. Pero la conversación a la que se atribuye sus celestiales visitantes es más insípido de lo que comúnmente

escuchamos del más débil de los hombres.
Sin extraer en detalle, como en el caso de obras anteriores, los diversos pasajes que parecen tener relación con nuestro tema, basta observar que Hermas no ha dejado nada para determinar sus puntos de vista sobre el alcance final de la salvación, a menos que se puede deducir, de lo siguiente, que excluye totalmente a algunos miembros de la raza humana de toda perspectiva de bienaventuranza: enseña que a un cristiano, si peca después de su bautismo, posiblemente se le puede permitir el privilegio de un arrepentimiento, y de uno solo. ; (1) pero que para aquellos que apostatan de la fe y blasfeman contra Dios, no hay retorno.

(1) Hermas, livro ii., comando, iv., § 3, comparado con livro i., vis. ii., § 2. *Transl. de Wake.* [p.022]

Se han apartado para siempre de Dios; y, en el otro mundo, serán quemados, junto con las naciones paganas. (1) Por muy fuerte que parezca ese lenguaje, quienes conocen el estilo de los primeros padres

tal vez no lo consideren decisivo a favor de la perdición sin fin. Podemos agregar aquí que Hermas supuso que los apóstoles, después de su muerte, fueron y predicaron a las almas de aquellos que habían llevado vidas puras y virtuales antes del nacimiento de Cristo; y que, cuando esos espíritus escucharon así el evangelio, recibieron el bautismo en agua, de alguna manera indescriptible, y luego entraron en el reino de Dios. (2) También sostenía la opinión, común durante el resto de este siglo, de que el fin del mundo estaba cerca. (3)

(1) Hermas, libro iii. simil. vi. § 2.
(2) Ídem, libro iii. simil. IX. § dieciséis.
(3) Ídem, libro i., vis. IV. § 3.
La idea de la salvación, después del castigo en el futuro, parece enseñada. B.i. vis. III. cap. vii. Sino del castigo incluso después del arrepentimiento. B. iii. similar. vii. 1. —A. San J.C.

90 d.C. a 150.

Ahora debemos despedirnos, por un

tiempo, de los creyentes ortodoxos y volver a un relato de una clase muy diferente de cristianos, respecto de los cuales ni siquiera hemos tenido hasta ahora la débil luz que hemos disfrutado para guiar nuestras investigaciones. Ninguna parte de la historia eclesiástica está envuelta en mayor incertidumbre que la de los herejes gnósticos de los siglos I y II. Sus propios escritos, excepto unos pocos fragmentos inconexos, están completamente perdidos; y la única manera de conocerlos y sus sentimientos es comparar las representaciones defectuosas, y a menudo alusivas, de sus celosos oponentes, [p.023] con el conocimiento imperfecto que tenemos de ese sistema de filosofía, la oriental, que ellos amalgamaron con el cristianismo. (1) Es cierto que creían en nuestro Salvador como mensajero del Dios supremo y que, en general, mantuvieron su profesión cristiana, en medio de la oposición de los paganos y la difamación de los ortodoxos. Pero ahora se considera igualmente cierto que algunos de ellos creían que Jesucristo era un ser angelical del más alto orden,

que vino al mundo con solo la apariencia visionaria, no el cuerpo real de un hombre; y otros, que Jesús era simplemente un hombre, con un alma humana, en quien el Cristo, un alto espíritu celestial, descendió en su bautismo en el Jordán. En cuanto al objeto de la misión de nuestro Salvador, se cree que estuvieron perfectamente de acuerdo en que no era satisfacer ninguna justicia vengativa en la Deidad, a la que consideraban infinitamente buena, sino liberar a la humanidad del servicio opresivo de los dioses degenerados de este mundo y enseñarle a dominar sus pasiones y aproximarse al Dios supremo, la fuente de pureza y felicidad. De la filosofía de los persas, venerada durante mucho tiempo pero quimérica, conservaron la noción de que el mundo material fue formado, no por los autoexistentes, sino por los dioses inferiores, llamados Eones, cuyo ser se derivó a través de una larga e intrincada sucesión, como pensaban la mayoría de ellos, originalmente de él. (2)

(1) Sin embargo, yo sólo intento seguir a nuestro historiador moderno, Mosheim (Historia eclesiástica y Comentarios sobre los asuntos de los cristianos, etc.), con alguna ayuda de Le Clerc (Histor. Eccl. duorum primonun, a Christo nato, Saeculorum), de Beausohre (Histoire de Manichee, etc.), y de la Historia de los herejes, en las Obras de Lardner.
(2) Algunos de ellos, tal vez, sostenían *dos* seres originales, autoexistentes, una deidad mala, así como una buena. Se conjetura que tal era la opinión de los saturninos, alrededor del año 120 d.C., y de los marcionitas, alrededor del año 140 d.C. Esto es negado, sin embargo, en la Historia de los herejes, en las Obras de Lardner, y también por Beausobre. [p.024]

Esto los llevó a considerar al Dios de los judíos, el Jehová del Antiguo Testamento, como un ser secundario, el Creador principal de este mundo; y también concluyeron que había apostatado, más o menos, de la lealtad divina, puesto que se había arrogado para sí los honores de la

adoración, y que Cristo había sido enviado para anular su antiguo pacto y derribar sus instituciones. De la misma filosofía también recibieron la doctrina de la eternidad de la materia y, especialmente, de su depravación inherente y radical. Por lo tanto, en general descartaron la esperanza de la resurrección del cuerpo material, que, en su opinión, no haría más que perpetuar la esclavitud y la corrupción del alma. La mayoría de ellos sentían tal aversión por el cuerpo que prescribían una disciplina excesivamente rígida, una abstinencia continua, para frustrar todas sus inclinaciones y debilitar, en la medida de lo posible, su poder sobre la mente.

Tales son los lineamientos comunes de sus diversos sistemas, tal como los establecen los historiadores modernos más juiciosos, quienes al mismo tiempo confiesan y lamentan la imposibilidad de llegar a un conocimiento satisfactorio del tema. Todos los gnósticos fueron acusados, por sus adversarios ortodoxos contemporáneos, de estar abandonados al libertinaje; un escándalo que los paganos

primero vertieron, con liberalidad implacable, sobre los mismos ortodoxos, y que estos, a su vez, han pasado con la misma libertad, y sin duda por casi los mismos motivos, a las sucesivas órdenes de herejes. (1)

(1) El libertinaje, alegado por los antiguos ortodoxos contra los gnósticos, es en parte negado, y en parte admitido, por Mosheim; mencionado uniformemente en términos de incertidumbre por Le Clerc; y negado totalmente por Beausobre; como también lo es, en la Historia de los herejes, en las Obras de Lardner. La siguiente observación merece más consideración de la que, me temo, la mayoría de los lectores le permitirán: "Esto es cierto, que se dijeron cosas tan malas de los cristianos primitivos como las que los católicos [ortodoxos] dijeron de los antiguos herejes. Los reformadores modernos han sido tratados de la misma manera. (Hist, of Heretics, libro i. sect. 8, Obras de Lardner.) Examine los escritos católicos romanos, y verá todo tipo de principios inmorales atribuidos a

Lutero, Calvino y sus asociados; vuélvase al lado protestante, y vea la acusación refutada, al menos, con igual exageración; ¡Escuche las incriminaciones mutuas de nuestras sectas modernas, que se acusan mutuamente de principios de conducta en los que nunca pensaron; y luego juzgue cuánto crédito debe darse a antiguas calumnias del mismo tipo! Es una circunstancia curiosa que Mosheun, honrado y admirado, y que ocupaba un lugar destacado en una iglesia nacional, nunca se había topado con la calumnia del fanatismo; mientras que Le Clerc, un odioso arminiano de Ginebra, y Beausobre, un refugiado protestante de Francia, tenían amplia experiencia de su malignidad y falsedad. El unitario Lardner era, en su propio país, un hereje de la clase más odiosa." [p.025]

Algunos de los gnósticos, tal vez algunos de los primeros, creían en la exclusión eterna de una parte de la humanidad de las moradas de la luz celestial. Pero, entre los que surgieron en Egipto, hubo muchos, particularmente los basilidianos, los

carpocratianos y los valentinianos, que se supone que defendían una restauración final, o más bien la transmigración, de todas las almas humanas a un cielo de pureza y felicidad. Pero este principio parece haber estado involucrado en otras nociones, lo suficientemente descabelladas y quiméricas como para justificar la sospecha de locura, si no fuera por la antigüedad, prevalencia y reputación de esa filosofía caprichosa de la que se derivaron.

Alrededor del año 120 d.C.

Se dice que los basilidianos y los carpocratianos creían que las almas que aquí siguen las instrucciones de nuestro Salvador ascenderán, al morir, inmediatamente a la felicidad; mientras que, por el contrario, los que descuidan y desobedecen, serán condenados a pasar a otros cuerpos, ya de hombres o de bestias, hasta que por su purificación sean aptos para compartir los gozos de los bienaventurados incorpóreos; y así, todos serán finalmente salvados.

Los basilidianos eran seguidores de

Basílides, un filósofo egipcio y cristiano gnóstico que floreció en Alejandría a principios del siglo II y murió allí entre los años 130 y 140. Aunque creía en un Dios autoexistente, supremo e infinitamente glorioso, también sostenía que la materia depravada había sido, en un estado u otro, coetánea de él. En las eras pasadas de la eternidad, la Deidad produjo de sí misma ciertos Eones (o AEons, o Eóns), que, a su vez, engendraron a otros, pero de un rango algo inferior y de una posición más baja; y de una posición inferior; y de éstas a su vez procedió una especie aún menos exaltada; y así sucesivamente, hasta que la jerarquía celestial se extendió desde el cielo más alto hasta la proximidad de la materia caótica. La raza más baja de eones, cuya posición era el cielo más bajo, emprendió, al final, reducir la inmensa masa material debajo de ellos de su estado prístino de desorden; y habiéndola convertido en un mundo, y habiendo hecho al hombre con un cuerpo y un alma material, la Deidad, aprobando su trabajo, dio a la criatura una mente racional, y así completó la empresa. Luego permitió que

estos eones se dividieran, entre ellos, el gobierno del mundo que habían formado. Pero ellos, desviándose gradualmente de su lealtad, se arrogaron al final los honores divinos de sus criaturas, se volvieron ambiciosos de ampliar, cada uno, su dominio sobre el territorio de los demás, y para este propósito enredaron a la humanidad en guerras mutuas, hasta que el mundo se llenó de miseria y crimen. Movido de compasión por la raza humana, Dios envió a su Hijo, el primogénito y el más noble de todos los Eones, para que estableciera su morada en el hombre Jesús y, a través de él, proclamara la Deidad suprema, aunque olvidada, y enseñara a la humanidad a abjurar de la autoridad de sus dioses tiránicos, especialmente del Dios de los judíos, y a instruirlos sobre cómo dominar sus propias propensiones pecaminosas, mortificando sus cuerpos y gobernando sus pasiones. El Dios de los judíos, alarmado por su dominio, incitó al pueblo a aprehender y crucificar a Jesús; pero el Cristo, el Eón celestial, había abandonado a su compañero mortal antes de que el

hombre sufriente fuera clavado en la cruz.

Basílides enseñó que Dios es perfectamente bueno o benévolo, en el verdadero sentido de esas palabras, pero que inflige el castigo apropiado por cada transgresión voluntaria, ya sea de un santo o de un pecador. La reforma y la mejora son los grandes objetivos, como parece haber sostenido, de todo castigo y de todos los tratos de Dios con la humanidad. Aunque trataba el Antiguo Testamento con respeto, como la revelación de ese Ser digno que gobernaba a los judíos, no creía que estuviera inspirado por el Dios supremo; y se le acusa también de haber rechazado algunas partes del Nuevo Testamento, lo que, aunque posiblemente sea un hecho, (1) no puede probarse satisfactoriamente. Escribió un Comentario, en veinticuatro libros, sobre los Evangelios, que pronto fue refutado por Agripa Castor, un escritor ortodoxo contemporáneo.

(1) Mosheim lo considera creíble; Beausobre no ve ninguna prueba de ello; y en la Historia de los herejes, de Lardner, se discute. Le

Clerc no dice nada al respecto.

Se cree que Basílides fue un hombre serio y piadoso, pero desconcertado por la fabulosa teología de Oriente. Tenía un hijo, llamado Isidoro, que escribió algunos libros, perdidos hace mucho tiempo, para ilustrar sus sentimientos religiosos. [p.028] Su secta, aunque a menudo atacada y constantemente opuesta, tanto por los ortodoxos como por los paganos, fue numerosa durante mucho tiempo, principalmente en Egipto y Asia. Después de haber continuado durante unos doscientos años, la encontramos dividida y decreciente en el siglo IV; y no mucho después probablemente se extinguió, o tal vez se fusionó con la de los maniqueos. (1)

Los carpocratianos, que surgieron en el mismo lugar que los basilidianos, y casi al mismo tiempo, coincidieron con ellos en la salvación final de todas las almas, y no difirieron mucho de ellos en el sistema general de su doctrina. Al igual que ellos, distinguieron entre la Deidad y los Eones inferiores que formaron el mundo; como ellos, creían que la materia había existido

desde la eternidad y que estaba inalterablemente corrupta. De hecho, ellos organizaron los Eones en un orden ligeramente diferente; y hay alguna razón para pensar que consideraban a nuestro Salvador no un ser doblemente humano y angelical, sino un simple hombre, aunque de sabiduría e inteligencia divinas más que ordinarias. Fue designado por la Deidad para enseñar a la humanidad el conocimiento del Dios verdadero y para abolir el dominio de los arrogantes creadores del mundo.

Esta secta, que parece no haber sido nunca grande, se extendió principalmente en Egipto y las partes adyacentes de Asia; y desapareció, probablemente, en poco más de un siglo después de su surgimiento, si es que alguna vez había sido completamente distinta de la de los basilidianos.

(1) En cuanto al tiempo y la causa de la desaparición de las sectas gnósticas, véase Murdock's Moshedm, vol. 1, p. 233, nota. [p.029]

Su fundador fue Carpócrates, un erudito egipcio que floreció en Alejandría alrededor del año 130. Su hijo Epífanes fue un joven de vastos logros y extraordinarias promesas, pero murió (alrededor del año 140 d.C.) a la temprana edad de diecisiete años, después de haber escrito varios tratados sobre temas religiosos.

Sus antiguos oponentes acusan a los carpocratianos de profesar los principios más infames de conducta moral, e incluso de enseñar que, para llegar al cielo, debemos dedicarnos a la perpetración de toda abominación vil y licenciosa: una calumnia que, por su manifiesta exageración y malicia, sólo perjudica a sus autores. Algunos de los eruditos no dan crédito alguno a ninguna de las representaciones desventajosas de su carácter moral, mientras que otros se niegan a exculparlos por completo, a expensas consiguientes de sus calumnias ortodoxas. (1)

Aproximadamente en el año 130 d. C.

Una secta de gnósticos, aún más

caprichosa que cualquiera de las anteriores, fue la de los valentinianos. El hombre, en su opinión, era un ser complejo, que constaba: 1) del cuerpo visible externo; 2) de otro cuerpo (2) dentro de éste, compuesto de materia fluida e imperceptible para los sentidos; 3) de un alma animada, sede de la vida y la sensación únicamente; y 4) de un alma más noble, racional, de sustancia angelical. Los cuerpos, tanto el externo como el interno, estaban, según ellos, destinados a perecer; [p.030] de las dos almas, la animal o sensitiva podía salvarse por su obediencia, o por su negligencia acarrear sobre sí misma la disolución total al morir; pero el alma racional e inteligente será admitida, en todos los casos, en los reinos de la felicidad.

(1) Entre los licenciosos principios que se imputan a los carpocratianos, algunos de los más moderados y juiciosos de los modernos consideran que se les imputa con justicia la comunidad de mujeres, así como la de bienes. Pero en la Historia de los herejes, de Lardner (libro ii, cap.

iii, § 11), se demuestra que esta acusación se basa en una autoridad muy incierta y es, en sí misma, bastante improbable. Mosheim, en sus Comentarios, etc., ha suavizado los rasgos de la imagen que había trazado de los carpocratianos en su Historia eclesiástica.
(2) Al menos, así lo afirma Mosheim con confianza; de quien, por tanto, no me atrevo a alejarme, aunque, en este particular, lo sigo con muchas dudas.

En la morada inmediata de la Deidad, un mundo de luz pura, infinitamente por encima de los cielos visibles, los valentinianos colocaron treinta *Eones*, divididos en tres órdenes. Éstos estaban custodiados por Horus, situado en el borde extremo de la morada superior, para impedirles que se extraviaran en las inmensas regiones de materia caótica que se encontraban alrededor. Los Eones, con el paso del tiempo, sintieron envidia de la distinguida y peculiar felicidad que disfrutaba el primero y más alto individuo de su número, que era el único capaz de comprender la grandeza del Padre

supremo. El ardiente deseo de alcanzar el mismo placer divino se hizo cada vez más fuerte entre ellos; hasta que la *Sabiduría*, la más joven y débil de todas, se agitó excesivamente. De sus ingobernables perturbaciones surgió una hija, que fue inmediatamente expulsada al vasto abismo de materia grosera e informe del exterior. Para calmar la agitación así suscitada en el reino celestial, la Deidad produjo dos nuevos Eones, que instruyeron a los demás a que se contentaran con su capacidad limitada y unieran todos sus poderes para dar existencia a un ser llamado Jesús, el más noble y brillante de todos los *Eones*.

Apenas se había restablecido la tranquilidad del mundo celestial, cuando las más violentas conmociones comenzaron a agitar el lúgubre abismo exterior. La exiliada hija de la Sabiduría había vislumbrado algunos destellos del resplandor eterno y trató de llegar a la gloriosa morada; [p.031] "pero siendo continuamente rechazada por su vigilante guardián, sus pasiones de dolor, ansiedad y deseo se volvieron tan violentas, que la

masa caótica de materia, en la que estaba inmersa, captó las fuertes emociones contagiosas, y por lo tanto se dividió en los diferentes elementos que existen en nuestro mundo. Con la ayuda de Jesús, formó un ser que es el Hacedor y Gobernador del sistema material. Este Creador, habiendo luego, con la misma ayuda, construido el Universo visible, fijó su morada en el cielo más bajo, lejos de la refulgente morada de la Deidad; y aquí su vanidad finalmente lo transportó a imaginarse a sí mismo como el único Dios verdadero, y a llamar a la humanidad por medio de sus profetas, especialmente por aquellos que envió a los judíos, a adorarlo como tal. Para sacar a la humanidad de este engaño, para revelarles la Deidad, para enseñarles piedad y virtud, fue enviado Cristo, uno de los Eones, al mundo. Tenía un cuerpo real, pero diferente al de los mortales, ya que estaba compuesto de una sustancia etérea; y cuando fue bautizado en el Jordán, Jesús mismo, en forma de paloma, descendió en él. Así completamente constituido, nuestro Salvador procedió, por medio de

instrucciones y milagros, a cumplir su ministerio. El Creador del mundo se enfureció por su éxito, y consiguió su aprehensión y crucifixión; pero no antes de que tanto Jesús como el alma espiritual y racional de Cristo hubieran ascendido, dejando nada más que el alma sensible y el cuerpo etéreo para sufrir. Como otros gnósticos, los valentinianos negaban la resurrección del cuerpo, y pensaban que los autores del Antiguo Testamento habían estado bajo la inspiración del Creador de este mundo. [p.032]

Esta secta surgió de Valentín, un egipcio, que, después de propagar sus nociones, durante un tiempo, en su país natal, fue, alrededor del año 140 d.C., a Roma. Allí, tantos profesores abrazaron sus ideas, que la iglesia se alarmó y, después de excomulgarlo tres veces, logró hacer que su residencia en Italia fuera tan incómoda que se retiró a la isla de Chipre. En esta deliciosa y lujosa región, su secta floreció tranquilamente; y después de su muerte, que ocurrió un poco después, tal vez, del año 150 d.C., se difundió ampliamente por toda Asia, África y Europa, y despertó un

temor considerable en las iglesias ortodoxas. Existió alrededor de un siglo y medio; cuando parece haberse hundido gradualmente en el olvido. Sin embargo, muchos de sus sentimientos fueron revividos entonces entre los maniqueos, a quienes consideraremos en su lugar apropiado.

Para cerrar nuestro relato de estas sectas gnósticas, es importante señalar que, si bien los padres ortodoxos atacaron con vehemencia y amargura sus respectivos sistemas en general, no parece que hayan seleccionado nunca el principio particular de la salvación de todas las almas como repugnante. "Lo que principalmente excitaba su resentimiento y animadversiones era la distinción entre la Deidad y el Creador del mundo, las fábulas de los Eones, las opiniones sobre la persona de nuestro Salvador, el rechazo del Antiguo Testamento y la negación de la resurrección y de un juicio futuro. [p.033]

CAPÍTULO II. Del 150 al 190 D.C.

Se ha visto que las herejías se habían multiplicado hasta tal número y se habían extendido hasta tal punto que se volvieron problemáticas (1) para las iglesias regulares y aprobadas, y que varias sectas habían establecido comunidades separadas, para distinguirse del cuerpo común. La mayoría de estas eran del tipo gnóstico, ya descrito; pero había una que, aunque pequeña, merece una mención particular, ya que consistía en esa parte de la iglesia original en Jerusalén que continuaba adhiriéndose, con tenacidad inquebrantable, a la práctica de los rituales mosaicos. Esta era la Nazarena o Ebionita. Secta que, según se dice, defendía la simple humanidad de Jesucristo.

Pero de los herejes, de todo tipo, volvemos a una visión de la doctrina y el carácter de los ortodoxos. Muchas de las supersticiones vulgares de los gentiles prevalecieron entre ellos, concernientes a la magia, los demonios y las regiones poéticas del mundo "infernal"; y la filosofía griega, que había comenzado a

mezclarse con la doctrina de Cristo, estaba modificando rápidamente su religión según su propio genio.

(1) Esto también es evidente por la circunstancia de que Agripa Castor escribió un libro contra los herejes algunos años antes de este período, y Justino Mártir un poco después. [p.034]

La credulidad de esta época era absoluta, y el conocimiento de la época, al menos el de los padres, era demasiado superficial para demostrar una prevención o un remedio. También se comenzó a invocar la tradición apostólica como prueba, cuando estaba tan perdida o corrompida que incluso los que habían sido discípulos de los apóstoles adujeron tradiciones contrarias sobre un mismo punto; (1) y, sin embargo, sobre esta autoridad muy precaria prevalecieron algunas nociones caprichosas. (2) A estos matices del cuadro debemos agregar uno aún más oscuro; Los cristianos, tanto ortodoxos como herejes, parecen haber empleado, en algunos casos, la mentira conocida en

apoyo de su causa. Se dice que este pernicioso artificio lo derivaron de la paradoja platónica de que es lícito mentir para decir la verdad; pero uno podría suponer que fue sugerido por su propio celo intemperante, más que por ninguna máxima filosófica. Ya habían comenzado a falsificar libros en apoyo de su religión, una práctica que, se cree, tomaron prestada de los herejes; y ahora procedieron a propagar relatos de milagros frecuentes, acerca de los cuales todos los escritores primitivos, después de los apóstoles, habían guardado un completo silencio.

En las obras que hasta ahora hemos examinado podemos descubrir poco que pertenezca a la literatura griega, excepto el lenguaje. Todas sus fantasías, todas sus extravagancias, son o de ese carácter peculiar que denota un origen judío, al menos asiático, o o bien son efusiones naturales de una estupidez que no necesita la agravación de un falso saber para volverse ridícula.

(1) Por ejemplo, Policarpo visitó a

Aniceto, obispo de Roma, alrededor del año 150 d.C., y mantuvo una discusión amistosa con él sobre el momento adecuado para celebrar la Pascua. Cada uno, según Eusebio (Hist. Eccl., lib. v., cap. 24), alegó una tradición apostólica para su propio tiempo, en oposición a la del otro; y se separaron, pero en amistad, sin llegar a un acuerdo sobre el punto.
(2) La doctrina de los milenaristas propiamente dichos, por ejemplo.
[p.035]

Pero cuando pasamos del Pastor de Hermas, entramos inmediatamente en una nueva serie de escritos eclesiásticos, en la mayoría de los cuales el saber de las escuelas ateniense y romana se despoja de su elegancia y se convierte en cristianismo. Sin embargo, tendremos ocasión de ejemplificar esto, en detalle, a medida que avancemos en el curso de nuestro examen.

Las obras que nos han llegado del período abarcado en este capítulo, y que suceden a las de los padres apostólicos, son *Los Oráculos Sibilinos, Los Escritos de Justino*

Mártir, Una Relación del Martirio de Policarpo, La Oración de Taciano, La Carta de las Iglesias de Lyon y Vienne, Dos Producciones de Atenagoras, Un Tratado de Teófilo y Las Obras de Ireneo. (1) A través de estos, sucesivamente, intentaremos ahora seguir las huellas de nuestro tema general.

Será difícil dar al lector una noción precisa de la primera obra. Los Oráculos Sibilinos. Fueron forjados (2) por algún cristiano, o cristianos, generalmente considerados ortodoxos, con el propósito de convencer a los paganos de la verdad del cristianismo.

(1) El libro de un tal *Hermas*, en el que se ridiculiza a los filósofos paganos, aunque a menudo se menciona entre las obras eclesiásticas de este período, es reconocido por todos como de fecha incierta, y por los mejores críticos considerado como una producción de una época posterior.
(2) Cave cree que la mayor parte de ellos fueron compuestos alrededor del año 130 d.C., y el resto antes del año 192 d.C. Du Pin los sitúa

alrededor del año 160 d.C. Lardner cree que pueden haber sido completados antes del año 169 d.C., aunque posiblemente no hasta el año 190 d.C. Justino Mártir se refiere a ellos repetidamente; y Hermas probablemente aludió a ellos en el libro 1, vis. ii. (a)

(a) Los oráculos sibilinos originales (paganos) fueron destruidos en el año 74 a.C. Sin embargo, muy pronto se recopilaron otros nuevos, y a partir de ellos, quizás también algunos de origen judío (Josefo, Antiq. 1, 4, 3, de Orac. Sibyll. III: 35), se formaron los oráculos sibilinos cristianos. Se han atribuido de diversas maneras a Montano, a Cristiana de Alejandría, a los gnósticos e incluso a Tertuliano; y también se han considerado producciones de diferentes épocas, y algunos las han considerado como pertenecientes a edades que van desde aproximadamente el año 200 a.C. (en algunos de sus materiales) hasta el año 500 d.C. Gran parte de esto es mera conjetura. Sin duda son de origen muy temprano y se los ha atribuido generalmente al siglo II, al que sin duda pertenece una parte importante.

No sólo Justino Mártir los utilizó, sino también Teófilo de Antioquía, Atenágoras, Clemente de Alejandría, Orígenes, Agustín, Eusebio, etc. Opsopceus, en sus notas, pág. 27, dice que los Oráculos enseñan "que los malvados, que sufren en el infierno (Gehena), después de un cierto período, y mediante la expiación de las penas, serían liberados de los castigos, lo cual era la opinión de Orígenes", etc. Opsop. París, 1599.

Tal vez sea bueno afirmar que existe un acuerdo general entre los eruditos sobre el hecho de que estos Oráculos enseñan el universalismo. Hay una nota interesante sobre este punto en el *Universalist Quarterly*, de julio de 1868, escrita por un erudito reconocido, el Dr. T.B. Thayer. El erudito Musardus, en Historia Deorum Fatidicorum, etc., Colonise Allobrogium, 1675, pág. 184, al que se refiere el Dr. Thayer, afirma que el autor de los Oráculos dice "que los condenados serán liberados después de haber soportado castigos infernales durante muchos siglos", "lo cual fue un error de Orígenes". Bicit danmatos liberandos postquam paenas

infernales per aliquot secida erunt perpessi, qui Origenis fuit error. Así, Davis, en su traducción del francés del Tratado de las Sibilas, etc. de Blondel, Londres, 1661, evidentemente adopta el mismo punto de vista, aunque interpreta el pasaje al que se hace referencia como si implicara que Dios da a los hombres el poder de salvarse a sí mismos. El Dr. Thayer también advierte que en la traducción latina de los Oráculos de Castalio (que está encuadernada con la versión griega de nuestra edición), ántropo (anthropois) se traduce como homines en el pasaje citado por el Dr. Ballou. La obra latina de Gallaeus, 1688, Amsterdam, tiene homines. En sus Dissertationes, c. xxiii, argumenta contra el universalismo, tal como lo enseñaban las sibilas y Orígenes. — A.St.J.C. [p.036]

Las sibilas eran consideradas profetisas muy antiguas, de extraordinaria inspiración entre los romanos y los griegos; pero sus libros, si es que alguna vez existieron, siempre habían sido cuidadosamente ocultados al público y

consultados solo en casos de emergencia y por orden del gobierno. La gran veneración con que se tenía entre el vulgo a estas supuestas, pero desconocidas, profecías, indujo a algunos fanáticos a fabricar, bajo el nombre de las Sibilas y en forma de antiguas predicciones, una narración de los acontecimientos más sorprendentes de la historia sagrada y una descripción de lo que entonces se consideraba la fe cristiana. [p.037]

Esta obra, que ahora tenemos con algunas variaciones (1) en ocho libros de groseros versos griegos, fue enviada al mundo para convertir a los paganos mediante el supuesto testimonio de sus propias profetisas. Parece que los cristianos ortodoxos en general la acogieron con avidez, y todos sus principales escritores (2) la citaron como genuina y presentaron sus testimonios como evidencia indudable. Es mortificante contar que ninguno de ellos tuvo la honestidad de descartar el fraude, incluso cuando fue descubierto por sus oponentes paganos.

Estos libros, aunque publicados en la iniquidad, sirven para mostrar qué sentimientos existían entre los cristianos, lo que, de hecho, es casi toda la utilidad de las producciones genuinas de este período. Contienen la declaración explícita más antigua que existe de una restauración de los tormentos del infierno. Después de haber predicho la quema del universo, la resurrección de los muertos, la escena ante el tribunal eterno y la condenación y los horribles tormentos de los condenados en las llamas del infierno, el escritor procede a explayarse sobre la bienaventuranza y los privilegios de los salvados; y concluye su relato diciendo que, después del juicio general, "el Dios omnipotente e incorruptible conferirá otro favor a sus adoradores, cuando se lo pidan: salvará a la humanidad del fuego pernicioso y de las agonías inmortales".

(1) Así piensan Fabricius, Du Pin, Le Clerc, Lardner y Jortin. Otros hablan de estos versos que existen ahora como totalmente iguales a los antiguos. Paley, quien al llamarlos versos latinos, delata su ignorancia

sobre ellos, supone que no pueden ser esa obra antigua, porque es tal la manifestación de su falsificación que no pudieron haber engañado a los primeros padres haciéndoles creer en su autenticidad. (Evidencias del cristianismo, parte i., cap. IX, secc. XI.) Dejando todo esto de lado, podría haber dicho, con igual propiedad, de los mismos pasajes que en realidad citaron. Probablemente eran conscientes de la falsificación.
(2) Justino Mártir, Atenágoras, Teófilo de Antioquía, Clemente Alejandrino y los padres que le sucedieron. [p.038]

Esto hará. Porque, habiéndolos reunido, a salvo de la llama agotada, y asignado a otro lugar, los enviará, por amor a su pueblo, a otra vida eterna, con los inmortales en la llanura Elísea, donde fluyen perpetuamente las largas y oscuras olas del profundo mar de Aqueronte." (1)
Esta obra está llena de las fábulas de los griegos sobre los demonios, los Titanes o gigantes y las regiones infernales. El mundo iba a ser quemado hacia fines del

siglo II; y luego toda la humanidad sería sacada del receptáculo secreto de los muertos para ser juzgada; cuando los viciosos y abominables serían condenados a un intenso tormento de fuego, repetidamente llamado eterno, y descrito casi en el lenguaje de los poetas paganos, y con muchas de las circunstancias que ellos emplearon. Los justos, por el contrario, serían recibidos en un cielo que se asemejaría demasiado a los Campos Elíseos; (2) y finalmente, a petición suya, los condenados serían admitidos a la misma felicidad. (3)

(1) Sibyll. Oracular, lib. ii p. 212, edit. Opsopoei, París, 1667.
(2) Todos estos detalles se pueden encontrar en lib. ii.
(3) La siguiente profecía de la conflagración final puede resultar divertida, como muestra de las descripciones del autor: Elías, "el tesbita", descenderá del cielo, arrastrado en un carro celestial, y mostrará al mundo entero los tres signos de la destrucción de toda vida. ¡Ay de aquellos a quienes ese día sorprenda oprimidos por el peso

del vientre! ¡Ay de aquellos que amamanten a los niños y de aquellos que habiten cerca de las aguas! ¡Ay de aquellos que verán ese día! "Desde el sol naciente hasta el sol poniente, y desde el norte hasta el sur, el mundo todo se verá envuelto en la oscuridad de una noche horrible. Un río de fuego ardiente fluirá entonces desde los altos cielos y consumirá por completo la tierra, el vasto océano con su abismo cerúleo, los lagos, ríos, fuentes, el horrible reino de Plutón y el polo celestial. Las estrellas del cielo se derretirán y caerán sin forma. Toda la humanidad rechinará los dientes, rodeada por todos lados por un diluvio de fuego y cubierta de cenizas ardientes. Los elementos del mundo quedarán abandonados: el aire, la tierra, los cielos, el mar, la luz, las noches y los días se confundirán". — Lib. ii., p.201.
[p.039]

150 a 162 d. C.

Pasamos a los escritos del famoso Justino Mártir, el primer erudito profeso de la filosofía griega, cuyas producciones en

favor de la religión cristiana han llegado hasta nosotros. Era oriundo de Neápolis, la antigua Siquem, en Palestina. Habiendo buscado, como él dice, el conocimiento del Dios verdadero, entre todas las sectas de filósofos paganos, finalmente se convirtió al cristianismo por la conversación de un anciano; pero nunca dejó de lado el hábito peculiar ni la profesión de los platónicos. Sin embargo, se comprometió con gran celo y audacia en la causa cristiana, por la que escribió dos Apologías: una, dirigida al emperador Antonino Pío, alrededor del año 150 d. C., y la otra alrededor del año 162 d. C., al emperador sucesor, Marco Antonino, y al Senado y al pueblo de Roma. (1) Fue en esta ciudad, donde había residido durante muchos años, donde selló su testimonio con el martirio, alrededor del año 166 d. C.

Su profesión de filosofía, su lectura extensa aunque superficial, junto con su celo y piedad, le aseguraron una gran reputación e influencia entre los primeros padres, quienes carecían del discernimiento para percibir su falta de juicio sobrio y descubrir los frecuentes

errores en los que lo traicionaban su descuido y su crasa credulidad. Sus primeras nociones paganas, lejos de ser disipadas por la luz de la verdad, solo se modificaron para su nueva religión y las apreció con más cariño, ya que ahora formaban parte de un sistema que él consideraba sagrado.

(1) Cave, Pagi, Basnage y Le Clerc fechan la Primera Apología de Justino alrededor del año 140 d. C.; Massuet, 145; Los editores benedictinos y Tillemont, Grabe, Du Pin y Lardner, en 150. El Diálogo con Tridho fue escrito, sin duda, después de la Primera Apología, pero quizá antes de la Segunda, que generalmente se sitúa en el año 162. Además de estas tres obras, algunos le atribuyen Dos oraciones a los griegos y la Epístola a Diogneto. [p.040]

Supone que los ángeles, una vez descendidos a la tierra, se enamoraron de las mujeres y en sus abrazos engendraron a los demonios. Estos demonios, aprendiendo de los profetas los

principales acontecimientos de la vida y administración de Cristo, inventaron, para imitarlos, las historias de la mitología pagana. Fueron los primeros en instituir la idolatría y todavía continúan seduciendo a los hombres para que la practiquen, mediante los misteriosos trucos que realizan para tal fin; y todo esto, por el deseo de alimentarse de los vapores de los sacrificios y libaciones. (1) Nada puede ser más maravilloso que el variado papel que desempeñan los demonios en este mundo, según las representaciones de Justino. Sin embargo, tenían una desventaja esencial; porque nuestro autor nos asegura que los cristianos, en su tiempo, tenían el don milagroso de exorcizarlos a su antojo, cualquiera que fuera la forma que asumieran o dondequiera que se ocultaran. (2) El lector no puede sorprenderse de que Justino aplicara y explicara las Escrituras sin la menor consideración a la interpretación racional.

Su opinión sobre el estado futuro de la humanidad era que todas las almas, después de la muerte, están reservadas en

un lugar determinado, probablemente el *Infernum* de los latinos, hasta la resurrección y el juicio general; cuando los justos, ya sean cristianos o paganos virtuosos, como Sócrates y Platón, reinarán con Cristo mil años sobre la tierra, y luego serán admitidos en las mansiones celestiales. (3)

(1) Justini. Apolog. Prim., p. 61, edit. París.
(2) Apol. Secund., p. 45, axid passim.
(3) Compárese Dialog, cum. Tryph. págs. 223, 306, Apol. i., pág. 71; Apol. ii., pág. 83, etc., edit. París, 1742. [p.041]

En otro lugar, sin embargo, expresa su opinión sobre este último punto más particularmente, e insinúa que los malvados serán, finalmente, aniquilados: "Las almas", dice, "no son inmortales. No digo que todas las almas morirán. Las de los piadosos permanecerán [después de la muerte] en un cierto lugar mejor, y las de los impíos y malvados en uno peor, todos esperando el tiempo del juicio. De esta

manera, aquellos que son dignos de presentarse ante Dios nunca mueren; pero los demás son atormentados mientras Dios quiere que existan y sean atormentados. Todo lo que existe o existirá en dependencia de la voluntad de Dios es de naturaleza perecedera y puede ser aniquilado hasta el punto de no existir más. Sólo Dios es autoexistente, y por su propia naturaleza imperecedero, y por lo tanto es Dios; pero todas las demás cosas son engendradas y corruptibles. Por lo cual las almas sufren castigo y mueren". (2)

160-170 d.C.

Fue en esta época cuando el venerable Policarpo concluyó una vida anciana y piadosa en medio del rebaño que había cuidado durante mucho tiempo en la gran ciudad de Esmirna. No se permitió que su naturaleza agotada expirara en tranquila decadencia; los paganos que lo perseguían lo buscaron y lo coronaron con los honores del martirio.

(1) Apol. Prim., págs. 57, 64, etc.

Dice que el diablo será castigado durante un período sin fin, απεραντον αιωνα. I Apol. c. xxviii. — A.St.J.C.

(2) Dialog, cum. Tryphonc pp. 222, 223.(a)

(a) Comparar c. V. vi. — A.St.J.C.

La Relación de su martirio (1), escrita, si es genuina (de lo cual hay alguna duda), por su propia iglesia en Esmirna,

(1) *La Relación de su Martirio*, escrita probablemente muy poco después del martirio que relata; que Pearson coloca en el año 147 d.C.; por Usher y Le Clerc en el año 169; y por Petit en 175. Policarpo visitó Roma mientras Aniceto era obispo allí; se supone comúnmente que este último fue elegido para ese cargo en fecha tan tardía como el año 150 d.C.

afirma que los mártires esperaban, al sufrir los tormentos momentáneos de su muerte cruel, "escapar de ese fuego que es eterno y no se extinguirá". (1) Y el

propio Policarpo es representado, por estos escritores, como recordando al Procónsul, ante quien fue procesado y juzgado, "el fuego del juicio futuro y de ese castigo eterno que está reservado para los impíos". (2)

Esta *Relación,* aunque compuesta aparentemente por hombres sencillos e iletrados, y manifiestamente libre de las corrupciones de la filosofía griega, ofrece un ejemplo moderado de la genio hiperbólico de esa época. Cuando la llama, dicen los escritores, se elevó a gran altura alrededor de Policarpo en la hoguera, formó una especie de arco, dejándolo intacto en el medio; mientras un rico olor, como de incienso, salió de su cuerpo y llenó el aire. Los verdugos, al darse cuenta de que no podían destruirlo quemándolo, lo atravesaron con una daga; de la cual salió tal cantidad de sangre que extinguió las llamas, de modo que "despertó admiración en todo el pueblo al considerar qué diferencia había entre los infieles y los elegidos". (3)

(1) *La Relación del martirio* de

Policarpo, § 2. Traducción de Wake.
(2) Ídem, § 11.
(3) Ídem, §§ 15, 16.

170 d.C.

Taciano el Sirio, un converso del paganismo y el estudioso, tal vez, de Justino Mártir, era un hombre de considerable lectura griega y autor de varias obras; [p.043]

De este último, sólo se conserva su *Oración Contra los Gentiles*, en la que afirma que las almas que no tienen la verdad o el conocimiento de Dios mueren con el cuerpo y con él resucitan para ser juzgadas al final del mundo, cuando sufrirán "una muerte en la inmortalidad". (1) A los demonios malvados les asigna la misma condenación final. (2) Es suficientemente evidente que Taciano era, en ese momento, como su maestro, un seguidor de la filosofía platónica; pero hacia el final de su vida cayó en la herejía al prohibir el matrimonio, el vino y diversas clases de carnes, y al defender ciertas nociones gnósticas.

Para abarcar todo lo que se relaciona con

nuestro tema, debemos insertar un pequeño fragmento de una Historia Eclesiástica de Hegesipo, autor cuyas obras se han perdido, pero del que se sospecha que fue un escritor débil y crédulo. Relata que cuando algunos de los parientes de nuestro Salvador fueron llamados ante el emperador Domiciano y se les preguntó sobre la naturaleza del reino que atribuían a Cristo, respondieron que era meramente celestial y que tendría lugar "en la consumación del mundo, cuando él venga en su gloria, juzgue a los vivos y a los muertos y recompense a cada hombre según sus obras". (3)

(1) Tatiani Assyr. Contra Graec. Orat., §§ 6 y 13, (a) inter. Justini Martyr, 0pp. edit. París, 1742. Lardner sitúa esta oración entre los años 165 y 172 d. C.
(2) Ditto, § 14.
(3) Eusebii Hist. Eccl., lib. iii., cap. 20. Lardner fecha la Historia de Hegesipo en el año 173.
(a) No hay nada en el § 6 que diga lo mismo. En el § 13 se dice: "El alma en sí misma, oh griegos, no es inmortal, sino mortal. Pero es

posible que no muera. Al morir se disuelve con el cuerpo, si ignora la verdad; pero después resucita, al final del mundo, unida al cuerpo, recibiendo la muerte como castigo en la inmortalidad" — θανατον δια τιμωριας εν αθανασια λαμδανουσα — A.St.J.C. [Editor: λαμδανουσα probablemente se trata de un error tipográfico y debería ser λαμβανω (G2983), para recibir] [p.044]

Esto es una prueba de la opinión de Hegesipo; pero probablemente ningún historiador lo consideraría como una autoridad para los sentimientos de las personas que menciona. De hecho, ahora se sospecha que toda la historia es fabulosa.

La Epístola de las Iglesias de Lyon y Vienne, que generalmente se supone que fue escrita por el célebre Ireneo, sólo merece un momento de atención. Da un relato conmovedor, aunque tal vez exagerado, de la terrible persecución y martirio de los cristianos en esas dos ciudades, durante el reinado del emperador filósofo, Marco Aurelio. De una

tal Byblias, que por debilidad se había retractado al principio de su profesión, se dice que "en medio de sus tormentos volvió en sí, despertando como si fuera de un sueño profundo; y, recordando el castigo eterno en el infierno, ella, contra las expectativas de todos los hombres, reprendió a sus torturadores". (1)

El siguiente, en orden, es Atenágoras, un filósofo ateniense, y probablemente, durante un tiempo, maestro de ese distinguido seminario cristiano, la Escuela Catequética de Alejandría en Egipto. Dirigió al emperador Marco Aurelio y a su hijo Cómodo una Apología de los cristianos; y escribió un Tratado sobre la Resurrección, para eliminar las objeciones de los paganos y convencerlos, por razonamientos filosóficos, de la verdad de esa doctrina. (2) Aunque fue un escritor erudito y educado, los primeros padres le prestaron poca atención a él o a sus obras.

(1) Eusebii Hist. Eccl., lib. v., cap. 1. Lardner asigna esta epístola al año 177.
(2) Lardner sitúa su Apología en el año 178 d. C. - Su Tratado sobre la

Resurrección probablemente fue escrito poco después. (a)

(a) Comp. c. xviii; c. xxv. — A. St. J. C. [p.045]

Afirma como un hecho manifiesto que "los justos no son debidamente recompensados ni los malvados castigados en esta vida"; y sostiene que no hay base sobre la cual podamos reivindicar los caminos de la Providencia y mantener la justicia de Dios, sino admitiendo una resurrección a un estado de retribución. En el juicio futuro, dice, "se distribuirán premios y castigos a toda la humanidad, según se hayan portado bien o mal"; (1) pero no nos deja ninguna indicación sobre la duración del sufrimiento. Trata como una conjetura no irrazonable el que los animales puedan resucitar de entre los muertos y luego permanecer sujetos al hombre. (2) En cuanto al modo de gobernar el universo, dice que Dios ha distribuido a los ángeles en diferentes rangos y órdenes, y les ha asignado el cuidado de los elementos, los cielos y la tierra. Pero el ángel que preside sobre la materia, junto con

algunos otros, desviándose de su lealtad, se enamoró de mujeres y engendró gigantes; y esos espíritus rebeldes ahora vagan por la tierra arriba y abajo, oponiéndose a Dios, excitando la lujuria y defendiendo la idolatría, para poder refrescarse con la sangre y el vapor de los sacrificios. (3)

(1) Atbenagor. De Resurrec. passim, particularmente la última parte.
(2) Ídem, cerca del comienzo.
(3) Athenagorae Legat. passim.

181 d.C.

De Teófilo, obispo de la iglesia de Antioquía, sólo nos queda una obra: un Tratado en defensa del cristianismo, dirigido a Autólico, un pagano erudito. Hay pruebas suficientes de que nuestro autor era un hombre de al menos un grado moderado de erudición; [p.046] pero, como la mayoría de sus contemporáneos, era desgraciadamente un admirador de la filosofía griega y un creyente en las supersticiones vulgares de los paganos. Sus opiniones sobre el castigo futuro se pueden descubrir en su

exhortación a Autólico: "Lee tú también con estudio las Escrituras proféticas, y tendrás su luz más segura para permitirte evitar los tormentos eternos". Poco después dice de los incrédulos: y abominables, para ellos habrá ira e indignación, tribulación y angustia; y, al final, el fuego eterno será su porción." (1)

180-190 d.C.

Llegamos, por fin, a los escritos de ese distinguido padre, Ireneo (Ireneus, *Irenaeus*). Nacido y criado en Asia Menor, asistió, en su juventud, a los discursos tanto del venerable Policarpo como del débil e imprudente Papías; y tal vez disfrutó de alguna relación con aquellos que habían conversado personalmente con los apóstoles. En un período posterior viajó a Francia, donde su piedad, su celo y devoción a la causa cristiana, junto con sus conocimientos, lo hicieron notable, y finalmente lo elevó al obispado de la iglesia de Lyon.

(1) Theophili ad Autolycum, lib. i., cap. 14, inter Justini Martyr, Opp.

edit. París, 1742. Lardner coloca esta obra en el año 181 d.C.

En otro lugar, sin embargo, b. ii. En el capítulo sxvi, parece enseñar una restauración universal final. Dice: "Dios mostró gran bondad al hombre al no permitirle permanecer eternamente en el pecado, sino que, como una especie de castigo, lo expulsó del Paraíso, para que, habiendo expiado por castigo, dentro de un tiempo determinado, el pecado, y habiendo sido disciplinado, pudiera posteriormente ser restaurado. Por lo tanto, también, cuando el hombre había sido formado en este mundo, como se da a conocer místicamente en el Génesis, como si hubiera sido colocado dos veces en el Paraíso; de modo que uno se cumplió cuando fue colocado allí, y el otro se cumplirá después de la resurrección y el juicio. Porque, así como un vaso que, después de haber sido hecho, tiene algún defecto, se rehace o se remodela, para que pueda volverse nuevo y correcto, así llega al hombre por la muerte. Porque de una manera u otra se rompe, para que pueda salir en la resurrección completo, quiero decir sin mancha, justo e inmortal". — A.

Pero, a pesar de sus ventajas, hay algunas cosas en su obra principal restante, *Contra las Herejías,*(1) que muestran que se dejó llevar por el caprichoso y crédulo giro de la época, si es que ese no era también su propio carácter. Dice que los milagros, desde la resurrección de los muertos hasta la expulsión de los demonios, eran realizados con frecuencia por los cristianos en su tiempo, de modo que era "imposible enumerar todas las obras poderosas que la iglesia realizaba, todos los días, en beneficio de las naciones"(2). Irineo no estaba tan imbuido de la filosofía griega como Justino Mártir, pero, como su maestro, Papías, era un asiduo recopilador de tradiciones apostólicas y, basándose en su autoridad, propuso algunas nociones muy ridículas (3). Algunas de sus interpretaciones alegóricas de las Escrituras casi rivalizan, en absurdo despreciable, con las de Bernabé. Observamos, de una vez por todas, que los principales escritores mencionados en

este capítulo coincidieron en atribuir a las Escrituras un doble sentido, uno oculto y misterioso, así como el obvio.

Con respecto al estado futuro, Ireneo supone que las almas, después de la muerte, están reservadas en algún lugar invisible, el Infierno de los paganos, adonde Cristo fue y predicó después de su crucifixión, liberando del sufrimiento a los que entonces creyeron.

(1) Esta es una obra extensa y en muchos aspectos valiosa. Lardner cree que se publicó poco después del año 178 d. C.; Tillemont, cerca del año 190.
(2) Iren. Adv. Haeres, lib. ii., cap. 57.
(3) En el Milenio, dice, "crecerán viñas, cada una con diez mil cepas; cada cepa con diez mil sarmientos; cada rama con diez mil ramitas; cada ramita con diez mil racimos; cada racimo con diez mil uvas; y cada uva, al ser prensada, rendirá veinticinco medidas de vino. Y cuando alguno de los santos vaya a arrancar un racimo, otro racimo gritará: "Soy mejor, tómame a mí y bendice al Señor por medio de mí".

De la misma manera, un grano de trigo sembrado, producirá diez mil espigas; cada espiga diez mil granos; y cada grano diez mil libras de la mejor harina", etc. Ídem, lib. v., cap. 32, 33.
(4) Ídem, Ub. iv., cap. 42, y lib. v., cap. 8. [p.048]

Al fin del mundo, que estaba entonces muy próximo, todos resucitarían y serían llevados a juicio, y los justos serían admitidos a un reinado de mil años con Cristo en la tierra, como preparación para la bienaventuranza sin fin en el cielo, mientras que los injustos serían enviados al fuego inextinguible y eterno. (1) Aquí, parece pensar que serán aniquilados: sostiene que las almas o espíritus, como todas las demás cosas creadas, dependen enteramente de la providencia sustentadora de Dios, para su continuidad en el ser, y que pueden "existir sólo mientras él quiera. Porque", dice, "el principio de la existencia no es inherente a nuestra propia constitución, sino que nos lo dio Dios. El que aprecia este don y agradece al Dador, existirá para siempre;

pero el que lo desprecia y es ingrato, se priva del privilegio de existir para siempre. Por eso, el Señor dijo: Si no habéis sido fieles en lo poco, ¿quién os dará lo que es mucho?" (Lucas 16.11); queriendo decir que quien es ingrato con Él por esta vida temporal, que es poco, no puede esperar con justicia de Él una existencia que sea eterna. (2)

(1) Ireneus Adv. Haeres, lib. v., cap. 27, y passim.
(2) Idem, lib. ii., cap. 64.

En Irineo encontramos el primer intento de resumen formal de la fe, tal como la sostenían las iglesias ortodoxas en general; y, por ello, su compendio, o credo, es digno de mención particular. En oposición a todos los principios peculiares de los gnósticos, presenta el sistema de doctrina que, dice, "las iglesias, aunque dispersas en todas partes del mundo, [p.049] tienen recibido de los apóstoles y de sus discípulos, a saber: Creer en un solo Dios, Padre omnipotente, que hizo el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas

que en ellos hay; en un solo Jesucristo, Hijo de Dios, encarnado para nuestra salvación; y en el Espíritu Santo, que por los profetas declaró la dispensación y venida de Cristo, su nacimiento de una virgen, su sufrimiento, su resurrección de entre los muertos, su ascensión en su carne al cielo, y su venida del cielo, en la gloria del Padre, para reunir en uno todas las cosas y resucitar la carne de todo el género humano; para que ante Jesucristo, nuestro Señor, Salvador y Rey, según la voluntad del Padre invisible, se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua le confesará; y que él dictará una sentencia justa sobre todos, y enviará a los espíritus malvados, y a los ángeles que han transgredido, junto con los hombres impíos, al fuego eterno, pero dará vida a los justos que han guardado sus mandamientos y permanecido en su amor, ya sea desde el principio o después del arrepentimiento, y les conferirá mortalidad y gloria eterna". (1)

(1) Ireneus Adv. Haeres. lib. i.,

cap. 2. Cualquiera, familiarizado con las nociones atribuidas a los gnósticos, percibirá instantáneamente que casi cada expresión en este credo fue redactada con el propósito de oponerse a ellos; como, de hecho, esto se insinúa por la manera en que Ireneo introduce el pasaje.

Un gran número de las primeras producciones de los ortodoxos, y todas las de los herejes, se han perdido, y con ellas, probablemente, alguna información sobre el tema de nuestra historia. Hasta ahora, sin embargo, hemos producido cuidadosamente, en sus propias palabras, la opinión de cada escritor cuyas obras existen; también hemos presentado las opiniones de los herejes sobre este tema, [p.050] de las mejores autoridades a nuestro alcance. Al lector le corresponde el privilegio de las reflexiones que el caso completo, ahora completamente expuesto ante él, pueda sugerirle. Sin embargo, observaremos que de los escritores ortodoxos, casi todos aluden a, o afirman expresamente, un juicio futuro y un estado

futuro de castigo: siete (1) lo llaman eterno, el fuego eterno o tormento; pero de estos hay tres que ciertamente no lo creían interminable, ya que dos de ellos creían que los condenados serían aniquilados, y el otro afirmaba su restauración a la felicidad. No se puede determinar cuáles eran las opiniones de los cuatro restantes sobre este punto; porque la circunstancia que acabamos de mencionar muestra que su uso de la palabra eterno no es un criterio. Los otros que hemos revisado guardan silencio con respecto a la duración de la miseria.

A estas observaciones debemos añadir que las sectas gnósticas que se cree que defendían la salvación de todas las almas todavía florecían; pero su historia, como la de todos los cristianos herejes, es oscura e incierta.

Entre los ortodoxos, es curioso observar el aparente progreso del sentimiento sobre un futuro estado de castigo. En sus primeros escritos, el de Clemente Romano y los de Ignacio, se omite por completo, o bien se expresa de la manera más indefinida. Después, lo encontramos

introducido como un motivo peculiar de terror;

(1) A saber, Bernabé, Hermas, los Oráculos Sibilinos, Justino Mártir, Kelation del Martirio de Policarpo, Teófilo e Ireneo en la Carta de las iglesias de Lyon y Vienne, y en su obra Contra las Herejías. [p.051]

y como tal se hizo cada vez más empleado, incluso por aquellos que expresamente le asignaron una duración limitada. Cuando la filosofía griega y las supersticiones paganas comenzaron a prevalecer en la iglesia, pronto lograron delinear toda la topografía del reino infernal, señalaron sus divisiones, describieron sus reglas y sacaron a la luz familiarmente todos sus secretos.

En las partes siguientes de nuestra obra no detendremos al lector con un párrafo específico para cada escritor eclesiástico, sino que dirigiremos nuestra atención más especialmente a aquellos autores y aquellos partidos que abogaron por la salvación de toda la humanidad. Mientras tanto, sin embargo, apuntaremos a una

representación tal que proporcione una visión general de las nociones sostenidas por la iglesia en general, en relación con ese tema. [p.052]

CAPÍTULO III. DESDE EL AÑO 190 AL 230 D.C.

Del 190 al 196 D.C.

De todos los padres cristianos, antes de Orígenes, el escritor más ilustre y el más famoso por su extensa erudición fue Clemente de Alejandría (Clemens) Algunos eruditos alegan contra él que era universalista (1), y lo demuestran con claridad sus obras aún existentes, aunque rara vez nos ofrece una afirmación directa y positiva sobre este punto.

(1) El erudito y ortodoxo Daille dice: "Es manifiesto, en todas sus obras, que Clemente pensaba que todos los castigos que Dios inflige a los hombres son saludables y ejecutados por él solo con el propósito de instrucción y reforma. De esta clase considera los tormentos que sufren los condenados

en el infierno... De lo cual descubrimos que Clemente era de la misma opinión que su erudito Orígenes, quien en todas partes enseña que todos los castigos de los que están en el infierno son purgatorios, que no son eternos, sino que cesarán finalmente, cuando los condenados sean suficientemente purificados por el fuego". Dallaei De Usu Patrum, lib. ii., cap. 4.

El arzobispo Potter, habiendo hablado de la creencia de Orígenes en la salvación de todos los condenados, y del mismo diablo, agrega: "de cuya opinión Clemens no parece haber diferido mucho, ya que enseñó que el diablo puede arrepentirse, y que incluso los pecados más atroces se purgan con castigos después de la muerte". V. Not. en Clem. Alexand. Strom., lib. vi., p. 794, edit. Potter, 1715.

Sin embargo, afirma e ilustra uniformemente la bondad universal de Dios, la naturaleza benévola de la justicia, el designio y efecto saludables del castigo tanto aquí como en el más allá, la purificación de los condenados en el

infierno y su liberación del sufrimiento y exaltación a la bienaventuranza. "El Señor", dice, "hace el bien a todos y se deleita en todos; [p.053] como Dios, perdona nuestras transgresiones, y como hombre, nos enseña e instruye para que no pequemos. El hombre es, en verdad, necesariamente querido por Dios, porque es su obra. Otras cosas las hizo sólo por orden suya; pero al hombre lo formó con su propia mano y le insufló sus propiedades distintivas. Ahora bien, todo lo que fue creado por él, especialmente a su propia imagen, debe haber sido creado porque era, en sí mismo, deseable para Dios, o deseable por alguna otra consideración. Si el hombre fue hecho porque era deseable en sí mismo, entonces Dios lo amó por ser bueno; y ciertamente hay en el hombre ese principio encantador, llamado el aliento o inspiración de Dios. Pero si fue por algún otro fin deseable por el que fue hecho, entonces no podría haber otra razón por la que Dios lo creara, sino que Dios no podía de otra manera ser un Creador benévolo, ni su gloria ser mostrada a la

raza humana. . . . Y, en efecto, en ambos casos, el hombre puede decirse, en sí mismo considerado, un ser deseable para Dios, ya que el Todopoderoso, que no puede errar en sus empresas, lo hizo tal como él quería. Por eso lo ama. ¿Cómo, en efecto, es posible que no lo ame, a quien envió a su Hijo Unigénito de su propio seno? " (1)

Hay algunos, (2) dice Clemente, que niegan que el Señor sea bueno, porque inflige castigos y ordena el temor. A esto responde que "no hay nada que el Señor odie; porque no puede odiar algo y, sin embargo, querer que exista; ni puede querer que algo no exista y al mismo tiempo hacer que exista.

(1) Clemente Alejandrino. Paedagog., lib. i., cap. 3, pp. 101, 102, edit. Potter.
(2) Clemente alude aquí a los marcionitas, una secta gnóstica.

Ahora bien, como el Señor es ciertamente la causa de todo lo que existe, no puede, por supuesto, desear que algo que es no

sea; y por lo tanto no puede odiar nada, ya que todo existe por su propia voluntad". Y, continúa nuestro autor, "si no odia ninguna de sus obras, entonces es evidente que las ama a todas, especialmente al hombre por encima del resto, que es la más excelente de sus criaturas. Ahora bien, quien ama a otro desea beneficiarlo; y por lo tanto Dios hace el bien a todos. No sólo los bendice en algunos detalles, sino que descuida todo cuidado sobre ellos; es cuidadoso con ellos y solícito con sus intereses". En consonancia con esto, Clemente agrega que la "justicia de Dios, en sí misma, no es nada más que bondad; porque recompensa a los virtuosos con bendiciones y conduce al mejoramiento de los pecadores. Hay muchas afecciones malas que sólo pueden curarse con el sufrimiento. El castigo, en su acción, es como una medicina: disuelve el corazón duro, purga la suciedad de la inmundicia y reduce las hinchazones del orgullo y la altivez, restaurando así a su sujeto a un estado sano y saludable. No es por odio, por lo tanto, que el Señor reprende a la

humanidad." (1)
"Es el oficio de la justicia saludable", dice él, en otro lugar, "exaltar continuamente todo hacia el mejor estado del que es capaz.

(1) Pedagog., lib. i., cap. 8, pp. 135-140. N. B. — He intentado en este párrafo comprimir el argumento que Clemens, en su estilo difuso y método divagante, extiende en dos o tres páginas en folio. (a)
(a) Comp. Strom, i., xxvi. 11, "y el castigo, en virtud de serlo, es la corrección del alma". Y viii., xvi. 24. "Pero así como los niños son castigados por sus maestros o por su padre, así somos nosotros por la Providencia. Pero Dios no castiga, porque el castigo es la retribución del mal. Sin embargo, castiga para bien a los que son castigados, colectivamente e individualmente". — A.St.J.C. [p.055]

Las cosas inferiores están adaptadas para promover y confirmar la salvación de lo que es más excelente; y así, todo lo que está dotado de alguna virtud se cambia

inmediatamente para mejor, mediante la libertad de elección, que la mente tiene en su propio poder. Y los castigos necesarios del gran Juez, que mira a todos con benignidad, hacen que la humanidad se aflija por sus pecados e imperfecciones, y los hacen avanzar a través de los diversos estados de disciplina hacia la perfección." (1) "Aun la ira de Dios, si así se puede llamar a sus admoniciones, está llena de benevolencia hacia la raza humana; por amor a la cual la palabra de Dios se hizo hombre." (2)

(1) Stromat., lib. vii., cap. 2, p. 825.
(2) Pedagog., lib. i., cap. 8, p. 142.

Los mismos medios que se emplean en la tierra para la salvación de los vivos se introducen, piensa, entre los muertos, para la restauración de los que murieron, ya sea en pecado, o en ignorancia e incredulidad hacia Jesucristo: "Por lo cual, nuestro Señor", dice él, "predicó también en las regiones de los muertos; porque dice la Escritura: El Sepulcro dice a la

Destrucción: No he visto su rostro, pero he oído su voz" (Job 28:22). Pero no es el lugar el que habla así, sino sus habitantes, que se habían entregado a la destrucción. Ellos oyeron el poder y la voz divina. Y, en verdad, ¿quién puede suponer que las almas [que partieron ignorantes de Cristo] sean abandonadas indistintamente, las virtuosas y las viciosas, a la misma condenación, poniendo así en tela de juicio la justicia de la providencia? ¿No nos informa la Escritura que el Señor predicó el evangelio incluso a los que perecieron en el diluvio y fueron confinados en prisión? (1) [p. 056] Ya hemos demostrado que los apóstoles también, así como su Maestro, predicaron el evangelio a los muertos. . . . Por tanto, puesto que el Señor descendió a los infiernos con el único propósito de predicar allí el evangelio, lo predicó o a todos, o sólo a los judíos. Si a todos, entonces todos los que creyeron allí, fueron salvados, ya fueran judíos o gentiles. Y los castigos de Dios son saludables e instructivos, conducen a la enmienda y prefieren el arrepentimiento a

la muerte del pecador; especialmente porque las almas en su estado separado, aunque oscurecidas por las malas pasiones, tienen un discernimiento más claro que cuando estaban en el cuerpo, porque ya no están nubladas ni estorbadas por la carne ". (2) Además dice: "Ahora bien, todos los poetas, así como los filósofos griegos, tomaron sus nociones de los castigos después de la muerte y los tormentos del fuego de los hebreos. ¿No menciona Platón los ríos de fuego y ese profundo abismo que los judíos llaman Gehena [infierno], junto con otros lugares de castigo, donde el carácter de los hombres se reforma mediante el sufrimiento? (3) Sin embargo, excedería con mucho nuestros límites transcribir los pasajes de este tipo dispersos en sus escritos.

(1) En otro lugar Clemente dice: "Si, pues, el Señor predicó el evangelio a los que estaban en la carne, para que no fueran condenados injustamente, ¿no era necesario, por la misma razón, que predicara también a los que habían partido de

esta vida antes de su advenimiento? Y como toda carne pecadora pereció en el diluvio, debemos creer que la voluntad de Dios, que tiene el poder de instruir y operar, confiere salvación a aquellos que se convierten por los castigos infligidos sobre ellos". Stromal., lib. vi., cap. 0, pág. 766.

(2) Stromat., lib. vi., cap. 6, pp. 763, 764.

(3) Ditto, lib. v., cap. 14, pág. 700. [p.057]

Con respecto a la salvación real de todos, las siguientes son, quizás, sus expresiones más completas y precisas: "¿Cómo es un Salvador y Señor, a menos que sea el Salvador y Señor de todos? Ciertamente es el Salvador de los que han creído; "y de aquellos que no han creído que él es el Señor, hasta que, al ser llevados a confesarlo, recibirán la bendición apropiada y bien adaptada para ellos mismos." (1) "El Señor", dice él, "es la propiciación, no sólo por nuestros pecados, es decir, de los fieles, sino también por todo el mundo (1ºJuan 2:2); por lo tanto, él ciertamente salva a todos,

pero convierte a algunos por medio de castigos, y a otros ganando su libre voluntad; de modo que tiene el alto honor, de que ante él se doble toda rodilla, de las cosas en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra; es decir, ángeles, hombres y las almas de aquellos que murieron antes de su advenimiento." (2)

Es notable que Clemente, a diferencia de los otros padres antiguos que creían en el universalismo, parece haber evitado el uso de epítetos y frases como eterno, por siempre y para siempre, etc., en relación con la miseria. (3) Tampoco parece haber considerado muy intensos los tormentos del estado futuro, ya que nunca los representa con colores terribles ni se detiene en ellos de una manera que agite la mente con miedo. Cuando el cristiano virtuoso muere, entra en una disciplina suave y agradecida, que, al purificar sus faltas restantes y suplir sus imperfecciones, lo eleva por grados de gloria en gloria, hasta que llega a la perfección;

(1) Stromat., lib. vii., cap. 2, p.

833.
(2) Fragmenta. Adumbrat. en Epist. I. Johan., p. 1009.
(3) El único lugar que recuerdo en todos sus escritos, donde alguna de estas palabras controvertidas se aplica al sufrimiento, es Petragog., lib. i., cap. 8, fin p. 142. “Cuando el alma ha dejado de dolerse por sus pecados, no es, ni siquiera entonces, el momento de infligirle una herida mortal, sino una herida saludable, para que con un poco de dolor pueda escapar de la muerte eterna.” [p.058]

Pero el alma de un infiel obstinado y vicioso debe, antes de que pueda comenzar esta sublime progresión, ser vencida por un severo castigo, instruida en el conocimiento de la verdad y llevada a controlar sus pasiones.

Como todos los padres primitivos, Clemente sostuvo la completa y permanente libertad de la voluntad humana, contrariamente a las doctrinas ortodoxas actuales de predestinación y gracia irresistible. El pecado original y la depravación total eran desconocidos en su

época; como lo era también la noción moderna de una conversión misteriosa y contranatural.

Ahora podemos completar el bosquejo de su sistema general de doctrina: Dios, infinitamente e inmutablemente bueno, creó al hombre recto, aunque no enteramente (1) perfecto, y lo diseñó a él y a toda su posteridad para la felicidad. Pero Adán, siendo dejado a su propio libre albedrío, cedió a la tentación; y así, en mayor o menor grado, toda la humanidad después de él. Así, como el mundo empezó a crecer en la ignorancia de Dios, en la complacencia del vicio y bajo el dominio de los demonios malignos, el Todopoderoso dio, como remedio parcial, la Ley a los judíos y la Filosofía a los gentiles, para contenerlos e ilustrarlos en cierta medida, hasta la venida de Cristo. Tanto la Ley como la Filosofía fueron preparatorias para el Evangelio; y en la medida en que los hebreos por un lado, y los paganos por el otro, conservaron y practicaron sus respectivos sistemas en su prístina pureza, fueron justificados; aunque todavía necesitaban la fe

evangélica para prepararse para el cielo. Finalmente, Dios quiso conceder al mundo una revelación completa y perfecta;

(1) Stromat., lib. iv., cap. 23, p. 632. [p.059]

y para este propósito envió a su Hijo, el Jehová del Antiguo Testamento, que era un agente divino, engendrado por el Padre. No vino para apaciguar a Dios, a quien Clemente consideraba originalmente e inmutablemente bueno, sino para aplastar el poder de los demonios malignos, para impartir el conocimiento y recomendar el amor de Dios a la humanidad, para instruirla en la religión y para poner ante ella un ejemplo perfecto de piedad y virtud. Para que estos medios sean eficaces para la salvación del mundo, todo el sistema de la divina providencia y gobierno está constantemente dirigido a inducir a la humanidad a creer y obedecer a su Salvador. Con este fin, el Todopoderoso los insta con amenazas y castigos, y los seduce con promesas y recompensas; y si

mueren impenitentes o incrédulos, se sigue un curso similar con ellos después de la muerte, hasta que se los somete. Después de todo, la fe y la obediencia dependen, tanto aquí como en el más allá, del libre albedrío de la criatura; aunque Dios, por su Espíritu Santo, comunica impulsos a todos y, por su gracia, ayuda a quienes se esfuerzan por obedecer. Tales eran sus puntos de vista. Fue un defensor entusiasta de la Iglesia ortodoxa contra los herejes, particularmente contra todos los gnósticos; y tuvo la buena o indiferente fortuna de que, a pesar de su manifiesto universalismo, su doctrina no fue reprendida por ninguno de sus contemporáneos, ni su posición jamás puesta en tela de juicio, ni siquiera en épocas posteriores, cuando las obras de Orígenes llegaron a ser anatematizadas, en parte debido al mismo sentimiento.

Algunos piensan que Tito Flavio Clemente, llamado usualmente Clemente Alejandrino o Clemente de Alejandría, era nativo de Atenas, y otros de Alejandría en Egipto, donde ciertamente pasó la parte más memorable de su vida. [p.060]

Se desconocen las fechas precisas de su nacimiento y muerte; y no se conserva el más mínimo relato de su niñez y juventud. Parece que, después de viajar por muchos países en busca de conocimiento filosófico y religioso, finalmente se sentó bajo las instrucciones del erudito Panteno, un filósofo cristiano, en Egipto. En esta ciudad, Clemente estudió, de acuerdo con el plan de su maestro, cómo extraer de todos los esquemas filosóficos en boga, tanto de los orientales como de los griegos, lo que él consideraba sus principios originales, y cómo formar un sistema para sí mismo a partir de todos ellos combinados, aunque dio una preferencia decidida a los principios de los estoicos. Hacia el año 195, fue ordenado presbítero en la iglesia de Alejandría y, casi al mismo tiempo, fue designado, en ausencia de Panteno, para ocupar su puesto como presidente de la famosa Escuela Catequética de esa ciudad. Además de los cuidados y trabajos que necesariamente le correspondían por estos dos cargos, se cree que compuso, aproximadamente en esta época, las obras

suyas que aún se conservan. (1)

(1) Estos son, 1, Su *Exhortación a los Gentiles*, diseñada para refutar las nociones de los paganos, y convencerlos de la verdad del cristianismo; 2, su *Paedagogo*, escrito para instruir a los nuevos conversos, y para entrenarlos en una vida santa y verdaderamente cristiana; 3, su *Stromata*, una obra miscelánea, que contiene una ilustración más particular de la doctrina cristiana, junto con refutaciones tanto de las religiones paganas, como de las opiniones heréticas, particularmente las de los gnósticos; 4, su Tratado titulado, *¿Qué hombre será salvo?* ; 5, su *Epítome de la Doctrina Oriental de Teodoto*; y 6, sus *Comentarios* sobre algunas de las Epístolas del Nuevo Testamento. Estos comentarios fueron considerados anteriormente como suposiciones; pero ahora generalmente se consideran fragmentos de sus *Hipótipos*, una obra que se perdió. Sus Exhortaciones a los Gentiles, Pedagogo y Stromata. Se supone que

fueron escritas entre 193 y 195 d. C. (Dodwell, Dissert, iii. in Irenajum, y Dissert, de prim. Pontif. Ptoman. successione. Moshcim. Dissertationes ad Hist. Eccl., vol. I., pp. 34-38); sus Hypotyposes tal vez anteriores.
[p.061]

Alejandría, después de Roma la ciudad más poblada y frecuentada de esa época, era entonces el gran emporio de la literatura, la filosofía y la religión. El esplendor del saber, que una vez había brillado tan intensamente sobre Atenas, parecía volver, aunque con muchos colores fantásticos, a brillar sobre la tierra natal de las letras y la ciencia. Parte de la celebridad y muchas de las ventajas de las que disfrutaba ahora la capital de Egipto surgían, sin duda, de su inmensa biblioteca, la más grande que el mundo había visto jamás. Setecientos mil manuscritos, depositados en dos secciones de la ciudad, ofrecieron a los genios inquisitivos que se reunieron de todas las regiones, todos los tesoros de la sabiduría y la locura antiguas.

Desde los días de los apóstoles, los cristianos de esta ciudad habían mantenido una escuela, fundada, se dice, por San Marcos; pero siempre había sido oscura y se mantuvo de manera más bien privada, hasta la época de Panteno. Cuando sucedió en su cuidado, la dio a conocer públicamente y pronto la convirtió en el primero, en carácter y renombre, de todos los seminarios cristianos antiguos.

Mientras Clemente presidió aquí, con distinguida reputación, tuvo el honor de instruir a algunos que llegaron a ser eminentes en la iglesia, particularmente Alejandro, más tarde obispo de Jerusalén, y el célebre Orígenes. Pero alrededor del año 202 d.C., la persecución bajo el emperador Severo, que extendió la muerte y el terror a través de la iglesia de Alejandría, expulsó a Clemente de la ciudad. Se supone que aprovechó esta oportunidad para volver a visitar los países orientales; y lo encontramos, en el año 205, en Jerusalén, en compañía de su alumno, Alejandro. [p.062]

Desde este lugar lo rastreamos hasta

Antioquía; de donde regresó, se cree, a Alejandría, y, en relación con Orígenes, reanudó, por un tiempo, el cuidado de la escuela. Murió no lejos, probablemente, del año 217 d.C. (1)

(1) Para su vida, véase *Cave's Lives of the Fathers*, y *Lardner's Credibility*, etc., cap. Clemente de Alejandría.

Tan imperfecto es el relato conservado de este distinguido padre. De su erudición, los antiguos hablan uniformemente en términos de admiración. Su lectura era ciertamente extensa, casi universal; la historia, la poesía, la mitología y la filosofía le parecen perfectamente familiares; y las Sagradas Escrituras, junto con todo lo relacionado con los asuntos de la iglesia, fueron atesorados en su memoria. Su gran erudición y piedad, junto con su plácida benevolencia de carácter, debieron de haber contribuido a que fuera estimado y amado. Si juzgamos por el carácter de sus escritos, sus pasiones eran naturalmente moderadas, su corazón benigno e incapaz de

amargura y severidad. Sin embargo, la imparcialidad nos obliga a observar que, como el resto de los primeros padres, carecía de un juicio sobrio; era crédulo, fantasioso e incorrecto, ignorante de la crítica racional y se deleitaba con las interpretaciones alegóricas de las Escrituras. Su afición por los sistemas paganos de filosofía era extravagante, y se cree que su ejemplo tuvo la perniciosa influencia de recomendar esos sistemas a una admiración más general en la iglesia. Era naturalmente un genio poético; su estilo a menudo cae en el metro, y sus obras abundan en citas de los antiguos poetas y filósofos, así como de las Escrituras. Su método de escritura es descuidado, débil y a veces muy inconexo. [p.063]

200 a 204 d.C.

Dejando de lado a varios escritores de poca importancia, haremos ahora algunas observaciones sobre los únicos padres eminentes que le sucedieron antes de Orígenes. Contemporáneo de Clemente, pero perteneciente a la iglesia occidental

o latina, fue el célebre Tertuliano, presbítero de Cartago en África; hombre de vasto saber, de genio fuerte y vehemente, pero severo y taciturno, supersticioso y fanático, incluso cuando se lo compara con los de su propia época. Se cree que fue el primer escritor cristiano que afirmó expresamente que los tormentos de los condenados serán de "igual (1) duración" que la felicidad de los bienaventurados.

(1) Apología de Tertuliano, cap. 18. En la resurrección y el juicio general, dice, "Dios recompensará a sus adoradores con vida eterna; y arrojará a los profanos a un fuego igualmente perpetuo e ininterrumpido". Véase Whiston sobre la eternidad del infierno y los tormentos, pág. 86. N. B.: La Apología de Tertuliano fue escrita alrededor del año 200 d. C. (a)
(a) Este es el único lugar, hasta donde hemos descubierto, donde Tertuliano es tan preciso en cuanto a la duración del castigo. Como todos los "padres", habla libremente del castigo "eterno". Sin embargo, no es en absoluto seguro que no

buscara el fin del pecado, ya sea mediante la aniquilación del pecador o su restauración en algún momento en el futuro lejano. En su obra contra Marción, argumenta contra la limitación de la salvación por parte de Marción, de esta manera: "Pero como Dios es eterno y racional, así pienso: Él es perfecto en todas las cosas. 'Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto'" (Mat. 5:48). Ya se ha demostrado plenamente que es, en efecto, imperfecto, ya que se descubre que no es ni natural ni racional. Sin embargo, la misma conclusión se hará evidente ahora por otro método: no es simplemente imperfecto, sino realmente defectuoso, débil y agotado, que no abarca el número completo de sus objetos materiales y no se manifiesta en todos ellos. Porque no todos son salvables, sino algunos de todos los súbditos del Creador, tanto judíos como cristianos. Ahora bien, cuando la mayor parte de los hombres perecen de esta manera, ¿cómo se puede defender como perfecta la bondad que en la mayoría de los casos es inoperante, sólo en algunos casos es algo, en muchos es

nula, sucumbe a la perdición y es cómplice de la destrucción? Y si tantos no logran la salvación, no será por la bondad, sino por la malignidad. Porque así como la operación de la bondad es la que trae la salvación, también es la maldad la que no la trae... — Mientras prefieras a tu Dios al Creador por el simple motivo de su bondad, y puesto que Él profesa tener este atributo como única y completamente suyo, no debería haber carecido de él para nadie. — B. i. c. xxiv. Conip. xxvi. — ''Pero sería más indigno de Dios perdonar al malhechor que castigarlo, especialmente en el Dios más bueno y santo, que no es enteramente bueno de otra manera excepto como enemigo del mal, y eso hasta tal punto que muestra su amor al bien por el odio al mal, y cumple su defensa del bien por la extirpación del mal. — A.St.J.C. [p.064]

Esta circunstancia, de hecho, no es prueba de que la misma opinión nunca se haya sostenido antes; Pero podemos decir con seguridad que, de todos los padres

primitivos, no hubo ninguno con cuya disposición natural la doctrina de la miseria sin fin se ajustara mejor que la de Tertuliano: "Os gustan los espectáculos", dijo, en alusión a los paganos; "Hay otros espectáculos: aquel día descreído, ridiculizado por las naciones, aquel último día eterno del juicio, cuando todas las edades serán absorbidas en una conflagración, ¡qué variedad de espectáculos aparecerán entonces! ¡Cómo admiraré, cómo reiré, cómo me regocijaré, cómo exultaré, cuando vea a tantos reyes, adorados como dioses en el cielo, junto con el propio Júpiter, gimiendo en el abismo más bajo de las tinieblas! Tantos magistrados que persiguieron el nombre del Señor, licuándose en llamas más feroces que las que jamás encendieron contra los cristianos; tantos filósofos sabios ruborizados en fuego furioso, con sus estudiantes a quienes persuadieron a despreciar a Dios y a no creer en la resurrección; y tantos poetas temblando ante el tribunal, no de Radamanto, no de Minos, sino del Cristo descreído! Entonces oiremos a los trágicos más melodiosos

bajo sus propios sufrimientos; "Entonces veremos a los jugadores mucho más vivaces en medio de las llamas; al auriga todo al rojo vivo en su carro en llamas; y a los luchadores arrojados, no sobre la lista acostumbrada, sino sobre una llanura de fuego". (1)

(1) Tertuliano, de Spectaculis, cap. 30. Escrito alrededor del año 203 o 204 d.C. [p.065]

Tal es el entusiasmo con que su espíritu feroz se recrea en la perspectiva de los tormentos eternos. Su disposición sombría y entusiasta pronto lo llevó a abandonar las iglesias regulares, por no ser lo suficientemente austeras y visionarias, y a unirse a la secta fanática de los montanistas.

Después de Tertuliano está Minucio Félix, otro escritor de la iglesia occidental, romano o africano, abogado de profesión y hombre de considerable erudición. Su Diálogo, la única obra que nos ha dejado, es una disputa popular, escrita con elegancia, en defensa del cristianismo

contra el paganismo; pero su belleza está algo empañada por una mezcla de supersticiones paganas, y su fuerza se ve perjudicada por la frecuente declamación en lugar de la argumentación. El autor parece afirmar la estricta eternidad de los tormentos del infierno y representar que la suya era la opinión común de los cristianos sobre el tema. En alusión a la fábula griega del tremendo juramento de los dioses, dice que Júpiter jura por las hirvientes orillas del río de fuego y "se estremece ante los tormentos que le esperan a él y a sus adoradores: tormentos que no conocen medida ni fin. Porque allí el fuego sutil quema y repara, consume y nutre; y así como los relámpagos no consumen los cuerpos que destruyen, y como el Etna, el Vesubio y otros volcanes siguen ardiendo sin gastar su combustible, así también estas llamas penales del infierno se alimentan, no de la disminución de los condenados, sino de los cuerpos que devoran sin consumir". (1)

(1) Minucii Fel. Dialog., cap. 34. Lardner fecha este Diálogo en el año

210 d.C.; Algunos críticos la han asignado a un período anterior, y otros a uno posterior, incluso al año 230. [p.066]

En otro pasaje, se representa al objetor del cristianismo diciendo que los cristianos amenazan a todos, excepto a ellos mismos, "con tormentos que nunca tendrán fin". (1)

Clemente, Tertuliano y Minucio Félix, al tratar la región infernal y sus tormentos, adoptan con frecuencia el lenguaje y algunas de las opiniones de los antiguos poetas paganos. Desde Justino Mártir, había sido una opinión común entre los padres ortodoxos que, al morir, todas las almas, tanto las justas como las malvadas, descendían al Hades de los griegos, o Infernum de los latinos; que era un mundo subterráneo que constaba de dos divisiones generales, las mansiones de los justos y las moradas de los culpables. Aquí moraban los espíritus separados, ya sea en alegría o sufrimiento, según sus diferentes caracteres y méritos, pasando por diversos cursos de disciplina y

purificación, como pensaban algunos; o fijados en sus respectivas posiciones, a la espera de la decisión del juicio general que se acercaba, como lo representaban otros. Algunos de los padres, (2) sin embargo, no parecen haber creído en la existencia consciente del alma en el intervalo entre la muerte y el juicio general; pero este último evento, todos estaban de acuerdo, estaba cerca, cuando el mundo sería destruido por el fuego, dice Tertuliano, al final de su propia era.

(1) Minucii Fel. Dialog., cap. 11.
(2) A saber, Taciano y quizás Minucio Félix.

Para concluir este capítulo, puede ser apropiado dar, en la medida de lo posible, un relato sucinto del estado del universalismo en el período que ahora se considera. Parece, entonces, que de los cristianos ortodoxos algunos creían en la salvación final de toda la humanidad, después de un castigo futuro para los malvados; [p.067] mientras que otros, nuevamente, sostenían la doctrina de la

miseria sin fin. Sin embargo, esta diversidad de opiniones no ocasionó divisiones, controversias ni contiendas entre ellos, y ambos sentimientos coexistieron en la iglesia sin ningún reproche. Si podemos aventurar una conjetura, los ortodoxos no tenían, en general, una opinión fija sobre el tema. Todos estaban de acuerdo en que había un estado futuro de sufrimiento, pero probablemente pocos se preguntaban si sería interminable, si terminaría en la aniquilación o si daría como resultado una restauración general. Podemos suponer que tal fue el caso de las iglesias ortodoxas. Mientras que otros, por otra parte, sostenían la doctrina de la miseria sin fin. Sin embargo, esta diversidad de opiniones no ocasionó divisiones, controversias ni contiendas entre ellos; y ambos sentimientos coexistieron en la iglesia sin reproche alguno. Si podemos aventurar una conjetura, los ortodoxos no tenían, en general, una opinión fija sobre el tema. Todos estaban de acuerdo en que había un estado futuro de sufrimiento; pero si sería sin fin, o terminaría en la

aniquilación, o si resultaría en una restauración general, eran probablemente puntos que pocos investigaban. Tal, podemos suponer, fue el caso de las iglesias ortodoxas.

Pero no debemos olvidar aquí a los universalistas entre los cristianos gnósticos. Los basilidianos, carpocratianos y valentinianos estaban ahora escasamente dispersos por toda la cristiandad, y abundaban en algunos lugares, particularmente en Egipto y los países adyacentes. Aunque coincidían con los universalistas entre los ortodoxos en el simple hecho de la salvación final de todas las almas, su negación de la resurrección y de un juicio futuro, sus opiniones sobre la creación de este mundo y, en resumen, la masa de fábulas orientales que tenían en común con el resto de los gnósticos, los privaban de todo trato con sus hermanos, excepto como oponentes. Ellos eran gnósticos y los otros eran ortodoxos; estos eran los términos de distinción. Como el universalismo, de uno u otro lado, no era un tema de abuso, tampoco era una ocasión para un favor especial y amistad;

y la sorprendente diferencia entre sus opiniones, en casi cada particular en todo el círculo de la teología, ocasionó un altercado perpetuo, en el que los pocos ejemplos de su acuerdo mutuo fueron pasados por alto u olvidados. [p.068] Todo el cuerpo de los ortodoxos, fueran universalistas o no, se pusieron en formación uniforme contra los gnósticos de todo tipo; y éstos, a su vez, unieron sus diversas sectas en la lucha contra sus adversarios comunes. [p.069]

CAPÍTULO IV. ORÍGENES.

Mientras tanto, la atención del mundo cristiano se dirigió a un genio extraordinario que había surgido en la iglesia. El nombre de Orígenes Adamantius (185 d.C. - 253 d.C.) había despertado interés entre los paganos así como entre los creyentes, desde Egipto y Grecia hacia el este hasta las provincias más remotas del imperio romano. Como doctor en la iglesia y como filósofo (1) entre los eruditos, se mantuvo solo, sin

rival ni competidor, y gozó, mientras vivió, de una reputación como pocos, en cualquier época, han adquirido jamás.

Fue alrededor del año 230, cuando publicó, entre otras obras, sus libros *De principios*, en los que defendió, con considerable extensión, la doctrina de la salvación universal. Esta obra ha llegado hasta nosotros sólo en la traducción latina de Rufino, quien la alteró en muchos lugares, especialmente en lo relacionado con la Trinidad, para acomodar su doctrina a la fe del siglo IV.

(1) Se convirtió en filósofo, como muchos lo hacen, no por descubrimientos originales ni por sus propias investigaciones sobre la naturaleza de las cosas, sino por un conocimiento profundo de los principios y máximas filosóficas que había aprendido de sus preceptores, y por su sorprendente, aunque no siempre feliz, disposición para ilustrarlos y trazarlos, y para acomodarlos a cada caso y tema que se presentaba. En una palabra, fue un filósofo de las escuelas, no de la naturaleza. Mosheim (De Reb.

Christian, ante Constant., pp.611, 612) ha dibujado su carácter, como filósofo, en colores fuertes, pero no infieles. [p.070]

Esta circunstancia arroja una sombra de incertidumbre, en algunos aspectos, sobre el carácter original del tratado. Pero que contenía, tanto en su estado original como en el actual, la doctrina en cuestión, es indudable, puesto que los escritores antiguos (1) que vivieron mientras las copias griegas genuinas aún existían, se refirieron a ellas y citaron su lenguaje con el propósito de excitar la indignación o provocar el anatema de la iglesia contra la memoria del ilustre autor, por haber afirmado la restauración de toda criatura caída e inteligente.

Tomando, pues, como autoridad la traducción de Rufino, donde no podemos encontrar otra mejor, parece que Orígenes introdujo la doctrina del universalismo y la de la preexistencia de las almas, juntas: «Quienquiera», dijo, «que lea y se familiarice con estos temas, tan difíciles de entender, debe poseer un

entendimiento maduro y bien instruido. Porque si no está acostumbrado a tales temas, pueden parecerle vanos e inútiles; o si su mente ya está establecida en sentimientos opuestos, puede suponer apresuradamente, por su propio prejuicio, que estos son heréticos y contrarios a la fe de la Iglesia. De hecho, los presentamos con mucha vacilación, y más a modo de investigación y discusión que de declararlos ciertos e indiscutibles.

"El fin y la consumación del mundo se producirá cuando todos sean sometidos a castigos proporcionales a sus diversos pecados; y sólo Dios sabe cuánto tiempo sufrirá cada uno para recibir lo que merece.

(1) A saber, Jerónimo, Justiniano, etc. [p.071]

Pero suponemos que la bondad de Dios, a través de Cristo, restaurará con certeza a todas las criaturas a un estado final, en el que sus mismos enemigos serán vencidos y subyugados. Porque así dice la Escritura: Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Salmo 110:1). Con el mismo sentido, pero más claramente, el apóstol Pablo dice que Cristo debe reinar hasta que haya puesto a todos los enemigos debajo de sus pies. Pero si hay alguna duda sobre lo que significa poner a los enemigos debajo de sus pies, escuchemos al apóstol aún más, que dice: porque todas las cosas deben estar sujetas a él (1ºCorintios 15). ¿Cuál es, entonces, esa sujeción con la que Cristo debe reinar hasta que haya puesto a todos los enemigos debajo de sus pies? ¿Es necesario que todas las cosas sean sometidas a Cristo? Creo que es con lo que nosotros mismos deseamos ser sometidos a él; y con lo que también los apóstoles y todos los santos que han seguido a Cristo se han sometido a él. Porque la misma expresión, sometidos a Cristo, denota la salvación de los que se someten: como dice David, ¿no se someterá mi alma a Dios? porque de él viene mi salvación (Salmo 62:1).

"Así pues, siendo el resultado final de las cosas, que todos los enemigos serán

sometidos a Cristo, la muerte, el último enemigo, será destruida, y el reino será entregado al Padre, por Cristo; con esta perspectiva ante nosotros, volvamos ahora a contemplar el principio de las cosas. Ahora bien, el principio siempre se parece al fin; y como no debe haber un fin o resultado común para todos, así debemos creer que todos tuvieron un principio común. En otras palabras, que como la gran variedad de caracteres y diferentes órdenes de seres que ahora existen, por la bondad de Dios, su sujeción a Jesucristo, [p.072] y la unidad del Espíritu Santo, serán finalmente restaurados a uno y el mismo estado; así todos fueron creados originalmente en una condición común, similar a aquella a la que finalmente serán llamados de nuevo. Todos los que, al final, doblarán la rodilla ante Jesucristo, en señal de sujeción, es decir, todos los que están en el cielo, todos en La tierra y todo lo que está debajo de ella (con estos tres términos se comprende toda la creación inteligente) procedieron, al principio, de ese estado común; pero como la virtud no estaba fijada inmutablemente en ellos,

como en Dios, llegaron a complacer diferentes pasiones y a albergar diferentes principios. Por lo tanto, se les asignó a los diversos rangos y condiciones que ahora tienen, como recompensa o castigo de sus respectivos méritos", (1) etc., etc. El mismo tema lo introduce repetidamente, con varias ilustraciones, en el curso de esta obra.

(1) Orígenes, *De Principiis*, lib. i., cap. 6. N. B. — El lector encontrará la noción de preexistencia de nuestro autor descrita más claramente en este capítulo que comienza en la página 79.

185 a 203 d.C.

Nuestro autor tenía, en 230 d.C. (cuando escribió *De Principiis*), unos cuarenta y cinco años. Desde su infancia, se habían abrigado las mayores expectativas sobre él; y en su caso, los años maduros no defraudaron las esperanzas que había inspirado su genio precoz. Orígenes, más tarde apodado Adamantius, nació en la ciudad de Alejandría, en el año 185 o 186

d.C. Bajo la tutela de su padre, Leónidas, fue, siendo muy joven, bien instruido en todos los rudimentos del saber y entrenado asiduamente en el estudio de las Sagradas Escrituras. De éstas, era su tarea diaria aprender de memoria una parte; pero con su característica pasión por la investigación especulativa, se negó a contentarse con su significado obvio, y a menudo desconcertó a su padre con una deseo inquisitivo de un sentido oculto y misterioso de los pasajes que llamaban su atención. [p.073] Este sentido imaginario era entonces el gran objeto de investigación entre todos los que aspiraban a logros superiores en el conocimiento religioso; y por eso las investigaciones de su hijo, a una edad tan temprana, fueron acogidas por Leónidas con secreto éxtasis, aunque aparentemente frenó sus investigaciones demasiado adultas y le advirtió que limitara sus pensamientos a temas más al alcance de sus poderes infantiles.

Cuando era un poco más avanzado en años, Orígenes fue enviado a la Escuela Catequética, donde estudió teología con

Clemente Alejandrino. Allí sus actividades se vieron finalmente interrumpidas, a los diecisiete años de edad, por la persecución bajo Severo, que comenzó en Alejandría en el año 202 d.C., y pronto obligó a su maestro a huir de la ciudad. Su padre fue capturado y encarcelado por su religión, y muchos otros corrieron la misma suerte. Pero, sin desanimarse por los peligros que se avecinaban, el espíritu ansioso del joven los contempló con el extraño deleite de un entusiasta. Se habría arrojado en manos de los perseguidores, con la esperanza de obtener el premio del martirio, si no se lo hubiera impedido su madre, que escondió sus ropas y, así, por sentimiento de vergüenza, lo confinó en su casa. Temiendo que la constancia de su padre se convirtiera en preocupación por el bienestar de su familia, le rogó por carta que perseverara: "Sé firme, padre mío", le dijo, "y ten cuidado de no renunciar a tu profesión por nuestra causa". Animado por la exhortación de su hijo, permaneció inflexible hasta el final y sufrió valientemente el martirio. [p.074]

Al ser ejecutado el padre, la propiedad fue confiscada y la familia quedó reducida de inmediato a la extrema pobreza; pero una rica dama de Alejandría, ya sea por compasión o por respeto, acogió a Orígenes en su propia casa y le dio generosamente su sustento. Vivía con ella, al mismo tiempo, un famoso hereje, a quien había adoptado como su hijo, y que daba conferencias públicas bajo su patrocinio. Aunque Orígenes se vio obligado por su situación a conversar con él, ni siquiera la gratitud hacia su patrona común pudo vencer su constante, tal vez intolerante, negativa a unirse en oraciones; y utilizó todos los medios para expresar su aborrecimiento de la herejía, sin pensar que las épocas futuras pagarían este odio dos veces sobre su propia cabeza. Ya sea que su benefactora comenzara a retirarle su favor, o que él mismo resolviera no prestarle caridad, parece que en aproximadamente un año se dedicó a sus propios esfuerzos para ganarse la vida. Habiendo estado comprometido, desde la muerte de su padre, en el estudio de las ciencias, ahora

(203 d.C.) abrió una escuela secundaria, de la cual tenía la perspectiva de obtener un sustento. Pero su atención se vio inmediatamente atraída por otros temas; algunos de los paganos le solicitaron instrucción religiosa, y él accedió gustosamente a su petición; el número de sus estudiantes y conversos aumentó; y Demetrio, obispo de Alejandría, lo nombró, aunque sólo tenía dieciocho años, al cuidado de la gran Escuela Catequética, o tal vez, al principio, a una más privada del mismo tipo.

203 a 216 d. C.

Puesto en una posición que se ajustaba a sus gustos, [p.075] dedicó todos sus talentos y conocimientos al cumplimiento de sus deberes. Para distraer su atención de otros estudios, así como para asegurarse un sustento, vendió la parte de su biblioteca que trataba de ciencia y literatura, y recibió del comprador la obligación de proporcionarle diariamente cuatro óbolos, unos cinco peniques, como ingreso para su subsistencia. A partir de este período, su vida fue una de la más

rígida abstinencia y el estudio laborioso. Pasaba parte del día en ayuno y otros ejercicios religiosos, y parte en los deberes de su cargo; la noche la pasaba estudiando las Escrituras, reservando un poco de tiempo para dormir, que rara vez tomaba en la cama, y generalmente en el suelo desnudo. Una especie de austeridad monacal había adquirido gran reputación en la iglesia; Por eso, la abnegación de Orígenes aumentó la fama de su santidad y conspiró, con su elocuencia y su vasta erudición, para atraer de todas partes un gran número de discípulos. Ellos no deshonraron a su maestro. De su constancia en la fe, pronto tuvo la oportunidad de presenciar una prueba plena, aunque dolorosa, porque, en una furiosa persecución que algunos de los magistrados romanos iniciaron en Alejandría, varios de sus discípulos sellaron valientemente su profesión con sus vidas. Él mismo fue atacado con frecuencia con lluvias de piedras, mientras iba al lugar de ejecución para exhortar y alentar a los mártires; y como ningún peligro lo disuadió de esta

práctica, los paganos exasperados finalmente asediaron su casa y lo obligaron a esconderse para escapar de su ira. [p.076] Por esa época, en el año 206 d. C., cuando tenía veintiún años, el excesivo rigor de su disciplina lo llevó a cometer un acto que se convirtió en motivo de arrepentimiento y de mucho reproche en su vida futura. Entendiendo que nuestro Salvador recomendaba la emasculación, (1) se hizo eunuco, no sólo por amor al reino de los cielos, sino también por consideraciones de prudencia; sus instrucciones eran solicitadas por ambos sexos. Demetrio, su obispo, lo aplaudió, al principio, como un acto del mayor heroísmo cristiano; aunque después lo alegó contra él como una ofensa inexcusable.

Tal fue, al fin, el crecimiento de su escuela, que sus preocupaciones absorbieron demasiado sus pensamientos, sin dejarle tiempo para la reflexión y el perfeccionamiento. Por tanto, encomendó a los alumnos más jóvenes a su amigo Heraclas, uno de sus primeros conversos, y empleó el tiempo libre que esta

disposición le proporcionaba en diversos estudios y ocupaciones. Se dedicó al hebreo, una lengua entonces poco conocida; luego comenzó, se cree, ese asombroso monumento de aplicación y trabajo, la Hexapla u Octapla, una Políglota del Antiguo Testamento; y fue, tal vez, no lejos de este período (2) que asistió a las lecciones del ingenioso y sutil Amonio Saccas, cuyo estudio favorito era armonizar todos los diferentes sistemas de filosofía y religión, tanto paganos como cristianos, combinando sus principios rectores y rechazando de cada uno, o convirtiendo en alegoría, todo lo que fuera absolutamente discordante con su diseño general.

(1) Mateo xix. 12.
(2) Así piensa Lardner; otros biógrafos, sin embargo, atribuyen su asistencia a la escuela de Amonio a un período anterior.

Bajo su dirección, Orígenes se convirtió en maestro de las nociones platónicas, pitagóricas, estoicas y orientales; [p.077] lo que, junto con sus conocimientos

previos, lo hizo tan experto en todo el círculo de la literatura y la ciencia antiguas, que muchos de los eruditos, incluso entre los herejes y los paganos, vinieron a probar su habilidad o a recibir instrucción de él. Entre ellos, hubo uno que preservó su propio nombre del olvido por el celo con el que ayudó a Orígenes y el éxito con el que sacó a la luz sus talentos. El nombre de Ambrosio aparecerá con frecuencia en esta biografía. Era un noble rico de Alejandría, que había seguido las herejías valentiniana y marcionita; pero, al convencerse, al asistir a la escuela de Orígenes (212 d.C.), se unió a la iglesia ortodoxa y se convirtió en el gran patrón y benefactor de su maestro. No muy lejos del año 213, la curiosidad de Orígenes lo llevó a visitar Roma. Sin embargo, allí permaneció poco tiempo y luego regresó a Alejandría. Poco después fue a Arabia, a petición de un líder de las tribus errantes, que le había rogado encarecidamente que fuera y lo instruyera en la religión cristiana. Apenas se había restablecido en Alejandría, cuando el emperador Caracalla

(216 d.C.) consternó a toda la ciudad con una masacre indiscriminada, en venganza por las burlas y mofas que había recibido de algunos de los habitantes; y para escapar de la terrible confusión, Orígenes se retiró a Cesarea en Palestina. Aquí, los obispos de la provincia lo persuadieron, aunque nunca fue ordenado, para que expusiera las Escrituras públicamente al pueblo.

216 a 230 d.C.

Este nombramiento, tan honorable para Orígenes, no fue más que el precursor de una persecución inveterada, y finalmente fatal, por parte de su propio obispo en Alejandría. [p.078] Demetrio envió inmediatamente una carta de queja a sus hermanos de Palestina, afirmando que era algo inaudito que un laico predicara en presencia de obispos; pero Alejandro, obispo de Jerusalén, y Teoctisto, obispo de Cesarea, le respondieron demostrando que la práctica había sido sancionada en la iglesia por varios precedentes. Sin embargo, Demetrio permaneció insatisfecho y envió algunos diáconos a

Orígenes, con una orden para que regresara inmediatamente a Alejandría. Él vino y reanudó el cuidado de su escuela en Alejandría. Parece que prosiguió con esto, en silencio, durante cinco o seis años; cuando ocurrió un evento que sirve para mostrar, de inmediato, la superioridad de su reputación y la influencia que tuvo en recomendar el cristianismo a la atención favorable de los grandes. La princesa Mammea, madre de Alejandro, el emperador reinante, mandó llamar a Orígenes para que la visitara en Antioquía, y proporcionó una guardia militar para escoltarlo hasta allí. Después de haberle dado una ilustración general de la doctrina cristiana, regresó, con su permiso, a su puesto en Alejandría.

A instancias de Ambrosio, comenzó sus Comentarios. Este devoto patrón le proporcionó todo lo necesario para este propósito: siete notarios estaban listos para registrar lo que él dictaba, y varios transcriptores recibían sus apresuradas notas y las escribían con letra sencilla y elegante. De esta manera estuvo ocupado hasta el año 228 d. C., cuando fue enviado

a Acaya para algunos asuntos eclesiásticos, con cartas de recomendación de Demetrio. [p.079] Orígenes pasó por Palestina en su viaje y fue ordenado presbítero por los obispos de esa provincia. Demetrio se sintió profundamente ofendido por este procedimiento de los prelados extranjeros, sin su permiso, y escribió cartas contra Orígenes a las iglesias, declarándolo descalificado para el sacerdocio, por el acto realizado en su juventud, y alegando que era ilegal ordenar al director de la escuela de Alejandría sin su conocimiento y consentimiento. En medio de este fermento, Orígenes, habiendo cumplido con su trabajo en Grecia, regresó a Alejandría, terminó los primeros cinco libros de sus Comentarios sobre San Juan, los de las Lamentaciones, algunos de los Salmos y parte del Génesis, y los publicó en el año 230 d.C., junto con su obra titulada Stromata y su libro De los principios.

Estas fueron, tal vez, sus primeras publicaciones. De la última obra mencionada, ya hemos visto que, en

relación con el universalismo, sostuvo la doctrina de la preexistencia. Su opinión era que, en los siglos pasados de la eternidad, Dios creó de una vez todas las mentes racionales que han existido, ya sean ángeles o hombres, les dio la misma naturaleza y los mismos poderes y las colocó a todas en un estado celestial. En consecuencia, todas eran, al principio, exactamente iguales en rango, capacidad y carácter. Pero como todas tenían perfecta libertad de voluntad, no continuaron mucho tiempo en este estado de igualdad; porque mientras algunas se mejoraron más o menos, otras degeneraron proporcionalmente, hasta que comenzó a darse entre ellas una infinita diversidad de carácter y condición. [p.080] En consecuencia, el Todopoderoso finalmente formó el universo material a partir de materia preexistente y designó a esos espíritus en diferentes rangos y condiciones en él, según sus respectivos méritos; elevando a algunos al orden angélico, consignando a otros a las moradas infernales como demonios y enviando a la clase intermedia, según lo

requiriera la ocasión, a cuerpos humanos. Orígenes suponía también que el sol, la luna y las estrellas estaban animados por ciertos espíritus que habían alcanzado un gran esplendor moral, dignidad y poder, y que podían, con justicia, reclamar esas esferas brillantes y gloriosas como sus propios cuerpos.

Como todos estos seres inteligentes, cualquiera que sea su carácter y posición, aún conservan su libertad original de voluntad, y por lo tanto son capaces de revertir sus transgresiones anteriores, de perder sus honores o de elevarse a grados aún más altos de excelencia, sus condiciones actuales no sólo son las asignaciones de la justicia retributiva por el pasado, sino también estados de disciplina adecuados para recuperar a los degenerados y alentar a los virtuosos. A este fin, de hecho, están dirigidos constantemente todos los nombramientos de la providencia y todas las administraciones del gobierno divino; y la justicia misma persigue constantemente el mismo designio bondadoso (1) en todas sus severas, pero saludables, aflicciones.

Tales son las opiniones que podemos obtener de los libros de Orígenes De los principios y sus otras obras publicadas en este período.

El lenguaje en el que define o implica sus nociones de la Trinidad no es siempre el que hoy se consideraría ortodoxo, aunque probablemente se lo consideraba suficientemente así en su época. No tiene otra opinión sobre la caída del hombre que la de que consistió en el descenso del alma celestial a la prisión de un cuerpo terrenal como consecuencia de sus transgresiones; es evidente que no hizo distinción entre el estado natural de Adán y aquel en el que ha nacido toda la humanidad desde entonces. Sostiene que nadie puede ser feliz o miserable sino mediante el uso correcto o incorrecto de su propio libre albedrío;

(1) Muchos de los gnósticos sostenían que la justicia se opone a la bondad y que, por lo tanto, es un atributo del severo Creador de este mundo y no de la benévola Deidad. Contra esto, Orígenes dice: «Que consideren esto: si la bondad es una

virtud, como sin duda lo confesarán, ¿qué dirán de la justicia? No serán tan estúpidos, creo, como para negar que la justicia es una virtud. Si la bondad es una virtud, y la justicia también una virtud, no hay duda de que la justicia es bondad. Pero si todavía afirman que la justicia no es bondad, queda que es mala o indiferente. Ahora bien, supongo que sería una locura responder a cualquiera que dijera que la justicia es mala; porque ¿cómo puede ser malo lo que bendice a los buenos, como ellos mismos confiesan que lo hace la justicia? Pero si afirman que es indiferente [ni buena ni mala], entonces se sigue que, junto con la justicia, todas las demás virtudes, como la sobriedad, la prudencia, etc., deben considerarse indiferentes. Y ¿cómo debemos entonces entender a San Pablo, que dice: [p.081] Si hay virtud alguna, alguna alabanza, pensad en esto que habéis aprendido, recibido, oído y visto en mí (Fil. 4, 8, 9). Aprendan, pues, leyendo las Escrituras, cuáles son las diversas virtudes. Y cuando aleguen que Dios, que recompensa a cada uno

según sus méritos, paga mal a mal, no oculten el principio: que, así como los enfermos deben curarse con medicinas fuertes, así Dios administra, con el fin de enmendar, lo que por el momento parece producir dolor. No consideran lo que está escrito acerca de la esperanza de los que perecieron en el diluvio, de la cual dice San Pedro en su primera Epístola, que Cristo fue muerto en la carne, pero vivificado por el espíritu; 1. Y también fue y predicó a los espíritus encarcelados, que en otro tiempo fueron desobedientes, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, etc. (1 Ped. 3:18, 19, 20). Consideren también los casos de Sodoma y Gomorra: como creen que las profecías son la palabra de ese Dios, el Creador, de quien se dice que hizo llover fuego y azufre sobre ellos, preguntamos: ¿qué dice de ellos el profeta Ezequiel? Sodoma, dice, será restaurada a su estado anterior. (Eze. 16:55.) Ahora bien, el que aflige a los que merecen castigo, ¿no los aflige para su bien? También dice a Caldea: Tienes brasas de fuego; siéntate sobre

ellas; te serán de ayuda. (Isaías 47:14, 15.) Oigan también lo que se dice en los Salmos acerca de los que cayeron en el desierto: cuando los mató, entonces lo buscaron. (Salmo 128:34.) No se dice que cuando algunos fueron asesinados, los demás buscaron a Dios; pero que tal fue el fin de los que fueron asesinados, que, cuando murieron, lo buscaron". De Princip., lib. ii., cap. 5, § 3.

N. B. — Siempre que los primeros padres citan del Antiguo Testamento, hacen uso de la versión de los Setenta, que, en muchos pasajes, difiere considerablemente de nuestra traducción. [p.082]

y que incluso lo que ahora se llaman las influencias bondadosas del Espíritu Santo, se imparten a las criaturas solo en proporción a sus méritos previos. Después de la muerte, las almas de los fieles tal vez permanezcan un tiempo en la tierra, bajo un curso de purificación; luego serán llevadas al aire y finalmente elevadas, por grados, al cielo más alto. En la resurrección, la humanidad saldrá con

cuerpos, no de materia terrenal burda, sino de una sustancia aérea; y luego toda la raza humana, tanto buena como mala, será sometida a una prueba de fuego en la conflagración general, con diferentes grados de dolor, según Los justos pasarán rápidamente por esta prueba y entrarán en los goces del cielo, pero los malvados serán condenados a los castigos del infierno, que consisten tanto en el dolor infligido como en el remordimiento de conciencia. Estos sufrimientos, aunque los llama eternos, Orígenes sostenía que serían proporcionales, en duración y severidad, a la maldad y dureza de corazón de cada uno; para algunos serían más breves y moderados, pero para otros, especialmente para el diablo, necesariamente se volverían intensos y se prolongarían hasta una duración inmensa, a fin de vencer la obstinación y corrupción de los sufrientes culpables. Al final, sin embargo, toda la creación inteligente debería ser purificada y Dios llegar a ser todo en todos.

(1) Proem., lib. De Principiis, y

lib. ii., cap. 10, §§1 y 3.

(2) Huet, Du Pin y otros, representan a Orígenes como partidario de un cambio perpetuo de carácter y condición entre todas las clases de criaturas racionales; de modo que no sólo los condenados ascenderán, con el tiempo, a la felicidad, sino que también los bienaventurados pueden, con el tiempo, caer en el pecado y la miseria; y tanto la alegría como el sufrimiento llegan a su fin. Es cierto que sostiene la libertad perpetua de la voluntad y parece admitir, en consecuencia, la probabilidad de una caída en el futuro, del cielo, al menos en casos individuales. Pero si no me equivoco mucho, contempla un período lejano, más allá de todas las revoluciones, cuando toda naturaleza inteligente habrá llegado a ser tan completamente instruida por la experiencia y la observación, y tan íntimamente unida a Dios, que ya no estará en peligro de deserción. Véase De. Princip., lib. ii., cap. 3, § 5, y lib. iii., cap. 6, §6.

Orígenes trata expresamente esta cuestión en el quinto libro de sus Comentarios a los Romanos, vol. vi.

pp. 407 — 413, ed. de Lommatzsch. De acuerdo con todo su sistema, sostuvo una libertad indestructible de la voluntad, y con la gran masa de cristianos, entonces y ahora, creyó que los ángeles habían pecado en el cielo, incluso "el que moraba entre querubines, y se empleaba en medio de gemas resplandecientes, y estaba vestido con el adorno de toda virtud, y por el esplendor de su gloria era llamado Lucifer, el hijo de la mañana". El pecado, entonces, con seres libres y finitos debe ser siempre hipotéticamente posible, ya que la virtud es en su propia naturaleza mutable, y el alma, como siempre debe ser capaz de volverse del vicio a la virtud, también de la virtud al vicio. Pero, de hecho, Orígenes sostuvo claramente que las almas de los redimidos no pecarían. "Afirmamos", dijo, "que el poder de la cruz de Cristo y de su muerte, sufrida una vez al final del mundo, es suficiente para la cura y la salud, no sólo del presente y futuro, sino incluso de las edades pasadas, y no sólo para nuestra raza humana, sino incluso para los órdenes y poderes celestiales; Para probar que, aunque libre, el alma no

caerá en pecado, cita la declaración del apóstol de que el amor nunca falla. "Porque si el alma se elevara a ese grado de perfección, de modo que amara a Dios con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con toda su mente, y al prójimo como a sí misma, ¿qué lugar habrá para el pecado?". También cita el lenguaje de San Juan, que dice que quien habita en el amor habita en Dios, y "por lo tanto", añade, "ese amor que es mayor que todo preservará a omnem creaturam (toda criatura, o toda la creación) de caer. Entonces Dios será todo en todos". También cita las palabras de San Pablo: "¿Quién nos separará del amor de Dios?", etc., y concluye que si todas estas cosas no pudieran alejar al alma de Dios, mucho menos lo haría la libertad de la voluntad. Los ángeles pecaron antes de que el amor de Dios se hubiera manifestado en Cristo, pero después de que ese amor comienza a derramarse en el corazón por el Espíritu Santo, el alma queda atada por él y camina en su luz; y cierra su discusión con algunas hermosas ilustraciones del poder de la convicción cristiana de que estamos muertos con Cristo y creemos

también que viviremos con él. — T. J. S.

Pero nada es más notable, en estas primeras publicaciones, que la regla que establecieron para la interpretación de las Escrituras. Ya hemos visto que el método alegórico había estado en boga durante mucho tiempo; y que ahora se había vuelto casi universal. Por extraño que parezca, Orígenes prosiguió con esto más que incluso sus predecesores, y lo redujo a una especie de sistema, sin igual en absurdidad, excepto por el del famoso barón Swedenborg. A los escritos sagrados en general, atribuyó tres sentidos distintos: 1, el literal, que en ningún caso es de gran importancia y a veces completamente inútil; 2, el sentido moral, superior en valor al anterior, enseñándonos a considerar cada relato histórico como una representación alegórica de ciertas virtudes o vicios en nuestros propios corazones; como, cuando la Escritura relata que, muerto José, los hijos de Israel aumentaron en número, aprendemos, (1) por el sentido moral, que

si recibimos la muerte de Cristo, nuestro José espiritual, en nuestros miembros pecadores, los hijos de Israel, es decir, las gracias del espíritu, se multiplicarán dentro de nosotros; 3, el sentido místico o espiritual, el más excelente de todos; por el cual los más ilustrados pueden rastrear en todas las narraciones de las Escrituras, de cualquier tipo, una historia latente de la iglesia de Cristo; y por el cual también pueden descubrir, en cada relato de cosas terrenales, algunas representaciones de ese mundo celestial, invisible, del cual el presente no es más que una imagen débil e imperfecta. Allí, las almas son los habitantes y los ángeles los gobernantes; y allí las regiones ideales y el orden de los acontecimientos corresponden, en algún grado, a los de la tierra. Por muy efímero que fuera este sistema de interpretación, satisfacía el gusto de su época; aunque, incluso entonces, hubo algunos que lo rechazaron, al menos en parte, y alzaron su débil voz contra su extravagancia. Pero ellos mismos se toparon a menudo con otras nociones casi igual de quiméricas.

(1) Homil. i. en Éxodo, § 4. He tomado esta ilustración de una de las obras posteriores de Orígenes; pero en los libros De los Principios, la naturaleza y el uso del sentido moral se explican abundantemente. [p. 085]

Mientras Orígenes se dedicaba a preparar y publicar las obras que ahora se mencionan, la tormenta que su obispo había levantado contra él continuaba, aumentando en violencia. Cansado, al fin, de las disputas, se despidió en privado y definitivamente de su país natal (231 d.C.) y se retiró a Palestina, donde fue recibido cordialmente por sus viejos amigos, Alejandro de Jerusalén y Teoctisto de Cesarea. Inmediatamente después de su retiro, Demetrio convocó a todos los obispos egipcios y a los presbíteros que creía que le favorecían, con la esperanza de conseguir la condena de su víctima. Sin embargo, en esto se vio defraudado: el concilio sólo decretó que Orígenes debía ser privado de su cargo en la Escuela Catequética y del privilegio de enseñar en Alejandría; pero que seguiría disfrutando

de su carácter de presbítero. Esto no satisfizo su ira, y Demetrio convocó otro concilio (probablemente en 232 d.C.), compuesto sólo por los obispos que creyó conveniente elegir de su propia provincia. Con esto tuvo éxito: ordenaron que Orígenes fuera depuesto de su dignidad sacerdotal y excomulgado de la iglesia. Cuando esta sentencia fue así formalmente dictada sobre él, no podía, según la Constitución y los cánones eclesiásticos, ser recibido en ninguna iglesia, ni por ningún obispo, bajo la jurisdicción católica; sin embargo, los obispos de Arabia, Palestina, Fenicia y Acaya, sus conocidos personales, se arriesgaron al experimento de apoyarlo, a costa de la no conformidad con las reglas establecidas. Pero en Occidente, y particularmente en Roma, la sentencia de excomunión fue confirmada fácilmente. [p.086]

Que no fue por error en la doctrina que Orígenes fue condenado, lo afirman expresamente algunos de los antiguos (1) y es evidente por el silencio de todos los demás. No es increíble, en verdad, que su

adversario adoptara el recurso usual en la persecución eclesiástica y, para aumentar el odio, presentara algunas opiniones que él había defendido como dignas de reproche. Pero si este fue el caso, no pudo haber formado un terreno prominente en la acusación, ya que no queda rastro de ello en toda la antigüedad. Cuáles fueron los cargos principales que se le imputaron, sólo podemos conjeturar. (2) La conciencia de un prelado enojado y sus escogidos secuaces no podían ser muy escrupulosos en la elección de materia para condenar; y se cree que se relacionaba sólo con alguna informalidad en su ordenación y con algún desprecio por las demandas habituales de su obispo. Demetrio, sin embargo, no disfrutó mucho de su venganza, ya que murió, probablemente, este año. Después de su muerte, la furia de la oposición pareció apaciguarse; pero Orígenes todavía era considerado, por los cristianos egipcios, como una persona excomulgada;

(1) Jerónimo, Apud. Ruf. Invect. ii., inter Hieronymi Opera.

(2) En cuanto a la historia que encontramos en Epifanio (Haeres. Ixiv. 2), de que antes de que Orígenes abandonara Alejandría, consintió en sostener incienso sobre el altar en honor de un ídolo, en lugar de ser profanado antinaturalmente por un etíope, los modernos generalmente piensan que fue una de las fábulas de Epifanio, o tal vez una interpolación en sus obras. Nicéforo parece haber tomado el mismo relato, con alguna alteración, de Epifanio. Algún escritor posterior, para continuar la historia, ha falsificado una pieza titulada La lamentación de Orígenes, o el arrepentimiento de Orígenes, en la que se le hace lamentar, de la manera más extravagante, el haber sacrificado a los ídolos. Véase Uuct. Origeniano, lib. i., cap. 4, §4, y Apéndice, ad. lib. iii., §8, Vidas de los Padres de Cave, art. Orígenes, etc. Bibliotheca Patrum de Du Pin, art. Orígenes, nota n; y Mosheim, De lleb. Christian, ante Constant, p. 676. La Lamentación de Orígenes se puede encontrar en la traducción inglesa del Dr. Hanmer de Eusebio,

y tal era su respeto por los cánones eclesiásticos, que la sentencia de Demetrio nunca fue revocada por sus sucesores, Heraclas y Dionisio, aunque habían sido discípulos de Orígenes (el primero, su asistente), y aunque ambos todavía conservaban la mayor veneración y el más cálido afecto por él. En Cesarea fue designado nuevamente para explicar las Escrituras al pueblo; y los obispos de Palestina, ellos mismos, a menudo se sentaban bajo sus instrucciones, como si fuera su maestro. Esta ciudad, que en aquel tiempo era la mayor de Tierra Santa y la capital de una de sus divisiones, podría clasificarse, tal vez, entre las ciudades romanas de tercer rango en Asia, inferior no sólo a Antioquía, la reina de Oriente, sino también a Éfeso y Esmirna. Se alzaba en una suave pendiente desde la costa del Mediterráneo, aproximadamente a mitad de camino entre Jope y Tolemaida; sus edificios de mármol blanco, su magnífico anfiteatro y, más alto que todo el resto, su espléndido templo pagano, se

encontraban a la vista del viajero distante cuando bordeaba la costa o se acercaba al puerto. (1) Aquí Orígenes abrió una escuela, algo similar a la de Alejandría, para el estudio de la literatura y la religión; y su fama pronto atrajo a eruditos tanto de la provincia adyacente como de regiones más remotas. De Capadocia recibió a Firmiliano, quien luego regresó a su país natal y se convirtió en el obispo más eminente allí. Más al norte, desde el Ponto, a orillas del Euxino, llegaron Gregorio Taumaturgo y su hermano Atenodoro.

Mientras tanto, Orígenes prosiguió con sus *Comentarios* sobre el Evangelio de San Juan y comenzó los de Isaías y Ezequiel.

(1) Josefo Antiq., libro xv., cap. 9, § 6, y Reland. Palaest. Illustrat., lib. iii., art. Cesarea. La ciudad estaba a sesenta y dos millas al noroeste de Jerusalén.

Así, ocupado constantemente en su escuela, en la predicación o en la

escritura, parece haber pasado unos cuatro años en calma, hasta el año 235 d.C., cuando el bárbaro Maximino, al llegar al trono, instituyó una persecución contra los cristianos más distinguidos, por una temerosa sospecha de que apreciaban, con demasiado aprecio, el recuerdo de su predecesor asesinado. Entre otros, Protocteto, presbítero de Cesarea, y el generoso Ambrosio, fueron encarcelados y torturados con diversas crueldades. Orígenes escribió y dedicó a ellos su libro *Sobre el Martirio*, pero mientras tanto se ocultó en una familia privada de la ciudad y algún tiempo después se retiró a Atenas, donde terminó sus *Comentarios* sobre Ezequiel y continuó con los de Cantares. Desde este lugar se cree que visitó a su amigo Ambrosio, quien, al ser liberado de sus sufrimientos en Palestina, había ido, con su familia, a la ciudad de Nicomedia, al noreste de la Propóntide. Al regresar finalmente a Cesarea, alrededor del año 240 d.C., su siguiente viaje, según parece, fue a la ciudad del mismo nombre en Capadocia, la metrópoli de esa provincia,

adonde su antiguo alumno, Firmiliano, ahora elevado al obispado allí, lo había importunado para que fuera, con el fin de instruir a sus iglesias en el conocimiento de las Escrituras. Alrededor del año 243 d.C., fue a Arabia, a petición de un concilio convocado contra Berilo de Bostra, un obispo de ese país, que difería un poco de la fe popular en lo que respecta a la trinidad. Con él, la conversación de Orígenes logró lo que el concilio no había podido lograr, la renuncia a su supuesto error; [p.089] y esto se logró con tal gracia, que Berilo se convirtió en el amigo duradero y ardiente de su oponente victorioso. Poco después, quizá al año siguiente, escribió, a instancias de Ambrosio, sus libros Contra Celso, filósofo pagano del siglo II, que había esperado, mediante un elaborado tratado, derrocar al cristianismo. Para este sabio e ingenioso enemigo del Evangelio, la obra de Orígenes se considera generalmente una respuesta sincera y completa, aunque algunos de los más juiciosos e imparciales han detectado en ella algunos ejemplos de la hipocresía y

sofistería prevalecientes en aquellos tiempos. Pronto fue llamado de nuevo a Arabia, por otro concilio de obispos, para reclamar a algunos cristianos de allí, que sostenían que el alma muere con el cuerpo y con él despierta a la conciencia en la resurrección. A su llegada, luchó con tanto éxito contra el odioso sentimiento, que sus defensores cambiaron de opinión y regresaron a la cordial comunión de la iglesia. Esto fue bajo el reinado de Felipe, a quien, quizás, pertenece más propiamente la distinción comúnmente concedida a Constantino, de haber sido, aunque en secreto, el primer emperador cristiano. Sea como fuere, Orígenes parece haber sido honrado con su correspondencia, y con la de la emperatriz.

245 d.C. a 253 d.C.

A pesar de la multiplicidad de sus actividades, la variedad de sus situaciones y los cambios de su fortuna, parece que nunca descuidó la Hexapla u Octapla, (1) esa gran obra, que por sí sola habría inmortalizado su nombre.

(1) Se llamó Tetrapla, Hexapla u Octapla, según que la copia contuviera cuatro, seis o todas las ocho columnas. [p.090]

Se desconoce en qué momento se completó; probablemente, sin embargo, no muy lejos de este período. En su estado completo, consistía en el texto hebreo del Antiguo Testamento, colocado en la primera columna; el mismo, pero escrito en letras griegas, en la segunda; la traslación de Aquila en el tercero;la de Símaco en la cuarta; la Septuaginta en la quinta; la versión de Teodociano en la sexta; otras dos versiones de los profetas en la séptima y octava; junto con una traducción solamente de los Salmos. Dondequiera que encontró que la Septuaginta se apartaba del texto hebreo, colocó diferentes marcas para indicar lo que se omitió o lo que se agregó; y, por medios similares, distinguió las diversas lecturas del original mismo, de acuerdo con el aspecto que cada una recibió de las varias traducciones. Se supone que este

fue el primer intento de una Políglota, o recopilación crítica de las Escrituras en diferentes idiomas. En las grandes letras unciales de los manuscritos antiguos, debe haber crecido hasta un volumen enorme, que asciende, como piensa Montfaucon, a por lo menos cincuenta volúmenes de un tamaño muy grande. Mosheim dice que "aunque casi totalmente destruida por la pérdida de tiempo, aun en sus fragmentos permanecerá como un monumento eterno de la increíble aplicación con la que ese gran hombre trabajó para eliminar aquellos obstáculos que retardaban el progreso del Evangelio".

Pero ni los servicios que había prestado a la iglesia, ni la veneración con la que su nombre era generalmente considerado en todo Oriente, pudieron sofocar una fuerte desafección, en muchos cristianos de esa época, hacia algunas de sus extravagancias. Podemos percibir, en sus escritos posteriores, alusiones a las quejas de quienes reprendieron su uso perpetuo de la filosofía pagana, y de aquellos que criticaron su sistema alegórico de

interpretación de las Escrituras. Y ocasionalmente descubrimos que sentía y lamentaba, lo que es la desgracia común de la grandeza, que las ilimitadas alabanzas que le prodigaban sus admiradores personales habían despertado en otros un espíritu de envidia y abuso. Una vez excitada una hostilidad envidiosa, nunca podía perder el tiempo, en medio del prodigioso número de sus escritos, para seleccionar algunas nociones descabelladas, muchas expresiones descuidadas, que aparentemente justificarían los clamores de la pasión y el frío desprecio de una malignidad más prudente; y se dice que Orígenes, al final, juzgó conveniente escribir una carta a Fabián, el obispo de Roma, en reivindicación de su ortodoxia impugnada. (1)

(1) Eusebio (Hist. Eccl., lib. vi., cap. 36) apenas menciona que Orígenes escribió una carta a Fabián sobre su propia ortodoxia; Pero Jerónimo, que no es la mejor autoridad, dice (Hieron. Epist. xli., vel. 65, ad Pammach., p. 347)

que Orígenes allí lamentaba haber escrito aquellas cosas por las cuales había sido censurado, y que también echó sobre Ambrosias la culpa de haber circulado aquellos escritos que contenían esas cosas, y que él mismo había destinado sólo para uso privado. No se puede determinar cuánto de este relato improbable es cierto, ya que la carta se perdió. Es natural, aquí, preguntar. ¿Fue el universalismo uno de esos principios que entonces causaron ofensa? Pero a esta interesante pregunta no se puede encontrar una respuesta segura. Sin embargo, las circunstancias nos llevarían a aventurar una respuesta negativa: 1. Orígenes continuó defendiendo esa doctrina incluso en sus últimas publicaciones (ver notas al § xi. de este capítulo), sin una insinuación de que fuera censurada. 2. En todas las controversias posteriores sobre su ortodoxia, que comenzaron a arder unos cuarenta años después de su muerte, nunca encontramos que se tratara de esa doctrina hasta después de que la disputa hubiera durado un siglo (véanse los capítulos VI y VII); y no es probable que una doctrina de

tanta importancia, si alguna vez hubiera sido señalada como tema de queja, hubiera sido olvidada como tal, tanto por sus adversarios como por sus apologistas.

De hecho, parece, por una expresión en su Carta a sus amigos alejandrinos, como lo explica Jerónimo, que un hereje valentiniano intentó estigmatizarlo por sostener la salvación del diablo. Pero sólo tenemos una parte de la carta, y eso sólo en las traducciones de Rufino (De Adulterat. Librorum Origen) y de Jerónimo (Apolog. adversus Rufin., lib. ii., pp. 413, 415); ambos son bien conocidos por haberse tomado considerable libertad con el lenguaje de Orígenes. Hay alguna diferencia en sus versiones de este pasaje; pero mucho más en la luz en que abordan el tema. Según el primero, Orígenes observa incidentalmente que sus enemigos lo acusaron de afirmar la salvación del diablo, "lo cual", agrega, "nadie puede afirmar, a menos que esté trastornado o manifiestamente loco". Según Jerónimo, que corrige las tergiversaciones de Rufino, Orígenes apenas alude a las cavilaciones de un cierto Valentiniano sobre la

salvación del diablo; "lo cual", continúa, "nadie podría confesar, a menos que esté loco". Lo que es inexplicable en estas dos traducciones no es su diferencia, sino el punto en el que están de acuerdo, a saber, que ambas hacen que Orígenes declare que la salvación del diablo es un principio que nadie podría afirmar, a menos que esté loco (cuando él mismo lo había afirmado e ilustrado (De Principiis, lib. i., cap. 6, y lib. iii.. cap. 6, § 5), y continuó haciéndolo en sus últimas obras (tom. xiii. en Mateo, y Homil. en Josué). Como ni Rufino ni Jerónimo tenían esta frase particularmente en mente, podemos sospechar que le dieron una interpretación falsa. [p.092]

A pesar de que ya tenía más de sesenta años (246 d.C.), parece haberse sometido a esfuerzos tan grandes como en cualquier período anterior; procedió a la composición de algunas obras grandes y al mismo tiempo dio conferencias diarias al pueblo de Cesarea. Estas, aunque improvisadas y sin preparación, eran, sin

embargo, tan estimadas que, con su consentimiento, se emplearon transcriptores, por primera vez, para tomarlas a medida que se pronunciaban, y luego publicarlas bajo el título de Homilías. Finalmente, terminó sus Comentarios sobre el Evangelio de San Mateo, los de los doce profetas menores y la Epístola a los Romanos, que le ocuparon hasta cerca del año 250. En esa fecha estalló la terrible persecución bajo el emperador Decio; Orígenes fue apresado en la ciudad de Tiro, arrojado a prisión y cargado de grilletes. Allí sufrió los tormentos más atroces; le mantuvieron los pies en el cepo, distendidos hasta el extremo, durante varios días; luego lo amenazaron con ser quemado vivo; y cuando pareció que las amenazas no podían quebrantar su constancia, lo torturaron con varios tipos de tortura. Finalmente, sus verdugos, cansados de infligirle crueldades inútiles, o más probablemente impedidos por la muerte de Decio (251 d.C.), le permitieron escapar con vida. Después de esto, celebró varias conferencias y escribió

muchas cartas, en todas las cuales demostró un alma digna de la vida que había llevado. Murió en Tiro, alrededor del año 253 d. C., a los sesenta y seis o sesenta y siete años de edad; y una espléndida tumba, erigida en esa ciudad, declaró a los tiempos futuros la agradecida veneración que la iglesia rindió a su memoria. (1)

Nada más que un armazón de hierro podría haber resistido tanto tiempo sus rígidas privaciones y sus incesantes trabajos. Empleado, durante la mayor parte de su vida, en los numerosos deberes de un instructor público y diario, todavía encontró tiempo para perfeccionarse en todo el círculo del conocimiento humano, tal como era entonces, y, después de todo, para convertirse en uno de los escritores más voluminosos (2) que jamás hayan vivido. El asombro con el que los antiguos contemplaron sus diversos logros era natural; y fue con cierta propiedad que lo apodaron Adamantius.

(1) Para la Vida de Orígenes, he

recurrido a los modernos, en lugar de intentar recopilar, ordenar e ilustrar los relatos originales dispersos a través de Eusebio y otros escritores antiguos. Véase Huetii Origeniana, inter Origenis Opera; Vidas de los Padres de Cave; Bibliotheca Patrum de Du Pin; Credibilidad de la Historia del Evangelio de Lardner; y Notas y comentarios preliminares de Delarue (ed. Origenis Operum Delarue), y Críticas de Mosheim (De Rebus Christian, ante Constantinum). Estos autores, aunque coinciden en todo lo importante, difieren un poco en las fechas y en el orden de los acontecimientos.

(2) Publicó, según dicen algunos, seis mil volúmenes, muchos de los cuales, sin embargo, deben haber sido, por supuesto, muy pequeños. Los restos de esta asombrosa masa están recopilados en cuatro volúmenes en folio, además de dos volvmas adicionales que contienen los fragmentos de la Hexapla. [p.094]

En cuanto a sus talentos innatos, hay una sorprendente, aunque no singular, contradicción en su carácter: dotado de

una percepción sumamente rápida y de una memoria sumamente retentiva, pero falto de los dones más sustanciales de juicio sereno y buen sentido, parece, por turnos, el más brillante de los genios y el más alocado de los visionarios. Sin embargo, como hombre moral y religioso, su carácter es coherente y su reputación intachable. Tanto sus amigos como sus enemigos coinciden en atribuirle la virtud más ilustre, la piedad ardiente y el celo más puro. Austero, pero no taciturno, nunca se escatimó en nada y, en medio de todos los abusos que sufrió, rara vez mostró la menor severidad hacia los demás. De temperamento manso y modesto por naturaleza, soportó impasible la admiración del mundo, sin aparente vanidad y sin ese síntoma más traicionero del orgullo, la afectación de la humildad. Como escritor, su estilo es sencillo, claro y fluido, pero descuidado, redundante y a menudo incorrecto. Para concluir su carácter, en palabras de uno de los historiadores eclesiásticos más doctos y perspicaces, fue "un hombre de vastas y extraordinarias habilidades, y la mayor

luminaria del mundo cristiano que esta época exhibió ante la vista. Si la justicia de su juicio hubiera sido igual a la inmensidad de su genio, el fervor de su piedad, su infatigable paciencia, su extensa erudición y sus otros talentos eminentes y superiores, todos los elogios habrían quedado cortos a la altura de su mérito. Sin embargo, tal como era, sus virtudes y sus trabajos merecen la admiración de todas las épocas; y su nombre se transmitirá con honor a través de los anales del tiempo, mientras el conocimiento y el genio sean estimados entre los hombres". (1)

Hasta ahora hemos citado sólo uno de sus testimonios a favor del universalismo. Era, para él, un tema favorito; y la introdujo, no sólo en sus primeras, sino también en sus últimas publicaciones, en sus discursos populares u Homilías, así como en sus tratados más elaborados y sistemáticos. (2) Pasando por alto sus libros *De Principios*, y muchas otras obras, en las que abunda esta doctrina, transcribiremos sólo un pasaje o dos de una de sus últimas producciones, que

todavía existe en el griego original.

(1) Mosheim, Eccl. Hist., cent, iii., parte 2, cap. ii., § 7.

(2) No intento señalar todos los pasajes en los que Orígenes introduce esta doctrina; pero, por imperfecta que sea, la siguiente tabla de referencias a la espléndida edición de Delarue de sus obras puede proporcionar una noción de su aparición frecuente, y ayudar a las investigaciones de quienes deseen consultar el original. Las fechas que aquí se dan a las respectivas obras son las asignadas por el erudito editor: — De Principiis, 230 d. C., Lib. i., cap. vi. y vii., § 5. Lib. ii., cap. i. 2, cap. iii. 3, 5, 7, cap. v. 3, cap. x. 5, 6. Lib. iii., cap. v. 5, 6, 7, 8, cap. vi. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 8, 9. Lib. iv., cap. 21, 22 y 25. — Homilia in Lucam. Quizás alrededor del 230 d. C., Homil. xiv. — Commentariorum in Johannem, tom, i., cap. 14. Alrededor del 230 d. C. — De Oraiione. Después del 231 d.C., cap. v., pág. 205; cap. xsvii., págs. 250, 251; cap. xxix., págs. 261 a 264. — Comentario, en Johan. Tomás.

xix., cap. 3. Alrededor del año 234 d.C.. — Tratado xxxiv. m Johannem – Commentarii en Matthaeum. Alrededor del año 245 d.C., desgarrado. X. y xiii. y xv. – Tratado XXIII. y xxx. y xxxiii. en Matteo. — Commentarii en Epist. ad Romanos. Alrededor del año 246 d.C., lib. v., cap. 7, UB. viii., cap. 12. — Homilías. Entre el 245 y el 250 d.C., Homil. en Levítico vii., cap. 2, pág. 222. Homil. viii., cap. 4, pág. 230. Homil. en Numerosvi.,cap.4. Homil. xi., cap. 5. Homil. xxvi., cap. 4, etc. Homil. en i., lib. Regum ii., cap. 28, págs. 494 a 498. Homil. en biblioteca. Jesús Nave viii., cap. 4, pág. 416. Homil. en Jeremías ii., cap. 2 y 3, págs. 138, 139. Homil. xvi., cap. 5 y 6, págs. 232, 233. Homil. en Ezequielem iv. y v. y x. — Contra Celsum. Alrededor del 248 o 249 d.C., lib. iv., tapa. 10, pág. 507; cap. 13, pág. 509; cap. 28, pág. 521. Lib. V, cap. 21, pág. 594; cap. 15 y 16, págs. 588, 589. Lib. viii, cap. 72, págs. 795, 796. (a)

(a) Pensamos citar en su totalidad todos los pasajes en los que Orígenes enseña claramente el universalismo, pero al disponernos a

hacerlo, el tema se nos hizo tan difícil que nos dimos cuenta de que ocuparía demasiado espacio. Las referencias anteriores sólo indican cuán completamente Orígenes ha tratado el tema. No agotan en absoluto los lugares en los que se lo toca. Su De Principiis y Comm. in Epist. ad Bom, son particularmente completos e interesantes. — A. St. J. C. [p.096]

Celso, el filósofo pagano, había acusado a los cristianos de representar a Dios como un torturador despiadado, que descendía, al final del mundo, armado con fuego. A esta acusación Orígenes respondió que "ya que el burlador Celso nos obliga a entrar en temas de naturaleza más profunda, diremos primero algunas cosas, suficientes para dar a los lectores una idea de nuestra defensa en este punto, y luego procederemos al resto. La Sagrada Escritura, de hecho, llama a nuestro Dios fuego consumidor (Deut. 4:24), y dice que ríos de fuego van delante de su rostro (Dan. 7:10), y que vendrá como fuego purificador y como jabón de lavadores, y

purificará al pueblo (Mal. 3:2). Por lo tanto, siendo Dios un fuego consumidor, ¿qué es lo que debe ser consumido por él? Decimos que es la maldad, y todo lo que procede de ella, como se llama figurativamente madera, heno y hojarasca. Estos son lo que Dios, en carácter de fuego, consume. Y como son evidentemente las obras malvadas del hombre las que se denotan con los términos madera, heno y hojarasca, por consiguiente, es fácil entender cuál es la naturaleza de ese fuego por el cual deben ser consumidos. Dice el apóstol: “El fuego probará la obra de cada uno, de qué clase sea”. Si permanece la obra que alguno ha construido, recibirá recompensa; si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida” (1º Cor. 3:13-15). ¿Qué otra cosa se quiere decir aquí por la obra que debe ser quemada, sino todo lo que surge de la iniquidad? Nuestro Dios es, por tanto, un fuego consumidor, en el sentido que he mencionado. Vendrá también como fuego purificador, para purificar la naturaleza racional de la aleación de maldad y de otras materias impuras que han

adulterado, por así decirlo, el oro y la plata intelectuales. (1)

(1) Contra Celsum, lib. iv., cap. 13, p. 509.

Celso había considerado muy extravagante la expectativa de los cristianos de que todas las naciones de la tierra finalmente se pusieran de acuerdo en un sistema de creencias y prácticas. Sobre esto, Orígenes observó: "Es necesario aquí demostrar que todos los seres racionales, no sólo pueden, sino que realmente deben, unirse en una ley. Los estoicos dicen que cuando prevalezca el más poderoso de los elementos, entonces vendrá la conflagración universal y todas las cosas se convertirán en fuego; pero nosotros afirmamos que la Palabra, que es la sabiduría de Dios, reunirá a todas las criaturas inteligentes y las convertirá en su propia perfección, a través de la instrumentalidad de su libre voluntad y de sus esfuerzos. Porque, aunque entre los trastornos del cuerpo hay, de hecho, algunos que el arte médico no puede

curar, sin embargo negamos que de todos los vicios del alma, haya alguno que la Palabra suprema no pueda curar. La Palabra es más poderosa que todas las enfermedades del alma, y aplica sus remedios a cada uno según el placer de Dios. Y la consumación de todas las cosas será la extinción del pecado; pero no corresponde al presente discurso demostrar si entonces será abolido de tal manera que nunca más reviva en el universo. Sin embargo, lo que se refiere a la abolición total del pecado y la reforma de cada alma puede rastrearse oscuramente en muchas de las profecías; [p.098] pues allí descubrimos que el nombre de Dios debe ser invocado por todos, de modo que todos lo sirvan con un solo consentimiento; que el reproche de la contumelia debe ser quitado, y que no debe haber más pecado, ni palabras vanas, ni lengua traidora. Es posible que esto no suceda con la humanidad en la vida presente, pero se logrará después de que se hayan liberado del cuerpo". (1) En todas sus obras, Orígenes utiliza libremente las expresiones fuego eterno,

castigo eterno, etc., sin ninguna explicación, tal como nuestras preconcepciones modernas harían necesaria para evitar un malentendido. También debe notarse particularmente que entre los numerosos pasajes en los que promueve el universalismo, no hay un solo ejemplo de que lo trate como una controversia con los ortodoxos; y que, por otra parte, ellos mismos no lo censuraron ni se opusieron, hasta donde podemos descubrir. A veces se vale de sus principios peculiares para reivindicar el cristianismo de los reproches o chistes de los paganos, y para mantener la benevolencia del único Dios contra las objeciones de los gnósticos. A veces, nuevamente, lo enuncia y define de una manera formal y elaborada; pero en la mayoría de los casos lo introduce incidentalmente, ya sea como el resultado natural de algún principio cristiano bien conocido, o como la doctrina positiva de Escrituras particulares. (2)

(1) Contra Celsum, lib. viii., cap. 72, pp. 795, 796.

(2) Agrego los principales textos que adujo en favor del universalismo. Los del Antiguo Testamento están traducidos según la versión de los Setenta, que Orígenes, como todos los padres antiguos, siguió. Sal. xxxi. 19. ¡Cuán grande es la multitud de tus favores, Señor, que has guardado en secreto para los que te temen! — Sal. 1xxviii. 30—35. [p.099] Incluso mientras la comida estaba aún en su boca, la ira de Dios subió contra ellos, y los mató en su gordura, y tulló a los escogidos de Israel. En todo esto todavía pecaron, y no creyeron sus obras maravillosas: por lo tanto, sus días pasaron en vano, y sus años con rapidez. Pero cuando él los hubo matado, entonces lo buscaron, y volvieron, y vinieron rápidamente a Dios; y se acordaron de que Dios era su ayudador, y de que Dios el Altísimo era su redentor. — Sal. ex. 1, 2. Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Desde Sión te enviará el Señor una vara de poder; domina en medio de tus enemigos. — Isa. 4:4. Porque el

Señor lavará la inmundicia de los hijos y de las hijas de Sión, y limpiará la sangre de en medio de ellos con espíritu de juicio y con espíritu de devastación. — Isa. 12:1, 2, Y en aquel día dirás: Te bendigo, oh Señor; porque aunque te enojaste conmigo, apartaste tu furor y me tuviste compasión. He aquí, Dios es mi salvador; en él confiaré y no temeré; porque el Señor es mi gloria y mi alabanza, y me ha salvado. — Isa. 24:1-2. 21 — 23. Y Jehová traerá su mano sobre el ejército del cielo, y sobre los reyes de esta tierra; y reunirán a su congregación en prisión, y los encerrarán en lugar fuerte. Su castigo será por muchas generaciones. Pero el ladrillo se derretirá, y el muro caerá; porque Jehová reinará desde Sión y desde Jerusalén, y será glorificado en presencia de los ancianos. — Isaías 47:14. He aquí que todos ellos serán quemados en el fuego como tamo, y no librarán su vida de la llama. Tienes ascuas de fuego; siéntate sobre ellas; te serán por ayuda. — Ezequiel 16:14. 53-55. Y restauraré sus apostasías", la apostasía de Sodoma y de sus hijas; y restauraré

la apostasía de Samaria y de sus hijas; y restauraré tu apostasía en medio de ellas, para que lleves tu castigo, y seas avergonzada por todo lo que has hecho para provocarme a ira. Y tu hermana Sodoma y sus hijas serán restauradas como al principio; y tú y tus hijas seréis restauradas a vuestro estado anterior. — Oseas xiv. 3, 4. No diremos más a la obra de nuestras propias manos: Vosotros sois nuestros dioses. El que está en ti tendrá misericordia de los huérfanos. Sanaré sus moradas; las amaré abiertamente; porque ha apartado de sí mi ira — Miqueas 7:8, 9. No te alegres de mí, oh enemiga mía; aunque haya caído, me levantaré, aunque esté sentado en tinieblas, el Señor me dará luz. Yo soy el Dios de Israel. Soportaré la ira del Señor hasta que justifique mi causa, porque he pecado contra él. Él me hará justicia y me sacará a la luz, y veré su justicia. — Malaquías iii. 2, 3. ¿Quién podrá soportar el día de su venida? ¿O quién podrá soportar su aparición? Porque vendrá como fuego de horno de purificación, y como jabón de lavadores. Se sentará como afinador y purificador de plata y oro; y

purificará a los hijos de Leví, y los fundirá como oro y como plata. Entonces presentarán al Señor ofrenda en justicia. — Mateo 5. 26. De cierto te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo. — Mateo 18. 12, 13. [Parábola de la oveja perdida. 1 — Juan 10:16. También tengo otras ovejas que no son de este redil; a aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo pastor. — Romanos 8:20—23. Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gimió a una, y a una estuvo con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo. — Romanos 11:14.] 25, 26. Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no

seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles, y luego todo Israel será salvo. — Versículo 32. Porque Dios encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos. — 1 Cor. 3:13-15. La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemara, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. — 1 Cor. 15. 24 — 28. Luego vendrá el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque es necesario que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. La muerte, el último enemigo, será destruida, porque todo lo sujetó bajo sus pies. Pero cuando dice: Todas las cosas le son sujetas, es claro que se exceptúa aquel que le sujetó todas

las cosas. Y cuando todas las cosas le sean sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos. — Versículo 54. Así que, cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. — Efesios 1:11. 9, 10. Habiéndonos dado a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. —Efesios 2:7. Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. — Efesios 4:13. Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. — 1 Timoteo 4:10. Porque por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios vivo, que es el Salvador de

todos los hombres, mayormente de los creyentes. —1 Pedro 3:14. 19, 20. En la cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo fueron desobedientes, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé. etc. — 1 Juan ii. 1, 2. Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

En dos o tres lugares, sin embargo, presenta la salvación de todos los hombres como perteneciente, en algún sentido, a los misterios cristianos, que no deben divulgarse con demasiada libertad. [p.100] Pero debemos observar que en esto sólo aplicó una regla que los ortodoxos de su época mantenían con respecto a varios puntos de su fe común. Usaban mucha cautela al confesar algunos de sus principios, particularmente acerca del Anticristo y la proximidad del fin del mundo. Incluso la forma de su credo y los ritos de la cena del Señor estaban ocultos,

como misterios, a los no iniciados. (1) De hecho, dentro de la iglesia misma había una serie de doctrinas apropiadas para los creyentes más maduros y ocultas a los miembros menos disciplinados. Esto ayudará a explicar la cautela que Orígenes recomendó a veces al promulgar el universalismo. Al comentar ese texto en Romanos (11:26,27) donde San Pablo denomina la salvación de todo Israel y del mundo gentil, un misterio, toma nota particular de este término, y luego dice: "La palabra del Evangelio en la vida presente purifica a los santos, ya sean israelitas o gentiles, según esa expresión de nuestro Señor, ahora estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan 15:3). Pero el que haya rechazado la limpieza que se efectúa por el Evangelio de Dios se reservará para un curso terrible y penal de purificación; porque el fuego del infierno purificará con sus tormentos a aquel a quien ni la doctrina apostólica ni la palabra evangélica han purificado; como está escrito: Os purificaré por completo con fuego (Isaías 1:25). Pero cuánto tiempo o por cuántos siglos serán

atormentados los pecadores en este curso de purificación que se efectúa con el dolor del fuego, sólo lo sabe aquel a quien el Padre ha confiado todo juicio, y quién amó tanto a sus criaturas que por ellas dejó de lado la forma de Dios, tomó la forma de siervo y se humilló hasta la muerte, para que todos los hombres pudieran ser salvos y llegar al conocimiento de la verdad.

(1) Mosheim, de Reb. Christian, ante Constant., pp. 304, 305. [p.102]

Sin embargo, siempre debemos recordar que el apóstol quería que el texto que ahora estamos considerando fuera considerado como un misterio; para que los fieles y completamente instruidos oculten su significado entre sí, como un misterio de Dios, y no lo impongan en todas partes a los imperfectos y a los de menor capacidad. "Porque, dice la Escritura, es bueno mantener en secreto el misterio del rey" (Tobías 12:7). (1) Tal es su sugerencia. Puede ser difícil conciliarla con el hecho innegable de que él mismo tenía la costumbre de publicar

esta doctrina secreta en sus obras y de proclamarla en sus sermones u homilías ante congregaciones indiscriminadas. Sin embargo, hay ejemplos notables de esta especie de inconsistencia, no sólo entre los antiguos, sino también entre los modernos, quienes a veces declaran en público la voluntad secreta de Dios y proclaman la doctrina del decreto universal, que, mientras tanto, sostienen, debería ser más bien retenida que divulgada.

(1) Comentario, en Epist. ad Rom., lib. viii., cap. 12. El otro pasaje de este tipo es Contra Celsum, lib. v., cap. 15. [p.103]

CAPÍTULO V. ESTUDIANTES DE ORÍGENES Y SUS CONTEMPORÁNEOS.

El relato de Orígenes naturalmente incluye una visión de hasta qué punto prevaleció el universalismo en su tiempo, junto con alguna mención de los más eminentes creyentes de este universalismo entre sus contemporáneos.

Pero aquí la clara luz de la historia nos abandona. En el lapso de diez o quince siglos, todos los documentos, si los hubo, que podrían haber señalado el estado de la doctrina, han perecido; y nos quedamos con la incertidumbre de la conjetura, guiados solo por evidencia circunstancial, escasa e indistinta.

Al intentar extraer alguna opinión general de esta oscuridad, no debemos confiar demasiado en ningún supuesto efecto que los claros testimonios de las Escrituras debieron haber tenido sobre la creencia común de ese tiempo; porque la historia eclesiástica muestra que, en cada época, los cristianos han tomado sus sentimientos de otras fuentes que no son directamente de la Biblia. Tampoco debemos adoptar los axiomas convenientes de algunos entusiastas, según los cuales toda verdad cristiana esencial, o lo que nosotros consideramos como tal, ha encontrado una sucesión ininterrumpida de adeptos, desde Cristo hasta el tiempo presente; porque cuando asumimos este fundamento, abandonamos, de inmediato, la región de

la historia, para pasar a la de la mera hipótesis. En el presente caso, debemos juzgar lo que es probable sólo a partir de lo que se conoce; [p.104] y recordar, mientras tanto, que todavía podemos equivocarnos en nuestras conclusiones.

Sería ciertamente irrazonable suponer que la gran autoridad de Clemente de Alejandría y la vasta influencia de Orígenes no hubieran podido conseguir que muchos creyentes se adhirieran a todos sus principios más destacados. Si tuviéramos en cuenta a todos sus discípulos, patronos y amigos admiradores, o incluso a los de este último solamente, tendríamos el cuerpo principal de los obispos y las iglesias de todo Oriente. Los de Arabia lo consideraban el gran y exitoso campeón de la fe; en Palestina y Fenicia su autoridad en la doctrina era casi absoluta; en Capadocia sus instrucciones eran buscadas y seguidas con avidez; y en la remota provincia del Ponto sus discípulos ocupaban el primer lugar entre los obispos; Grecia lo había estimado y reverenciado durante mucho tiempo; e

incluso en Egipto, a pesar de la disputa de Demetrio, es evidente que las iglesias, junto con los presbíteros en general y muchos de sus obispos, eran calurosamente afines a Orígenes. Pero considerar a todos ellos, sólo por este motivo, como universalistas, sería ciertamente una extravagancia. Muchos de sus defensores probablemente lo consideraban sólo por su genio asombroso, su erudición universal, su virtud ilustre o los servicios que había prestado a la Iglesia; algunos, tal vez, lo consideraban simplemente un hombre perseguido y, pasando por alto sus peculiaridades inofensivas, sintieron que era su deber defenderlo contra la injusticia. También debe notarse que, como su universalismo no fue motivo de queja, podemos sacar pocas pruebas de un acuerdo en ese particular de la mera amistad y adhesión a él; [p.105] pero esta circunstancia, al mismo tiempo, nos lleva fuertemente a sospechar que una doctrina, tan trascendental y sin embargo intachable, prevaleció tanto entre sus adversarios como entre sus seguidores.

Sin intentar, pues, la impracticable tarea de explorar el alcance real de la doctrina en este período, sólo seleccionaré de las iglesias orientales o griegas, que fueron la principal esfera de la influencia de Orígenes, algunos individuos eminentes, cuya intimidad con él, veneración por sus opiniones y particular consideración por sus exposiciones de las Escrituras, difícilmente pueden tomarse en cuenta sin producir una convicción de que eran universalistas.

Entre ellos, el venerable Alejandro, obispo de Jerusalén, ocupa un lugar distinguido. Algo mayor, probablemente, que Orígenes, ya había estudiado con Pantsenus, cuando el primero se convirtió en su compañero de escuela bajo Clemente Alejandrino. En esta situación, los dos eruditos formaron una amistad que habría de perdurar durante toda la vida. Después de la interrupción de sus estudios por la persecución bajo Severo, encontramos a Alejandro en prisión en Jerusalén, en el año 205 d.C.; en ese momento sus fieles sufrimientos fueron alentados, por un tiempo, por una visita

de su antiguo maestro, Clemente, a quien siempre consideró con gran respeto. El período exacto de su liberación no se conoce; pero en pocos años fue elegido obispo de algún lugar de Capadocia, quizás de la metrópoli. Sin embargo, regresó a Jerusalén, alrededor del año 212 d.C.; y, a su llegada, fue elegido por unanimidad colega de Narciso, el obispo jubilado de esa ciudad. Desde este momento no sabemos nada de él, hasta que Orígenes visitó Palestina, alrededor del año 216 d.C.; [p.106] y la afectuosa deferencia que entonces le mostró a su primer amigo, junto con el fiel apoyo que luego le dio, ya se ha mencionado. Él y Teoctisto parecen haber tomado la iniciativa en la promoción y defensa de su ilustre huésped. Considerándolo como su propio maestro, le entregaron, en sus respectivas iglesias, la autoridad de exponer públicamente las Escrituras e instruir al pueblo en religión.

A Alejandro pertenece el honor de haber establecido, en Jerusalén, la primera biblioteca eclesiástica de la que hay algún registro. Aunque fue un obispo de cierta

eminencia, parece que no escribió nada, excepto cartas comunes; De Teoctisto sólo se conservan algunas frases. En la persecución general bajo Decio, fue procesado en Cesarea y nuevamente arrojado a prisión, donde pronto murió, en el año 250 d.C. (1)

De Teoctisto sólo podemos añadir que, después de presidir con reputación durante muchos años el obispado metropolitano de Cesarea en Palestina, murió no lejos del año 260 d. C. (2) No parece que haya dejado ningún escrito.

(1) Cave, *Lives of the Fathers*, cap. Clem. Alexander, §§ 4 y 5; y cap. Orígenes, § 22; y Chronol. Table, Ann. 212. También Euseb. Hist. Eccl., lib. vi., cap. 14. He omitido, en este relato, una o dos visiones.
(2) Euseb. Hist. Eccl., lib. vi., cap. 46, y lib. vii., cap. 14.

Tal vez debamos mencionar aquí a Heraclas, el sucesor de Demetrio en el obispado de Alejandría. Fue uno de aquellos paganos que se convirtieron al

cristianismo en el año 203, por instrucciones de Orígenes, y que luego entró en la gran Escuela Catequética bajo su cuidado. Heraclas fue llamado pronto a presenciar el sacrificio de su propio hermano, un compañero de conversión y discípulo, entre los primeros mártires con los que se honró este seminario. Al continuar sus estudios, parece haberse convertido en el favorito de su maestro, ya que fue finalmente seleccionado como su asistente, cuando Orígenes encontró que los crecientes deberes de la escuela eran demasiado numerosos para su sola gestión. Cuando este último huyó de Alejandría, en el año 231 d.C., Heraclas lo sucedió en la presidencia; y aproximadamente un año después, a la muerte de Demetrio, fue promovido al obispado de Alejandría, el segundo en dignidad e influencia en toda la cristiandad. Aquí continuó gobernando las iglesias hasta su muerte, en el año 247 o 248 d.C., cuando Dionisio el Grande, otro discípulo y amigo de Orígenes, lo sucedió. Heraclas parece haber sido de temperamento tranquilo y filosófico. Tenía

fama de ser un erudito, sobre todo en literatura secular, por la que, tal vez, sentía una marcada inclinación; pues al ser elevado al obispado adoptó, y desde entonces vistió siempre, la túnica de filósofo como su hábito distintivo. (1) No ha dejado escritos.

A Ambrosio, el converso, protector y amigo íntimo de Orígenes, difícilmente le pueda negar, ni siquiera el más escéptico, un lugar entre los creyentes en el universalismo. Fue a petición suya y con su ayuda pecuniaria que Orígenes compuso varias de las obras en las que se encuentra esa doctrina. Era tan celoso de perfeccionarse en todo el sistema de su maestro que, durante algunos años en los que estuvieron casi constantemente juntos, apenas tenía un momento libre para escapar sin recibir instrucción adicional de su parte sobre religión.

(1) Euseb. Hist. Eccl., Lib. vi., cap. 3, 15, 20, 26, 31, 35. [p.108]

Sus comidas y sus paseos, sus horas de la mañana y de la tarde, estaban dedicadas a

las investigaciones de las Escrituras y a la solución de cuestiones difíciles. Sólo tenemos que añadir que Ambrosio fue ordenado diácono en la iglesia de Alejandría; murió antes que Orígenes. Se dice que algunas de sus Cartas, existentes en la época de Jerónimo, pero perdidas hace mucho tiempo, excepto un breve fragmento, demostraron un genio considerable. (1)

Firmiliano, quien, después de completar sus estudios, presidió con celebridad las iglesias de Capadocia, sentía un afecto tan cálido por su antiguo maestro y un respeto tan grande por su doctrina, que hizo varios viajes a Palestina para disfrutar de su compañía y asistir a sus instrucciones. Finalmente, Orígenes logró que visitara Capadocia y satisficiera el deseo común de las iglesias de la zona, impartiéndoles aquellos tesoros de conocimiento religioso que él mismo había admirado tanto y que ellas deseaban tanto obtener.

Cesárea, la metrópoli de Capadocia, se encontraba en la ladera norte, al pie del monte Argeo, que, elevándose hacia el sur por encima de las nubes, dominaba toda la

provincia y, desde su cima de nieves eternas, ofrecía vistas indistintas, en direcciones opuestas, de las remotas aguas del Euxino y del Mediterráneo. En esta gran ciudad, de quizás cuatrocientos mil habitantes, (2) Firmiliano fue elegido obispo, no lejos del año 234 d.C., para las iglesias de esa región.

(1) *Vidas* de Cave, etc., cap. Orígenes, § 10; e Historia literaria, cap. Ambrosio. También Bibliotheca Patrimonial de Du Pin, art. Ambrosio y Trifón.
(2) Geografía antigua de D'Anville y Enciclopedia de Lices, art. Cesarea.
[p.109]

Pronto se hizo eminente y muy conocido en toda la cristiandad por su extensa correspondencia y por la parte activa que tomó en los asuntos generales de la iglesia. En la famosa cuestión, que comenzó a agitarse alrededor del año 253 d.C., relativa a la validez del bautismo administrado por los herejes, él, como las iglesias de Asia en general, sostuvo la negativa; y en la violenta "disputa" que se

desató sobre ese punto entre los dos obispos occidentales, Esteban de Roma y Cipriano de Cartago, se puso del lado de este último. Poco después de esto, en el numeroso sínodo celebrado en Antioquía, en el año 264 d.C. contra el unitario Pablo de Samosata, se cree que Firmiliano presidió y evitó su condena, ya sea por ser favorable a su sentimiento o tal vez engañado por las evasivas practicadas por el acusado. Como el asunto no se resolvió, fue llamado a un segundo concilio, celebrado allí sobre el mismo tema, y finalmente a un tercero; al asistir al cual murió en el camino, en la ciudad de Tarso, en el año 269 o 270 d. C. No ha dejado escritos, excepto una larga Carta, sobre el rebautismo de los herejes, dirigida a Cipriano. En esto descubrimos que Firmiliano sostenía la noción común de ese período, de que el bautismo, administrado por la autoridad adecuada, confería la remisión de los pecados y la remisión de los pecados y el nuevo nacimiento espiritual; que sostenía la fe prevaleciente respecto a los misteriosos trucos de los demonios y su interferencia

ordinaria con los asuntos de la vida; y que el buen hombre era capaz de sarcasmo e invectiva bulliciosa, que vierte profusamente contra Esteban de Roma. [p.110] El tema, sin embargo, no conduce a ningún descubrimiento de sus sentimientos sobre el castigo eterno o la salvación universal. (1)

Los últimos, a quienes menciono aquí, son los dos hermanos, Gregorio Taumaturgo (2) y Atenodoro. Nacidos de una familia rica y noble en Neocesarea, la capital del Ponto, fueron criados de una manera apropiada a su nacimiento y fortuna, e instruidos en el paganismo, la religión común del lugar. Cuando Gregorio tenía unos catorce años, su padre murió, y su madre, asumiendo el cuidado de su educación, los puso sucesivamente bajo diferentes maestros, con quienes estudiaron retórica, la lengua latina y las leyes romanas. Finalmente, cuando su hermana se mudó a Palestina, el gobernador de la cual había designado a su esposo como uno de sus asesores o consejeros, los hermanos la acompañaron hasta Berytus en Fenicia, donde había una

escuela célebre para el estudio de la ley. Esto sucedió aproximadamente en la época de la huida de Orígenes de Egipto, en el año 231 d.C.; y los jóvenes, ansiosos de ver y conversar con un hombre de su renombre, fueron a visitarlo a Cesarea. Allí, sus súplicas los convencieron finalmente de que se dedicaran al estudio de la filosofía, la introducción, como él la consideraba, a la ciencia de la religión; y cuando habían hecho progresos suficientes, los condujo al estudio de las Escrituras, explicándoles, a medida que avanzaban, los pasajes oscuros y difíciles.

(1) Firmiliani Epistola ad Cyprianum, es la Epist. Ixxv. inter Cypriani Opera., edit. Baluzii. Para su vida, véase Cave's Lives, etc., cap. Orígenes, § 16; y Hist. Literaria, cap. Firmilianus. Véase también Credihility, etc., de Lardner, cap. Firmiliano.

(2) Su nombre original era Teodoro.

[p.111]

De esta manera los educó en un conocimiento sistemático y un amor

ardiente por el cristianismo, que, de hecho, habían comenzado a considerar con buenos ojos cuando dejaron el Ponto. Es digno de notar que en la primera parte de su residencia en Palestina, Firmiliano fue su compañero de estudios, con quien luego entablaron una relación que las circunstancias y los eventos futuros de sus vidas debieron haber alentado.

Después de haber permanecido con Orígenes unos cinco años, fueron llamados de nuevo a su país natal. Al partir, Gregorio pronunció en público su Panegírico sobre Orígenes, todavía existente, en el que prodiga los más extravagantes elogios al genio y la doctrina de su maestro, relata la historia de su mutuo conocimiento y lamenta, con efusiva declamación, la necesidad que los separó. Al regresar los hermanos a Neocesarea, se dice que los habitantes tenían tan grandes expectativas sobre los talentos y conocimientos de Gregorio, que, aunque eran paganos, deseaban que residiera entre ellos como instructor público de filosofía y virtud. Pronto recibió también una carta de Orígenes, en la que

elogiaba sus habilidades y lo instaba a proseguir con el estudio de las Sagradas Escrituras y de la religión cristiana. Pero, como no le gustaban los cuidados de la vida pública o desconfiaba modestamente de sus cualidades, no accedió ni a la petición de los ciudadanos ni a los deseos evidentes de su antiguo mestre, y se retiró a algún oscuro retiro para llevar una vida solitaria y contemplativa. Sin embargo, un obispo de ese país lo persiguió con incansables solicitudes para que se dedicara al servicio público del cristianismo; [p.112] y, venciendo al fin su renuencia, lo ordenó alrededor del año 240 o 245 d.C. Neocesarea, un lugar interior de considerable tamaño, (1) sobre el río Lico, apenas había sido visitado, hasta entonces, por la luz del evangelio; pero cuando el popular Gregorio entró en su ministerio allí, las cosas adquirieron un nuevo aspecto. Su éxito fue sorprendente. Pronto se reunió una gran congregación; el número de sus conversos aumentó rápidamente; y finalmente se erigió una majestuosa iglesia o templo cristiano; El primero de este tipo del que tenemos un

registro preciso en la historia eclesiástica. En la persecución general del año 250 d.C., él y su pueblo huyeron a cuevas y desiertos en busca de seguridad; pero cuando la breve pero violenta tempestad amainó, regresó con los hermanos que habían sobrevivido. Unos diez años después, una irrupción de los bárbaros del norte trajo desolación y angustia universales a través del Ponto y otras provincias romanas; y los habitantes paganos, aunque sufrieron en común con los cristianos, parecen haber aprovechado la confusión general que siguió para dar rienda suelta a su malicia. Muchos de los creyentes habían negado su fe para salvar sus vidas, y otros habían cometido depredaciones en la propiedad de los que habían huido, Gregorio fue persuadido, a petición de un obispo vecino, a dirigirles una Epístola Canónica, todavía existente, que consistía en reglas autorizadas para regular su conducta y disciplina en esos tiempos sin ley.

(1) Actualmente lleva el nombre de Niksar y se encuentra en un valle

exuberante y delicioso, por el que, al oeste de la ciudad, fluye el río llamado Kelki Irmak, de sur a norte. Alrededor, pero a cierta distancia, se elevan las montañas, cubiertas de bosques de la más salvaje vegetación, y que ofrecen las vistas más románticas y pintorescas. Está a treinta millas al noreste de Tocat; y está situada en el mapa a unas ochenta millas de la costa del Mar Negro. (Morier's *Journey through Persia, Armenia, and Asia Minor*, pp. 332, 334, Philadelphia, 1816.)
[p.113]

En el año 264 d.C., él y Atenodoro, que también era un obispo influyente de algún lugar del Ponto, asistieron al concilio de Antioquía contra Pablo de Samosata. Gregorio Niseno (ciudad de Nisa en Capadocia, donde fue obispo), que había regresado a Neocesarea, murió poco después en paz, con la satisfacción de dejar muy pocos paganos en la ciudad, donde, al principio de su ministerio, el cristianismo tenía apenas *un* defensor. (1) Se le consideraba uno de los obispos más eminentes de la época; pero su

reputación, desgraciadamente, aumentó y se hizo monstruosa después de su muerte, cuando se le atribuyeron los milagros más ridículos e increíbles, de modo que su nombre pasó a la posteridad con el significativo apelativo de *Taumaturgo, o hacedor de milagros.* Además de su Panegírico sobre Orígenes y su Epístola canónica, tenemos su breve Paráfrasis sobre el Eclesiastés; (2) pero, como ninguna de estas obras es de carácter doctrinal, no arrojan luz sobre sus opiniones sobre el alcance final de la salvación o la naturaleza y el resultado del castigo futuro. Sin embargo, un escritor antiguo (3) insinúa, si no me equivoco, que Gregorio (Taumaturgo) Niseno era bien conocido por haber sostenido, junto con su maestro, la doctrina de la Restauración Universal.

(1) En el relato de Gregorio Taumaturgo y Atenodoro, he seguido en general a Lardner, que concede poco crédito al relato legendario de Gregorio Niseno. Du Pin también parece haberlo descartado. Pero Cave y algunos otros adoptan el relato en

su totalidad, con milagros y todo, con credulidad veterana.

(2) Algunos le atribuyen el breve Greedy, que se refiere únicamente a la Trinidad, que según Gregorio (Taumaturgo) Niseno le fue traído del cielo por San Juan y la Virgen María. Es probable, sin embargo, que Gregorio Taumaturgo nunca lo viera. (Véase Lardner's Credibility, etc., cap. Gregory Thaumat.) La Brevis Expositio Fidei, que Cave, en sus Vidas de los Padres, había atribuido a Gregorio, se admite, en su Hist. Literaria, como supuesta; en lo que coincide con Du Pin, Fabricius, Tillemont y Lardner.

(3) Rufino (Invect. in Hieronym.. lib. 1., prope finem, inter Hieronymi. Opp., tom. iv., parte i., p. 406, edit. Martianay) alude al hecho, como notorio, de que Gregorio Taumaturgo se equivocó con Orígenes; y es del universalismo de lo que está hablando. [p.114]

Con él termina nuestro selecto catálogo de seguidores contemporáneos de Orígenes. Puede servir, al menos, señalar algunas de las circunstancias que, junto

con la difusión general de sus escritos, tendieron a difundir ampliamente sus sentimientos por Oriente. Es inútil investigar qué otras causas particulares operaron para difundir o fomentar el universalismo entre los ortodoxos de este período; pero no tenemos motivos para creer que se limitara exclusivamente a sus seguidores.

En cuanto a los diferentes grupos de herejes, es probable que entre los gnósticos la doctrina permaneciera en el mismo estado que antes; y entre los de otras clases puede haber encontrado algunos creyentes y defensores. (1)

Si apartamos la mirada, por un momento, de las iglesias griegas para hacer un estudio rápido de las occidentales o latinas, podemos observar que aquí la influencia de Orígenes, así como de los otros padres griegos, fue parcial y débil, debido a la diferencia de idioma, que impidió la intimidad.

(1) El autor del libro anónimo llamado *Praedestinatus*, atribuido por algunos a Prismasio, un obispo africano del siglo VI, pero

considerado por otros de fecha y origen inciertos, dice que un tal "Ampullianus, un hereje de Bitinia, admitió el siguiente error: que todos los culpables, junto con el diablo y los demonios, serán completamente purificados en la Gehena, o infierno, y saldrán de allí completamente inmaculados; y cuando hubo levantado a toda la iglesia contra sí mismo, por este motivo, corrompió las obras de Orígenes, especialmente los libros *De Principios*, para poder sancionar sus propios sentimientos con su autoridad". (Praedestinat., lib. 1., Haeres. 43, inter Simondi Opera, tom. i.) "No nos informa cuándo vivió este Ampuliano; ni su nombre es mencionado siquiera por ningún otro escritor antiguo. Pero aunque el relato de haber insertado el supuesto error en las obras de Orígenes es demostrablemente falso y universalmente ignorado, aún puede haber una pregunta sobre si no hubo un hereje con ese nombre en Bitinia, en algún momento durante este siglo, que sostuvo la doctrina de la Restauración Universal. En cualquier período posterior, no podría haber escapado a la atención de otros

escritores, cuyas obras existen; y, de hecho, parece difícil explicar su profundo silencio, de cualquier manera, a menos que se niegue toda la historia. [p.115]

También había una peculiaridad en las costumbres, modales y giro general del pensamiento, que distinguía a los cristianos de Occidente. No percibimos (1) rastros seguros de universalismo entre ellos en este momento. En efecto, los materiales para determinar con precisión sus sentimientos sobre varios puntos son más bien escasos. Aunque tuvieron varios obispos y escritores de renombre temporal, sólo hubo uno que todavía ocupa un lugar distinguido en la historia eclesiástica. Se trata del elocuente, activo y resuelto Cipriano, que presidió el obispado de Cartago desde aproximadamente el año 249 d.C. hasta su martirio en el año 258. Anteriormente profesor pagano de retórica, se convirtió, al convertirse, en uno de los más celosos defensores de la causa cristiana (249 a 258 d. C.), vendió su gran propiedad para abastecerse de los medios de caridad y

dedicó todo su tiempo y todas sus facultades al servicio en el que se había involucrado tan tarde en su vida.

(1) Novato, o como se le llama a menudo, Novaciano, un presbítero eminente de Roma, que disputó el obispado de la iglesia allí con Cornelio, promovió algo parecido al universalismo. Ensalzó en los términos más altos, aunque generales, la bondad ilimitada de Dios (De Regula Fidei, cap. ii., prope finem, edit. Jackson, Londres, 1728, pp. 23-25); y sostuvo que la ira, la indignación y el odio del Señor, así llamados, no son pasiones en él como las que llevan el mismo nombre en el hombre, sino que son operaciones en la mente divina que están dirigidas únicamente a nuestra purificación (De Regula Fidei, cap. iv.). En resumen, afirmó los principios peculiares del universalismo; pero no se sabe si los llevó a cabo hasta su resultado necesario. Novato floreció a partir del año 250 d.C., durante varios años. Después de su contienda por el obispado, en la que una vez fue elegido, fue condenado por su rival

más afortunado y excomulgado por negarse obstinadamente a admitir en la comunión a miembros que alguna vez habían caído de su pureza o firmeza, por muy arrepentidos que pudieran llegar a ser. Un grupo considerable se adhirió a él, y mantuvo su opinión y práctica sobre este punto hasta el siglo VII, y por lo tanto fue tratado ocasionalmente como herético, y en otras ocasiones simplemente como cismático. [p.116]

Como prelado, siempre debe distinguirse por sus talentos emprendedores y autoritarios; y como escritor, demuestra una habilidad considerable, aunque no un conocimiento extraordinario. Sin embargo, su estudio no era la doctrina, sino la disciplina, el arte de gobernar sus iglesias, y particularmente la gestión de los asuntos eclesiásticos en tiempos de gran perplejidad y peligro. Para esta difícil tarea estaba calificado por un genio de rápido recurso, una decisión audaz y una vehemencia cercana al entusiasmo, que a menudo lo llevó a la ejecución de sus planes con sorprendente prontitud, aunque a expensas de una contienda

perpetua. Podemos lamentar, más que sorprendernos, que tuviera los defectos naturales de tal carácter: ambición y una fuerte propensión a dominar; y que su conducta a veces parezca dictada por la voluntad propia y la pasión. Aunque se oponía firmemente a la arrogancia del obispo romano, él mismo albergaba nociones extravagantes de autoridad episcopal y promovía incautamente esa tiranía eclesiástica que, a la larga, esclavizaría al mundo cristiano. Pero una falta peor que todas estas, al menos en principio moral, aparte de sus consecuencias generales, era su pícara afirmación de visiones y revelaciones inmediatas de Dios, como su autoridad y justificación, cada vez que invadía los derechos de los demás o recurría a medidas impopulares.

Como parece haber tenido poco conocimiento de los padres griegos, excepto Firmiliano, y tal vez ninguno de Orígenes, sus opiniones sobre el estado futuro pueden considerarse, en cierto grado, un ejemplo de las que prevalecían en Occidente. [p.117] Sostenía un

purgatorio temporal y suave para los santos menos merecedores; (1) pero para los incrédulos impenitentes un castigo eterno. (2) Y es muy manifiesto que a veces se dejaba llevar por el espíritu de una doctrina tan afín al temperamento africano: “¡Oh, qué glorioso día vendrá”, dice, “cuando el Señor comience a hacer un recuento de su pueblo y a juzgar sus recompensas, a enviar a los culpables al infierno, a condenar a nuestros perseguidores al fuego perpetuo de las llamas penales y a otorgarnos la recompensa de la fe y la devoción a él! ¡Qué gloria, qué alegría, ser admitido para ver a Dios, ser honrado, participar del gozo de la luz eterna y la salvación con Cristo el Señor tu Dios; saludar a Abraham, Isaac y Jacob, y a todos los patriarcas y profetas, apóstoles y mártires, regocijarnos con los justos, los amigos de Dios, en los placeres de la inmortalidad! Cuando esa revelación venga, cuando la belleza de Dios brille sobre nosotros, seremos tan felices como los desertores y rebeldes serán miserables en el fuego inextinguible”. (3)

(1) Cypriani Epist. ad Antonianura, lii., p. 72, edit. Baluzii, París, 1726,
(2) Cypriani, lib. contra Demetrian, p. 224. Y Epist. ad Clerum, p. 13, y passim.
(3) Cypriani Epist. ad Thibaritanos, Ivi. fine, pp. 93, 94. Milner, el historiador ortodoxo, cuya traducción he adoptado aquí, dice seriamente, al citar este pasaje, que “La palma de la mentalidad celestial pertenecía a estos santos perseguidos; Y deseo que, con todos nuestros adelantos teológicos, podamos obtener una medida de este celo, entre las diversas cosas buenas de esta vida que, como cristianos, disfrutamos actualmente" (Historia de la Iglesia, siglo III, cap. 12). Una colección general de estas exultaciones de ánimo celestial por los tormentos anticipados de los condenados habría convencido a nuestro visionario de que las épocas posteriores pueden jactarse de ejemplos genuinos del celo de Tertuliano y Cipriano. Si hubiera considerado, también, que había algún sentimiento terrenal de

venganza que inspiraba la alegría de los antiguos en la condenación de sus perseguidores, debería haber adjudicado la palma a los modernos más desinteresados; quienes, sin la ayuda de la provocación, se complacen en una satisfacción mucho más difícil al esperar las agonías, no de sus opresores, sino de sus partidarios, sus benefactores más bondadosos y de sus propias familias. [p. 118]

Cipriano imita con frecuencia a Tertuliano y a veces toma prestado de él; y se dice que era tan partidario de ese entusiasta severo y sombrío que leía diariamente sus obras, y habitualmente gritaba, mientras se sentaba, "Dadme a mi señor". Su confiada expectativa del fin inmediato del mundo y la proximidad del juicio general, conspiraba, con su temperamento naturalmente cálido, para albergar un alto grado de fervor devocional; y de todos los padres primitivos no hubo ninguno cuya forma general de expresión se acercara tanto a la de los más entusiastas o fanáticos de los ortodoxos modernos. Sin embargo, sus

opiniones no son en modo alguno reducibles a ningún credo aprobado en la actualidad. Era trinitario, pero ignorante de la predestinación y la gracia irresistible; sostenía que la remisión de los pecados y la regeneración espiritual eran impartidas por el ministro al candidato en el rito del bautismo en agua; que los verdaderos conversos podían después caer completamente de la gracia; que las buenas obras, especialmente las oraciones, las lágrimas, el ayuno y la penitencia, satisfacen a Dios por nuestros pecados; y que el matrimonio no es más que una especie de prostitución tolerada.

En estos detalles, sin embargo, contaba con el acuerdo de una gran parte de sus contemporáneos en todo Oriente así como en Occidente. El cristianismo ya había asumido muchas de las características peculiares que ahora tiene la religión romana. (250 a 270 d.C.) Se afirmaba que la salvación sólo podía conseguirse dentro de los límites de la iglesia ortodoxa; y todos los herejes, los excomulgados y los disidentes estaban expuestos, al igual que los paganos, a los tormentos del infierno.

[p.119] Sin embargo, estas sectas separadas, a su vez, usurparon, a veces, la misma terrible prerrogativa y replicaron a los católicos sus propias admoniciones favoritas. A la cabeza de la verdadera Iglesia, el cuerpo clerical, y particularmente el de los obispos, poseía, cuando estaba unido, una influencia incontrolable y poderosa incluso cuando estaba dividido por sus frecuentes discordias. Algunos de los prelados comenzaron a adoptar el esplendor y la magnificencia de la nobleza secular, aunque la espada de la persecución pendía sobre sus cabezas y a menudo caía sobre ellos en un exterminio despiadado. Las ceremonias y ordenanzas eclesiásticas, a las que generalmente se atribuía una eficacia espiritual extravagante, estaban perdiendo su prístina simplicidad en medio de la pompa y el tedioso desfile. Tampoco estaba menos pervertida la moralidad del Evangelio; aunque el monacato absoluto no se había introducido en la Iglesia, sin embargo, los actos de mortificación y penitencia se consideraban superiores a la

virtud ordinaria, y una vida de estricta abstinencia como la institución favorita del cielo. Pero, como era de esperar, las costumbres de la época se acercaban, a la vez, a los dos extremos de la austeridad y el libertinaje; Algunos que profesaban la abstinencia del celibato incluso se entregaban, para gran escándalo de los mejores, a la posesión de concubinas entre aquellos que habían hecho votos de castidad perpetua.

En medio de esta escena de creciente corrupción, se abrigaba un celo celoso contra todo supuesto error; y la iglesia exhibía el espectáculo sorprendente, aunque no singular, de rabia por la solidez de la fe, en proporción a la degeneración común. Mientras las persecuciones destructivas de los paganos, impulsadas en ese momento con una violencia sin precedentes, empapaban la tierra con sangre cristiana, [p.120] los creyentes, tanto en Oriente como en Occidente, parecían dedicar los intervalos de reposo a una búsqueda loca de no conformidades en la doctrina y la disciplina, que buscaban en cada rincón y condenaban

con poca discriminación. En Occidente, Novato y sus seguidores fueron excomulgados por su conducta facciosa y por su obstinada exclusión de los caídos; En Oriente, Cipriano y el obispo de Roma se enzarzaron en una disputa sobre el rebautismo de los herejes. En Oriente, Noeto y Sabelio, por un lado, y Pablo de Samosata, por el otro, fueron procesados y condenados por desviaciones opuestas de la indefinible y vacilante norma del trinitarismo. Entre Oriente y Occidente se mantuvo una controversia sobre los días apropiados para el ayuno y el momento de la celebración de la fiesta pascual. En una palabra, la pasión por la censura era tan universal que apenas un individuo eminente escapaba al reproche de uno u otro sector. Esta circunstancia servirá para introducirnos en el tema del próximo capítulo, que, volviendo de nuestra excursión entre los contemporáneos de Orígenes, retoma la historia de su doctrina desde el momento de su muerte. [p.121]

APÉNDICE AL CAPÍTULO V

Pero para evitar una interrupción inoportuna en esa narración, debemos aplazar la historia de la doctrina de Orígenes hasta que hayamos dado a conocer una nueva clase de cristianos gnósticos. La secta de los *maniqueos* comenzó a aparecer en Oriente en esa época y, aunque pequeña al principio, llegó a ser, con el tiempo, la más famosa de todas las sectas de herejes orientales que surgieron. Al atraer gradualmente a los grupos más antiguos de gnósticos, creció, con el tiempo, hasta una magnitud formidable: el número de sus conversos y el talento de algunos de sus miembros le dieron una respetabilidad alarmante; y sus sentimientos, bajo diversas modificaciones, se difundieron tan ampliamente por toda la cristiandad, que su influencia perturbó a la iglesia durante muchos siglos sucesivos y llegó incluso hasta la remota era de la Reforma.

El autor de esta herejía fue un tal Mani, filósofo persa, que parece haber combinado una imaginación audaz y un

genio muy fértil con la vida y las costumbres más austeras. Aunque educado en las escuelas de los magos y completamente instruido en la religión y los estudios de su país, abandonó la antigua fe establecida de Zoroastro y abrazó el cristianismo. Como muchos otros filósofos conversos, intentó un arreglo entre el evangelio y su teología anterior. [p.122] Su historia está profundamente envuelta en contradicciones y mezclada con fábulas; pero si podemos adoptar el relato más probable, fue, en el momento de su conversión, ordenado presbítero (alrededor del año 265 d.C.) en la ciudad de Ahwaz, a unas setenta millas al norte de la desembocadura del Éufrates. Como su sistema general de doctrina era manifiestamente incompatible con el tenor de las Escrituras, así como repugnante a la fe de los pocos cristianos que ya había en su país, se declaró apóstol de Jesucristo, inspirado por el cielo para completar la revelación imperfecta de su Maestro, declarando las verdades restantes que no había divulgado y

cumpliendo su antigua promesa de un Consolador. Pero no se puede determinar con certeza si esto fue una suposición de fanatismo sincero o la impía pretensión de una impostura concebida.

Tras mudarse después a las ciudades capitales de Ctesifonte y Ecbatana, convirtió a su religión al rey persa, el famoso Sapor, y obtuvo, tal vez, el puesto de tutor del joven príncipe Hormizdas. Envalentonado por el patrocinio real y cada vez más celoso con el creciente número de sus seguidores, emprendió un ataque público contra la antigua religión del reino, con el fin de sustituirla por la suya propia. El antiguo y numeroso sacerdocio de Zoroastro se alarmó ante esta atrevida innovación dentro de la misma corte; los magos, apiñados alrededor del monarca, pronto lograron distanciarlo del apóstata y lo incitaron a vengar la fe violada de su pueblo. Mani percibió el cambio y, con los más fieles de sus discípulos, huyó del inminente golpe a Mesopotamia. [p.123] Pero a la muerte de Sapor, en el año 273 d.C., regresó a la corte persa, con el favor del nuevo rey, su

antiguo discípulo, y fijó su residencia en una fuerte torre, construida para su seguridad contra sus numerosos y enfurecidos enemigos. Mientras tanto, sus discípulos enseñaron su doctrina, con éxito, en varias partes del país y, tal vez, la llevaron hacia el este, a la India. Sin embargo, la halagadora perspectiva de seguridad y patrocinio se vio repentinamente destruida. El fiel Hormizdas murió en el segundo año de su reinado; y su hijo, Yaranes, al ascender al trono, pronto cedió a las súplicas o advertencias de los magos. Habiendo, con un pretexto engañoso, atraído a la víctima destinada a salir de su fortaleza, lo apresó y lo mató, alrededor del año 277 d.C. Así cayó Mani, probablemente en la mediana edad; pero la sangre del mártir sólo aceleró el crecimiento de su causa. (1)

(1) Mosheim (De Rebus Christian., etc., págs. 737-470) ha manifestado su habitual buen sentido al reunir de las confusas historias de la antigüedad una probable narración de la vida de Mani.

Como otros gnósticos, los maniqueos sostenían dos principios originales, autoexistentes, las causas primarias de todas las cosas. Desde las profundidades de la eternidad pasada, el universo existía en dos regiones separadas y adversas: el mundo puro y feliz de la Luz, por un lado; y por el otro, el mundo de las Tinieblas, donde todo era corrupción, turbulencia y miseria. Sobre el reino de la Luz, que era mucho más grande de los dos, reinaba el verdadero Dios, autoexistente, omnisciente, omnipotente, completamente bendito y, por lo tanto, perfectamente bueno. Innumerables ángeles, emanando de él, llenaban su tranquilo dominio y participaban de su goce ininterrumpido. [p.124]

En el centro profundo del mundo opuesto de la oscuridad primigenia se encontraba la morada de Hyle, o Satanás, el repugnante príncipe del mal, sin comienzo, pero estúpido y débil, aunque incesantemente involucrado en maliciosas artimañas; y los innumerables demonios que había producido pululaban por su horrible y bullicioso reino, librando

guerras mutuas y profundamente ignorantes, como su rey, de la existencia del mundo de la luz.

Sin embargo, en el eterno lapso de los siglos, finalmente ocurrió un accidente, por el cual se produjo una mezcla parcial entre las dos sustancias originales, hasta entonces distintas. En una de las disputas intestinas que continuamente se desataron en el reino de Hyle, un grupo vencido de demonios huyó a los mismos confines de ese mundo, y desde sus fronteras montañosas vislumbró por primera vez el vecino reino de la luz. Impresionados por su esplendor y belleza, se detuvieron; sus perseguidores llegaron; y todos, olvidando su mutua hostilidad, consultaron cómo tomar posesión del glorioso mundo que se encontraba ante ellos. Se emprendió inmediatamente una expedición; pero la Deidad que todo lo ve, al ver su aproximación, envió un cuerpo de poderes celestiales bajo el mando de un líder designado. En el conflicto que siguió, las fuerzas de la oscuridad fueron al principio parcialmente victoriosas; y, aunque finalmente fueron rechazadas,

lograron llevarse cautiva una cantidad suficiente de luz e inteligencia divina, para darles nuevas capacidades y producir un cambio manifiesto en su mundo. Sin embargo, temiendo que la Deidad liberara y retirara esa porción de luz que ahora estaba en su reino, se las ingeniaron para retenerla. [p.125] Para este propósito, hicieron, de materia maligna, un cuerpo humano, como el del difunto líder de las fuerzas celestiales, cuya forma recordaban, le dieron a este cuerpo un alma meramente animal, como la suya, y luego introdujeron en él la sustancia cautiva de luz, que se convirtió en un alma racional aliada del cielo. Así completamente constituida, la criatura fue llamada Adán, el primero de la raza humana. Después, Eva fue creada de manera similar y con la misma diversidad de almas; y es de esta diversidad que surge el conflicto perpetuo entre las naturalezas sensual y celestial del hombre.

Sin embargo, la Deidad no renunció a su designio de recuperar la sustancia celestial del mundo de las tinieblas. Para

proporcionar una morada adecuada para el hombre, para que su alma pudiera ser inducida a rechazar las suaves tentaciones del cuerpo y regresar a su morada natal, creó nuestro mundo, a medio camino entre las esferas primigenias de luz y oscuridad, a partir de materia proporcionada por ambas regiones. Hizo el sol de fuego puro, y la luna, de agua no contaminada; las estrellas y la atmósfera, de una sustancia algo teñida de maldad; y nuestra tierra, de una materia casi totalmente depravada. Aquí fue la morada designada de Adán, quien, poseyendo una gran parte de naturaleza celestial, perseveró un tiempo en la rectitud. Pero, al aumentar la influencia de su constitución corrupta, cedió, al final, a los halagos de Eva, y así transgredió la ley divina. Las almas superiores y racionales de la primera pareja fueron instantáneamente ensombrecidas y oscurecidas por la oscuridad, y sus afectos esclavizados por el cuerpo; [p.126] sus malas propensiones ganaron total ascendencia, y toda su posteridad, nacida en la misma condición caída, es libre, por

naturaleza, para hacer sólo el mal; o, más bien, ha perdido el conocimiento de cómo emplear su voluntad eficazmente para lo que es bueno. (1)

Para promover la comodidad del hombre mientras está en la tierra, pero principalmente para ayudar a la obra de su restauración, la Deidad, después de la creación de este mundo, produjo de su propio ser dos existencias peculiares, llamadas Cristo y el Espíritu Santo, quienes, con él, constituyen una trinidad. Cristo, el brillo de la luz eterna, tiene su trono en el orbe resplandeciente del sol, y extiende su influencia a la luna; El Espíritu Santo reside en nuestra atmósfera, suavizando su aspereza, fomentando el principio universal de vivificación y operando en las mentes de los hombres.

(1) Después de una larga discusión de sus nociones sobre el libre albedrío, Beausobre llega a las siguientes conclusiones: "1. Los maniqueos permitieron que el alma fuera libre en su origen y durante su estado de inocencia, pues tenía

poder para resistir al mal y vencerlo. 2. Después de su caída, no había perdido absolutamente ese poder, pero había perdido el uso, porque ignoraba su naturaleza, su origen y sus verdaderos intereses; y porque la concupiscencia, que tenía su sede en la carne, la arrastra con una fuerza invencible a hacer o permitir lo que condena. 3. El evangelio de Jesucristo libera al alma de esa servidumbre y le da poder suficiente para dominar el pecado y obedecer la ley de Dios, siempre que haga uso de las ayudas que se le brindan". Luego agrega: "Finalmente, admito que los padres antiguos en general dicen que los maniqueos negaron el libre albedrío. La razón es que los Padres creían y sostenían, contra los marcionistas y los maniqueos, que cualquiera que sea el estado en que se encuentre el hombre, tiene el mando sobre sus propias acciones y tiene igualmente poder para hacer el bien y el mal. El mismo Agustín razonó sobre este principio, así como otros católicos, sus predecesores, mientras tuvo que tratar con los maniqueos. Pero cuando llegó a disputar con los pelagianos, cambió su sistema.

Entonces negó esa clase de libertad que había defendido antes y, hasta donde puedo juzgar, su sentimiento ya no difería del de los maniqueos en lo que respecta a la servidumbre de la voluntad. Sin embargo, él atribuyó esa servidumbre a la corrupción que el pecado original introdujo en nuestra naturaleza; mientras que ellos lo atribuían a una cualidad maligna eternamente inherente a la materia". Hist., de Manichee, tom, ii., pp. 447, 448. Estas conclusiones son adoptadas por Lardner, Credibility of the Gospel Hist., parte ii., cap. Lxiii., sect. iv. 13. [p.127]

Cuando, durante muchas eras, Dios había intentado, con poco éxito, recuperar a la humanidad a través del ministerio de ángeles y santos inspirados, finalmente envió a Cristo, desde su morada en el sol, a visitar nuestro mundo, no como un sufriente vicario, sino como un Maestro infalible. Asumiendo solo la apariencia visionaria de un cuerpo humano, el Salvador entró en su misión, instruyendo a nuestra raza caída cómo abandonar el

servicio del príncipe de las tinieblas, abrazar el del Dios verdadero y someter el cuerpo al gobierno del alma mediante una vida de virtud rígida y austeridad extrema. Solo introdujo, sin perfeccionar, el sistema En el cristianismo, los primeros apóstoles sólo conocían en parte y profetizaban en parte; pero, cerca del fin de su ministerio, y justo antes de su aparente comprensión y sufrimiento, prometió a sus discípulos enviar un Consolador que los guiaría a toda la verdad. En consecuencia, a su debido tiempo, apareció Manes, el Consolador, y no sólo completó la revelación de su Maestro, sino que también restauró la doctrina que Cristo ya había enseñado a su simplicidad original, exponiendo las muchas corrupciones introducidas por sus seguidores.

Las almas que aquí obedecen las instrucciones de Cristo, ascienden, tras la muerte del vil cuerpo, a su esfera nativa; pero las que las descuidan son enviadas a otros cuerpos de hombres, bestias o plantas, para repetir su curso mortal de disciplina, hasta que estén preparadas para el cielo. Sin embargo, quienes luchan

contra la verdad y persiguen a sus seguidores son primero conducidos a los dominios del príncipe de las tinieblas, para ser atormentados un tiempo en las llamas, antes de transmigrar de nuevo a la tierra. [p.128]

Por fin, en la plenitud de los tiempos, cuando todas las almas, o casi todas, hayan sido rescatadas, y las partículas de luz cautivas hayan sido recuperadas para el reino de la Deidad, todo este mundo será destruido por el fuego. Algunos de los maniqueos, tal vez, defendían la restauración de todas las almas; (1) pero ninguno de ellos, la salvación de Hyle (o diabo) y sus demonios. Éstos eran poderes independientes, sobre los cuales, mientras permanecieran en su propia esfera, el verdadero Dios no reclamaba jurisdicción. Después del fin de nuestro mundo, serán restringidos para siempre a su imperio original de oscuridad, sin la bendición de la más mínima mezcla de la buena sustancia; y si alguna alma humana se encontrara completamente irrecuperable, sería estacionada, como guardia, en las fronteras de ese reino, para mantener a

las huestes del mal dentro de sus legítimos dominios.

Al igual que otros gnósticos, los maniqueos negaban la resurrección del cuerpo. Sólo tenemos que añadir que rechazaron el Antiguo Testamento, pretendieron que muchas partes del Nuevo, especialmente de los cuatro Evangelios, habían sido interpoladas, ya sea por hombres ignorantes o astutos; y que recibieron los escritos de Mané como autoridad canónica. (2)

Para nosotros, su esquema de doctrina parece casi demasiado monstruoso para ser concebido; pero para aquellos educados en la filosofía oriental era un sistema ingenioso, cuyos principios fundamentales concordaban con todos sus prejuicios y hábitos de pensamiento.

(1) Beausobre, Hist, de Manichee, tomo ii, págs. 569-575. Y Lardner's Credibility, etc., cap. Mani and his Followers, sect. iv. 18.

(2) Las fuentes de las que he extraído este breve relato del maniqueísmo son Moshemii De Rebus Christianorum, etc., págs. 728-903;

la extensa obra de Beausobre, Histoire de Manichee et du Manicheisme; y Lardner's Credibility of the Gospel Hist., parte ii, cap. IXIII. Sin embargo, de Beausobre he hecho poco uso, excepto lo que tal vez se derive de las observaciones, extractos y referencias de Lardner. [p.129]

Tampoco fue tan chocante para los griegos de mente más simple; y las ventajas que se suponía que ofrecía, al explicar la introducción del mal sin implicar la pureza y la bondad de Dios, contrarrestaron objeciones de peso, en la opinión de muchos. Cuando se había extendido en Persia y otros países orientales por un tiempo, comenzó a aparecer entre los cristianos en la parte oriental del imperio romano, probablemente tan temprano como el año 280 d.C.; pero aquí su progreso fue, al principio, indudablemente lento, ya que los padres ortodoxos no parecen haber tomado nota de él hasta treinta o cuarenta años después. [p.130]

CAPÍTULO VI. Del 254 al 390 d.C.

Durante el largo período de casi un siglo y medio, que se examinará en este capítulo, no se encontró una sola indicación de que el universalismo de Orígenes ofendiera a la iglesia, a pesar de que sus escritos, mientras tanto, sufrieron el escrutinio más severo y fueron atacados con frecuencia en otros puntos. Para dar una visión completa del estado de esa doctrina en esta época, debemos intentar una narración intrincada y a menudo digresiva, que exponga no sólo las opiniones de todos los padres principales sobre el castigo futuro, sino también todas las quejas y controversias que surgieron sobre los sentimientos de Orígenes. (1) A medida que avancemos, descubriremos un hecho muy importante: que incluso los pocos que trataron su nombre con indignidad y censuraron amargamente varias partes de su doctrina, uniformemente pasaron en silencio sobre el principio prominente de la Salvación Universal.

(1) *Huetii Origeniana* (inter Origenis Opera), particularmente lib. ii., cap. 4, dirige a casi todos los materiales para una historia de la doctrina de Orígenes. Por su doctrina, nos referimos, por supuesto, no a su Universalismo en particular, sino a su sistema religioso general, o más bien al conjunto de sus peculiares principios. Quien haya leído la obra de Huet, difícilmente se verá recompensado por leer el tratado más breve y menos crítico, "*Histoire de l'Origenisme*, par le P. Louis Doucin", publicado en París en 1700, en un solo volumen, pequeño, de 12mo, de 388 páginas estrechas; pero incluso éste contiene mucha más información que la Carta de Resolución del Obispo Rust sobre Orígenes y la Principal de sus Opiniones, que se puede encontrar en el primer volumen de *The Phenix*, una obra miscelánea comenzada en Londres en 1707. He visto los siguientes títulos, pero no las obras: "Joh. Hen. Horbii *Historia Origeniana*. sive de ultima origine et progressu Haereseos Origenis Adamantii". Franc, 1670; y "Berrow's Illustration and defense of the

Opinions of Origen", 4to. [p.131]

Fue sólo unos pocos años después de su muerte que algunas de sus opiniones parecen haber sido, por primera vez, impugnadas públicamente; aunque, en esta ocasión, sin mencionar su nombre. Orígenes había combatido, incluso en sus primeras publicaciones, la noción prevaleciente del reinado personal de Cristo en la tierra durante mil años; y sus sucesivos ataques, que continuó impulsando contra este punto con un espíritu más que su habitual, finalmente lo habían desacreditado, para gran descontento de los pocos que todavía se adhirieron a él. Hacia el año 260, como se supone, Nepote, obispo de algún lugar de Egipto (257 a 263 d.C.), publicó en su defensa, una *Confutación de los Alegoristas*: un título que apuntaba, sin duda, contra Orígenes y sus seguidores. Este libro, ahora perdido, fue bien recibido en algunas partes de Egipto, particularmente en el distrito de Arsinoe, al sur del lago Moeris; donde la doctrina del Milenio comenzó a revivir, y en el

transcurso de unos pocos años involucró a varias iglesias en cisma. Pero Dionisio el Grande, anteriormente un erudito de Orígenes, y ahora obispo de Alejandría, que llegó al distrito infectado alrededor del año 262 d.C., logró convencer a todos sus defensores de sus propias opiniones. (1)

(1) Cave, *Vidas de los Padres*, cap. Dionisio, § 15. Y Mosheim, De Rebus Christian., etc., págs. 720-728.

280-290 d.C.

Se creerá fácilmente que una perturbación tan oscura y momentánea no pudo afectar el renombre de Orígenes. [p.132] En consecuencia, encontramos que, veinte o treinta años después, llamar a un autor por su nombre generalmente se consideraba un honor peculiar; y parece que fue imitado por algunos escritores egipcios, particularmente por el erudito Pierius, un presbítero de Alejandría, y por Theognostus, presidente de la Escuela Catequética en esa ciudad, - las obras de ambos han perecido. (1) Pero aunque su

memoria era tenida en veneración general, parece, sin embargo, que la división, ocasionada originalmente por Demetrius, todavía continuaba, en algún grado, entre las iglesias egipcias. (2)

AD 290-300.

Y en Asia, un ataque público, más directo y hostil que el de Nepote, se hizo, por esta época, sobre varios puntos de su doctrina. Metodio, obispo primero del Olimpo en Licia, y luego de Tiro, llegó a tener, por alguna causa desconocida, un amargo prejuicio contra su memoria, y buscó todos los medios para hacerla odiosa. Publicó, profesando contra él, un tratado Sobre la Resurrección, otro Sobre la Pitonisa, o Bruja de Endor, y un tercero Sobre las Cosas Creadas; En todas ellas, así como en algunas otras obras, arremetió contra sus opiniones y, a veces, trató su nombre con furiosos insultos. En la primera, dirigió sus ataques contra las nociones de Orígenes que pueden agruparse en los siguientes títulos, a saber: 1. Que la humanidad resucitará de entre los muertos con cuerpos aéreos, en

lugar de carnales; 2. Que en los siglos de la eternidad los santos se convertirán en ángeles; 3. Que las almas humanas han existido y pecado en un estado anterior de existencia;

(1) Véanse los relatos de Pierius y Theognostus, en Du Pin, Lardner, etc.
(2) Petrus Alexandrinus, apud Justiniani Epist. ad Menam, citado por Du Pin. [p.133]

4. Que Adán y Eva eran, antes de su transgresión, espíritus incorpóreos; y 5. Que el jardín del Edén, así llamado, era una morada en el cielo, perteneciente al estado preexistente. La segunda obra, hoy perdida, se dice que fue una crítica a algunas de las nociones de Orígenes sobre la Bruja de Endor y la aparición de Samuel (1ºSamuel 28); y la tercera, de la que sólo queda un fragmento, fue una refutación de una opinión, atribuida, tal vez falsamente, a él, de que el mundo no tuvo principio, así como de otra, que en algún sentido él sin duda propuso, de que el mundo existía mucho antes de los seis

días de la creación mencionados en el Génesis. Con estos siete u ocho detalles, hay algunos puntos más triviales que Metodio seleccionó como desagradables; pero en toda su búsqueda de errores, el universalismo escapó sin censura. (1) Después de estos ataques, parece que se volvió más favorablemente dispuesto hacia el objeto de su última enemistad; y finalmente se unió a la admiración general por sus talentos y virtudes. (2) No fue un escritor de gran celebridad.

Mientras esto se tramitaba en Oriente, los escritos de Orígenes parecen haber encontrado un admirador declarado en Occidente;

(1) Du Pin's Biblioth. Pat., art- Methodius, y Lardner's Credibility, etc., cap. Methodius. And Epiphanii Panarium., Haeres. lxiv., donde se conserva la mayor parte de Methodius on the Resurrection. También Photii Bibliotheca, Cod. 234, 235. Algunos han dicho que el tratado de Metodio sobre el libre albedrío estaba en contra de Orígenes; pero estaba en contra de los valentinianos.

Lardner cree que Metodio fue

nombrado obispo alrededor del año 290 d.C. y martirizado en el año 311 o 312. Se sospecha que su malicioso trato a Orígenes fue la razón de la notable omisión de su nombre por parte de Eusebio en su Historia Eclesiástica.

(2) Huet. Origenian, lib. ii., cap. 4, sect. i., § 2, inter Origenis Opera, edit. Delarue; cum not. in loco. [p.134]

Se dice que Victorino, que probablemente era griego de nacimiento y educación, pero que ahora era obispo de Petabium, en el Danubio, en Alemania Occidental, lo imitó en sus Comentarios, aunque discrepaba con él en algunas de sus opiniones, particularmente sobre el Milenio. (1)

En las numerosas e influyentes iglesias de Alejandría, descubrimos que los problemas que surgieron tras su expulsión, setenta u ochenta años antes, aún no habían remitido. Entre sus adversarios ahora estaba Pedro, el obispo; el primero, probablemente, de esa clase, que había presidido allí desde el tiempo

de Demetrio. Por esa época, o un poco después, Pedro se opuso públicamente a la noción de preexistencia, aunque tal vez de manera incidental, y sin atribuirla a Orígenes. Pero ciertamente traicionó su prejuicio al estigmatizarlo injustamente como cismático, simplemente por haber desobedecido a su apasionado y dominante obispo. (2) Hay razones para sospechar que las disensiones en Alejandría nunca cesaron hasta que finalmente produjeron, como veremos más adelante, dos partidos declarados, tanto en las iglesias ortodoxas de allí como en los monasterios de los desiertos egipcios.

(1) Hieronyrai Epist. xxxvi. ad Vigilant., p. 276, edit. Martianay. Y Cave, Hist. Literaria, art. Victorinus Petavionensis.

(2) Petrus Alexandrinus, apud Justiniani Epist. ad Menam, citado por Du Pin, Biblioth. Pat., art. Pedro de Alejandría I. Sin embargo, Eusebio menciona a Pedro con elogios.

Sin embargo, como ahora hemos llegado a la edad de dos padres eminentes de la

iglesia occidental, que explícitamente expresaron sus opiniones sobre los tormentos futuros, nos valdremos aquí de sus representaciones. Arnobio de Sicca, a unas setenta u ochenta millas al suroeste de Cartago en África, escribió su gran obra, Contra los paganos, probablemente alrededor del año 305 d.C. [p.135] en el que afirmó que los malvados, de aquí en adelante, "serán arrojados a torrentes de fuego, entre cavernas oscuras y remolinos, donde finalmente serán aniquilados y desaparecerán en extinción perpetua", mientras que los justos, por otro lado, reinarán en la vida eterna; "porque", dice, "las almas son de una naturaleza tan intermedia que pueden ser exterminadas cuando no tienen el conocimiento del Dios de la vida, y también pueden ser preservadas de la destrucción haciendo caso a sus amenazas y sus misericordias". (1) Así pensaba Arnobio. Pero su propio erudito, el célebre Lactancio, quien, después de ir a Asia Menor, escribió sus Instituciones, quizás alrededor del año 306 d.C., (2) afirmó la miseria sin fin, en lugar de la aniquilación,

de los incrédulos. Habiendo mencionado ciertos acontecimientos que precederán al fin del mundo, dice: "Después de estas cosas, el lugar secreto de los muertos será abierto, y ellos resucitarán. Y sobre ellos se sentará el gran Juicio, conducido por ese Rey y Dios, a quien el Padre supremo dará pleno poder tanto para juzgar como para reinar... Sin embargo, no todo el universo, sino sólo aquellos que han profesado la religión divina, serán juzgados entonces. Porque como aquellos que nunca confesaron a Dios no pueden ser absueltos, ya han sido juzgados y condenados; como las Sagradas Escrituras testifican que los impíos no resucitarán en el juicio. (Salmo 1:5.)

(1) Arnobius Adversus Gentes, lib. ii., pp. 52, 53, edit. Lugduni Bat., 1651. Se ha dicho que esta obra fue escrita poco después de su conversión, mientras él era sólo un catecúmeno; pero Lardner demuestra, satisfactoriamente, que Piensa, a partir del libro mismo, que el autor debe haber estado en plena comunión. Véase Lardner's Credibility, etc., cap. Arnobius.

(2) Cave y Lardner sitúan esta obra en el año 306 d.C.; y este último expone sus razones en contra de los críticos anteriores, que, en su mayor parte, la habían situado en torno al año 321 d. C. [p. 136]

Por tanto, sólo serán juzgados aquellos que creyeron en Dios, y sus obras serán pesadas, las malas contra las buenas, para que, si sus obras justas son más numerosas y de mayor peso, sean admitidos a la felicidad. (1) Luego procede a describir más particularmente las condiciones futuras de estas diversas clases: los impíos, que nunca han reconocido al Dios verdadero, serán consignados a un tormento sin fin, en llamas devoradoras pero incontenibles; pero los profesantes, cuyos pecados exceden su justicia, serán tocados y quemados más levemente por el fuego; mientras que los que están completamente maduros en santidad pasarán por él sin ninguna sensación de dolor. (2)

Ni el sentimiento de Arnobio ni el de Lactancio sobre este tema, aunque

diferentes entre sí, parecen haber ocasionado queja o insatisfacción alguna. Ambos autores adquirieron considerable fama. El último fue el escritor más elegante y clásico de todos los padres latinos; y la cariñosa parcialidad de sus admiradores se ha atrevido a comparar su estilo, por excelencia, con el de Cicerón.

Retomando la historia de la doctrina de Orígenes, descubrimos que, además de los detalles sobre los que Metodio había invectivado contra él, ahora empezó a ser acusado de error en lo que respecta a la Trinidad y la Encarnación.

(1) Lactantii Institut., lib. vii., cap. 20.
(2) Ditto, lib. vii., cap. 21. Du Pin no ha indicado exactamente lo que quería decir Lactancio aquí.
[p.137]

El primero de estos puntos había despertado la atención pública, más de medio siglo antes, por la propia controversia de Orígenes con Berilo; y después, por las que la iglesia llevó a cabo

contra Noeto, Sabelio y Pablo de Samosata. Y si, como se cree, Luciano, un erudito presbítero de Antioquía, había propuesto aún más recientemente nociones contrarias al trinitarismo, la circunstancia naturalmente añadiría nueva excitación a sentimientos que ya estaban en alarma. Los celos, así despertados y alimentados, ahora examinaban toda forma de expresión, con el fin de detectar herejía sobre este tema; Aunque los censores autoconstituidos no eran en absoluto claros ni unánimes en cuanto al punto preciso que ellos mismos considerarían como verdad, muchos comenzaron a descubrir, en los escritos del venerado Orígenes, expresiones incompatibles con su doctrina favorita; y en consecuencia, la enemistad contra él, que hasta entonces había estado confinada a unos pocos individuos, se extendió instantáneamente a una extensión considerable. Algunos se convencieron, tal vez por un examen sincero, de que si no era realmente herético, había dado demasiada ocasión al error; pero otros, habiendo recogido

algunas de sus especulaciones más aventureras sobre la Divinidad, estallaron en clamor y lo declararon, de inmediato, hereje. Y hubo otros, además, incapaces de leer el griego, que se rebelaron contra él simplemente por los informes; de los cuales, como es habitual en tales casos, el fuerte tono de odio e insulto se escuchó mucho más pronto que la voz tranquila y pequeña de la verdad y el elogio. Lo acusaron de varios y opuestos errores; Pero la falsedad de la mayoría de sus acusaciones era tan manifiesta que nada podía demostrar de manera más concluyente los motivos irrazonables del ataque. [p.138]

La indignación aumentó tanto que incluso aquellos que sólo leían sus escritos o apreciaban su reputación fueron severamente censurados. (1)

(1) Pamphili Praefat. ad Apolog. Pro Origene, comparado con Apolog. cap. v., etc., inter Origenis Opera, edit. Delarue, torcido iv.

Esta conmoción airada, aunque ahora no podemos determinar sus autores, fue

considerada entonces como lo suficientemente formidable como para requerir una defensa pública de Orígenes; y dos distinguidos admiradores de sus escritos, que ocupaban cargos en la iglesia donde él mismo había florecido sesenta o setenta años antes, emprendieron la obra. Pánfilo, presbítero erudito de Cesarea en Palestina, y Eusebio, su compañero presbítero, el renombrado padre de la historia eclesiástica (307 a 310 d.C.) escribieron una extensa y elaborada *Apología de Orígenes*, en la que enunciaron y analizaron a fondo las acusaciones que se hicieron contra su doctrina. Afortunadamente para nosotros, esta parte, que fue el primer libro de la obra, todavía se conserva en la traducción latina de Eufino. Los autores ordenan formalmente las acusaciones de sus enemigos contra él, en el siguiente orden: "1. Dicen [sus acusadores] que afirmó que el Hijo de Dios no fue engendrado; 2. Lo acusan de enseñar, como los valentinianos, que el Hijo de Dios llegó a existir por emanación; 3. Lo acusan,

contrariamente a las acusaciones anteriores, de sostener con Artemas y Pablo de Samosata, que Cristo, el Hijo de Dios, era un mero hombre, y no Dios; 4. Luego, contradicen todas estas acusaciones diciendo (tan ciega es la malicia) que enseñó que fue solo en apariencia que el Salvador realizó los hechos que se le atribuyen, [p.139] y que la historia de él no es más que una alegoría, no una realidad; 5. Otra acusación que le hacen es que enseñó que había dos Cristos; 6. Añaden que negó por completo los relatos literales que las Escrituras dan de las vidas de los santos; 7. Le atacan calumniosamente sobre la resurrección de los muertos y el castigo de los impíos, acusándole de negar que se deben infligir tormentos a los pecadores; 8. Censuran algunos de sus argumentos u opiniones sobre el alma [*es decir, su preexistencia*]; 9. La última acusación de todas, que circula en todas las formas de infamia, es que afirmó que las almas humanas, después de la muerte, se convertirán en animales mudos, ya sean reptiles o cuadrúpedos; y también que los

brutos tienen almas racionales: acusación que hemos colocado al final, para que podamos recopilar más testimonios de sus libros, para hacer más evidente su falsedad. "Ahora", continúan, "observando el orden de las acusaciones antes expuestas, comenzaremos con la primera". (1) Prosiguen con ellas en su orden y, aduciendo abundantes extractos de los propios escritos de Orígenes, lo defienden con éxito de cada una de las acusaciones, excepto la octava, que se refiere a la *preexistencia* de las almas humanas. Admiten que éste era realmente su sentimiento; pero lo excusan, diciendo que probablemente era correcto, o al menos sin importancia, aunque fuera erróneo.

(1) *Apolog. pro Origene*, cap. v.

No podemos descubrir, en todo este asunto, que su doctrina de la salvación universal fuera considerada como censurable; [p.140] y una circunstancia incidental muestra que sus eruditos apologistas no sabían que alguna vez se le había reprochado ese principio, ni

sospechaban que pudiera ocasionar odio alguno. Pues, cuando vienen a defenderle contra el último punto del séptimo cargo, es decir, contra el cargo de haber negado todo castigo futuro, seleccionan, entre varios otros testimonios de sus obras, dos párrafos distintos, en los que, como de costumbre, había hablado de tormentos que serían infligidos en lo sucesivo por el fuego; pero en los que, al mismo tiempo, los presentó como completamente curativos: "Debemos entender", dijo, "que Dios, nuestro médico, para eliminar aquellos trastornos que nuestras almas contraen por varios pecados y abominaciones, usa ese doloroso modo de curación, y trae esos tormentos de fuego sobre aquellos que han perdido la salud del alma, tal como un médico terrenal, en casos extremos, somete a sus pacientes a cauterización". "Isaías enseña que el castigo que se dice que se inflige con fuego es muy necesario, diciendo de Israel: El Señor lavará la inmundicia de los hijos e hijas de Sión, y limpiará la sangre de en medio de ellos, con espíritu de juicio y espíritu de abrasamiento"

(Isaías 4:4), etc. (1)

Este testimonio de Orígenes, como otros mil pasajes que podrían haberse seleccionado de sus escritos, fue, de hecho, una refutación eficaz de la acusación particular que se le imputaba; pero fue, al mismo tiempo, una prueba de que consideraba el castigo futuro como purificador y saludable.

(1) *Apol. pro. Origene*, cap. viii.

[p.141]

Si este sentimiento hubiera sido odioso en ese momento, Pánfilo y Eusebio hubieran preferido evitar tales pasajes que haberlos introducido, tan innecesariamente, a la atención de sus capciosos enemigos; No fuera que, defendiéndole de una acusación tan fácilmente refutable, le hicieran caer sobre él una acusación que nunca podría ser removida. Y podemos añadir que el hecho de que ellos introdujeran tales pasajes, sin hacer ninguna observación, mientras mantenían que Orígenes era firme en la fe, da, al menos, algún tono de

probabilidad a la acusación que se les hizo casi un siglo después (1) de sostener con él la doctrina de la restitución universal, así como la de la preexistencia. De Pánfilo no se conserva nada más; de modo que, en su caso, esta apariencia no puede ser confirmada ni refutada. Y probablemente sería difícil, si no imposible, determinar, a partir de las numerosas obras que Eusebio publicó después, cuál era su opinión sobre este tema (2). Sin embargo, ambos eran ardientes admiradores de los escritos de Orígenes; gran parte de los cuales el primero había transcrito laboriosamente, con su propia mano, para una famosa biblioteca eclesiástica, que estableció en Cesarea. Los dos amigos también habían publicado copias corregidas de la Septuaginta, tomadas de la Hexapla. Podemos añadir que se ha acusado a Eusebio de sostener la peculiar noción de Orígenes de que los cuerpos humanos, en la resurrección, serán de una sustancia aérea. (3)

(1) Por Jerónimo, lib. ii., Adversus Rufinum, p. 407; tor. iv., parte

ii., edit. Martianay; y después por un escritor anónimo del siglo VI, publicado por R. P. Lupo. Véase Admonitio de Delarue en Apolog. S. Pamphili pro Origene. Sin embargo, ambos autores parecen haber tergiversado groseramente, al menos, las circunstancias del caso.

(2) No tengo acceso a todas las obras de Eusebio; pero considero que esta afirmación es correcta a partir del carácter general de sus escritos y del silencio de todos los padres antiguos y los críticos modernos.

(3) Photu Epist. 144. [p.142]

Pánfilo fue arrojado a prisión en Cesarea, en el año 307, por los perseguidores paganos; y Eusebio sufrió la misma sentencia, o compartió voluntariamente su confinamiento. Fue aquí donde los dos amigos comenzaron la Apología. Cuando habían llegado al final del quinto libro, Pánfilo fue sacado de la prisión al martirio. Esto fue en el año 309. Eusebio luego agregó el sexto, o último, libro a la obra común, y dedicó todo el libro a aquellos cristianos que fueron condenados a trabajar como esclavos en las minas de

Palestina. (1)

Eusebio sobrevivió para presenciar el cambio más lleno de acontecimientos y trascendental que la iglesia haya experimentado jamás. Fue elevado al obispado de Cesarea, alrededor del año 313 d.C., cuando el cristianismo recibió por primera vez una tolerancia plena y efectiva; y, en los años siguientes, vio que su admiración por Orígenes no disminuyó con el paso de los años, como lo demuestra su Historia eclesiástica y sus obras posteriores. Fue, con mucho, el obispo más erudito de su tiempo y, lo que es más digno de elogio, fue moderado y sin aspiraciones en una época de violencia y ambición clerical.

(1) Delarue Admonit. in Apolog. pro Origene. [p.143]

Aunque era el favorito de Constantino, nunca abusó de su influencia ni para fines personales ni partidistas; y cuando se le ofreció el gran obispado de Antioquía, tras la deposición de Eustacio, se negó a cambiar su propia diócesis de Cesarea por

la de todo Oriente, la tercera en dignidad en la cristiandad. La última parte de su vida se vio perturbada por la impía y cruel contienda que empezó a enfurecerse entre los arrianos y los trinitarios; en la que a menudo coincidía con las medidas de los primeros, aunque no aprobaba su doctrina. En su tiempo, ellos eran la parte perjudicada. Se discute si sus opiniones sobre la cuestión en disputa eran completamente ortodoxas; y es cierto que, en el famoso concilio de Nicea, no sólo instó a los petulantes obispos a adoptar una Declaración de Fe que ambas partes pudieran aceptar, sino que también se negó a suscribir su Credo, excepto con una interpretación propia. (1)

(1) Jortin (Remarks on Eccl. Hist., vol. iii.) trata extensa e imparcialmente del carácter de Eusebio. [p.144]

La controversia arriana, a la que acabamos de aludir, comenzó en Alejandría, alrededor del año 317 d.C., y ensombreció a la iglesia en la misma

mañana de su establecimiento político. Se extendió instantáneamente, como una conflagración, por todo Egipto y pronto abarcó a Europa y Asia. El gran e imponente sínodo de toda la cristiandad, que se reunió en el año 325 d.C. en Nicea, en Asia Menor, fue convocado por el Emperador, con la vana esperanza de resolver esta disputa; pero, aunque logró decidir en contra de Arrio (Arius; em latín *Areius*; em griego Αρειος;) mediante un decreto casi unánime que el Hijo era consustancial con el Padre, sólo resultó en dignificar la contienda y enfurecer el temperamento de los partidarios. Estos se dividieron en tres grupos: los consubstancialistas, o patronos del Credo Niseno; los semiarrianos, una especie de trinitarios imperfectos; y los arrianos, que sostenían que Cristo era un ser creado. Una escena de lo más vergonzosa siguió hasta finales de este siglo. Se reunieron concilios contra concilios, y deliberadamente opusieron falsedad a falsedad y fraude a fraude; se decretaron destituciones y excomuniones a medida que uno u otro partido ganaba una

ascendencia momentánea en la iglesia; la autoridad imperial hizo cumplir obsequiosamente los decretos locos de cada secta alternativamente, hasta que llenó los desiertos de Egipto y las regiones remotas del imperio con obispos exiliados; y la furiosa chusma, de ambos lados, recurrió finalmente a disturbios y masacres, para satisfacer su venganza o para ejercer su celo malicioso. Los paganos, a quienes se les había arrebatado recientemente el poder de la persecución, podrían haberse consolado con la perspectiva de que éste se ejercería con mayor eficacia en las manos autodestructivas de una iglesia nacional dividida y facciosa.

En este escenario de disputas debemos ahora seguir la historia de la doctrina de Orígenes. En verdad, no parece haber estado, al principio, tan profundamente implicada como algunos escritores presentan (320 a 360 d.C.). Los virulentos ataques de los que lo habían defendido Pamphilis y Eusebio parecen haber disminuido; y todo el interés que su nombre o sus escritos tenían con la gran

controversia, hasta algún tiempo después de mediados de este siglo, puede describirse en pocas palabras. [p.145] Como su gran autoridad daría considerable ventaja a cualquier causa en la que se ejerciera, los diversos partidos se valieron gustosamente de ella, siempre que podía obrar a su favor; pero, por el contrario, cuando parecía oponerse a sus puntos de vista, naturalmente se esforzaban por depreciarla. Los arrianos, sin embargo, no parecen haber estado muy seguros de conseguir el patrocinio de su nombre, aunque algunos de ellos lo reclamaban como propio. Pero de los otros dos partidos, los semiarrianos eran en general sus admiradores declarados; y los consubstancialistas, también, apelaron a su testimonio, como pleno y explícito de su parte. Hasta donde sabemos, sólo uno de ellos, Marcelo, obispo de Ancira en Galacia, impugnó incidentalmente la solidez de su fe en cuanto a la Trinidad. (1) Esto fue alrededor del año 330 d.C. Pero era un autor cuya queja podía tener poco peso, ya que se sospechaba que su celo contra la condenable herejía de Arrio

lo había precipitado, por otra parte, a la perdición del sabelianismo. Aquí debemos hacer una digresión hasta el punto de mencionar que Marcelo parece haber sostenido también la doctrina de la salvación universal, o al menos haber usado su lenguaje. (2)

(1) Eusebii contra Marcell., lib. i. Véase Du Pin's Biblioth. Patr., art. Eusebius Pampbilus.
(2) Neander Allgem. Geschichte den Christl. Kal. und Kirche, Band ii., s. 609. Cita a Eusebius contra Marcell., lib. ii., cap. 2 y 4, que no he visto.

Volvamos, sin embargo, a la controversia arriana: el genio guardián de la fe nicena, el grande e intrépido Atanasio, siempre citó a Orígenes como ortodoxo; Hilario de Poitiers en Francia, el defensor más capaz y activo de la misma fe, en Occidente, se convirtió en un imitador de sus escritos; [p.146] y también lo hizo Eusebius Vercellensis, (1) otro obispo atauasiano de distinción, que presidió las iglesias esparcidas alrededor de las fuentes del Po

moderno, en Italia. Este ejemplo de sus líderes fue seguido por la mayoría del partido. Algunos años después, o alrededor del 370 d.C., cuando Basilio el Grande, Dídimo y los dos Gregorios Nazianzeno y Niseno (ver N.T.), estaban a la cabeza de los consubstancialistas en Oriente, los encontramos entre los más cálidos admiradores de Orígenes, defendiéndolo de las ocasionales reclamaciones de los arrianos. Este bosquejo, aunque breve, es un relato bastante completo del tratamiento que recibió su nombre en la disputa arriana, hasta el año 360 d.C., y de hecho hasta varios años después.

(N.T.) Nazianzeno, de Nazianzos y Niseno de Nisa (Ciudad de Nazianzos y ciudad de Nisa en Capadocia).

Sin embargo, en otros temas, no relacionados directamente con la controversia principal, fue atacado una vez, durante este período, con un espíritu muy iracundo, por Eustacio, un eminente obispo ortodoxo de Oriente. Este prelado

había sido trasladado del obispado de Berea, la moderna Alepo, a la gran sede de Antioquía, en la época del concilio de Nicea; pero en el año 330 d.C. fue depuesto por una facción arriana y, como hemos observado, su arzobispado fue ofrecido, aunque en vano, a Eusebio Pánfilo, que había coincidido con sus adversarios. No se puede determinar si fue después de esta deposición que Eustacio lanzó su ataque contra Orígenes; ni si su motivo era mortificar a su odiado rival de Cesarea, atrayendo un odio general sobre el padre favorito, a quien ese erudito historiador había ensalzado tanto.

(1) Hieronymi Epist. Ixxiv. ad Angustin., tom, iv., parte ii., pág. 627; y Epist. xxxvi. ad Vigilant., pág. 276. [p.147]

Pero publicó, en qué momento se desconoce, (1) un tratado contra Orígenes, en el que lo atacaba con mucha aspereza y lo acusaba tontamente de mentir contra las Escrituras y de intentar

introducir la idolatría y la magia en la iglesia. El objeto declarado de su libro era, como el de la Pitonisa de Metodio, demostrar que no fue el alma del profeta Samuel la que la Bruja de Endor levantó [1ºSam.28], como Orígenes había afirmado en alguna parte, sino sólo un fantasma producido por la impostura del diablo. Sin embargo, a menudo aprovecha la ocasión para despotricar contra varias otras nociones de Orígenes, particularmente contra sus opiniones sobre la resurrección y sus extravagantes alegorías. De estas últimas recita y tergiversa numerosos ejemplos, con el manifiesto propósito de exponer su doctrina bajo la peor luz posible; pero en todos los reproches de este erudito obispo, que cayeron incluso sobre el estilo de escritura de Orígenes, parece que el universalismo escapó con impunidad. (2) Y lo que es igualmente notable, este fue asimismo el caso en medio de todo el clamor de la controversia arriana, hasta donde la acabamos de examinar.

El siguiente ataque contra él fue el de Apolinario el Joven, un erudito obispo y

distinguido escritor de Laodicea en Frigia, que luego fue condenado por sabelianismo.

(1) Hay mucha incertidumbre en la historia de Eustacio. Algunos piensan que murió alrededor del año 337 d.C.; Otros sostienen que vivió hasta aproximadamente el año 360 d. C. Véase Cave, Hist. Literaria, y Du Pin's Bibliotheca Patr., art. Eustacio.
(2) *Eustath. de Engrastrimytho, adversa Origenem.* No he podido encontrar este libro, y por lo tanto he sacado mi relato de las noticias sobre él esparcidas por Huetii *Origeniana*, y del resumen de Du Pin, Biblioth. Patr., art. Eustathius. [p.148]

Se dice que escribió contra Orígenes, probablemente a partir del año 360 d.C.; pero se desconoce sobre qué puntos, excepto que no fue sobre la doctrina de la Trinidad. (1) Esto completa (2) el relato de las censuras sobre sus sentimientos, hasta que llegamos al año 376, cuando el ataque de Epifanio llegará a nuestro

conocimiento.

Tal fue el carácter general de los procedimientos relativos a Orígenes y sus sentimientos, y tales las circunstancias y hechos peculiares que hemos narrado, como para mostrar, satisfactoriamente, que la doctrina de la Restauración Universal no era considerada, en la iglesia, ni herética ni siquiera impopular; y que el criterio de la ortodoxia, en lo que se refería a ese punto en particular, se suponía que entonces exigía únicamente la creencia en el castigo futuro. Sin embargo, no debemos concluir de ello que los padres de esta época eran, en general, universalistas decididos. Muchos de ellos, probablemente, no tenían ninguna opinión definida sobre un tema que nunca había sufrido la ordalía de la controversia; y varios parecen haber creído en la miseria sin fin. Esto será suficientemente evidente si seleccionamos algunas de las expresiones más enérgicas que los más distinguidos de ellos usaron con respecto al destino de los condenados.

(1) Theophili Alexandrini Paschal.,

lib. i., inter Hieronymi Opera, tom, iv., p. 694, edit. Martianay; y Socratis Hist. Eccl., lib. vi., cap. 13.

(2) Cave se equivoca cuando dice, en su Vida de Orígenes, § 29 (Vidas de los Padres), que Atanasio condenó indirectamente su noción del fin de los tiempos del infierno; porque el fragmento al que se refiere (Testimonia ex Sac. Script, de Nat. Commun. simil. Essent. inter Pat. et Fil. et Spirit. Sanct.) no es de Atanasio, sino de un autor mucho más tardío. Véase Cave, Hist. Literaria, y Du Pin's Biblioth. Pat., art. Atanasio, y el prefacio de los editores benedictinos a ese fragmento en Athanasii Opera, tom, ii., p.3. Si Huet (Origeniana, lib. ii., cap.4, sect.i., §5) aludió, como creo que lo hizo, a Vitae Sancti Antonii, cap. 75, por la censura encubierta de Atanasio a la noción de Orígenes sobre la caída de las almas, también se equivocó; porque el pasaje se refiere sólo a las nociones de los paganos sobre ese punto, no a las de Orígenes. [p.149]

347 a 370 d.C.

Todo el mundo sabe que el primero, en influencia, entre los ortodoxos en este tiempo, fue Atanasio: "Arrepentíos", dice, "no sea que en algún momento vuestra alma sea arrebatada por la muerte; porque nadie puede liberar a aquellos que, a causa de sus pecados, están confinados en el infierno". (1) Sin embargo, el mismo autor sostuvo que Cristo descendió al infierno, o el lugar de los muertos, después de su crucifixión, y liberó a los santos de la antigua dispensación, y asimismo a las almas de los gentiles que, antes de su venida, habían vivido virtuosamente de acuerdo con la luz de la naturaleza. (2) Esta también era la opinión de Cirilo, (3) obispo de Jerusalén, a quien también podríamos declarar creyente en la miseria sin fin, si su frecuente aplicación de la palabra eterno al castigo fuera una prueba. En la futura venida de Cristo para el juicio general, entonces inminente, y que se describe, según él, en el último capítulo de Daniel y en los capítulos veinticuatro y veinticinco de San Mateo,

los justos serían admitidos a la vida eterna y los malvados condenados al fuego eterno. (4) Podemos aventurarnos, sin embargo, a afirmar que ninguno de estos dos obispos miraba al universalismo con antipatía alguna. Efraín el Sirio, un monje mesopotámico, rígido y algo fanático, pero aún así un escritor muy eminente, afirmó que "no hay confesión en el infierno; ninguna lágrima, ningún gemido, puede evitar allí la sentencia del Juez. Ya no habrá tiempo para arrepentirse".

(1) Athanasii Exposit. en Psalm xlis., tom, i., p. 1086, edit. París, 1698.
(2) Du Pin's Biblioth. Pat., art. Athanasius.
(3) Cyrilli Hierosolymit., Catechesis iv., cap. 8; y Catechesis Mystagogica v.
(4) Catechesis xv. [p.150]

No hay retorno después de la muerte; En la Iglesia occidental, el célebre Hilario, obispo de Poitiers, enseñó, con una ligera variación de lo que había propuesto Lactancio, que en el juicio general no

deben ser procesados ni los piadosos ni los infieles; porque Cristo había dicho: "El que cree en mí no será juzgado", y "el que no cree ya está condenado". El juicio, en consecuencia, será para aquellos que tengan un grado medio entre estos dos caracteres. (2) Y estos, probablemente sostenía, se salvarían, después de sufrir los atrasos que les debía la justicia; mientras que el caso de los infieles obstinados sería completamente desesperado. Pero aún así, era su opinión que toda la humanidad, incluso la más santa, debe pasar por el intenso y doloroso fuego de la conflagración general: la Virgen María misma no puede ser eximida de esta terrible purificación; porque Simeón le había advertido que una espada atravesaría también su propia alma. (Lucas 2:35.) (3) Como Hilario había estado exiliado en Frigia, pudo haber obtenido algunas de estas nociones entre los cristianos orientales; y quizás de las obras de Orígenes en particular, que ciertamente admiraba e imitaba.

350 a 370 d.C.

Otro escritor entre los ortodoxos de Occidente, Fabio Mario Victorino, usa un lenguaje que parece expresar la purificación y santidad definitivas de todas las naturalezas inteligentes; sin embargo, como lo introduce sólo incidentalmente, y en una ilustración muy ciega de la divinidad de Cristo,

(1) Ephraem Syri, lib. De Extremo Judicio, cap. 4.
(2) Hilarii Enarratio en el Salmo i.
(3) Enarratio en el Salmo cxviii.. liter, Gimel. [p.151]

Tal vez no debamos confiar en él como prueba absoluta de sus opiniones sobre el punto anterior. Desesperamos de dar una traducción inteligible de su argumento en relación con la Trinidad. En él, sin embargo, sostiene que Cristo, o el Logos, que es el poder activo de Dios, creó todas las cosas y regenerará todas las cosas. Por la vida que está en él y que se difunde universalmente, todas las cosas serán purificadas y volverán a la vida eterna. Él debe someter todas las cosas a sí mismo, ya sean hombres, principados o

potestades, para que Dios pueda llegar a ser todo en todos. Cuando esto se haya cumplido, Dios será todas las cosas; porque todas las cosas estarán llenas de Dios. Todas las cosas, añade, seguirán existiendo; pero Dios existirá en ellas. (1) Tal es el tenor de sus representaciones sobre este tema. Es digno de notar que, en un poema, aplica el epíteto ceternus, o eterno, al fuego del castigo futuro. (2)

Victorino nació en África, pero se convirtió en un distinguido retórico pagano en Roma, donde fue tan admirado que se le erigió una estatua en uno de los lugares públicos de la ciudad. Después de haber enseñado allí durante muchos años y de haber envejecido, se convirtió al cristianismo alrededor del año 350 d. C. Escribió varias obras, principalmente en defensa del trinitarismo y contra los maniqueos; y murió alrededor del año 370. (3)

(1) F. Marii Victorini AM. Adv. Arium, lib. i. et iii. Encontré la obra en una colección de tratados de los antiguos padres, titulada Antidotum contra diversas omnium

fere Seculorum Hecereses, Basilio, 1528; véanse las páginas 52, 63, 64.
(2) Ut Supra, De Machabeeis, pág. 81, etc.
(3) Para el relato de su vida, véase Du Pin's Bib. Pat., art. Victorinus of Africa. Murdock's Mosheim, vol. i., p. 309. [p.152]

360 a 370 d.C.

En esa época había algunos universalistas decididos entre los obispos y escritores ortodoxos, especialmente de Oriente. A unas cuarenta millas al este del río Jordán, más allá de la zona montañosa de la antigua Perea, el viajero desciende a una llanura espaciosa y estéril, donde aparecen aquí y allá vestigios de ciudades olvidadas, y unos pocos embalses hundidos todavía abastecen a las hordas errantes y a las caravanas regulares con agua preservada de los torrentes invernales. Atravesando este desierto abandonado a una distancia de una docena o quince millas todavía hacia el este, llega a las ruinas de una antigua ciudad, cerca de las fronteras del desierto de Arabia. Fragmentos de las antiguas

murallas, restos de un espléndido templo, de arcos triunfales, de una iglesia y monasterio, y de una gran mezquita, junto con innumerables columnas rotas y tendidas entre rosales en flor, indican el sitio de la antigua Bostra. (1) En el siglo IV era una ciudad populosa, la capital de una pequeña provincia a la que la vanidad de los conquistadores romanos se había apropiado arrogantemente del nombre de Arabia. En el período del que escribimos, Tito, un obispo de considerable eminencia, presidía aquí, sobre las iglesias de este distrito, y contaba entre su propio rebaño cristiano a la mitad de los habitantes de la ciudad. Aunque parece haber publicado varias obras, no queda ninguna excepto parte de sus libros Contra los maniqueos, escrito, se cree, alrededor del 364 d.C. Dice que el "abismo del infierno es, de hecho, el lugar del tormento; pero no es eterna, ni existía en la constitución original de la naturaleza. Fue creada posteriormente, como remedio para los pecadores, para que pudiera curarlos.

(1) D'Anville's Ancient Geography,

vol. I., p. 425; y Burckhardt's Travels in Syria and the Holy Land. pp. 226-236, Londres, 1822. [p.153]

Y los castigos son santos, ya que son reparadores y saludables en su efecto sobre los transgresores; porque se infligen, no para preservarlos en su maldad, sino para hacerlos cesar en su maldad. "La angustia de su sufrimiento los obliga a romper con sus vicios." (1) Su tratamiento de este punto, después de pasar sin reproches por todas las contiendas de la antigüedad, ha atraído, en las épocas modernas, la atención de nuestros críticos eclesiásticos, y los ha involucrado en los intentos contrarios de exponer y exculpar al autor. (2) Es notable que él sostuvo que la muerte, así como cualquier otra dispensación de la Providencia, fue diseñada para el beneficio tanto de los justos como de los injustos, (3) y que sostuvo contra los maniqueos que, incluso en este mundo, la humanidad es feliz o miserable según su virtud o vicio. Con la doctrina del pecado original parece haber sido completamente

desconocido; y supuso que la agencia humana era completamente adecuada, sin ningún control sobrenatural, para hacer el bien tanto como el mal." (4)

De los acontecimientos de su vida sabemos poco más que, como la mayoría de los distinguidos obispos ortodoxos de su tiempo, fue honrado con la atención y la persecución del emperador Juliano.

(1) Titi Bostriensis contra Manichaeos, lib. i., p. 85. N. B. — Esta obra está publicada sólo en Canisii Lector y en la gran Bibliotheca Patrum, a ninguna de las cuales tengo acceso. Por lo tanto, cito de la Histoire des Auteurs Sacres et Ecclesiastiques de Ceilleir, tom, vi., cap. 6, p. 54.

(2) Tillemont, aunque es un defensor muy enérgico de los padres, es lo suficientemente sincero para reconocer (Memoires Eccl., tom, vi., p. 671) que "Tito parece haber seguido el peligroso error atribuido a Orígenes, de que los dolores de los condenados, e incluso los de los mismos demonios, no serán eternos". Pero Ceilleir tiene la osadía de alegar que el pasaje no es claro,

etc.
(3) Contra Manich., lib. ii., págs. 107, 112. Véanse las citas en Ceilleir, pág. 51.
(4) Du Pin's Bibliotheca Pat., art. Tito de Bostra. [p.154]

En el año 362 este celoso apóstata se esforzó por excitar al pueblo de Bostra para que expulsara a su obispo; Pero la influencia del prelado parece haber prevalecido sobre la exhortación del soberano, y el intento malicioso resultó ineficaz. Cuando Joviano subió al imperio, en el año 363 d.C., Tito asistió al concilio de Antioquía bajo el mando de Melecio; y, aunque su nombre aparece, junto con los de otros obispos ortodoxos, entre las suscripciones a una explicación semiarriana del Credo de Nicea, (1) parece que se le consideró, no obstante, uno de los partidarios de Atanasio. Se cree que murió alrededor del año 370 d.C.

Más erudito y clásico que Atanasio, y próximo a él en peso de autoridad entre los ortodoxos de Oriente, fue Basilio el Grande, obispo de Cesarea, en Capadocia. Con una constitución naturalmente débil

y, además, quebrantada por las austeridades monacales, poseía una mente fuerte, una resolución valiente, un temperamento activo, pero demasiado ambicioso, y una elocuencia de tipo varonil y noble. No podemos pronunciarnos con seguridad sobre sus opiniones respecto a la doctrina que estamos considerando, ya que su lenguaje no es uniforme ni siempre conciliable. Afirma repetidas veces, con considerable extensión, que aquellos que, después del bautismo, se entregan a pecados, por atroces que sean, y mueren bajo la culpa de ellos, deben ser purificados en el fuego del juicio general; (2) distinguiéndolos, sin embargo, de aquellos que nunca han profesado el cristianismo.

(1) Socratis Hist. Eccl., lib. iii., cap. 21.
(2) Basilii Comment, en cap. iv. 4, Esaiae, y cap. xi., 16, etc., edit. París, 1637. [p.155]

Sin embargo, en otra ocasión, mientras amonesta a uno de esos mismos personajes, oculta esa idea y, tal vez para

causar mayor terror, afirma que sus futuros tormentos "no tendrán fin" y que "no hay liberación, ninguna manera de huir de ellos después de la muerte. Ahora es el momento en que se nos permite escapar de ellos". (1) Por el contrario, a veces representa la operación purificadora y saludable del fuego o castigo futuro como algo que se extiende, sin distinción, a las almas culpables en general. Comentando estas palabras de Isaías (9:19, versión Septuaginta), a causa de la ira del Señor, toda la tierra se enciende en llamas, y los pueblos serán como si fueran quemados por el fuego, Basilio dice: "El profeta declara que, para el beneficio del alma, las cosas terrenales deben ser consumidas por el fuego penal; así como Cristo mismo lo insinúa, diciendo: He venido a enviar fuego sobre la tierra; ¿qué quiero, sino que se encienda? " (Lucas 12:49). Y el profeta añade: "El pueblo será como quemado por el fuego; no amenaza con un exterminio absoluto, sino que insinúa una purificación, según el sentimiento del apóstol, que si la obra de alguien se quema, él sufrirá pérdida, pero

él mismo será salvo, aunque así como por fuego" (1 Cor. iii. 15). (2) De este pasaje solitario sólo podemos sospechar que nuestro autor se inclinó, en ocasiones, al universalismo.

(1) Basilii Epist. y Virginem lapsam, tom, iii., p. 18.
(2) Basilii Comment, en cap. ix. 19, Esaiae. Si las Regulae Breviores son de Basilio, allí (Interrog. 267) se esforzó por reconciliar la eternidad absoluta del castigo con el hecho de que algunos serán azotados con muchos azotes y otros con pocos. Pero esta pieza ha sido atribuida a Eustacio de Sebastea (véase Du Pin's Bibliotheca Pat., art. Basil), un contemporáneo de Basilio. Quienquiera que haya sido el autor, ciertamente pretendía ser considerado un creyente en la miseria estrictamente sin fin.
[p.156]

Su propio hermano, el obispo de Nisa, era un universalista; y su amigo más íntimo, Gregorio Nazianzeno, puede en cierto grado merecer esa denominación. Como

ellos, Basilio también era un admirador declarado de los escritos de Orígenes; y, con la ayuda de este último, seleccionó de ellos y publicó un volumen de extractos selectos, que consistía en pasajes que los dos amigos más valoraban. Es una satisfacción descubrir circunstancias que parecen conectar a los escritores de esta época con padres anteriores, a cuyo conocimiento hemos sido presentados en un período anterior. Basilio se crió en la metrópoli de Capadocia, y tal vez en la misma iglesia donde Firmiliano presidió un siglo antes. Su abuela, Macrina, de quien recibió su educación juvenil y sus primeras impresiones de piedad, había sido, en su juventud, oyente de Gregorio (Taumaturgo) Niseno, en el Ponto, por quien inspiró a su joven estudiante una veneración profunda y duradera. Él mismo, en su mediana edad, pasó algún tiempo como monje en las soledades adyacentes a la antigua residencia del famoso Taumaturgo; y poco después, a su regreso a Capadocia en el año 370, fue ordenado en el mismo obispado que Firmiliano había gobernado una vez.

En su sistema general de doctrina, no había nada que pudiera haber llamado la atención de sus contemporáneos como muy peculiar. Aunque adicto al modo alegórico de interpretar las Escrituras, era bastante moderado en este respecto, comparado con algunos otros de su época. Es digno de notar que se acercó más a la noción de depravación original y total que cualquiera de los padres anteriores; aunque todavía estaba lejos del estándar moderno, y era lo que ahora llamaríamos un arminiano. [p.157]

En su juventud viajó mucho, estudiando en Cesarea de Palestina, en Constantinopla, en Atenas y, finalmente, en los monasterios de Egipto. Allí fue iniciado en la vida monástica, por la que, como la mayoría de sus contemporáneos, siempre mantuvo un ferviente apego. Como ellos, también, formó sus puntos de vista sobre la religión práctica según el falso criterio de esa disciplina perversa y fanática.

370 a 376 d. C.

Esa clase de devotos, a la que hemos

aludido una o dos veces, *los monjes,* se había vuelto ahora numerosa en muchas partes de Oriente, donde su modo de vida antinatural comenzó a ser venerado en general y a ser patrocinado por casi todos los obispos y doctores. Atanasio, Basilio, Efraín el Sirio, los dos Gregorios (Nazianzeno y Niseno), Epifanio y otros, fueron sus tenaces defensores. Se había introducido muy recientemente, con gran éxito, en las partes desérticas de Palestina, Siria, Ponto y Mesopotamia; pero a Egipto le correspondió la gloria, o más bien la deshonra, tanto de su origen como de su rápido crecimiento hasta la madurez. Un siglo antes del período actual, uno o dos individuos huyeron de las persecuciones paganas hacia las terribles tierras baldías que bordean la larga y estrecha extensión de vegetación regada por el Nilo. La costumbre y una devoción equivocada les dieron gusto, al final, por lo que la necesidad les había impuesto; y continuaron siguiendo, por elección, un tipo de vida más adecuado a los reptiles, sus compañeros, que a los seres humanos. Su ejemplo, tan afín a las

nociones absurdas de la época, atrajo a muchos tras ellos. [p.158] Multitudes sucedieron a multitudes; hasta que el número de monjes, solo en ese país, había aumentado ahora a decenas de miles, todos gobernados por reglas establecidas y formando una institución que se consideraba el ornamento más brillante de la iglesia.

Entre ellos descubrimos que, por esta época, un grupo considerable se había distinguido por una denominación que parece haber sido introducida recientemente: la de origenistas. (1) Estos eran, por supuesto, ciertos seguidores de Orígenes. Sin embargo, el nombre de cada aplicación indefinida probablemente al principio, de ninguna manera se extendió a todos sus admiradores, ni siquiera a todos sus imitadores; porque aunque se sabía que los célebres padres, Gregorio Niseno, Dídimo y Jerónimo, pertenecían a esta última clase, no parece que se los considerara, hasta después de muchos años, como pertenecientes al partido particular en consideración. (2) Lo que distinguía a los origenistas, propiamente

dichos, de otros discípulos declarados de su maestro, no se puede determinar; tal vez fue alguna combinación especial entre ellos con fines partidistas, o un celo más clamoroso en impulsar sus designaciones. Que eran, en cierto sentido, un partido específico, se desprende de la circunstancia de su denominación sectaria; pero debe notarse que ellos todavía estaban en la plena comunión de la comunión ortodoxa, y que parecen haber estado dispersos entre las iglesias, así como en los monasterios, en varias partes de Egipto.

(1) Epiphanii Panarium, Haeres. Ixiv., § 3. Este es el pasaje más antiguo en el que he encontrado esa denominación.
(2) En prueba de esto, entre muchos otros hechos, está la disputa de Jerónimo con algunos origenistas en Roma, alrededor del año 582 d. C., y su abandono de Nitria, en el año 386 d. C., por desagrado hacia ellos; aunque él mismo era, en ese momento, un devoto admirador de las obras de Orígenes. [p.159]

Hubo un retiro célebre, sin embargo, donde abundaban particularmente. A unas cincuenta millas al sur de Alejandría, más allá del lago Mareotis y de una gran extensión de arenas ardientes sucedidas por llanuras cubiertas de guijarros, se alzaban las colinas desnudas y quemadas por el sol de Nitria, en medio de una perspectiva ilimitada de desolación. (1) Estaba en los límites del gran desierto de Libia. Alrededor de estas colinas los monjes se habían reunido en una vasta comunidad, la más famosa, tal vez, y con la excepción de la de Oxirinco, la más numerosa de todas las que habían formado hasta entonces. Esta era la sede principal de los origenistas. Parece que constituían la parte más pequeña de los cinco o seis mil reclusos. (2) Como los extranjeros acudían aquí, incluso de países lejanos, para adquirir la disciplina y los preceptos monásticos en su perfección, muchos se unieron a la nueva secta; y, viajando después por diferentes partes de la cristiandad, propagaron sus puntos de vista y parcialidades dondequiera que iban. En un período de

unos pocos años más tarde, encontraremos que algunos de ellos, aunque tal vez no todos, fueron universalistas. Los origenistas, como partido, fueron atacados por Epifanio, obispo de Salamina en la isla de Chipre (376 d.C.). Era un hombre de mucha lectura, pero muy descuidado, inexacto y notoriamente dispuesto a adoptar cualquier informe difamatorio contra aquellos que no le gustaban.

(1) Sonnini, *Travels in Egypt*, cap. 26 y 27. El desierto de Nitria está a unas treinta millas al oeste de Terane, un pueblo en el Nilo.
(2) Para el número de monjes en Nitria, véase Fleury, Eccl. Hist., libro xvi, cap. [p.160]

En una gran obra, destinada a refutar todas las herejías que jamás habían aparecido, dedica uno de los artículos más largos, de treinta o cuarenta páginas, a los errores de Orígenes Adamantius y su partido. (1) Después de haber dado cuenta de su vida, en algunos puntos falsa e injuriosa, dice: "En cuanto a la herejía de

Orígenes, se propagó primero en Egipto; y en este día florece principalmente entre aquellos que profesan la vida monástica. Es una herejía pestilente, que excede en maldad a todas las anteriores, cuyos errores en realidad abarca. Porque, aunque no se acompaña de ninguna apariencia de vicio entre sus devotos, enseña la noción más absurda acerca de Dios. De esta fuente fue que Arrio y sus sectarios derivaron sus errores. Orígenes procedió a tal extremo de temeridad, que afirmó que el Hijo unigénito no puede ver al Padre, ni el Espíritu Santo ver al Hijo, ni los ángeles al Espíritu Santo, ni el hombre a los ángeles. Este fue su primer error: porque sostuvo que el Hijo era de la sustancia del Padre de tal manera que, sin embargo, fue creado. Sostuvo errores aún más atroces; porque enseñó que las almas de los hombres existían antes que sus cuerpos, y eran Ángeles o poderes superiores, que han sido consignados, a causa de sus pecados, a estos cuerpos mortales, con el propósito de castigarlos. Podríamos mencionar muchas de sus nociones: por ejemplo, la que sostuvo, que

Adán perdió la imagen divina por la transgresión. Por eso es, dice Orígenes, que la Escritura menciona las túnicas de pieles con las que Dios vistió a nuestros primeros padres;

(1) Se sospecha que los Origenianos, a quienes Epifanio describe en Haeres. IXIII, fueron criaturas de su imaginación. Véase Lardner's Credibility, etc., cap. Koetus, y otros llamados herejes, etc. [p.161]

cuyas túnicas él toma por sus cuerpos. Hay, de hecho, un número infinito de dogmas propuestos por él, dignos de ridículo y risa. Incluso representó la resurrección de una manera imperfecta y defectuosa, en parte afirmándola en apariencia y en parte negándola en realidad. En otras palabras, supuso que sólo una parte del hombre debe ser resucitada. Y finalmente, convirtió todo lo que pudo en alegorías, como el Edén o el Paraíso y sus aguas; y las aguas que están sobre el firmamento, y las que están debajo de la tierra", etc. (1) Epifanio luego procede a tratar, con considerable

extensión, sobre sus puntos de vista de la Trinidad y la resurrección, insertando casi todo el tratado de Metodio sobre este último tema; después de lo cual, vuelve a arremeter una vez más contra sus nociones de las túnicas de pieles, de la preexistencia y de la resurrección, llamándolo "un infiel, y peor que un infiel". Es notable que, como todos los antiguos opositores de Orígenes, él también pasa por alto la doctrina del universalismo en silencio; aunque descubrimos que él mismo, al mismo tiempo, creía que no hay cambio de condición ni lugar para el arrepentimiento después de la muerte. (2) Este ataque, aunque profesaba ser contra los origenistas, estaba dirigido más particularmente contra su maestro mismo. Parece haber sido el último que sufrió hasta la famosa contienda que surgió a fines de este siglo, en la que Epifanio aparecerá nuevamente como actor principal.

(1) Epiplianii Panarium, Haeres. Ixiv., § 4. Este pasaje, que he condensado un poco, contiene casi todos los puntos que Epifanio

censura a lo largo de todo el artículo. Se supone que esta parte de su obra fue escrita en el año 376 d. C. Véase Lardner's Credibility, etc., cap. Epiphanius.
(2) Ídem, Haeres. lix. [p.162]

370 a 383 d. C.

Ya hemos avanzado hacia un período que forma una era distinguida en nuestra historia. El universalismo parece haber sido, durante algún tiempo, el sentimiento de la mayoría de los padres ortodoxos más eminentes de Oriente. Gregorio Niseno, Dídimo, Jerónimo y Diodoro de Tarso fueron sus defensores; El célebre Gregorio Nazianzeno, que fue elevado al obispado de Constantinopla, dudó entre esta doctrina y la de la miseria sin fin. Su prontitud para exponer la fe nicena le valió el apelativo de "El Teólogo"; y de todos los Padres, excepto Crisóstomo, es el más famoso por su brillante y resplandeciente elocuencia. Sus obras son, por supuesto, declamatorias y exhortativas, más que doctrinales; pero aún así ha dejado pruebas suficientes de la inestabilidad de su opinión. A veces

presentó la miseria futura como una dispensa de mero tormento, opuesta a todo sufrimiento correctivo; y afirmó que en el infierno, o el lugar de los muertos, no puede haber confesión ni reforma. (1) Pero en otras ocasiones pensó que era probable que esos tormentos estuvieran dirigidos a la salvación de los que sufrían. "He mencionado", dice, "el fuego purificador que Cristo vino a encender sobre la tierra; a quien se le llama figurativamente fuego. La naturaleza de este fuego es consumir la materia más grosera, o el carácter vicioso, de la mente. Pero hay también otra especie de fuego, no de purgación, sino destinado a un castigo vengativo de la maldad;

(1) Gregorii Nazianzeni Oratio Decimaquiiita, p. 229, tom, i., edit. París, 1630. [p.163]

ya sea la de Sodoma, que, mezclada con azufre y tormenta, Dios derrama sobre todos los pecadores; o la que está preparada para el diablo y sus ángeles; o incluso la que procede ante la faz del

Señor; o finalmente, la más formidable de todas, que está relacionada con el gusano que no duerme y nunca se extingue, sino que es continua y eterna, para el castigo de los hombres malvados. Es la naturaleza de todas estas cosas arruinar, destruir; (1) En otro pasaje, hablando de los Novacianos, una secta herética, dice: "Quizás serán bautizados, en el próximo mundo, con fuego, que es el último bautismo, y no sólo es intenso, sino de gran duración, y que se alimentará de la materia insulsa, como de heno, hasta que haya consumido todos sus pecados". (2) Tal es la indecisión de Gregorio Nazianzeno sobre este tema, que tiene poca importancia mencionar su repetida aplicación de la palabra eterno al castigo futuro.

Se ha dicho, por uno de los mejores críticos (3) de la historia eclesiástica, que de todos los padres del siglo IV, no hubo un hombre más moderado ni más digno que Gregorio Nazianzeno. Uniendo una sensibilidad rápida y profunda con una imaginación elevada, era demasiado contemplativo, demasiado aficionado al

retiro, para dedicarse voluntariamente en las perpetuas contiendas de su época, o incluso para disfrutar de los tumultos de una vida pública.

(1) Oreg. Nazianz., Oratio xl., pp. 684, 665, rasgado. 1.
(2) Ditto, Oratio xxxix., p. 636, rasgado. i.
(3) Le Clerc. Véase Jortin's Remarks on Eccl. Hist., vol. iv., p. 95, Londres, 1773. [p.164]

Condenó la capciosidad de los fanáticos celosos sobre puntos doctrinales; aunque uno supondría que él mismo era, en este respecto, bastante exigente. Al clero de esa época, lo describió audazmente, y parece que con justicia, como un grupo de hombres avaros, pendencieros, licenciosos y, en una palabra, sin principios; y de los frecuentes concilios que entonces perturbaban la paz de la iglesia, declaró que les tenía miedo, porque nunca había visto el final de uno que fuera feliz y agradable, o que no aumentara más que disminuyera el mal. (1) Nada puede evidenciar más sorprendentemente la

intolerancia universal de la época, que el hecho de que uno de sus hombres más pacíficos aprobara, y a veces instara, la persecución de los herejes, y lamentara abiertamente que el emperador apóstata Juliano no hubiera sido condenado a muerte por su predecesor.

Su intimidad con Basilio el Grande comenzó en su juventud, en medio de las escuelas de Atenas. Habiendo estudiado ya tanto en Palestina como en Alejandría, Gregorio se dirigió a esta sede de la literatura griega alrededor del año 344, y, poco después, se le unió su joven compañero. Allí conocieron a Juliano, el futuro emperador, entonces un joven como ellos. Gregorio finalmente regresó a su casa en Nazianzum, una pequeña ciudad en la parte sudoeste de Capadocia, de la que su padre era obispo. Pero cuando Basilio, a su regreso de los monasterios de Egipto, se retiró a la soledad del Ponto, lo acompañó hasta ese retiro, lo ayudó a establecer las instituciones monásticas allí y, según parece, permaneció allí algún tiempo después de que su amigo se dedicara a

una esfera más pública y distinguida.

(1) Gregorio Nazianzeno, Epist. IV

[p.165]

Este último (Basilio) fue ordenado obispo de Capadocia en el año 370 d.C.; y deseando ocupar, contra los intentos de un rival, el pequeño y oscuro pueblo de Sasima, en los confines de su jurisdicción, llamó a Gregorio de su retiro y lo nombró obispo del lugar disputado. Gregorio se resintió por esta conducta despiadada de su amigo y, negándose a aceptar el nombramiento indigno, tomó su residencia de nuevo en Nazianzum, ayudando a su anciano padre en el cuidado de la iglesia. Después de la muerte de su venerable padre, fue a Selucia, y de allí, a petición urgente de los obispos, a Constantinopla, donde llegó alrededor del año 378 d.C. Encontró la ciudad llena de arrianos, que ocupaban todas las iglesias; los pocos ortodoxos, desanimados y desprovistos de un lugar para el culto público. Después de predicar durante un tiempo en casas particulares, su elocuencia y su vida

austera atrajeron a su rebaño un número suficientemente grande como para erigir una espaciosa iglesia, a la que llamaron La Anastasia o Resurrección, para dar a conocer el renacimiento de la fe consustancial. La atención de toda la ciudad se despertó; los ortodoxos triunfantes, los herejes de todo tipo e incluso los paganos se agolparon en una masa mezclada en la Anastasia, para deleitarse con su doctrina o para admirar el encanto de su elocuencia; y era tal la presión de la multitud que a veces derribaba la barandilla que rodeaba el púlpito.

En medio de su éxito, sin embargo, se sintió profundamente herido por la ingratitud de un miserable sin principios pero santurrón, a quien había apreciado. Este impostor, llamado Máximo, formó una facción entre los mismos ortodoxos, en Alejandría y otros lugares, para usurpar el obispado de Constantinopla; [p.166] Llegó con sus partidarios y entró por la fuerza en la propia iglesia de Gregorio; y, cuando fue expulsado por la multitud alarmada, apeló, aunque en vano,

al emperador Teodosio. Sin embargo, finalmente logró convencer a los obispos italianos para que apoyaran su proyecto; y encontró demasiados entre el clero oriental que, por envidia, favorecían su causa. Pocos hombres, tal vez, eran menos aptos que Gregorio para actuar en medio de tales circunstancias. Aunque audaz, vehemente y resuelto cuando estaba rodeado de enemigos declarados de su fe, la oposición de su propio partido marchitó su corazón y lo hartó de la vida. Intentó retirarse de Constantinopla a la soledad. Pero las ansiosas súplicas de su pueblo prevalecieron tanto que aplazó su resolución; y el nuevo emperador Teodosio, haciendo su primera entrada en Constantinopla hacia fines del año 380, expulsó a los arrianos de todas las iglesias de la ciudad, desterró a su obispo e introdujo a Gregorio en la posesión y los ingresos de su gran iglesia o catedral. (1) Este nuevo estado de cosas pareció brindarle un período de tranquilidad; y en el Concilio General que se reunió al año siguiente, en Constantinopla, fue confirmado en su obispado. Sin embargo,

antes del cierre de la sesión, o tal vez en otra sesión celebrada en el mismo lugar en el año 382 d.C., estallaron nuevas dificultades: la estricta integridad de Gregorio ofendió a algunos, ya que frustró sus intrigas; y su popularidad despertó los celos de otros.

(1) Se encontraba en el lugar que ahora ocupa la mezquita de Santa Sofía. [p.167]

Abatido por la vejez prematura, cansado de las disputas y disgustado por los vicios de los obispos, decidió, a pesar de las amargas lamentaciones de sus amigos, renunciar a un puesto que lo exponía continuamente al abuso de la envidia y la ambición clericales. En la gran iglesia de Constantinopla, recientemente arrebatada a los arrianos, subió al púlpito por última vez, rodeado de los miembros del Concilio General, de su propio pueblo amado y de la multitud habitual. Repitió la historia de su éxito en esa ciudad, describió la doctrina que había predicado, suplicó a los obispos que, abandonando sus

prácticas contenciosas, sanaran las divisiones de la iglesia y concluyó despidiéndose de la vida pública y de los escenarios de sus labores. (1)

(1) "Adiós, Anastasia", dijo; "Tú que viste nuestra doctrina levantada de su estado bajo y despreciado; queridos asientos de nuestra victoria común, nuestro nuevo Siloé, donde primero descansó el arca de nuestro Dios, después de sus desesperanzadas peregrinaciones en el desierto. Adiós, también, este grande y augusto templo, donde encontramos nuestra nueva herencia; tú que antes eras un Jebús, ahora convertido en una Jerusalén. Y ustedes otros edificios sagrados, también esparcidos por toda la ciudad y sus suburbios, ¡adiós! La gracia de Dios, y no nuestros débiles esfuerzos, ahora los ha llenado de los fieles. Tú, envidiada y peligrosa preeminencia, trono episcopal, adiós. 1 ¡Adiós, palacio pontificio, venerable por tu edad y la majestad del sacerdocio! ¡Adiós, coros de Nazarenos! Cuyos acordes de salmodia ya no escucharé, a cuyas celebraciones nocturnas de la

resurrección de nuestro Señor ya no asistiré. Las santas vírgenes, ¡Vosotras, viudas y huérfanos, vosotros, ojos de los pobres, vueltos alternativamente al cielo y al predicador, adiós! ¡Adiós, vosotras, cúpulas hospitalarias, devotas de Cristo, que tan a menudo habéis ayudado a mi debilidad! Vosotras, multitudes mezcladas que se agolpaban en mis sermones, vosotros, notarios de mano rápida, vosotros, barandales, presionados por mis ávidos oyentes, adiós! ¡Adiós, emperadores y cortes! ¡Adiós, tú, ciudad imperial, cuyo celo, aunque no, tal vez, según el conocimiento, sin embargo, testificaré francamente! Que vuestro servicio a Dios sea más sincero, y vuestros frutos de justicia más abundantes. Vosotros, obispos de Oriente y Occidente, ¡adiós! ¿Por qué algunos de vosotros no imitan esta mi resignación, y restauran la paz a la iglesia dividida y contenciosa? Os llamo solamente a renunciar a las dignidades sobre la tierra, por tronos celestiales, mucho más seguros y exaltados. Oh ángeles, guardianes de esta iglesia, y de mi presencia y peregrinaciones,

adiós. Tú, Santísima Trinidad, soy mi meditación y mi gloria. Oh, que pueda oír del aumento diario de este mi pueblo, de su crecimiento en conocimiento y gracia. Y vosotros, pueblo mío, porque mío sois, aunque otro os gobierne, hijitos míos, conservad la fe que os he entregado, acordándoos de mis trabajos y mis sufrimientos. Gregorio Nazianzeno, O-ratio xxxii. fin., tomo i., págs. 527, 628. [pág. 168]

(Gregorio Nazianzeno) Se retiró inmediatamente a Nazianzus, donde vivió en la oscuridad y la tranquilidad, dedicándose a ejercicios devotos y a la composición poética. Murió alrededor del año 389 d.C., a la edad de no mucho más de setenta años. Su integridad sencilla y decidida es digna de todo elogio; y la pureza intachable de su vida y sus modales, aunque velada bajo la sombra de la penumbra monástica, merece nuestro mayor respeto. Su elocuencia, que ha sido absurdamente comparada con la de Demóstenes, se formó en el estilo ampuloso de los asiáticos, más que en la severa simplicidad de los griegos; y por lo

tanto era la más adecuada para disertar sobre misterios y excitar la admiración de un populacho ignorante.

La debilidad de un cuerpo, dominado por rigurosas austeridades, debe haber aumentado la sensibilidad de su temperamento; y esto, unido al carácter generoso y confiado de sus afectos, lo expuso a perpetuas aflicciones por la bajeza e ingratitud de la humanidad. No es de extrañar que para un hombre así, la difícil posición a la que renunció prudentemente, estuviera acompañada de un peso de preocupaciones insoportables. Sin embargo, la Iglesia siempre ha tenido en gran estima su memoria, y su nombre todavía ocupa un lugar respetable en las páginas de la historia eclesiástica.

Al igual que Basilio, era moderadamente dado al método alegórico de exposición. Ya hemos mencionado su mutua admiración por los escritos de Orígenes.

Pero en esto fue quizás superado por su amigo, Gregorio Niseno, el hermano de Basilio el Grande. Este eminente padre y obispo siguió el sistema de Orígenes en la alegorización de las Escrituras, más allá

que la mayoría de sus contemporáneos, aunque todavía evitaba muchas de sus extravagancias y rechazaba algunas de sus nociones. (1) [p.169] Sin embargo, adoptó y enseñó la doctrina de la Salvación Universal con más frecuencia (2) que, tal vez, cualquier otro escritor temprano cuyas obras se conservan.

En su esfuerzo por arrancar a los arrianos aquella expresión de San Pablo: Entonces también el Hijo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas (1ºCor. 15:28), y para hacerla parecer coherente con el trinitarismo, aprovecha la ocasión para explicar la conexión en general, a fin de señalar lo que supone que es el argumento del apóstol: "¿Cuál, pues", dice, "es el alcance del argumento de San Pablo en este lugar?

(1) Véase Gregorii Niseni. Disputat. de Anima et Resurrect., pp. 264, 265, 269. Lib. de Creatione Hominis, cap. 29, p. 459, y cap. 30, p. 462. De Hist. Sex Dierum, pp. 293, 294, edit. Basilio, 1562.

(2) Una defensa presentada por primera vez más de trescientos años

después de Gregorio La muerte de Niseno, para defenderlo de la imputación de universalismo, es repetida a veces, aunque de manera vacilante, por los críticos modernos. Germanus, obispo de Constantinopla, que floreció alrededor del año 730 d.C., sostuvo que en el Diálogo sobre el alma de Gregorio Niseno, en su gran Oración catequética y en su Tratado sobre la vida perfecta de un cristiano, todos los pasajes que enseñaban la restauración de los demonios y de los condenados habían sido corrompidos o añadidos por los origenistas; y como prueba se refirió a las conexiones de los pasajes en cuestión y al supuesto hecho de que en otros lugares Gregorio había contradicho ese sentimiento. (Véase Photii Biblioth., Cod. 233.) Du Rn, que, por cierto, tergiversa a Germanus, manifiestamente desea valerse de este argumento; pero al mismo tiempo delata su falta de confianza en él. (Bibliotheca Patrum, art. Gregorio Niseno.) La verdad es que sería imposible eliminar el universalismo de las obras de Gregorio Niseno sin destruir algunas de sus piezas y

hacer ininteligibles otras; y no hay razón para sospechar que se haya insertado erróneamente en los tres libros que menciona Germanus. No he descubierto que Gregorio niegue alguna vez la doctrina en cuestión. El Daille independiente (De Usu Patrum, lib. ii., cap. 4, edición latina, porque la inglesa y probablemente la francesa están incompletas) trata la suposición de Germanus con merecido desprecio. "• Es el último recurso", dice, "de aquellos que con una pertinacia estúpida y absurda pretenden que los antiguos no escribieron nada diferente de la fe que se recibe actualmente; "Porque todas las Oraciones de Gregorio Niseno están tan profundamente imbuidas de la pestilente doctrina en cuestión, que no puede haber sido insertada por nadie más que el propio autor". El Dr. T. Burnet también (De Statu Mort. et Resurg., p. 138, Londres, 1733) declara vana la petición de Germanus. Véase la nota 2, en la p. 112, que sigue. [p. 170]

Que la naturaleza del mal será, al fin, totalmente exterminada, y la bondad

divina e inmortal abrazará dentro de sí a toda criatura racional; de modo que de todos los que fueron hechos por Dios, ninguno será excluido de su reino. Toda la maldad, que como una materia corrupta se mezcla en las cosas, será disuelta y consumida en el horno del fuego del purgatorio; y todo lo que tuvo su origen en Dios será restaurado a su estado prístino de pureza". El autor procede a sostener, en su manera abstrusa y mística, que la naturaleza humana que Cristo asumió, estando tan íntimamente conectada con la naturaleza común del hombre, que el apóstol aquí la llama "las primicias" de la raza humana, la sujeción de toda la humanidad a Dios, puede, por una figura, ser llamada la sujeción de Cristo mismo, las primicias. "Cuando el dominio del pecado en nosotros sea completamente derribado, todo, por supuesto, debe estar sujeto a aquel que gobierna sobre todo; porque no puede haber inclinación opuesta en el universo. Ahora bien, la sujeción a Dios es perfecta y absoluta alienación del mal. Por lo tanto, cuando todos seamos liberados del pecado y

perfectamente asimilados a Cristo, nuestras primicias, y hechos un solo cuerpo uniforme con él, entonces lo que se llama la sujeción de Cristo se cumple, en realidad, en nosotros; y porque somos su cuerpo, nuestra sujeción se atribuye a aquel que la efectuó en nosotros. Tal, pensamos, es el significado de San Pablo en este pasaje: Porque así como en Adán todos mueren, así también por medio de Cristo todos serán vivificados; pero cada uno en su propio orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida; [p.171] luego el fin, cuando haya entregado el reino a Dios, el Padre, cuando haya abolido todo dominio, autoridad y poder. Porque es necesario que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. El último enemigo, la muerte, será destruido. Porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies. Pero cuando dice: Todas las cosas le son sujetas, es evidente que se exceptúa a aquel que le sujetó todas las cosas. Y cuando todas las cosas le sean sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó todas las

cosas, para que Dios sea todo en todos. (1 Cor. 15:22-28.) Es evidente que aquí el apóstol declara la extinción de todo pecado, diciendo que Dios será todo en todos. Dios será verdaderamente todo en todos sólo cuando no quede ningún mal en la naturaleza de las cosas, ya que nunca se involucra en el mal", etc. (1)

Gregorio sostuvo diferentes grados de felicidad en el cielo, asignados a los diferentes méritos que los bienaventurados habían adquirido en la tierra; (2) y diferentes grados de castigo futuro, según los diversos caracteres de los que sufren. "Creo", dijo, "que el castigo será administrado en proporción a la corrupción de cada uno. Porque sería desigual atormentar con los mismos dolores del purgatorio al que ha cometido transgresiones durante mucho tiempo y al que solo ha caído en unos pocos pecados comunes. Pero esa dolorosa llama arderá por un período más o menos largo, según el tipo y cantidad de la materia que la sostiene.

(1) Tratado en Dictum Apostoli, Tunc

etiam ipse Filius subjiciefur, etc., p. 137, y siguientes.
(2) Lib. De Infantibus quae praemature abripiuntur. [172]

Por tanto, en quien hay mucha corrupción, es necesario que la llama que la consuma sea grande y de larga duración; pero a aquel en quien la mala disposición ya ha sido sometida en parte, se le perdonará un grado proporcional de ese castigo más agudo y vehemente. Sin embargo, todo mal debe, al final, ser completamente eliminado de todas las cosas, de modo que ya no exista. Porque siendo tal la naturaleza del pecado, que no puede existir sin un motivo corrupto, por supuesto debe ser perfectamente disuelto y completamente destruido, de modo que nada pueda permanecer como receptáculo de él, cuando todo motivo e influencia provengan solo de Dios", etc. (1)

En otro lugar afirma que, así como el diablo "asumió una forma carnal para arruinar la naturaleza humana, así también el Señor tomó carne para la salvación del hombre; y así bendice no

sólo al que estaba arruinado, sino también al que lo llevó a la perdición; (2) Al igual que los primeros universalistas, Gregorio aplicó libremente la palabra eterno al castigo futuro, circunstancia que, probablemente, ha llevado a algunos críticos a la apresurada conclusión de que a veces negaba la doctrina de la restauración universal y afirmaba la de la miseria sin fin. Un uso notable de esa frase ocurre en un pasaje donde alude al destino final de quienes han sido confirmados en el libertinaje.

(1) *Disputatio de Anima et Resurrectione*, pág. 260.
(2) *Oratio Catechetica*, cap. 26. Aquí adjunto los títulos de aquellas obras en las que Gregorio Niseno enseña el universalismo: *De Anima et Resurrectione; Oratio Catechetica; De Infantibus qui praemature abripiuntur; Oratio de Mortuis; In Dictum Apostoli, Tune ipse filius subjicietur Patri; De Perfectione Cristianos*. [p.173]

“Quienquiera”, dice, “considere el poder divino, percibirá claramente que es capaz,

al fin, de restaurar, por medio de la purgación *eterna* y los sufrimientos expiatorios, a aquellos que han llegado incluso a este extremo de maldad". (1)

No es necesario exponer en detalle su sistema general de doctrina, ya que era el mismo que distinguía a los ortodoxos de su época. Sin embargo, se pueden especificar algunos detalles: Gregorio compartía, por supuesto, la opinión, universalmente aceptada por los cristianos de este siglo, de que la regeneración se experimentaba sólo en el rito del bautismo en agua, y concordaba con ellos en que se realizaba mediante el esfuerzo de la voluntad humana, ayudada por la asistencia ofrecida por el Espíritu Divino. La predestinación y la gracia irresistible, en su sentido moderno, eran todavía desconocidas en la iglesia. En uno o dos aspectos nuestro autor fue una honrosa excepción a la superstición prevaleciente de sus contemporáneos; disuadió de la creciente práctica de las peregrinaciones a santuarios y lugares santos; y, aunque fue patrono de la vida monástica, defendió la excelencia del

matrimonio tanto por precepto como por ejemplo, siendo él mismo uno de los pocos obispos casados de esa época. Ha dejado una producción, su Vida de Gregorio Taumaturgo (Niseno o de Nisa), que lo involucra, como autor, en la acusación de credulidad sin límites o de total desprecio por la verdad histórica. Es una leyenda sin valor, animada sólo con milagros ficticios, los más tontos, y con cuentos repugnantes, los más increíbles.

(1) De Infantibus qui prafimature abripiuntur, p. 178. [p.174]

El hecho de que incluso se atreviera a ponerla ante el mundo es una indicación suficiente de la estupidez universal y de la corrupción total del gusto público. Sin embargo, si un precedente ilustre pudiera exonerar de la criminalidad de la falsedad o la ficción engañosa, podría alegar con justicia el del gran Atanasio, que parece haber dado el primer ejemplo de estos romances monacales, con su Vida de António; y tres o cuatro producciones del mismo carácter, que aparecieron poco

después bajo los honrosos nombres de Jerónimo y Sulpicio Severo, han contribuido mucho a liberar a Gregorio de la desgracia de la locura solitaria. El resto de las obras de nuestro autor están compuestas en un estilo seco, complicado y oscuro; y abundan en alegorías absurdas y misticismo abstruso. En cuanto a erudición, fue el segundo de su época; en influencia, se situó entre los primeros en el partido ortodoxo. Es notable que nunca haya sido condenado por su universalismo; y que nunca fue censurado por ello hasta dos o tres siglos después de su muerte.

En su juventud estaba tan fuertemente inclinado a la vida literaria, que fue con mucha dificultad que lo persuadieron de abandonar su estudio favorito de retórica, para asumir los deberes del ministerio. En el año 371, cuando tenía poco más de treinta y dos años, fue ordenado obispo de Nisa, una pequeña ciudad en la parte occidental de Capadocia. Valente, el emperador arriano, que estaba entonces en el trono de Constantinopla, exilió a varios obispos ortodoxos y en el año 374

consiguió, por medio de su lugarteniente Demóstenes, la expulsión de Gregorio de su iglesia. [p.175] Pero, después de cuatro años de ausencia, fue llamado de nuevo, junto con el resto de los obispos desterrados, tras la ascensión al trono de Teodosio el Grande, y se estableció permanentemente en su cargo. Poco después, el concilio de Antioquía o el de Constantinopla lo designaron para visitar, con otros delegados, las iglesias del Ponto y las de Arabia, con el fin de reavivar entre ellas la fe y la disciplina ortodoxas; y el nuevo emperador lo honró, en el ejercicio de esta tarea, con una concesión pública. Parece que algún tiempo después de su regreso fue llamado a Constantinopla a la muerte de la emperatriz Placila, en el año 385 d.C., para pronunciar su oración fúnebre. Murió en Nisa, alrededor del año 394, a la edad de casi sesenta años.

Hemos retrasado un poco la introducción de un eminente universalista que floreció en este período entre los ortodoxos de Egipto, y cuyo renombre por el conocimiento profano y sagrado llenó todo

Oriente. Dídimo el Ciego, de Alejandría, aunque mucho mayor que Basilio o cualquiera de los Gregorios, parece que no adquirió su extensa reputación hasta que la fama de ellos también se extendió por la iglesia. Privado para siempre de su vista cuando sólo tenía cinco años, sin embargo logró convertirse en un maestro de la gramática, la retórica, la lógica, la música, la aritmética e incluso las partes más difíciles de las matemáticas; y su conocimiento de la teología era tan estimado que fue elegido presidente de la gran Escuela Catequética de su ciudad natal. Fue un admirador declarado de Orígenes, a quien consideraba su maestro, y cuyos libros *De los Principios* ilustró con breves Comentarios, defendiéndolos contra las malas interpretaciones de los arrianos. [p.176]

El testimonio indiscutible de escritores contemporáneos y posteriores (1) es, tal vez, prueba suficiente de que era universalista; pero su condena como tal por el Concilio General de Constantinopla, más de un siglo y medio después de su muerte, confirma el hecho y al mismo

tiempo prueba que, junto con la doctrina de la Restauración, también sostenía la de la preexistencia de las almas (2). Sin embargo, esa sentencia póstuma de excomunión, al consignar sus obras heréticas a la destrucción, nos ha negado la satisfacción de citar su propio lenguaje; pero incluso en los pocos escritos suyos que aún quedan encontramos algunos rastros de la odiosa doctrina, que probablemente fueron pasados por alto por los antiguos censores. Dice que "así como la humanidad, al ser rescatada de sus pecados, debe ser sometida a Cristo en la plenitud de la dispensación instituida para la salvación de todos, así también las inteligencias racionales superiores, los ángeles, serán reducidas a la obediencia por la corrección de sus vicios". (3) Se dice que también desaprueba todo temor servil." (4)

Aunque no se lo contaba entre los origenistas de su tiempo, Dídimo era indudablemente considerado por ellos, y con razón, también, como su principal patrón. Difícilmente podemos suponer que su propio carácter fuera tan perverso

como se presentó después, cuando consideramos el favor manifiestamente demostrado por un erudito cristiano de su aparente buen sentido y, lo que era aún más raro, candor invariable.

(1) Jerónimo y Rufino aluden a ello como un hecho bien conocido. Cirilo Escitopolitano (Vitae 8. P. Sabae, cap. 90. inter Cotelerii Mon. Eccl. Graecae, tom, iii.), un escritor del siglo VI, es el siguiente que recuerdo.
(2) Cyrill. Scythopolit. Vit. S. P. Sabae, cap. 90.
(3) Comentario de Dídimo, en 1 Pedro 1:1-12. iii. No tengo acceso a esta obra, que sólo se encuentra en la gran Bibliotheca Patrum; y por lo tanto cito de Huetii Origenian, lib. ii.. cap. 2, qusest. iii., § 26.
(4) Du Pin's Bibliotb. Pat., art. Didymus. Hace referencia a la obra antes mencionada. [p.177]

Fue un escritor voluminoso; pero sólo dos o tres de sus obras, su tratado *Sobre el Espíritu Santo*, sus *Comentarios sobre las Epístolas Canónicas* y un fragmento de su

libro *Contra los maniqueos,* (1) han sobrevivido a la pérdida de tiempo y a los decretos exterminadores de épocas posteriores. Sin embargo, durante su vida, fue considerado un distinguido campeón de la ortodoxia de ese período; y murió pacíficamente en la comunión general, honrado y estimado por la iglesia. Como la mayoría de sus contemporáneos, se dedicó de corazón a apoyar la institución monástica; y su renombre y su influyente posición como presidente de la primera escuela de la cristiandad le permitieron ejercer su celo con mucho efecto. En la lista de eruditos que, en diversas épocas, estudiaron con él, aparecen los nombres de Jerónimo, Rufino, Paladio e Isidoro. Murió probablemente en el año 394, a la edad de noventa años. (2)

Si el conocimiento, los talentos y el renombre inmortal, cuando se disocian de la integridad sólida y el espíritu apacible del evangelio, conferiran honor a alguna doctrina, el universalismo podría regocijarse al declarar al famoso Jerónimo uno de sus defensores. Hacia mediados de este siglo, (3) fue enviado, siendo todavía

un niño, desde su Panonia natal más allá de la

(1) Hay algunos fragmentos de Comentarios sobre los Salmos que llevan su nombre, en la "Aurea Catena, interprete Daniele Barbaro". Venetiis, 1569. Pero supongo que no tenemos una buena autoridad para atribuirlos a Dídimo.
(2) Catálogo de los haerónimos, art. Dídimo de Alejandría, tomo iv. Du Pin se equivoca en cuanto a su edad, si es que las cifras de su relato no son un error de imprenta.
(3) El año de nacimiento de Jerónimo es incierto. Du Pin, a quien sigo, ha intentado una cronología de los principales acontecimientos de su vida, según la cual debe haber nacido alrededor del 340 o 342 d. C. Biblioth. Pat., art. Jerónimo, nota (b). [p. 178]

Adriático, para continuar sus estudios en Roma. Habiendo completado finalmente su educación allí y recibido el bautismo, viajó, con una sed insaciable de conocimiento, primero a Occidente y visitó a los hombres eruditos de la Galia; De allí

regresó y, tras una breve estancia en Italia, continuó su viaje rodeando el Adriático hacia Oriente. Allí pasó muchos años en Siria, Palestina y Egipto, estudiando con los eminentes padres y doctores, asistiendo a los concilios y practicando la disciplina monástica en todos sus rigores (hacia el año 380 d. C.). En el curso de estas diversas actividades, estudió un tiempo con Gregorio Nazianzeno en Constantinopla; y después de hacer una visita, bastante larga, a Roma, navegó hacia Egipto y entró en los monasterios de Nitria, en el año 386. Sin embargo, pronto llegó a Alejandría, y allí pasó alrededor de un mes bajo las instrucciones de Dídimo. Pero como no le gustaban los origueuistas, aunque él mismo era un admirador declarado de su maestro, abandonó Egipto y se retiró a Palestina.En su carta a los Efesios, presenta al apóstol como enseñando que toda la humanidad llegará finalmente, en la unidad de la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, a ser un hombre perfecto en Cristo Jesús; (1)

(1) Comentario de Jerónimo, lib. ii., en Epist. ad Ephes., cap. iv. 13, tom. iv. parte i., edit. Martianay. [p.179]

y que "al final, o consumación de las cosas, todo será restaurado a su estado original y será nuevamente unido en un solo cuerpo". (1) Dice: "No podemos ignorar que la sangre de Cristo benefició a los ángeles y a los que están en el infierno; aunque no sabemos la manera en que produjo tales efectos". (2) En otro pasaje, representa "toda la creación inteligente mediante el símil de un cuerpo animal", del cual la carne, las arterias, las venas, los nervios y los huesos, habiendo sido disecados y esparcidos por todos lados, deben ser unidos nuevamente por una mano hábil y reanimados. "Ahora", continúa, "en la restauración de todas las cosas, cuando Cristo, el verdadero médico, venga a sanar el cuerpo de la iglesia universal, desgarrado en la actualidad y dislocado en sus miembros, entonces cada uno, según la medida de su propia fe y conocimiento del Hijo de Dios,

asumirá su propio oficio y regresará a su estado original; sin embargo, no como algunos herejes representan que todos serán transformados en ángeles o convertidos en criaturas de un rango uniforme. Pero cada miembro será hecho perfecto de acuerdo con su oficio y capacidad peculiares. Por ejemplo, el ángel apóstata llegará a ser tal como fue creado; y el hombre, que ha sido expulsado del Paraíso, será restaurado allí de nuevo. Y esto se llevará a cabo de tal manera que todos estarán unidos por la caridad mutua, de modo que los miembros se deleitarán unos en otros y se alegrarán en la promoción de los demás. Entonces todo el cuerpo de Cristo, la iglesia universal, tal como era originalmente, habitará en la Jerusalén celestial, que, en otro pasaje, el apóstol llama la madre de los santos ". (3)

(1) Comentario de Jerónimo, lib. ii., en Epist. ad Ephes., cap. iv. 4.
(2) Ídem, ad Ephes., cap. iv. 10.
(3) Comentario de Jerónimo, lib. ii., en Epist. ad Ephes., cap. iv.

16. [p.180]

De nuevo, Jerónimo dice: "los ángeles apóstatas, y el príncipe de este mundo, y Lucifer, la estrella de la mañana, aunque ahora ingobernables, vagando licenciosamente y hundiéndose en las profundidades del pecado, al final abrazarán el feliz dominio de Cristo y sus santos". (1)

En el momento de escribir estos Comentarios, Jerónimo tenía cerca de cincuenta años. Tendremos abundantes ocasiones de ejemplificar su influencia entre los ortodoxos. En la actualidad, sin embargo, sólo podemos rastrear una amistad particular, cuyo final infeliz nos veremos obligados a describir más adelante como agitando a la iglesia y, en cierta medida, afectando la causa del universalismo. Hace casi veinte años, durante su primer viaje a Oriente, se detuvo por casualidad en la ciudad de Aquileia, en el extremo norte del Adriático, y allí trabó amistad con Rufino, un joven y prometedor erudito del lugar. Su amistad continuó inalterada hasta el

período actual, e incluso algo más tarde. Rufino lo había seguido temprano a Oriente: en compañía de Melania, una noble dama de Roma, había navegado a Egipto en el año 372 d.C., visitó a los monjes de Nitria, pasó algún tiempo con Dídimo en Alejandría y luego se retiró, probablemente al año siguiente, con su patrona, a Jerusalén. Aquí Melania empleó su abundante riqueza en donaciones religiosas y caritativas, en el avance de la causa monástica y en el apoyo a los numerosos peregrinos que acudían a los lugares sagrados.

(1) Lo mismo se puede decir de la lib. i., en Epist. ad Ephes, cap. ii. 7. En otras obras, también escritas en esta época, Jerónimo afirmó el universalismo: Hieronymi Comment., lib. ii., en Epist. ad Galatas, cap. iv. 1, y Comment, in Amos, cap. iv. Este último no fue compuesto hasta alrededor del año 390 d.C. [p.181]

Con ella, Rufino, entre otros, disfrutó de un retiro tranquilo y se dedicó al estudio y

a los servicios piadosos, rodeado de los objetos venerables que la Ciudad Santa ofrecía para despertar su devoción. Todavía permaneció aquí, cuando Jerónimo fijó su residencia permanente en Belén, a sólo seis millas de distancia. Ambos ya habían entrado libremente en los sentimientos de Orígenes; y su intimidad actual era muy propicia para fomentar esas nociones. Sin embargo, no hay razón para suponer que Rufino fuera, en ningún momento, un Universalista; (1) a menos que podamos derivar una leve, y parece injustificada, sospecha de que haya conservado, en sus numerosas traducciones de Orígenes, aquellos pasajes completos que enseñaban el universalismo, mientras que alteró u omitió aquellos que estaban en desacuerdo con el trinitarismo ortodoxo. Esta circunstancia, de hecho, muestra que, si bien no creía en la doctrina (del universalismo), la consideraba, sin embargo, (como sus contemporáneos,) como *un error no reprensible*; y su fiel apego a Juan, el obispo de Jerusalén, confirma esta conclusión.

Antes de continuar, conviene señalar que tanto Jerónimo como Rufino, aunque escritores latinos y nativos de Occidente, pertenecían más propiamente a la iglesia oriental, donde se formaron sus principales relaciones y donde maduró su educación doctrinal.

(1) Huet (Originian., lib. ii., cap. 2, quaest. xi., § 25) cree que Rufino insinuó que, aunque el diablo sería eternamente miserable, los hombres culpables sufrirían sólo un castigo temporal. Pero, para mí, los pasajes a los que se refiere Huet no transmiten ninguna indicación de esta última opinión, sino más bien lo contrario. [p.182]

390 d.C.

Evagrio Póntico, que floreció entre los ortodoxos de este período como erudito y monje de considerable eminencia, debe ser declarado universalista, sobre la base del testimonio indiscutible del Quinto Concilio General; En la cual, un siglo y medio después de su muerte, fue anatematizado con Dídimo, por haber

enseñado la restauración de todo y la preexistencia de las almas. (1) Pero la misma sentencia que ha preservado la memoria de su doctrina destruyó la parte odiosa de sus escritos, y no dejó nada más que unas pocas obras que consisten principalmente en reglas ceremoniales e instrucciones prácticas para monjes. En estos, tanto su tema como la circunstancia de haber sido tolerados, hacen improbable que se encuentre algo que nos sirva de propósito. Por lo tanto, sólo tenemos que agregar un breve bosquejo de su vida, y luego proceder a algunos relatos de otros individuos.

Habiendo llegado de su país natal de Ponto a Capadocia, no lejos de 375 d.C., fue nombrado lector en la iglesia de Cesarea, por Basilio el Grande; a cuya muerte Gregorio Niseno lo ordenó diácono. Después de un tiempo Evagrio fue a Constantinopla, donde estudió las Escrituras con Gregorio Nazianzeno, y fue promovido por él al arcedianato. Aquí permaneció unos años después de que su amo se retirara de la ciudad; pero, al verse obligado a huir por los celos

matrimoniales de un noble, llegó a Jerusalén, alrededor del año 385 d.C., y fue recibido y mantenido en el establecimiento caritativo de Melania. En la sociedad de Rufino y otros, fue persuadido a abrazar la vida monástica; y, después de una residencia de cinco años en Palestina, fue, en el año 390 d.C., al famoso retiro de Nitria, donde estableció su residencia permanente entre los origenistas.

(1) Cyrilli Scythopolit. Vit. S. P. Sabae, cap. 90. [p.183]

El resto de su vida transcurrió en gran austeridad y en una intensa dedicación al estudio y la composición. Vivió en la comunión ortodoxa y murió a la edad de cincuenta y cuatro años, con reputación de mucha santidad y considerable erudición. (1)

(1) No debemos confundir a Evagrio Póntico con su contemporáneo Evagrio Antioqueno, ni con un escritor posterior, Evagrio Escolástico, el historiador eclesiástico.

Si se pudiese hacer conjeturas basadas en meras apariencias, podríamos concluir que casi todos los principales origenistas de este período eran creyentes del universalismo; pues tal es la impresión que naturalmente debe tener el historiador al contemplar las circunstancias peculiares de sus vidas, su intimidad con Dídimo y con otros que se sabe que sostuvieron esa doctrina, y su respeto por el padre favorito cuyo nombre llevaban (Orígenes). Pasando por alto la multitud indistinguible, que tal vez sólo tenía su austeridad y miseria para recomendarlos a una reputación momentánea, y cuyos nombres ahora podrían formar, en el mejor de los casos, sólo un catálogo en blanco, todavía hay dos o tres que debemos presentar aquí para que se los tenga en cuenta. Paladio, nativo de Galacia y discípulo de Evagrio Póntico, en Egipto, fue uno de los partidarios más capaces y fieles del partido. Ahora era un monje en la soledad de Nitria; Pero su mala salud pronto lo empujó al mundo; más tarde obtuvo un

obispado en Asia Menor, se hizo muy conocido por el papel que desempeñó en los asuntos públicos de la iglesia y preservó su nombre del olvido escribiendo algunas obras históricas o biográficas que aún se conservan. [p.184] Otro miembro influyente del grupo era el venerable Isidoro, un anciano presbítero de Alejandría, a quien Atanasio había ordenado muchos años antes, y que había pasado su vida temprana entre los monasterios del desierto de Nitria.

378 a 394 d.C.

Dirigiendo nuestra mirada a las iglesias de Palestina, vemos que la silla episcopal de la Ciudad Santa estaba ocupada por Juan de Jerusalén, un origenista, que, junto con Isidoro, aparecerá de aquí en adelante, desempeñando un papel importante en el tema de esta historia y proporcionando alguna evidencia de que era un universalista. Había sucedido recientemente a Cirilo en el obispado de Jerusalén, donde disfrutaba de la amistad y el apoyo de Melania, Rufino y sus asociados. De su vida anterior sólo

sabemos que nació alrededor del año 356 d.C., que dedicó su juventud a la disciplina monástica, pero que, abandonando su retiro, fue ordenado presbítero antes del año 378, y que fue elegido para la sede de Jerusalén en el año 387 d.C.

En la mayoría de los universalistas de este siglo la influencia de los escritos de Orígenes es abundantemente manifiesta. Sin embargo, hubo algunos que no simpatizaron con el sistema general de doctrina y la línea de pensamiento de ese padre, y de quienes no se sospechará que hayan derivado sus puntos de vista de él. Es bien sabido que la escuela de teólogos antioquenos o sirios, así llamada, difería ampliamente de la alejandrina, al rechazar el modo alegórico de interpretación y otras especulaciones fantásticas. Entre ellos, Diodoro, obispo de Tarso, se distingue por la aparente sensatez de sus juicios y por la influencia que parece haber ejercido en las iglesias sirias. Por un fragmento conservado de sus escritos, que en otro tiempo fueron numerosos, sabemos que él también era universalista. "A los buenos se les asigna un premio

perpetuo, una recompensa por sus obras, digna de la justicia y equidad del Recompensador. También para los malvados hay castigos, no perpetuos, para que la inmortalidad preparada para ellos no se convierta en una desventaja; sino que deben ser atormentados por un cierto tiempo breve, proporcionado al merecimiento y medida de sus faltas e impiedades, según la cantidad de malicia en sus obras. Sufrirán, pues, castigos por un breve tiempo; pero les aguarda la bienaventuranza inmortal, que no tiene fin. Porque, si las recompensas de los buenos superan sus obras tanto como la duración de la eternidad preparada para ellos excede la duración de sus luchas en este mundo, así también los castigos que se infligen por los pecados atroces y múltiples son mucho más superados por la magnitud de la misericordia. La resurrección, por tanto, se considera como una bendición, no sólo para los buenos, sino también para los malos. Porque la gracia de Dios honra abundante y magníficamente a los buenos [que son buenos]. es, más allá de sus

merecimientos]; y juzga el castigo del mal con misericordia y bondad." (1)

Diodoro fue, en su juventud, director de una escuela monástica en Antioquía, en la que enseñó con gran reputación. Aquí fue ordenado posteriormente presbítero; y, durante el destierro del obispo, por el emperador arriano Valente, fue honrado con el cargo de la iglesia en esa metrópoli del Este.

(1) Assemani Bibliothec. Orientalis, tom, iii., parte i., p. 324. [p.186]

Alrededor del año 378 d.C., Diodoro fue nombrado obispo de Tarso, en Cilicia, el lugar de nacimiento de San Pablo; donde presidió hasta su muerte, en el año 393 o 394. Fue un escritor erudito y voluminoso, especialmente de Comentarios sobre las Escrituras; pero todas sus obras han perecido, excepto los fragmentos citados por autores antiguos. En su época, en la que prevalecía la interpretación alegórica, se adhirió a la importancia natural y simple del texto sagrado, y se supone que su ejemplo contribuyó a establecer este

modo de exposición entre las iglesias sirias. Fue tenido en alta estima por los otros padres griegos de su época, Basilio el Grande, Gregorio Nazianzeno, Epifanio y Atanasio; y, aunque posteriormente se sospechó que había favorecido las opiniones nestorianas de la Trinidad, nunca se le encontró ninguna falta por su universalismo hasta muchos siglos después de su muerte. Es digno de mención especial que entre los eruditos que estudiaron con él mientras estuvo en Antioquía se encontraban Juan Crisóstomo y Teodoro de Mopsuestia, que más tarde fue tan célebre. (1)

384 a 390 d.C.

Habiéndonos limitado durante tanto tiempo a las iglesias orientales, donde sólo podemos descubrir la prevalencia del universalismo, podemos ahora dirigir nuestra atención a Occidente. Una multitud de nombres oscuros y casi olvidados, si exceptuamos los de Optato, obispo númida, y Filastrio, italiano, completan la lista de escritores eclesiásticos entre los latinos en el

intervalo entre la época de Victorino y el presente. Ahora bien, tenían un doctor muy eminente y popular en Ambrosio, arzobispo de Milán en Italia:

(1) Para noticias sobre su vida, véase Du Pin's Bib. Pat., art. Diodorus, Bishop of Tarsus. Murdock's Mosheim, vol. 1., p. 295.

[p.187]

Un hombre de erudición moderada, pero de educación cuidadosa, de los talentos más vigorosos, coraje decidido y de una influencia tan poderosa que se acercaba a la autoridad absoluta tanto en el estado como en la iglesia. En cuanto a la condición futura de la humanidad, sus opiniones coincidían casi con las que Hilario y Lactancio habían expuesto antes. Todos los que han alcanzado en esta vida el carácter de santos perfectos, como los apóstoles y algunos otros, resucitarán de entre los muertos en la primera resurrección, y, soportando con poco dolor la prueba de la espada llameante o el bautismo de fuego a las puertas del

Paraíso, entrarán rápidamente en el gozo eterno. Pero los santos imperfectos sufrirán una prueba más severa en proporción a sus vicios, y los que sólo han sido creyentes, sin las virtudes del Evangelio, a quienes denomina pecadores, permanecerán en los tormentos del fuego hasta la segunda resurrección, y quizás más tiempo, para que puedan ser purificados de su maldad. Estas tres clases, los santos perfectos, los imperfectos y los pecadores, serán llevados a juicio, excepto quizás los primeros, en el gran día del juicio; y, lo que es notable, todos los que sean juzgados entonces serán salvados, tarde o temprano. Pero hay otra, una cuarta clase, que distingue como los impíos o los infieles, quienes, junto con el diablo y sus ángeles, nunca serán llevados a juicio, porque ya han sido condenados. Para éstos aparentemente no reserva ninguna posibilidad de restauración, sino que los deja a una eternidad de sufrimiento sin esperanza. (1)

(1) Ambrosii Mediolanensis, en Salmo

i., Enarrat., § 51, 52, 53, 54, 56; en Salmo cxviii., Exposit. senn. iii., § 14-17, y serm. xx., § 12, 13, 14, 23, 24. Las fechas de estas obras se sitúan entre el año 386 y el 390 d. C. [p.188]

El autor que suele citarse con el nombre de Ambrosiaster, que generalmente se supone que fue un tal Hilario, un diácono de Roma, sostenía que todos los creyentes que abrazan doctrinas erróneas, aunque retengan los principios esenciales del cristianismo, deben ser sometidos a la purificación del fuego, en el mundo futuro, antes de que puedan ser salvos. (1) Asimismo, enseñó que nuestro Salvador descendió, después de su crucifixión, a las regiones invisibles de los muertos, y allí convirtió a todos, ya fueran impíos o pecadores comunes, que voluntariamente buscaron su ayuda. (2) De hecho, la misión de Cristo, según él, permitió incluso a los poderes errantes y apóstatas del cielo deshacerse del yugo del diablo y regresar a Dios; (3) Sin embargo, parece haber sido su firme creencia que había casos de rebelión tan obstinada, tanto

entre almas malvadas como entre ángeles, que no se podían recuperar.

Con la mención de este testigo, cerramos, por el momento, nuestro relato de los cristianos ortodoxos.

(1) Comentario, ad Epist. 1 Corinth., cap. iii. 15, en Append, ad Arabrosii Mediolanensis Oper., torn. ii.
(2) Comentario, en Epist. ad Ephes., cap. iv. 8, 9.
(3) Ídem, ad Ephes., cap. iii. 10. N. B.— Se supone que estos Comentarios fueron escritos alrededor del año 384 d. C.

Durante más de la mitad de este siglo, los arrianos fueron lo suficientemente numerosos como para disputar la superioridad en la iglesia, especialmente en Oriente; y es natural preguntar. ¿Cuáles eran sus sentimientos con respecto a la salvación final del mundo? Pero buscaremos en vano su propio testimonio en respuesta. Aunque apoyados, en su día, por la influencia de obispos eminentes y defendidos por los

trabajos de doctores eruditos, [p.189] la fortuna victoriosa de sus adversarios ha borrado casi todos los fragmentos de sus escritos y ha dejado una amplia bordura que ningún conocimiento ni arte puede restaurar. Sólo sabemos que, excepto en lo relacionado con la Trinidad, su doctrina era considerada la misma que la de los consubstancialistas; y parece que, en toda la pasión de la guerra controvertida, nunca reprocharon a sus implacables oponentes su frecuente confesión de universalismo. (1) Estas circunstancias pueden reforzar una conjetura, que no es en sí misma improbable, de que la doctrina recibió aproximadamente el mismo grado de patrocinio entre ambos partidos; de modo que ninguno estuvo bajo la tentación de acusar al otro. A partir de consideraciones similares, la sospecha de ambigüedad naturalmente recae, asimismo, sobre los pocos sabelianos de este período. Podemos extender esta observación a las pequeñas sectas cismáticas de los novacianos, donatistas y melecianos, que se separaron de la Iglesia ortodoxa sólo por algunas

distinciones triviales de disciplina y gobierno eclesiástico, o por la sucesión irregular de sus obispos.

Ya hemos mencionado las opiniones inciertas, o tal vez divididas, de los *maniqueos* sobre el tema de la salvación universal.

(1) Eunomio, uno de los arrianos más célebres, que floreció entre los años 360 y 394 d. C., es acusado por tres escritores griegos del siglo XII de haber sostenido que todas las amenazas de tormentos eternos tenían como único fin aterrorizar a la humanidad y nunca ser ejecutadas (véase Balsamon ad Canon, i., Constantinopla; y Harmenopulus, De Sect. 13; y J. Zonaras ad Canon, en Deiparam). Sin embargo, la autoridad de estos griegos modernos es muy limitada; y en este caso no se sustenta en ningún testimonio más antiguo ni en los fragmentos de Eunomio que aún existen. Por el contrario, en la Declaración de Fe formal que envió al emperador Teodosio en el año 383 d. C., dice: "Quienes perseveren en la impiedad o en el pecado hasta el fin de sus

vidas serán entregados al castigo eterno". (Fabricii Biblioth. Graec, tom. viii., p. 260.) Al final de su Epílogo, ad Apologiam, señala que, en el juicio general, Cristo condenará a quienes toman a la ligera el pecado a un sufrimiento sin remedio. Cavei Hist. Literar., art. Eumomius, p. 222.) [p.190]

En la actualidad, sin embargo, parece haberse convertido en creencia general, al menos entre los africanos, (1) que muchas almas humanas resultarían completamente irrecuperables y, por lo tanto, quedarían estacionadas para siempre, como guardia, en las fronteras del mundo de las tinieblas. La secta había aumentado ahora hasta alcanzar un vasto número, aunque aborrecida por todos los demás partidos y opuesta infatigablemente por una gran proporción de los escritores ortodoxos, desde Eusebio Pánfilo en adelante; y acechaba en todas partes de la cristiandad, a pesar de que había sido proscrita repetidamente por los edictos de sucesivos emperadores. Ya podía la alarmante e inextinguible herejía

jactarse de muchos defensores eminentes y de algunos autores respetables; y durante varios años fue honrada con el patrocinio del joven Agustín, el futuro obispo de Hipona y renombrado padre ortodoxo. El cuidado de una madre piadosa lo había entrenado en los principios de la fe católica; pero a la edad de diecisiete años se empapó de los sentimientos de Manes; y, aunque nunca fue un partidario muy celoso ni un discípulo completamente instruido, continuó acariciando la doctrina proscrita hasta que entró en su trigésimo primer año. Sin embargo, residiendo en Milán, Italia, en el año 385 d.C., quedó tan impresionado con los argumentos e ilustraciones del elocuente arzobispo Ambrosio, que decidió abandonar la herejía; y en el transcurso de un año o dos se convirtió completamente a la religión ortodoxa y fue recibido, por el bautismo, en la iglesia.

(1) Lardner's Credibility, etc., cap. Mani and his Followers, sect, iv., § 18. [p.191]

CAPÍTULO VII. Del 391 al 404 d.C.

Las tres sedes principales de la cristiandad estaban ahora ocupadas por el papa Siricio en Roma, por el ambicioso y sin principios Teófilo en Alejandría y por Evagrio (no Evagrio Póntico) en Antioquía. De algunos obispados inferiores pero distinguidos, el de Constantinopla estaba en manos del viejo Nectario, sucesor de Gregorio Nazianzeno; el de la isla de Chipre, por Epifanio, el anciano y perseverante enemigo de los origenistas; y Juan, el universalista, presidía el de Jerusalén. En Occidente, Ambrosio gobernó las iglesias de Milán y, con su asombrosa influencia, controló los asuntos civiles y religiosos de Italia y la Galia. De una multitud de escritores eclesiásticos que florecieron en esta época, podemos mencionar aquí sólo tres: el erudito Jerónimo, cuya fama ya había llenado el mundo; el joven Crisóstomo, el príncipe de los oradores cristianos, cuyo renombre comenzó a extenderse más allá de la

esfera de sus labores en la gran ciudad de Antioquía; y el inmortal Agustín, que estaba adquiriendo notoriedad en su natal Numidia, en África. De los autores antes mencionados, Tito de Bostra y Basilio el Grande habían muerto hacía mucho tiempo; Gregorio Nazianzeno expiró en su pueblo natal, unos dos años antes; [p.192] Dídimo sobrevivió todavía en Alejandría, pero en una edad muy avanzada; y Gregorio Niseno se había acercado en tres o cuatro años al final de su vida. Jerónimo continuó en su celda de Belén; Evagrio Póntico y Paladio de Galacia estaban entre los monasterios de Nitria; e Isidoro estaba en Alejandría, bajo el patrocinio del arzobispo Teófilo.

La larga lucha entre los consubstancialistas y los arrianos había cesado ahora en todo el mundo civilizado. Estos últimos, expulsados de todas sus numerosas iglesias en Oriente, por la persecución vigorosa e implacable de Teodosio el Grande, y de las de Occidente, por la autoridad imperial de Graciano, se habían refugiado entre las naciones bárbaras de godos y vándalos. Las sectas

cismáticas fueron, en cierta medida, suprimidas; y por un momento las armas de controversia y violencia, que los ortodoxos habían manejado durante tanto tiempo, parecieron inútiles en sus manos. Pero pronto se presentó una ocasión para su uso, entre ellos mismos, en una disputa personal, oscura y trivial al principio, que creció y se extendió, poco a poco, hasta agitar a toda la iglesia.

Epifanio, visitando Jerusalén, este año, (1) y predicando allí ante una gran concurrencia en la iglesia catedral, realizó un ataque hisidioso contra Juan el obispo, inveciéndose contra Orígenes, a quien este último era conocido por admirar.

(1) Las fechas de esta disputa con los origenistas, hasta el año 397, he intentado, con cierto cuidado, calcularlas a partir de las notas cronológicas de Martianay prefijadas al cuarto tomo, de su edición de Jerónimo, y de varias expresiones encontradas en Epist. xxxiii. y xxxviii., Hieronymi Opp., tom, iv., parte ii. Algunas de estas fechas han sido manifiestamente confundidas por Huet, Duin, Fleury, etc. [p.193]

Reprochó a ese antiguo padre, en su tono habitual, como el padre del arrianismo y otras herejías; hasta que finalmente Juan envió a su archidiácono, a la vista de toda la asamblea, para pedirle que se abstuviera. Una procesión siguió hasta el lugar de la crucifixión de nuestro Salvador; y en el camino los dos prelados traicionaron algunas indicaciones de resentimiento por un lado, y de desprecio por el otro. Después de su regreso, y mientras la gente todavía esperaba, Juan mismo les dirigió la palabra; y, como muchos opositores de los origenistas realmente atribuían a la Deidad un cuerpo como el nuestro, declamó vehementemente contra ese craso error, para reflejar la sospecha sobre Epifanio. Pero este último, poniéndose de pie inmediatamente, se unió a su hermano en reprender severamente la noción; Luego, volviéndose de repente, pidió a la asamblea que condenara igualmente los dogmas perversos de Orígenes; e incluso rogó y advirtió al propio Juan que los evitara. Este ataque no disimulado

produjo cierta sensación entre el pueblo y dejó, según parece, una impresión indeleble en las mentes de ambos obispos. (1)

(1) Hieronymi, Epiet. xxxviii. vel. 61, tom, iv., parte ii., pp. 312, 313, edit. Martianay ; y Epiphanii. Epist. ad Johannem Hierssolym. in eodem torn., p. 824.

Un año o dos después, Epifanio regresó de nuevo a Palestina y pasó un tiempo en un monasterio que había fundado en su pueblo natal, a unas veinte millas al oeste de Jerusalén. (393 d.C.) Aunque la sencillez natural del obispo de Chipre puede, tal vez, prohibir la sospecha de maldad intencional, sin embargo, su desconsiderada oficiosidad y su vanidad infantil, que lo llevaron a veces a pasar por alto los derechos prescritos de los demás, dieron justa ocasión para las aprensiones de Juan, (1) de que esta visita estaría marcada por algún acto de intrusión. [p.194]

Apenas Pauliniano, el hermano de Jerónimo, llegó por negocios desde Belén,

cuando Epifanio, que había buscado la oportunidad durante mucho tiempo, ordenó que lo arrestaran, le tapó la boca para evitar su negativa y luego, por la fuerza, lo hizo diácono, un modo de proceder no muy infrecuente en esa época. Unos días después lo agarró de nuevo, durante los servicios del monasterio, y con la misma violencia le impuso la ordenación más sagrada de presbítero. Este acto oficial, realizado por Epifanio fuera de su propia jurisdicción y en las cercanías, si no dentro de la diócesis de Jerusalén, exasperó mucho a Juan; que se quejó airadamente del insulto que había sufrido en la ordenación de uno de sus monjes de Belén sin su conocimiento ni permiso. También llegó a sus oídos un rumor infundado de que Epifanio tenía la costumbre de insultarlo en sus oraciones públicas.

(1) Epiphanii, Epifet, ad Johan., p. 823.

Los peregrinos que acudían a la Ciudad Santa oyeron y, a su regreso,

probablemente difundieron sus quejas e invectivas; y finalmente amenazó abiertamente con enviar cartas a las iglesias de Oriente y Occidente, y así publicar sus injusticias al mundo. (2)

(2) Epiphanii, Epist. ad. Johan, p. 823; y Hieronynai, Epist. xsxix., vel. 62, p. 337.

La noticia de los disturbios que había dejado atrás en Palestina pronto llegó a manos de Epifanio (394 d.C.), en Chipre; y finalmente escribió a Juan, tratando de excusar su ordenación de Pauliniano, alegando una práctica entre los obispos de su isla de oficiar, [p.195] en ocasiones similares, sin tener en cuenta las jurisdicciones de cada uno. Declaró, sin embargo, que sabía bien que la ira de Juan surgió, no de esta ordenación, sino de la antigua reprimenda al origenismo; y, rogándole fervientemente que se "salvase de la perversa generación de herejes", procedió a enumerar los diversos errores de Orígenes. Este catálogo, aunque casi el mismo que había publicado dieciocho años

antes, se distingue por contener la primera censura registrada contra el universalismo. 1. ¿Quién, entre los católicos y los que adornan su fe con buenas obras, puede oír con tranquilidad la doctrina de Orígenes o creer en su famosa declaración de que el Hijo no puede ver al Padre ni el Espíritu Santo al Hijo? 2. ¿Quién puede soportarlo cuando dice que las almas eran originalmente ángeles en el cielo, pero arrojadas a este mundo, después de pecar en el estado celestial, y encarceladas aquí en cuerpos, como en sepulcros, para castigarlas por sus transgresiones anteriores? De modo que los cuerpos de los creyentes no son el templo de Cristo, sino las cárceles de los condenados. 3. No sé si reírme o entristecerme por lo que él se esforzó en establecer: Orígenes, el famoso doctor, se atrevió a enseñar que el diablo debe volver a ser lo que originalmente era, a volver a su antigua dignidad y entrar en el reino de los cielos. ¡Oh, maldad! ¿Quién es tan loco y estúpido como para creer que el santo Juan Bautista y el diablo, que son los que se han convertido en ángeles en el

cielo, han sido arrojados a este mundo, después de pecar en el estado celestial, y han sido encarcelados aquí en cuerpos, como en sepulcros, para castigarlos por sus transgresiones anteriores? [p.196] 4. No me explico su explicación frívola de las túnicas de pieles; ¡con cuánto trabajo, con cuántos argumentos, se esforzó por hacernos creer que esas túnicas eran cuerpos humanos! Entre otras cosas, pregunta: ¿Era Dios un curtidor, para que tomara pieles de animales y las ajustara a las túnicas de Adán y Eva? Por lo tanto, es evidente, dice Orígenes, que se habla de nuestros cuerpos. 5. ¿Quién puede soportarle pacientemente mientras niega la resurrección de esta carne?, como lo hace manifiestamente en sus explicaciones del primer salmo y en muchos otros lugares. 6. ¿O quién puede soportar su noción de que el paraíso, o el jardín del Edén, estaba en el tercer cielo? 7. ¿Quién no podría rechazar y condenar inmediatamente sus engaños de que las aguas que están sobre el firmamento, mencionadas en el Génesis, no son aguas, sino ciertos espíritus celestiales; y que las

que están debajo del firmamento son demonios? ¿Por qué, entonces, leemos que en el diluvio se abrieron las ventanas de los cielos y descendieron las aguas del diluvio? ¡Oh, la locura y la estupidez de los hombres que han descuidado lo que se dice en Proverbios: Hijo mío, escucha la palabra de tu padre y no abandones la ley de tu madre! 8. No intento rebatir todos sus errores; son innumerables; pero, entre otras cosas, incluso se atrevió a decir que Adán perdió la imagen de Dios, cuando no hay un solo pasaje de la Escritura que lo sugiera. Si, en verdad, ese fuera el caso, entonces todas las cosas en el mundo nunca hubieran sido hechas sujetas a la posteridad de Adán, la raza humana, como enseña el apóstol Santiago." (1) [p.197] Tales son los detalles que Epifanio seleccionó para una reprensión especial. Nuevamente exhortó a Juan, como su propio hijo, a abstenerse de la herejía; y lamentó que tantos de sus hermanos ya habían sido hechos "alimento para el diablo".

Hemos dicho que en este pasaje ocurre la primera censura que se encuentra en toda

la antigüedad contra la doctrina del universalismo. Sin embargo, debemos notar que, incluso aquí, la censura recae, como el lector puede percibir, no sobre la doctrina de la salvación de toda la humanidad, sino sobre la de la salvación del diablo. Esta distinción, aunque pueda parecer capciosa, es de alguna consecuencia para una comprensión precisa de los sucesos posteriores.

Con la Carta a Juan, Epifanio envió otras, sobre el mismo tema, a los obispos de Palestina; (2) y, como copias de la primera así como de la segunda circularon libremente por la provincia, el asunto pronto despertó el interés general. (3) Muchas personas, muchos clérigos, parecen haberse adherido a Juan; y Rufino y Melania abrazaron su causa, como también lo hizo Paladio de Galacia, (4) que había llegado recientemente de Nitria.

(1) Epiphanii Epist. ad Johannem, inter Hieronymi Opp., tom, iv., parte ii., edit. Martianay. Ofrezco una traducción fiel del Catálogo de errores de Orígenes de Epifanio; pero he insertado las cifras entre

los diversos detalles; he omitido tres argumentos poco interesantes y para la mayoría de los lectores ininteligibles que en el original se encontraban entre los errores 2.º y 3.º, 4.º y 5.º, y 6.º y 7.º; y he pasado por alto la exhortación que se encontraba entre los errores 7.º y 8.º.

(2) Hieronymi, Epist. xxxviii. adv. Johan. Hierosol., pág. 334.

(3) Hieron., Epist. xxxiii. vel. 101, ad Pammach, pág. 248.

(4) Epiphanii, Epist. ad Johan., pp. 827, 829. [p.198]

Pero otros, especialmente los monjes de Belén, se unieron a Epifanio, se retiraron de la comunión de su obispo acusado, (1) y, a cambio, sufrieron de él, según parece, alguna sentencia condenatoria por su procedimiento refractario. (2)

Por supuesto, esperaríamos encontrar a Jerónimo, el admirador e imitador de Orígenes, entre los partidarios de su obispo; pero dos o tres circunstancias conspiraron para ponerlo del lado opuesto. Los afectos más fuertes de la naturaleza lo inclinaron a defender la

ordenación de su propio hermano; algunas diferencias personales que había tenido anteriormente con los origenistas profesos, tanto en Roma como en Nitria, eran, tal vez, recordadas con resentimiento; y su orgullo de saber, su espíritu altivo y petulante, debieron haberlo hecho inquieto bajo el gobierno inmediato de un superior eclesiástico, que era menor que él en edad, y a quien podía considerar con justicia como muy inferior en talentos y conocimientos. Se unió al partido de Epifanio, o tal vez lo recopiló, y tradujo la Carta a Juan, para el uso privado de aquellos monjes que sólo conocían la lengua latina. Su traducción, aunque destinada sólo a la circulación confidencial, llegó al año siguiente (3) a Jerusalén; (395 d.C.) y fue inmediatamente censurada por Eufino por infiel a los apelativos honorables otorgados, en el original, a su obispo. A partir de este momento descubrimos una brecha abierta en el afecto temprano y largamente acariciado de los dos amigos. Jerónimo, que no podía soportar la reprensión, se defendió y resintió la

crítica con su abuso acostumbrado, llamando a su autor un pseudo-monje. (4)

(1) Hieron., Epist. adv. Johan. xxxviii., p. 308.
(2) Ídem, y p. 333, y Epist. xxxix. ad Theophilum. p. 338, etc.
(3) Hieron., Epist. xxxiii., p. 248.
(4) Ídem. [199]

El ruido de la disputa en Palestina había llegado a Alejandría; e Isidoro, el anciano patrón del origenismo, se sintió llamado a alentar a sus hermanos. Confiando con una confianza equivocada en la integridad de sus antiguos amigos, dirigió una carta a un tal Yincentius, un presbítero y monje de Belén, a quien probablemente había visto unos diez años antes en compañía de Jerónimo en Egipto. Lo exhortó a mantenerse firme en la roca de la fe, y a no aterrorizarse por las amenazas de los adversarios. "Yo mismo", añadió, "llegaré pronto a Jerusalén, y se dispersará la banda de enemigos que, resistiéndose siempre a la fe de la Iglesia, intenta ahora perturbar las mentes de la gente más sencilla". (1) Pero Vincentius, al parecer,

ya había seguido el ejemplo de su maestro Jerónimo, al ponerse del lado de Epifanio; y esta carta, en consecuencia, resultó ser una advertencia providencial en lugar de un estímulo.

La creciente contienda, que atrajo la atención de los cristianos extranjeros, alarmó a los partidarios de la tranquilidad en casa. Arquelao, uno de los funcionarios civiles de la provincia, se esforzaba en vano por apaciguar el disturbio. Invitó a ambas partes a una conferencia mutua, en la que deberían ponerse de acuerdo sobre una declaración común de fe; pero cuando llegó el día, Juan estaba ausente por algún deber parroquial; y nunca apareció, aunque el concilio, en respuesta a su excusa, ofreció esperar su conveniencia, al menos unos días. (2)

(1) Hieron., Epist. xxxviii., p. 330.
(2) Ídem, págs. 331, 332. [p.200]

Dos meses después llegó, como era de esperar, una delegación de Teófilo, el poderoso y ambicioso arzobispo de Egipto,

quien, ya fuera a petición de Juan o por sugerencia propia, aprovechó gustosamente esta oportunidad de extender su influencia sobre las iglesias extranjeras de Palestina. El propio Isidoro fue encargado de la comisión, y como delegado llevó cartas del primado de Alejandría a Juan y Jerónimo, los respectivos jefes de los partidos contendientes. Pero un origenista profeso y celoso estaba mucho más calificado para inflamar que para componer una dificultad en la que estaba involucrada su doctrina favorita; y a su llegada su sumisión al obispo de Jerusalén era tan manifiesta, que Jerónimo rechazó, con razón, su mediación parcial. (1)

(1) Hieron., Epist. xxxviii., pp. 330, 331.

Frustrado en el objeto especial de su misión, Isidoro se dedicó exclusivamente a la ayuda de Juan. La carta de Epifanio había permanecido sin respuesta ante el público durante casi dos años, y el obispo se valió de la ayuda de su amigo para

redactar una respuesta. Estaba dirigida, en nombre de Juan, a Teófilo en Alejandría, a cuya decisión apelaba. El autor o autores relataron la historia de la dificultad, se quejaron de la ordenación de Pauliniano, arremetieron contra Jerónimo y lo acusaron de inconsistencia al reprochar a Orígenes, a quien había traducido y ensalzado; y finalmente procedieron a examinar los errores que Epifanio había enumerado y, por implicación, había acusado a Juan. Sin embargo, de los ocho, los escritores respondieron sólo a tres: al primero, sobre la Trinidad; [p.201] al segundo, sobre la preexistencia; y al quinto, sobre la resurrección. Sobre estos tres puntos, se explicaron favorablemente (1) o rechazaron absolutamente los errores alegados; Pero, si podemos confiar en el relato minucioso o en el juicio confiado de su adversario prejuicioso, Jerónimo, se sintieron poco preparados para negar los otros cinco detalles del catálogo. Es indudable que evitaron cautelosamente cualquier mención de ellos; y podemos adoptar la conclusión muy natural de que

realmente sostenían lo que tan cautelosamente pasaron por alto, la salvación del diablo, así como las exposiciones alegóricas de Orígenes. (2) Con esta Respuesta a Epifanio o Apología a Teófilo, Isidoro partió hacia Alejandría; y probablemente ayudó a difundir copias de ella por las iglesias.

Estas copias se dispersaron extensamente y pronto llegaron a Italia y Roma, donde la Carta de Epifanio ya había circulado. Aquí, como en otros lugares, la gente se sintió afectada de manera diversa; algunos se inclinaban por un partido, otros por el otro; y uno de los corresponsales de Jerónimo le escribió sobre las perplejidades que el tema había ocasionado, solicitando una declaración completa del asunto. La comunicación de información a través de una distancia de casi quinientas leguas debe haber sido dilatoria y tediosa; y Jerónimo parece haber aprovechado la primera oportunidad, al recibir la solicitud, para componer su amarga y sarcástica respuesta a la apología de Juan.

(1) Según Jerónimo (Epist. xxxviii.), prevaricaron sobre estos puntos; pero creo que es evidente por su propio relato que negaron completamente el de la preexistencia.
(2) Hieron., Epist. xxxviii., adv. Johan. Hierosolym. Su rechazo del error sobre la preexistencia, sin embargo, implicaría una negación de aquellos relacionados con las túnicas de pieles y el jardín del Edén. La apología de Juan a Teófilo se ha perdido; y podemos juzgar su contenido solo por el relato de Jerónimo. [p.202]

La dirigió, en su mayor parte, directamente al propio Juan; pero fue publicada en forma de carta a su amigo investigador en Roma. El origen de la disputa, las medidas que se habían adoptado para una reconciliación, las respuestas que Juan había dado a los tres errores y su silencio con respecto al resto, fueron relatados y discutidos con considerable extensión; y Jerónimo concluyó defendiendo a su propio partido de las acusaciones de su obispo y

replicándole con la acusación de perturbar la iglesia. (1)

Acababa de recibir una carta de Teófilo, exhortando a los monjes a la paz y la reconciliación con su obispo. Era un objetivo de mucha importancia asegurar la ayuda, o al menos la neutralidad, de este prelado de mente mundana pero activo e influyente, que hasta entonces había parecido favorecer la causa de Juan. Jerónimo le respondió inmediatamente en un tono adulador e insinuante; y declaró que, de acuerdo con su recomendación, él mismo estaba sinceramente a favor de la paz; pero de una paz que en realidad fuera cordial, es decir, de la paz de Cristo; insinuando al mismo tiempo que nunca podría haber una concordia cordial entre los fieles y los herejes.Aprovechó también esta oportunidad para exponer ante Teófilo la historia de los disturbios, defender la ordenación de su hermano y exculparse de la acusación de inconsistencia que Juan había presentado contra él por haber traducido las obras de Orígenes que ahora condenaba. (2)

(1) Hieron., Epist. xxxviii.
(2) Hieron., Epist. xxxix. Ad Theophilum. [p.203]

Tal vez ningún hombre en esa época poseyó medios más eficientes para difundir sus prejuicios que Jerónimo. Desde su estrecha y grosera celda en Belén, podía fácilmente excitar el descontento o la desconfianza en las partes más remotas de la cristiandad. Mantenía una extensa correspondencia; la fama de su conocimiento le procuraba una bienvenida presentación dondequiera que buscaba ayuda; y su penetrante discernimiento distinguía fácilmente a aquellos que resultarían más útiles como coadjutores. El célebre Agustín, que era obispo de Hipona, en África, a ciento cincuenta millas al oeste de Cartago, era demasiado eminente para que lo pasara por alto; y ya le había enviado una carta informándole de que las obras de Orígenes abundaban en errores. (1) Pero ese hombre honesto e independiente nunca podría verse involucrado en sus medidas violentas, aunque en realidad

estaba mucho más lejos de los sentimientos de Orígenes que el propio Jerónimo.

Mientras tanto, Rufino se había despedido definitivamente de sus amigos de Palestina y había navegado, en compañía de su patrona, hacia su Italia natal. Pero, antes de su partida, se produjo una aparente reconciliación entre él y Jerónimo; y en su última entrevista se comprometieron a abstenerse de sus hostilidades mutuas. (2)

Cuando llegó con Melania a Roma, con la intención de difundir sus sentimientos y parcialidades, e instado por Macario, un funcionario civil de la ciudad, tradujo al latín el primer libro de la Apología de Orígenes de Pánfilo y Eusebio, junto con los famosos libros de Orígenes De los principios, y pronto los publicó para beneficio de los cristianos occidentales.

(1) Huet. Origenian, lib. ii., cap. 4, sect. i., § 14.
(2) Hieron., Epist. xlii., vel. 66, ad Rufinum, p. 348. [p.204]

A estas obras añadió prefacios y un tratado propio; en el que informaba al público de que, en los libros De los principios, había omitido o enmendado las muchas representaciones erróneas sobre la Trinidad, que suponía habían sido insertadas o corrompidas por los herejes. Las demás nociones, según Rufino, se conservaron inalteradas. (1) Desgraciadamente, sin embargo, no pudo reprimir un resentimiento personal secreto, sino que aprovechó la oportunidad para aludir a cierto hermano erudito, que había situado a Orígenes al lado de los apóstoles, y cuyos elogios hacia él habían despertado un deseo general de obtener sus obras; que ya había publicado en latín más de setenta de sus Homilías, y que había prometido traducir aún más. Este hermano era, por supuesto, Jerónimo; y la alusión tenía por objeto recordar a unos pocos su inconstancia, y dar a entender al resto que todavía continuaba, como lo había sido antaño, seguidor de Orígenes. Pero Rufino no se detuvo aquí; su enemistad sofocada estalló en un comentario de que había

autores que, habiendo robado todas sus obras de Orígenes, después reprochaban a su maestro, para ocultar sus propios plagios, disuadiendo al mundo de que residiera en el original. (2) Estas astutas insinuaciones, aunque veladas bajo el lenguaje del respeto y la estima, no pudieron escapar a la atención ni eludir la comprensión de los amigos occidentales de Jerónimo;

(1) Rufini Praefat. en lib. Peri Arclion, inter Origenis 0pp., tom., i., edit. Delarue.
(2) Ditto, y Rufini, lib. De Adulterat. Origenis Librorum. [p.205]

y era fácil prever que la reconciliación, tan recientemente confirmada en Palestina, pronto compartiría el destino común de los intentos de renovar viejas amistades una vez violadas con insultos.

Los libros *de Principios*, aunque contenían, además del universalismo, la doctrina de la preexistencia y otras opiniones novedosas, fueron recibidos fácilmente por muchos en Roma, y, unieron a Orígenes a un número de

sacerdotes, monjes y cristianos comunes. (1) Otros, sin embargo, se levantaron en oposición; y Marcela, una dama influyente, con quien Jerónimo mantuvo una correspondencia, parece haber tomado la iniciativa de fijar el estigma de herejía en el partido reunido de origenistas. Ayudada por Vincentius, que había regresado de Belén, y secundada por los numerosos y poderosos amigos de Jerónimo, pronto logró despertar y dirigir la indignación pública. (2) Es probable, sin embargo, que incluso los propios amigos de Jerónimo no consideraran muy heréticos los libros *de Principios*, tal como estaban en la traducción; (3) y los más moderados e imparciales no descubrieron nada alarmante en las últimas publicaciones, si podemos juzgar por la conducta del Papa Siricio. "Fue uno de los últimos actos de su vida otorgar cartas de recomendación a Rufino, quien se preparaba para partir, después de una ausencia de veinticinco años, a su ciudad natal de Aquileia". (4)

(1) Hieron., Epist. xcvi., vel. 16

ad Principium, p. 782.
(2) Ídem.
(3) Los amigos de Jerónimo, Fammachius y Oceanus (Epist. xl., vel. 64), inter Hieronymi (Opp., tom, iv.) dicen que han encontrado en la traducción de Rufino de los libros De los Principios, muchas cosas no tan ortodoxas; aun así sospechan que Rufino había omitido todo lo que expondría más claramente la impiedad de Orígenes; y por lo tanto piden a Jerónimo que les envíe una traducción correcta.
(4) Huet. Origenian. lib. ii., cap. 4., sect, i., § 16. [p.206]

Jerónimo recibió finalmente, con sorpresa, un relato enviado desde Italia sobre el astuto proceder de Eufino; pero, con una moderación poco habitual en él, escribió a su falso amigo en términos de varonil y sincera reconvención, rogándole, como a un hermano, que no le insultara más y que considerara su separación como una conciliación. (1) Sin embargo, como fue acusado de inconsistencia en su tratamiento de Orígenes, no solo por Rufino, sino por muchos otros en Roma,

en Alejandría y, de hecho, en toda la cristiandad, compuso una explicación formal de las alabanzas que anteriormente había otorgado a ese padre y la envió a sus amigos romanos. "Lo he elogiado, en efecto", dijo, "como intérprete hábil, pero no como dogmático correcto; he admirado su genio, sin aprobar su doctrina. ¿He adoptado alguna vez sus detestables representaciones sobre la Trinidad o sobre la resurrección? ¿No las he omitido, por el contrario, cuidadosamente en mis traducciones? Si la gente quiere conocer mis sentimientos, que lean mis Comentarios a Efesios y al Eclesiastés, donde he contradicho uniformemente sus opiniones. Ciertamente nunca seguí sus nociones; o si lo hice, sin embargo ahora me arrepiento. Y que otros imiten este mi ejemplo. Convirtámonos todos a Dios. No esperemos el arrepentimiento del diablo; porque vana es la presunción que se extiende hasta el abismo del infierno. Es en este mundo donde hay que buscar la vida o se pierde". (2) En la conclusión, expuso lo absurdo de la pretensión de Rufino de que las obras de Orígenes

habían sido interpoladas;

(1) Hieron., Epist. xlii.
(2) Hieron., Epist. xli., vel. 65, ad Pammach. et Oceanum, p. 345.

[p.207]

y con una audaz seguridad negó que la Apología de Orígenes fuera escrita por Pánfilo. Al mismo tiempo, también envió a Roma, a petición de sus amigos, una versión exacta de los libros *De [los] Principios*, para, como dijo, exponer las malas traducciones de su rival. (1)

Por el pasaje recién citado de su defensa, descubrimos que ahora estaba dispuesto a negar una restauración del infierno, que había afirmado anteriormente. Sin embargo, parece que no consideró esa noción como uno de los atroces y alarmantes errores en cuestión, como se manifiesta por su referencia a sus *Comentarios sobre Efesios* como prueba de que los había contradicho uniformemente; En efecto, aunque estos comentarios se oponían a otros principios atribuidos a Orígenes, abundaban, como

hemos visto, con las más completas declaraciones del universalismo. Lo que él ahora trataba como los grandes y detestables errores de su maestro se puede aprender del siguiente pasaje en la misma defensa: "Reconozco que Orígenes se equivocó en ciertas cosas; que su opinión era errónea acerca del Hijo, y peor aún acerca del Espíritu Santo; que supuso impíamente que nuestras almas cayeron del cielo; que reconoció la resurrección sólo de palabra, negándola en realidad; y que sostuvo que en las épocas futuras, después de una restitución universal, Gabriel llegaría a ser finalmente lo que es el diablo ahora, Pablo lo que Caifás y las vírgenes lo que son las prostitutas. (2)

(1) Hieron., Epist. xli.. vel. 65 anuncio Pammach. y Occanum, pág. 348. (2) "—et post multa saecula atque unam omnium restitutionem. idipsum fore Gabrielem quod Diabohim. Paulum quod Caiapham. virgines quod prostibulas". En su Epist. xxxvi. anuncio Vigilantium. Escrito por esta época, Jerónimo

reconoce que Orígenes •• se equivocó respecto del estado del alma [es decir, la preexistencia] y el arrepentimiento del diablo; Y lo que es más importante que esto, es que el Señor de Dios y del Espíritu Santo, según declaró en sus Comentarios sobre Isaías, es Serafín". p. 276. Después, Jerónimo reprocha a Vigilancio haber malinterpretado la visión de la montaña. , en Daniel ii., y le dice insultantemente que se arrepienta "si, en verdad, esta impiedad te puede ser perdonada; y entonces podrás obtener el perdón cuando, según el error de Orígenes, lo obtenga el diablo; que nunca fue culpable de peor blasfemia que la tuya". p. 278. [p.208]

Cuando hayas rechazado estos errores, podrás leerlo con seguridad. (1)

Jerónimo y Epifanio comenzaron ahora a descubrir, en la disposición de la Obispo de Alejandría, un cambio favorable, que habían buscado durante mucho tiempo. Se habían gastado en vano adulación y exhortación sobre él; todavía se inclinaba al lado de Juan. Pero lo que ninguna

persuasión pudo lograr, el interés propio y la venganza lo lograron rápidamente. Teófilo había estado, durante algún tiempo, envuelto en una disputa con sus monjes egipcios, la parte más pequeña, más ignorante y por lo tanto la más turbulenta de los cuales, odiaba el nombre de Orígenes, porque su doctrina era tan directamente opuesta a su propia noción burda de que la Deidad poseía un cuerpo como el del hombre. (2) Estos así llamados antropomorfitas fueron incitados a una insurrección abierta por uno de los últimos discursos de su obispo, en el que había reprochado libremente su error; y, reuniéndose desde varias partes de Egipto, se congregaron en Alejandría con la intención de asesinarlo. Para salvar su vida, Teófilo engañó a los feroces atacantes para que lo convencieran de que él mismo se había convertido a su creencia; y prometiéndoles, a instancias de ellos, condenar las obras de su gran adversario, Orígenes, los despidió en paz.

(1) Hieron., Epist. xli. p. 345.
(2) Socratis Hist. Eccl., lib. vi.,

cap. 7. [p.209]

Mientras tanto, el anciano Isidoro, a quien siempre había honrado y a quien recientemente había intentado colocar en el obispado vacante de Constantinopla, había incurrido en su peligroso desagrado al negarse a tolerar su injusta y rapaz política. También algunos monjes origenistas de Nitria, donde Isidoro buscó y obtuvo refugio, cayeron bajo su resentimiento. Teófilo invadió su tranquilo retiro, apresó y torturó a quienes se negaron a entregar a Isidoro, quemó sus monasterios y, pensando en una forma más fácil de saciar su frustrada venganza, los denunció ante los feroces antropomorfitas como origenistas. Sacrificándolo todo a su ira, Ahora decidió cumplir su última promesa extorsionada y, poniéndose del lado de los más dilatorios Jerónimo y Epifanio, procedió a la medida arriesgada de involucrar a la iglesia en su disputa. En consecuencia, convocó un sínodo de los obispos vecinos en Alejandría y consiguió un decreto, notable por ser el primero de su tipo, que

condenaba a Orígenes y anatematizaba a todos los que aprobaran sus obras. No se atrevió a procesar a toda la multitud de ofensores; pero tres de ellos, llamados los hermanos altos, fueron condenados por su nombre, bajo la pretensión de sostener doctrinas falsas, aunque ni ellos ni ninguno de su partido estaban presentes. Teófilo entonces se las arregló para obtener del gobernador de Egipto la autorización para expulsar a los excomulgados de la provincia y, tomando una banda de soldados, marchó de nuevo hacia el famoso retiro de los origenistas. (1)

(1) En el relato de Teófilo, sigo a Huet (Originiano, lib. ii., cap. 4, sect, ii., §§ 1, 2, 3), y a Fleury (Hist. Eccl., libro xxi., cap. 10, 12). [p.210]

Las celdas y los monasterios de Nitria se agrupaban a lo largo de dos cadenas paralelas pero distantes de colinas desnudas, y estaban escasamente dispersos, tal vez, en el profundo y árido desierto que se extendía entre ellas.

Las celdas y monasterios de Nitria se agrupaban a lo largo de dos cadenas paralelas pero distantes de colinas desnudas, y estaban escasamente dispersos, tal vez, en el profundo y árido desierto que se extendía entre ellas. Desde las cimas de la cordillera nororiental, el espectador contemplaba, con secreto horror, un mundo inanimado de eterna esterilidad y soledad que brillaba bajo el abrasador firmamento. En cualquier dirección que mirara, el gran desierto de Libia se extendía, sobre llanuras irregulares y precipicios, hasta el borde del horizonte. Al suroeste, a una distancia de diez o doce millas, se alzaba la cordillera opuesta; más cerca se extendía ante él el ancho valle de arena, surcado por profundos desfiladeros, y que se extendía lejos hacia el noroeste y el sureste; y debajo de él, al pie de los precipicios en los que se encontraba, sus ojos se posaban en los pequeños lagos costrosos de natrón, rodeados de arbustos y juncos, el único contraste con la desolación universal. (1) Todo era silencio inmóvil; excepto cuando las bestias y los

pájaros del desierto venían a calmar su sed ardiente, o cuando los monjes salían en tropel de sus celdas a las horas señaladas de la devoción social.

En esta morada de mortificación y meditación religiosa, Teófilo entró, con su tropa, en plena noche, y expulsó al obispo de la montaña; pero, al no poder encontrar a sus víctimas, que se habían escondido, quemó sus celdas, saqueó los monasterios y luego emprendió su retiro. De regreso a Alejandría, se encontró con una indignación y un horror generales, que pronto despertaron las noticias de su crueldad y sacrilegio.

(1) Sonnini's Travels in Upper and Lower Egypt, cap. 27, 28, 29. [p.211]

Los origenistas, sin embargo, se pusieron en guardia y huyeron a otros países. Isidoro y unos trescientos de sus hermanos buscaron la protección de Juan en Palestina y se retiraron, la mayor parte de ellos, a los palmerales de los alrededores de Seitopolis, a casi setenta millas al norte de Jerusalén. Pero Teófilo,

con el celo exterminador de un verdadero enemigo, escribió inmediatamente a los obispos de esa provincia, perdonando, por ignorancia, su primera recepción de los condenados, pero exigiéndoles, en lo sucesivo, que excluyeran a los refugiados de todas las iglesias. Es mortificante contar que Juan de Jerusalén se sintió abrumado por este cambio repentino en el poderoso patrón a quien había encomendado su causa; y que parece haber carecido de la resolución para defender a sus huéspedes y el coraje para desobedecer las órdenes del primado egipcio. (1)

Grandes fueron las felicitaciones mutuas de Teófilo, Epifanio y Jerónimo por estas medidas decisivas. Se informaron mutuamente, en sus ampulosas cartas, que la serpiente del origenismo ahora estaba cortada y destripada por la espada evangélica; que el ejército de Amalec fue destruido y el estandarte de la cruz erigido en los altares de la iglesia de Alejandría. Teófilo envió cartas a Roma, a Chipre y a Constantinopla, proclamando sus últimas medidas y exhortando a los

obispos respectivos a seguir su ejemplo. En consecuencia, Anastasio, el nuevo Papa, que había sucedido a Siricio en Roma (400 d.C.), satisfizo fácilmente a los numerosos partidarios de Jerónimo en esa ciudad, emitiendo un decreto que fue recibido en todo Occidente, condenando las obras de Orígenes;

(1) Huetii Origenian, lib. ii., cap. 4, sect. ii., §3; Fleury's Eccl. Hist., libro xxl., cap. 12. [p.212]

y Epifanio, poco después, convocó un sínodo de sus obispos en Chipre y obtuvo de ellos una sentencia similar. Pero Crisóstomo, que ocupaba entonces la silla episcopal de Constantinopla, retrasó toda notificación de la recomendación del prelado egipcio (1) y, por lo tanto, se vio envuelto en una escena de problemas que sólo terminó con su vida.

Hemos pasado, sin apenas apresurarnos, por el decreto del pontífice romano y los dos sínodos de Alejandría y Chipre contra Orígenes y sus obras. Sin embargo, constituyen un acontecimiento importante

en la historia del universalismo, al ser los primeros actos públicos de la iglesia que de algún modo afectaron ese sentimiento; y vale la pena detenerse y determinar los puntos particulares de doctrina que fueron condenados entonces. Todos los registros formales de esos procedimientos han perecido hace mucho tiempo; pero, de la autoridad contemporánea, sabemos que el principio que más ofendió en el sínodo de Alejandría fue éste: "Que así como Cristo fue crucificado en nuestro mundo para la redención de la humanidad, también probaría la muerte, en el estado eterno, para la salvación del diablo". (1) Esta doble muerte de Cristo, aunque a veces insinuada por Orígenes, no era de ninguna manera una de sus opiniones fijas; y puede haber sido sólo por un celo poco generoso para sacar el máximo provecho de sus sugerencias, que se insertó en la presente acusación.

(1) Huet. Origenian, lib. ii., cap. 4, sect. ii., § 5, et sect. i., § 19.
(2) Sulpitii Severi, Dialog, i., cap. 3. Cito de Gr. Bulli Defens.

Fid. Nicaenae, cap. ix., § 23. [p.213]

Parece también que, además de este particular, su doctrina de «la salvación del diablo y sus ángeles» fue expresamente condenada en algunos de estos decretos públicos, ya en Alejandría, Chipre o Roma; y asimismo otra noción, que no puede atribuírsele con tanta justicia, es la de «que en las lejanas edades de la eternidad, los bienaventurados en el cielo, poco a poco, recaerán en el pecado y descenderán a las regiones de la aflicción, mientras que, por otra parte, los condenados ascenderán a las mansiones de la pureza y la alegría, constituyendo así, por revoluciones perpetuas, una alternancia incesante de felicidad y miseria». (1) Se nos informa que éstos fueron los principales errores ahora condenados; y probablemente se alegó que justificaban la sentencia que se dictó, prohibiendo la lectura de sus obras y colocándolo en la lista de herejes. Pero, lo que es notable, es cierto que su doctrina de la salvación de toda la humanidad no

fue condenada, y que algunos de los ortodoxos continuaron admitiéndola con impunidad. (2)

La prohibición de sus escritos y la indignación con que se trató su nombre fueron consideradas por los más desapasionados de toda la cristiandad como innecesariamente severas; pero, como las leyes autoritativas habían sido aprobadas regularmente, los ortodoxos generalmente aceptaron, aunque con renuencia, reserva y algunas excepciones. (3)

(1) Augustinus De Civ. Dei, lib. xxi., cap. 17.
(2) Agustín (De Civitate Dei, lib. xxi., cap. 17), unos veinte años después, razona con aquellos hermanos misericordiosos entre los ortodoxos que defendían la salvación de toda la humanidad. Dice que ellos defendían la benevolencia superior de su doctrina como prueba de su verdad; y expone su inconsistencia al usar este argumento, al desafiarlos a extenderlo, como Orígenes, a la salvación del diablo y sus ángeles. Por esto, añade, la

iglesia lo ha condenado; y ellos, por supuesto, no se atreven a llegar al mismo extremo.

(3) Huet. Origeniano, lib. ii., cap. 4. sect. ii., §§ 4, 12. Crisóstomo, Agustín, Bulpicio Severo, Vincentius Lirinensiii, etc., estaban dispuestos favorablemente hacia la memoria, aunque no hacia la doctrina de Orígenes. [p.214]

Cuando los origenistas perseguidos que habían huido a Palestina de la ira de Teófilo, supieron que había enviado una delegación contra ellos a Constantinopla, procedieron igualmente allí para defenderse y buscar asilo bajo la fuerte protección del obispo de esa ciudad, el célebre Crisóstomo. Cincuenta hombres ancianos, entre los que se encontraban Isidoro y los tres hermanos altos, vinieron y se presentaron ante él; Tal era la miseria de su apariencia que Crisóstomo, se dice, se echó a llorar al verlos. Les dio la protección deseada, hasta que se escuchara su causa, y escribió inmediatamente a Teófilo en su favor. Pero su intervención fue altivamente

resentida, y le atrajo una larga y feroz persecución, cuyos detalles no tienen relación directa con el tema de esta historia. Sólo podemos mencionar que los origenistas, habiendo repudiado formalmente todas las doctrinas heréticas, continuaron disfrutando de su apoyo, así como del de la emperatriz Eudoxia; y así se envalentonaron para acusar a su obispo ante el tribunal del emperador Arcadio. Ante esto, Epifanio se apresuró a partir de Chipre a Constantinopla; y, poco después, el intrépido Teófilo llegó, obedeciendo la convocatoria imperial, acompañado, sin embargo, por una multitud de obispos de Egipto. Su venganza no se dirigió tanto contra los origenistas como contra Crisóstomo. Se formó un sínodo, un mecanismo de perversidad, pero cuando se reunieron los miembros, inmediatamente se dividieron en dos grupos y se reunieron en diferentes lugares: los que odiaban al obispo de Constantinopla, en los suburbios; y los que lo favorecían, en la ciudad. Entre sus amigos, Paladio de Galacia, ahora obispo de Helenópolis en Bitinia, parece haber

tomado un papel distinguido; y si una mayoría hubiera podido hacer frente a la intriga y el poder, Crisóstomo habría triunfado. Pero finalmente se hundió, con toda su influencia, bajo los asaltos combinados del partido alejandrino, la furia de la insultada emperatriz Eudoxia y los obsequiosos edictos del tímido Arcadio; y en el año 403 fue depuesto y desterrado perversamente, junto con algunos de sus partidarios. Pero, mientras tanto, el ablandado Epifanio había muerto en su viaje de regreso a Chipre; e Isidoro y los tres hermanos de gran estatura habían terminado sus vidas en la ciudad, en medio de la cruel tormenta que su gran y ofendido patrón había traído sobre sí mismo. Los objetos de su odio fueron así eliminados, y Teófilo se reconcilió fácilmente con el resto de los origenistas, y finalmente los recibió en su favor. (1)

401 a 404 d.C.

El obispo de Alejandría no había limitado sus esfuerzos, durante todo este tiempo, a la ciudad de Constantinopla. Mientras su partido se ocupaba de la contienda allí, él

mismo se ocupaba a menudo en su casa, provocando la indignación de los cristianos egipcios contra el nombre y la doctrina de Orígenes. Su costumbre era publicar anualmente una Epístola General o Pascual a sus iglesias; y en la del año 401, su celo recién adoptado se manifestó plenamente.

(1) Huetii Origenian, lib. ii., cap. 4, sect. ii., §§ 11, 12, 13, y Fleury's Eccl. Hist., libro xxi., cap. 23-32. [p.216]

Él arremetió con mucha amargura contra las herejías de Orígenes, que resumió en los siguientes detalles: que el reino de Cristo finalmente terminaría, y el diablo regresaría a su gloria prístina, y se sometería al Padre; que los bienaventurados en el cielo podrían caer; que Cristo debe ser crucificado en el mundo invisible por los demonios y ángeles malvados; que los cuerpos de los santos, después de la resurrección, finalmente se descompondrán y se extinguirán; que no se debe dirigir la

oración al Hijo; que la magia no es pecaminosa; y que el matrimonio es deshonroso, siendo ocasionado por nuestra conexión culpable con el cuerpo. (1)

En la Epístola del año siguiente, Teófilo reanudó el tema inacabado y entró de nuevo en su conflicto con la "Hidra del Origenismo". Los errores que ahora seleccionó como puntos de su ataque fueron: que las almas humanas preexistieron, pero por sus transgresiones fueron condenadas a este mundo, que fue formado para recibirlas; que el sol, la luna y las estrellas están animados; que nuestros cuerpos carnales no deben resucitar; que los dignatarios del mundo angélico no fueron creados como tales, sino que se elevaron de la igualdad original de las almas a sus elevaciones actuales por medio de su propio auto-mejoramiento; que el Espíritu Santo no opera sobre animales irracionales; que la providencia inmediata de Dios se extiende sólo a las cosas del cielo; que Cristo no es el Dios supremo; que todas las almas provienen de una masa común y uniforme

de mente; que el alma que Cristo asumió era una con su naturaleza divina, así como él es uno con el Padre;

(1) Theophili Paschal, lib. ii. (propiamente i.) inter Hicronymi 0pp., tom, iv., parte ii. Para la fecha y el orden de estos libros, véase Du Pin, Cave, Fleury, etc. [p.217]

y que Dios no podía gobernar más criaturas de las que ha hecho, de modo que su poder es finito, (1) Tenemos otra de sus Epístolas anuales, escrita en el año 404. Aquí, su celo había comenzado a disminuir; pero en medio de un caos de exhortaciones generales e indefinidas, hay algunos ataques incidentales a la noción de Orígenes de la condenación de las almas a cuerpos terrenales. (2)

Estas tres epístolas fueron traducidas posteriormente por Jerónimo, para el uso de los cristianos latinos; y con ellas varias otras, que han perecido desde entonces.

Mientras Teófilo continuaba su disputa en Constantinopla (400 a 404 d.C.) y al mismo tiempo hacía sonar la alarma en

Egipto contra la herejía recién denominada, la tormenta que se había levantado en Italia continuó sin disminuir. Poco después de la aprobación del decreto, en el año 400 d.C., contra las obras de Orígenes, el Papa Anastasio citó a Rufino para que compareciera ante él, acusado de herejía. Pero este último, en lugar de dejar a sus amigos en Aquileia, envió al pontífice una disculpa formal, o declaración de su fe y conducta; Profesando su sincero asentimiento a los credos de las iglesias de Roma, Alejandría, Jerusalén y Aquileia; y declarando su creencia en la Trinidad, en la resurrección de esta misma carne, en un juicio futuro y en el castigo sin fin del diablo, de todos sus ángeles y de los hombres malvados, particularmente, dice, de aquellos que calumnian a sus hermanos. Y quien niegue esto, "que el fuego eterno sea su porción, para que pueda sentir lo que niega". (3)

(1) Theophili Paschal, lib. i. (propiamente ii.).
(2) Theophili Paschal, lib. iii.
(3) Rufini ad Anastasium Apologia, inter Hieron. Opp., tom, v., p. 259.

La misma doctrina la afirmó también en términos generales, pero con mucha más explicitud, en su Tratado sobre el Credo de los Apóstoles (1) y no tenemos razón para dudar de su sinceridad. Los obispos italianos, al parecer, estaban generalmente satisfechos; (2) pero Anastasio, ya sea sospechando disimulo, o determinado en todo caso a aplastar al odioso traductor, le dictó la terrible sentencia de excomunión. Esto fue en el año 401 d.C. El Papa se negó después, perentoriamente, a restituirle la comunión, a pesar de una amistosa amonestación que recibió al año siguiente, con mucho respeto aparente, de Juan de Jerusalén. (3)

Durante todas estas transacciones, Rufino se consolaba con una venganza secreta, haciendo circular en privado una obra que había compuesto para defender su propia conducta, para excusar a Orígenes, pero especialmente para exponer a Jerónimo. A esta producción el resentimiento parcial de la iglesia ha puesto desde entonces el

nombre hostil de Invectiva, en lugar del título original y más pacífico de Apología. Pauliniano, que residía entonces en Italia, se las arregló para obtener acceso a la obra y, habiendo transcrito en secreto abundantes extractos, se los envió a su hermano en Belén. Jerónimo tuvo la molestia de descubrir que la defensa que había dirigido, unos años antes, a sus amigos en Roma, probablemente se volvería contra él con el efecto contrario. Vio que Eufino había logrado exponer muchas inconsistencias y algunas prevaricaciones en las explicaciones que allí se daban sobre su tratamiento anterior y actual de Orígenes.

(1) Rufini Symbolum, inter Hieron. Opp., tom, v., págs. 127–150. N. B. Véase nota 1, página 176.
(2) Hieron. Apol. adv. Rufin., lib. iii., pág. 453.
(3) Huetii Origenian, lib. ii., cap. 4, secc. i., § 20. [p.219]

Pero, lo que era más desconcertante, se había aprovechado fatalmente de sus Comentarios favoritos sobre Efesios y

Eclesiastés. De estas mismas obras, a las que Jerónimo había hecho referencia expresa como una clara delineación de sus puntos de vista, Eufino había seleccionado ahora amplias citas que enseñaban, de la manera más completa, las diversas doctrinas de la resurrección de cuerpos aéreos en lugar de cuerpos carnales, la preexistencia y la restauración universal, no sólo de la humanidad, sino también del diablo y sus ángeles. Además, se habían señalado expresiones particulares que parecían insinuar una rotación perpetua de felicidad y miseria, el retorno final de todas las criaturas intelectuales a un orden o grado de ser y la animación de esos cuerpos gloriosos, el sol, la luna y las estrellas. "Está bien", dijo su acusador exultante, "que alguien como tú condene a Orígenes". (1)

(1) Hieron. Apolog. adv. Rufinum, lib. i. y ii., desgarrado. iv. Jerónimo aún no había visto la Invectiva de Rufino completa, sino sólo los extractos que Pauliniano le había enviado. Lo que eran sólo podemos saberlo por la respuesta de

Jerónimo.

Perturbado, pero no desanimado, por este ataque inesperado, Jerónimo se sentó enojado a escribir su Apología contra Rufino; respondió con altivez, y a veces con hipocresía, a las numerosas acusaciones contra su conducta, recriminando a su antagonista por los mismos actos que él mismo excusaba, e intentando, mediante las insinuaciones más infundadas, hacerlo sospechoso de evasión en su última *Apología a Anastasio*. Sin embargo, nos interesa poco, excepto lo que se refiere al universalismo. Para librarse de la incómoda situación en la que se encontraba por la desafortunada referencia a sus Comentarios sobre Efesios y Eclesiastés, [pág. 220] recurrió a la desesperada excusa de que, como los pasajes que contenían las doctrinas de una resurrección aérea, preexistencia y restauración universal habían sido abreviados por él de Orígenes y otros autores, él no era responsable de esos sentimientos. La verdad era que los había incorporado a su propia obra, sin una

marca de censura y sin dar a los escritores originales como su autoridad. (1)

Es seguro que ahora se entendería que negaba la salvación del diablo y de los condenados; e incluso se quejó de que en este punto, así como en otros, Rufino no había sido suficientemente explícito en su Apología al pontífice romano. (2) Pero es notable que todavía evitara contarlo entre los errores importantes de Orígenes, y que invariablemente lo pasara por alto cuando se refería a ellos; como en el siguiente catálogo: "Te señalo, en las obras de Orígenes", le dijo a Rufino, "muchas cosas malas, y particularmente estas herejías: que el Hijo y el Espíritu Santo están subordinados; que hay innumerables mundos que se suceden unos a otros por toda la eternidad; que los ángeles se transformaron en almas humanas; que el alma humana de Cristo existía antes de nacer de María; y que fue ésta la que consideró que no era un robo ser igual a Dios, ya que tenía la forma de Dios, pero se humilló y tomó la forma de un siervo; (Filip 2:6) que en la resurrección nuestros

cuerpos serán aéreos, sin miembros, y que finalmente se desvanecerán en la nada;

(1) Hieron. Apolog. adv. Rufinum, lib. i. y ii., tor. iv.
(2) Ditto, lib. ii., p. 393. [p.221]

que en la restitución universal, los poderes celestiales y los infernales los espíritus, junto con las almas de toda la humanidad, serán reducidos a un orden o rango de seres; y de este estado uniforme de igualdad divergirán nuevamente, como antes, siguiendo diversos caminos, hasta que finalmente algunos, cayendo en pecado, nacerán una vez más en un mundo mortal con cuerpos humanos. De modo que nosotros, que ahora somos hombres, podemos temer en el futuro ser mujeres; y los que ahora son vírgenes, ser, entonces, prostitutas. Estas herejías las señalo en las obras de Orígenes; (1)

Esta Apología, llena de ridículo y sarcasmo, fue terminada en dos libros y enviada a Italia en algún momento del año 403, (2) mientras Eufino todavía se lisonjeaba de que el secreto de su

actuación no había trascendido.

(1) Hieron. Apolog. adv. Rufinum, lib. ii., pág. 403. Véase también lib. i., págs. 355, 371, y lib. ii. pág. 407, y lib. iii., pág. 441.
(2) Huet, Du Pin, etc., dicen que en el año 402 d.C.; pero como Jerónimo menciona la Carta de Anastasio a Juan de Jerusalén (lib. ii., pág. 405), que no pudo haber llegado a Palestina antes de fines del año 402 o principios del 403, he dado a la Apología de Jerónimo la fecha posterior.

Llevado a la locura por las sátiras, los insultos y las tergiversaciones de su oponente, Eufino envió inmediatamente a Belén toda su Invectiva, acompañada de una carta amenazando con un proceso judicial y tal vez la muerte. Ante esto, Jerónimo añadió a su Apología un tercer libro, escrito en un estilo que mostraba que no se dejaría superar en rabia ni en insultos vulgares. Aunque demasiado absorto en otros asuntos para prestar especial atención al viejo tema de los errores de Orígenes, no obstante repitió

sus ataques a la noción de que todas las criaturas racionales eventualmente regresarán a un grado común de ser, [p.222] y que pueden volver a caer después y renovar su actual diversidad. (1) Es notable que casi pareciera admitir, a pesar de su temperamento perverso, que una vez había seguido demasiado a Orígenes. (2)

(1) Apolog., lib. iii., p. 441.
(2) Ditto, págs. 445, 447.

404 d.C.

Con este acalorado altercado, y con el triunfo simultáneo de Teófilo, se calmó, por el momento, la disputa pública en la iglesia sobre el origenismo. Sus profesores se vieron obligados en todas partes a ocultar su creencia; y su doctrina fue considerada generalmente como herética, al menos como peligrosa para la paz de la cristiandad. Sin embargo, algunos de sus puntos particulares todavía se reconocían sin censura, cuando no se sospechaba parcialidad hacia la secta. Pero el universalismo, habiendo sido

condenado en uno de sus puntos, recibió un freno del que nunca se recuperó por completo en la iglesia católica.

Podemos decir que es probable que la doctrina de la salvación del diablo y sus ángeles, por esta vez, hubiera escapado a la condena y tal vez al reproche, si no se hubiera encontrado en compañía de otros principios ofensivos. En cuanto al carácter general de los violentos procedimientos ahora descritos, es demasiado evidente que merecen el nombre de disputas personales, en lugar del honorable apelativo de una disputa por la verdad. De los tres agentes principales, Epifanio, un hombre honesto pero crédulo e intolerante, puede ciertamente suponer que actuó, en gran medida, por principios, ya que se había distinguido durante mucho tiempo por su celo contra el origenismo. Pero Teófilo se involucró en la disputa por política y rencor, [p.223] y lo persiguió por venganza privada; y debemos emitir casi el mismo juicio sobre los motivos de Jerónimo. Ambos habían sido anteriormente admiradores de Orígenes; y ambos, después de que la

contienda hubo pasado, traicionaron nuevamente, aunque con cautela, su parcialidad por sus obras. [p.224]

CAPÍTULO VIII. Del 404 al 500 d.C.

Después de dos o tres siglos de decadencia, la masa pesada del Imperio Romano ahora se había dividido en dos partes (405 d.C.) por una separación permanente del Este del Oeste. Sobre estas divisiones, los hijos inocentes pero afeminados de Teodosio el Grande disfrutaron del nombre de soberanía, mientras que sus manos débiles, incapaces de blandir el cetro, entregaron a sus favoritos y ministros el ejercicio real de la autoridad. Arcadio, el emperador oriental, se sentó en el trono de su padre en Constantinopla; su hermano menor, Honorio, tenía la corte occidental en Rávena, en Italia. Roma, la ciudad eterna, la señora del mundo, ya no era honrada con el honor vacío de la residencia imperial. El patriotismo, el coraje e incluso la fuerza física habían abandonado

en gran medida a un pueblo desanimado por siglos de despotismo, corrompido por sus vicios y enervado por el lujo y la pereza. En todo Oriente, los desórdenes internos agitaban la tranquilidad pública y la rebelión abierta alarmaba a la débil administración. En Occidente, todos los corazones temblaban ante los movimientos portentosos de los feroces bárbaros del Norte, que rondaban las fronteras de Grecia e Italia y amenazaban, no en vano, con derramar sus fuerzas sobre los hermosos territorios en la antigua sede del imperio. [p.225] Ya habían realizado una incursión alarmante, de la que fueron rechazados en parte por la fuerza de las armas y en parte por el oro; y sólo esperaron la preparación de cuatro o cinco años para su regreso más exitoso, cuando la propia Roma iba a ser tomada y saqueada por Alarico a la cabeza de sus godos.

En este período de terror y desorden, la iglesia simpatizaba, por supuesto, con los peligros y temores del estado, con el que estaba tan íntimamente relacionada; pero su poder mundano aumentó naturalmente

en proporción a que el establecimiento civil se debilitaba y necesitaba más su ayuda. Los peligros públicos nunca la hicieron perder de vista, ni por un momento, el objeto favorito de su ambición, hacia el cual avanzó con la lenta pero fatal firmeza de las leyes de la naturaleza. Tampoco retiró su atención de sus preocupaciones más domésticas. Entre otras tareas, su clero encontró ahora un ejercicio agradecido para su celo y violencia en el derrocamiento de los últimos monumentos del paganismo y en la supresión de las sectas rebeldes entre ellos. El asunto de los origenistas había sido, según todas las apariencias, despachado con éxito; Pero en África, un grupo muy numeroso y problemático de creyentes ortodoxos, los donatistas, se alzaron con peculiar obstinación contra todas las invitaciones y amenazas de la Iglesia. En el transcurso de tres años, se habían reunido en Cartago otros tantos concilios, bajo la influencia del célebre Agustín, con el propósito de obligarlos a volver a la comunión católica, de la que se habían separado en una disputa electoral

casi un siglo antes. [p.226] Pero estas medidas, aunque secundadas por los severos edictos de Honorio, tuvieron poco éxito; los cismáticos, en su mayor parte, permanecieron obstinados, y sus salvajes partidarios continuaron llevando la espada y el fuego por la provincia.

Las conmociones políticas y los disturbios eclesiásticos de la época (405 a 412 d.C.) sin duda desviaron la atención pública del tema del origenismo y dieron tranquilidad al odioso partido. El clamor de la última contienda parece haberse sumido en el silencio de inmediato; y como era casi universal la impresión de que la disputa había sido, en gran medida, personal, que había estado marcada por una violencia injustificable y llevada demasiado lejos, (1) sus víctimas fueron consideradas con menos rigor del que era habitual en los casos de herejía juzgada. Rufino parece haber disfrutado, en Aquileia, del patrocinio de su propio obispo, (2) y el apoyo, tal vez, de otros dignatarios de las iglesias italianas. (3) Pasó el resto de su vida, sin ser molestado, componiendo Comentarios sobre las Escrituras y

traduciendo a Orígenes y otros escritores griegos; hasta que, en el año 409 d.C., huyó ante la llegada de los bárbaros del norte y se retiró a Sicilia, donde murió al año siguiente. Melania, su noble y fiel patrona, lo acompañó, con un numeroso séquito, a Sicilia.

(1) El destierro de Crisóstomo despertó el dolor y la indignación de un numeroso partidario en Oriente y en todo Occidente. Se hicieron esfuerzos incansables para su revocación, pero murió mientras tanto; y, aunque se había resuelto llevar a Teófilo ante un Concilio General, el asunto fue abandonado.
(2) Tradujo la Historia Eclesiástica de Eusebio a petición de Cromatinos, obispo de Aquileia.
(3) Hieron. Apolog. adv. Rufin., lib. iii., p. 453. [p.227]

De allí se dirigió a África, donde fue felicitada por Agustín, y continuó su camino hacia Palestina. Su muerte se produjo poco después, en Jerusalén, escenario de su anterior munificencia; y, a pesar de su relación con los origenistas,

fue honrada con el título de santa y su nombre fue insertado en los martirologios públicos. (1) Mientras tanto, Juan de Jerusalén era fuertemente sospechoso de mantener una parcialidad secreta por las doctrinas proscritas; pero se comportó con tanta cautela que disfrutó de su obispado con tranquilidad; e incluso su implacable vecino, Jerónimo, no pudo encontrar pretexto para renovar la disputa. (2) Evagrio Póntico, habiendo sido ignorado por la ira de Teófilo, murió, probablemente por esta época, en algún retiro tranquilo entre los monasterios egipcios; pero Paladio de Galacia, ex obispo de Helenópolis, sufría el destierro, no por su origenismo, sino por su adhesión al exiliado Crisóstomo. Sin embargo, más tarde fue llamado de nuevo y nombrado director de la iglesia de Aspora, en su provincia natal. (3) El propio Teófilo ahora provocó el aborrecimiento de quienes recordaban su anterior violencia y solemnes prohibiciones, al entretener su tiempo libre con la lectura de las obras de Orígenes; y afirmó abiertamente, como

justificación, que, entre algunas espinas que contenían, encontró muchas flores hermosas y preciosas. Sin embargo, había escrito un gran volumen contra Orígenes, que, aunque pereció hace mucho tiempo, sobrevivió a su muerte en el año 412 d.C.

(1) Fleury's Eccl. Hist., libro xxii., cap. 22, y Huetii Origenian, lib. ii., cap. 4, Bee. 1, § 22.
(2) Hieronymi, Epist. Ixxvii. vel. 81., ad Augustiu., tom, iv., parte ii., p. 642.
(3) Du Pin's Bibliotheca Patrum, art. Palladius, y Cave, Hist. Lit., art. Palladius, y Fleury's Eccl. Hist., libro xxi., cap. 59, y xxii. 3, 10. [p.228]

Es notable, también, que Jerónimo todavía siguió citando a Orígenes como un expositor capaz y autorizado de las Escrituras, (1) mientras que, al mismo tiempo, mantuvo su odio contra Rufino y su partido, y nunca habló de ellos sino con insultos indecentes. (2) Los errores de Orígenes, esa frase tan indefinida aunque repetida tan a menudo, también fueron

objeto de su ocasional reprimenda. Continuó insistiendo en casi los mismos detalles que antes; todavía pasó por alto el principio del universalismo, aunque se enseñaba claramente en algunos de los extractos que adujo como perniciosos por otros motivos. (3) Su creencia actual, sin embargo, al menos su creencia profesada, era que el diablo y sus ángeles, infieles obstinados y blasfemos abiertos, sufrirán tormentos sin fin, mientras que aquellos que han abrazado el cristianismo, pero han llevado vidas viciosas, serán consignados solo a un purgatorio largo, pero temporal después de la muerte". (4)

(1) Hieronymi, Epist. Ixxiv. vel. 89, ad Augustin., pp. 619, 620.
(2) Hieron., Epist. xcvi. vel. 16, ad Princip., pp. 781, 782; y Epist. xcvli., vel. 8, ad Demetriad., pp. 793, 794.
(3) Hieron., Epist. xciv., vel. 59, ad Avitum, Jerónimo escribió esta carta alrededor del año 407d.C., para acompañar su traducción de los libros de Orígenes *De los Principios*, que dio a un tal Avito, un español. Fue compuesta con el

propósito de señalar los errores que esos libros contenían; y los siguientes escoge como principales: 1. El referente a la Trinidad. 2. La igualdad original de todas las criaturas intelectuales, y su revolución perpetua de la felicidad a la miseria, y de la miseria a la felicidad, por medio del vicio y la virtud. 3. Que todos los cuerpos, cualesquiera que sean, con los que están revestidos los seres racionales, finalmente se desvanecerán en la nada. 4. Que innumerables mundos han precedido, y que innumerables otros han de suceder, al presente. 5. Que las llamas y tormentos de la Gehena, o infierno, que las Escrituras amenazan a los pecadores, no son nada más que el remordimiento de sus conciencias en el mundo futuro. 6. Que nuestras condiciones y circunstancias presentes nos son asignadas a cuenta de nuestros méritos o deméritos en un estado anterior de ser. 7. Que, así como Cristo fue crucificado por la humanidad en este mundo, tal vez también sufrirá la muerte en la eternidad, por la salvación del diablo y sus ángeles. Jerónimo

expone estos errores de Orígenes mediante largas citas de los libros De los Principios; y varios de estos extractos mencionan incidentalmente la restitución de todas las criaturas a la pureza y la felicidad; pero sobre este particular nuestro autor no hace ninguna indicación.
(4) Hieron. Comment, en Esaiam, lib. xvi. (cap. Ixvi., v. 24). Escrito en el año 409 d. C., tom. iii. [p. 229]

Parece que Jerónimo confesó esta doctrina durante el resto de su vida, (1) reconociendo a veces, sin embargo, que aquellos pecadores que han sido severamente castigados en este mundo, como los antediluvianos, los sodomitas y las huestes del faraón, serán perdonados en el próximo. (2) Después de todo, hay alguna razón para sospechar que Jerónimo todavía seguía siendo, aunque en secreto, un universalista. (3)

(1) Hieron. contra Pelagian, lib. i., cap. 9. Escrito alrededor del año 415 d. C.
(2) Du Pin's Biblioth. Pat., art.

Jerorne.
(3) Véase su comentario en Isaías, lib. xvi. (Isa. 66:24). Comentando estas palabras del profeta. Saldrán y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano no morirá, ni su fuego se apagará; y serán aborrecible para toda carne, dice Jerónimo: "Este fuego arderá mientras quede esa materia que alimenta la llama voraz. Por lo tanto, si la conciencia de alguien está infestada de cizaña, que el enemigo sembró mientras el dueño de la casa dormía, el fuego los quemará y los devorará. Y a los ojos de todos los santos se manifestarán los tormentos de aquellos que, en lugar de poner oro, plata y piedras preciosas sobre el fundamento del Señor, han construido sobre él heno, madera, hojarasca, el combustible del fuego eterno. Además, aquellos que quieren que estos tormentos, aunque prolongados por muchas edades, lleguen finalmente a su fin, usan los siguientes textos: Cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo. (Rom. 11:25,26.) Además: Dios había encerrado a todos bajo pecado para

que pudiera tener misericordia de todos. En otro pasaje se dice: Soportaré la ira del Señor, porque he Pequé contra él, hasta que me justifique, me haga justicia y me conduzca a la luz (Miqueas 7, 9). Y otra vez: Te bendeciré, Señor, porque te enojaste conmigo. Apartaste de mí tu rostro, pero de mí tuviste compasión (Isaías 12, 1). El Señor también dice al pecador: Cuando pase la ira de mi furor, te sanaré de nuevo. Por eso se dice en otro lugar: ¡Cuán grande es la multitud de tus favores, Señor, que has guardado en secreto para los que te temen! (Salmo 21, 19). Todos estos textos los repiten para sostener que después de los castigos y torturas, habrá un consuelo, que ahora debe ocultarse a quienes necesitan el temor, para que mientras teman los tormentos, puedan desistir del pecado. Debemos dejarlo solo a la sabiduría de Dios, cuya medida no sólo de misericordia, sino de tormento, es justa, y que sabe a quién juzgar, y de qué manera, y por cuánto tiempo castigar. Sólo podemos decir, como corresponde a la fragilidad humana: Señor, no contiendas conmigo en tu furor, ni

en tu ira me arrebates. (Salmo 6:1) Y como creemos en los tormentos eternos del diablo y de todos los negadores e impíos que han dicho en su corazón: No hay Dios; Así que podemos suponer que la sentencia del Juez sobre aquellos pecadores e impíos que, sin embargo, son cristianos, y cuyas obras deben ser probadas y purificadas en el fuego, será moderada y mezclada con misericordia". Considerando la positividad habitual de Jerónimo, y especialmente su violencia en la última controversia, no se puede explicar satisfactoriamente el lenguaje anterior, tan moderado si no incluso equívoco, sin suponer que él mismo estaba secretamente de acuerdo con aquellos restauracionistas de los que habla. [p.230]

Tampoco estaba completamente solo en la iglesia. Los ortodoxos de esta época pueden dividirse en cinco clases, con respecto a sus puntos de vista sobre el castigo futuro y el alcance final de la salvación: 1. Los más rígidos entre ellos creían que nadie se salvaría en el futuro,

excepto aquellos que murieran en la verdadera fe y en el ejercicio de la piedad; y la mayoría, si no todos, de estos sostenían, para los santos menos merecedores un purgatorio suave, por el cual debían ser limpiados completamente antes de su admisión al cielo. Tales eran los sentimientos del famoso Agustín, (1) el oráculo de la iglesia occidental, que, sin embargo, estaba dispuesto, en ocasiones, a mitigar la severidad de la condenación. (2) 2. Otra clase sostenía, en esencia, con los padres más antiguos Lactancio, Hilario, Basilio y Ambrosio, que todos los que continuaran hasta el final en la fe y disciplina católicas, cualesquiera que fueran sus caracteres morales, se salvarían finalmente; pero que aquellos de ellos que vivieran malvadamente sufrirían una larga y atroz prueba de fuego, en el mundo futuro, antes de su recepción a la bienaventuranza. Esta, probablemente, era la creencia común, popular; y Jerónimo debe contarse entre sus defensores profesos. 3. Otros creían que todos los que habían sido bautizados en la iglesia católica y habían participado de la

eucaristía, en cualesquiera crímenes, errores y herejías en que pudieran haber caído después, se salvarían finalmente;

(1) Agustín, De Civitate Dei, lib. xx., cap. 1, y xxi., 24 y 26. Véase también Du Pin's Biblioth. Patrum., art. Agustín.
(2) Agustín, Enchiridion ad Laurentium, cap. 112, 113. De Fide, et Op., cap. 23,26 [p.231]

y la observación del apóstol de que la iglesia es el cuerpo de Cristo. 4. Muchos de los ortodoxos, aunque sostenían, de acuerdo con la decisión de los últimos concilios contra Orígenes, que el diablo y sus ángeles sufrirían un castigo eterno, creían, sin embargo, que toda la humanidad, sin excepción, se salvaría; los malvados, después de siglos de tormento en el infierno. 5. La última clase de los ortodoxos, que tal vez era pequeña, sostenía que Dios había amenazado con una miseria futura a los impenitentes, pero que los santos, en el gran día del juicio, intercederían tan fervientemente ante el Todopoderoso en favor del mundo,

que toda la humanidad, incluso los impíos e infieles, se salvarían sin sufrimiento alguno, mientras que el diablo y sus ángeles serían abandonados a una tortura sin fin. Para demostrar el derecho de Dios a remitir sus amenazas, adujeron el juicio denunciado, pero no ejecutado, sobre Nínive. (1) Las dos clases, nombradas en último lugar, parecen haber formado, si las contamos juntas, una gran proporción de los ortodoxos. (2)

Toda esta variedad de opiniones parece haber sido tolerada en la iglesia; y es natural suponer que había algunos que todavía sostenían en secreto, con Orígenes, que todas las criaturas inteligentes, incluidos los ángeles apóstatas, finalmente serían reconciliadas con Dios.

410 a 415 d.C.

Esta última opinión, por herética que se la haya juzgado, se difundía y se enseñaba abiertamente en la provincia nororiental de España, que ahora lleva el nombre de Cataluña.

(1) Agustín, De Civit. Dei, lib. xxi., cap. 17-24.
(2) Agustín, Enchiridion, cap. 112. "Quam plurimi" —muchísimos, tantos como sea posible— es la frase con la que denota el número de los que no creían que se infligiría realmente el castigo eterno. [p.232]

A unas cincuenta millas más allá de la desembocadura del Ebro se encuentra la moderna ciudad de Tarragona, sobre las venerables ruinas de la antigua metrópoli, Tarraco; la cual, desde la cima de una suave eminencia, dominaba el Mediterráneo hacia el sur y un país fértil hacia el interior. (1) Dos de los ciudadanos, llamados Avito, habiendo pasado algún tiempo en Oriente, regresaron no lejos del año 410 d.C.; y uno de ellos trajo de Jerónimo, en Palestina, la traducción correcta de los libros de Orígenes, *De los Principios*, junto con una larga Carta señalando sus doctrinas erróneas. (2) Pero el antídoto resultó sólo una prevención parcial. Mientras que los dos amigos rechazaron algunas de las especulaciones de

Orígenes, adoptaron otras; y con la ayuda de un tal Basilio, un griego, procedieron a enseñar entre la gente los siguientes principios peculiares: 1. Que todas las cosas tenían, desde la eternidad, una existencia real en la mente de la Deidad. 2. Que los ángeles, las almas humanas y los demonios eran de una sustancia uniforme, igual, y originalmente del mismo rango; y que su diversidad actual es la consecuencia de sus anteriores méritos. 3. Que este mundo fue hecho para el castigo y la purificación de las almas que habían pecado en el estado preexistente. 4. Que las llamas del tormento futuro no son fuego material, sino sólo el remordimiento de la conciencia. 5. Que no son interminables; porque, aunque se las llama eternas, sin embargo, esa palabra, en el griego original (*aionios*), no significa, según su etimología y su uso frecuente, interminable, sino que corresponde sólo a la duración de una era;

(1) Swinburne's Travels in Spain.
(2) Hieronymi, Epist. xciv., vel.

59, ad Avitum. Véase nota 3, página 228. [p.233]

de modo que todo pecador, después de la purificación de su conciencia, volverá a la unidad del cuerpo de Cristo. 6. Que el mismo diablo, al final, será salvo, cuando toda su maldad haya sido sometida. 7. Que Cristo había sido empleado, antes de su advenimiento en la tierra, en predicar a los ángeles y poderes exaltados. 8. Que el sol, la luna y las estrellas deben contarse entre aquellas criaturas inteligentes y racionales que, según San Pablo, fueron hechas sujetas a la vanidad y, asimismo, a la esperanza. (1)

Estas doctrinas, junto con la herejía separada de los priscilianistas que florecieron en España, causaron tantos disturbios en Tarraco y sus alrededores, que dos de los obispos finalmente enviaron una delegación sobre el tema a Agustín, en África; y él inmediatamente escribió, a cambio, un pequeño libro Contra los priscilianistas y origenistas, pero principalmente contra estos últimos. (415 d.C.) En oposición a sus puntos de

vista sobre el castigo futuro, afirmó la materialidad de su fuego y defendió laboriosamente la eternidad de su duración; intentando mantener que la palabra original, traducida eterno, (*aionios*) siempre significaba sin fin. Pero, como podía haber algunas excepciones, como al mismo tiempo admitía de manera inconsistente, cambió entonces su postura y recurrió a aquella declaración de Cristo: «Éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna» (Mat. 25:46), donde la misma palabra griega (*aionios*) se aplicaba a los tormentos de los condenados y a la bienaventuranza de los santos;

(1) Orosii Consultatio sive Commonitorium ad Auguatin. inter Augustini. Opp., tom, vi., edit. Basil, 1569. [p.234]

de modo que si los origenistas querían, por compasión, limitar la duración de lo primero, también debían restringir la de lo segundo. Pero, si esto no los convenciera, ¿cómo podrían eludir aquella declaración del profeta Isaías: «Su gusano no morirá,

ni su fuego se apagará» (Isa. 66:24.) (1)
Tal es el orden y la sustancia de sus argumentos. Es notable que aquí nos encontremos con el primer intento de crítica de esa palabra original (aionios) que ha sido objeto de tantas cavilaciones en los tiempos modernos. Pero Agustín, un escritor latino, estaba demasiado imperfectamente familiarizado con la lengua griega para definir sus términos; y, si podemos juzgar por lo que hemos observado en nuestros días, sus críticas fueron consideradas satisfactorias por los creyentes decididos en la miseria sin fin, pero absurdas por los universalistas. Unos años después, al componer un cuerpo general de teología, repitió algunos de estos argumentos, con varias adiciones, y combatió las nociones de todas las diversas clases que acabamos de mencionar, que extendían la felicidad del cielo más allá del número de personas que murieron en fe y santidad. (2) Ha proporcionado a los modernos muchas de las objeciones trilladas pero populares, que ahora se alegan de las Escrituras, contra la salvación de toda la humanidad.

(3)

(1) Augustini lib. Contra Priscillianistas et Origenistas, torn. vi.
(2) Augustin. De Civit. Dei. lib. sxi., cap. 23—24.
(3) Como muestra de su razonamiento o declamación, que en él fue original, adjunto un capítulo entero de su gran obra, La ciudad de Dios:—
"Y en primer lugar debemos averiguar por qué la Iglesia ha rehusado permitir que la gente discuta a favor de una purificación y liberación del mismo diablo, después de castigos muy grandes y duraderos. No fue que tantos hombres santos, tan bien instruidos en el Antiguo y Nuevo Testamento, escatimaran a alguno de los ángeles una purificación y la bienaventuranza del cielo después de tan grandes tormentos; sino que fue porque vieron imposible anular o debilitar esa sentencia divina que el Señor declaró que pronunciaría en el juicio. [p.235] Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. (Mateo

xxv. 41.) Porque así se muestra que el diablo y sus ángeles han de arder en el fuego eterno. Como está escrito en el Apocalipsis: El diablo que engañó "Y fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (Ap 20, 10). Lo que en el otro pasaje se llama eterno, aquí se expresa por por los siglos de los siglos; con estas palabras la divina Escritura no suele significar otra cosa que lo que es infinito en duración. Y no hay otra razón, ni puede encontrarse otra más justa y manifiesta, para que debamos tener firme e inmutable en la más sincera piedad que el diablo y sus ángeles nunca volverán a la justicia y a la vida santa, sino que la Escritura, que a nadie engaña, dice que Dios no los perdonó (2 Pedro 2, 4), sino que los entregó para que los mantuvieran en prisiones de tinieblas infernales, para ser castigados en el juicio final, cuando serán enviados al fuego eterno, donde serán atormentados por los siglos de los siglos. Siendo así, ¿cómo podrá todo el género humano, después de cierto

tiempo, ser restaurado de la eternidad de este castigo, sin debilitar inmediatamente la fe por la que creemos que los tormentos de los demonios serán eternos? Pues si todos o alguno de aquellos a quienes se les diga: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles, no permanecerán siempre allí, ¿qué razón tenemos para creer que el diablo y sus ángeles permanecerán siempre allí? ¿Será verdadera con respecto a los ángeles y falsa con respecto a los hombres la sentencia de Dios, que se pronuncia tanto contra los ángeles malos como contra los hombres? Así, pues, es evidente que, si no lo que Dios dijo, lo que más vale es lo que los hombres sospechan. Pero como esto no puede ser así, quienes quieran evitar los tormentos eternos deben, mientras haya tiempo, ceder al precepto divino en lugar de argumentar contra Dios. Y, además, ¿cómo podemos suponer que el tormento eterno es sólo un fuego de larga duración y, sin embargo, que la vida eterna no tiene fin, cuando en el mismo pasaje y en una sola y misma frase, Cristo dijo con referencia a ambos: «Éstos

irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna» (Mt 25, 46)? Como ambos son eternos, ambos deben entenderse ciertamente o como de larga duración, pero con un fin, o como perpetuos, sin fin. Porque están relacionados entre sí: por un lado, el castigo eterno; por otro, la vida eterna. Y es muy absurdo decir, en este mismo sentido, que la vida eterna no tendrá fin y el castigo eterno tendrá un fin. De donde, como la vida eterna de los santos no tendrá fin, así también el castigo eterno de quienes lo padecerán, sin duda alguna, no tendrá fin." De Civitate Dei, lib. xxi., cap. 23. Este sigue siendo, incluso en la actualidad, el argumento más popular y quizás el más plausible usado contra la doctrina de la Salvación Universal; y sin embargo, está fundado en uno de los errores más palpables en los que ha caído la iglesia, el de aplicar a la eternidad lo que Cristo declaró que se cumpliría en su propia generación. Compárese Mateo xxv. 31-34, con su conexión inmediata, Mateo xxiv. 30-34; y también con Mateo x. 23-xvi. 27, 28; Marcos viii. 38; ix. 1; Lucas ix.

26, 27.

Otro capítulo de la misma obra nos proporciona el original, creo, de donde se ha derivado uno de los métodos populares de justificar la "Pero a las nociones humanas el castigo eterno parece duro e injusto, porque en la debilidad de nuestros sentidos mortales estamos desprovistos de esa sabiduría más exaltada y pura por la cual podríamos comprender cuán grande fue la maldad cometida en la primera transgresión. Porque en proporción a lo que el hombre disfrutó de Dios, fue la magnitud de su impiedad al abandonar a Dios: y fue digno del mal eterno, quien destruyó en sí mismo ese bien que podría haber sido eterno. Y toda la masa de la raza humana fue condenada, porque quien introdujo primero el pecado fue castigado junto con su posteridad que tenía su raíz en él; de modo que nadie podría ser liberado de esta pena justa y merecida, sino por misericordia y gracia inmerecida. Y así la humanidad está en tal situación que en algunos de ellos puede exhibirse el poder de la gracia misericordiosa; y en el resto, el poder de la justicia

vengativa. Porque ambos no podrían manifestarse en todos; Porque si todos permanecieran en los sufrimientos de su justa condenación, en ninguno aparecería la gracia misericordiosa de la redención, y si todos fueran trasladados de las tinieblas a la luz, en ninguno aparecería la severidad de la venganza. De esta última clase hay muchos más que de la primera, para que así se demostrara lo que se debe a todos. Y si se hubiera infligido a todos, nadie habría podido, con propiedad, poner en tela de juicio la justicia de la venganza; y la liberación de tantos como se salven de ella debe ser una ocasión de la mayor acción de gracias por el don de la redención". De Civitate Dei, lib. xxi., cap. 12. N. B. — Esto fue escrito alrededor del año 420 o 426 d. C.

Pero por inconcluyentes que se hayan considerado sus argumentos, la gran autoridad de sus opiniones, especialmente en las iglesias occidentales, debe haber frenado el progreso de cualquier doctrina

a la que se sabía que se oponía tan decididamente. Ya sus talentos, sus virtudes y su fidelidad eran considerados con un homenaje general, como no había disfrutado ningún otro doctor cristiano desde la época del más vigoroso y emprendedor, pero menos amable Atanasio. [p.236] En Occidente sus decisiones fueron recibidas con una deferencia casi universal, y en Oriente su nombre era considerado con gran veneración, aunque tal vez no igual. Una larga e íntima familiaridad con las Escrituras, una competente dosis de erudición y un gran caudal de información general, que había sido recopilada con bastante prisa, proporcionaron a su mente fuerte y amplia temas de reflexión y proporcionaron a su genio argumentativo las armas de la controversia, que, sin embargo, generalmente manejaba con moderación. [p.237] En general, trató a sus oponentes con toda la indulgencia a la que no estaban acostumbrados, y que aparecería con ventaja en la guerra teológica de una época posterior y más refinada. El que a veces disimulara por

amor a la verdad y que apoyara la persecución legal de los cismáticos cuando no podía persuadirlos de que volvieran a ingresar a la Iglesia Católica, puede imputarse con justicia a las máximas perniciosas pero aprobadas de su época. Agustín fue un gran hombre y un buen hombre. Sin embargo, él fue el padre del actual sistema ortodoxo de depravación total (de la humanidad.), gracia irresistible y elección parcial y soberana.

Al introducir este sistema de doctrina en la iglesia, sin saberlo, puso sobre la causa del universalismo un freno remoto, pero a la larga, más fatal que el que podrían haber impuesto incluso las decisiones de un concilio. Hasta ahora, ninguno de los cristianos católicos había ido más allá, en sus más bajos descensos hacia la ortodoxia, que representar que, desde la caída de Adán, toda su posteridad heredó una constitución mortal y una desdichada debilidad del alma que, combinada con la depravación de la carne, causó una propensión al pecado; y que las influencias sobrenaturales del Espíritu de

Dios eran necesarias para ayudar, no estrictamente para crear, las buenas resoluciones y hacerlas efectivas. Pero esta agencia divina, siempre habían sostenido, siempre fue recibida o rechazada, apreciada o suprimida, cedida o resistida, por el libre albedrío de la criatura; y nunca habían discutido que todos tenían poder competente, tanto natural como moral, para aprovecharse de su ayuda. Se ofreció sinceramente a todos, con el único propósito de preservar en santidad a los que ya estaban puros y de rescatar a los pecadores; porque era inequívocamente la voluntad de Dios que todos se salvaran. Es posible que haya habido algunos que albergaran la vaga noción de que el diablo y sus ángeles, cuando apostataban, se hundían por debajo del alcance de la misericordia divina, y que los pecadores impenitentes, cuando mueren, pasan la línea que no admite retorno. Pero parece que nadie dudó de que Dios había tratado de evitar la catástrofe fatal; y que sus decretos tenían por objeto conseguirla era una idea que todos habrían rechazado con horror.

Mientras la opinión invariable fue que Dios sinceramente buscaba el arrepentimiento y la salvación de todas sus criaturas descarriadas, es fácil descubrir que una influencia silenciosa pero fuerte conducía constantemente a las mentes más reflexivas hacia el universalismo, ya que era irrazonable suponer que la voluntad de una Deidad inmutable pudiera abandonar totalmente su objetivo, o que la Omnipotencia se vería frustrada para siempre en sus objetivos por la impotencia del hombre. Como resultado de esta opinión, también hubo una persuasión favorable, aunque a menudo indefinida, de la bondad general de Dios, que tendía a sugerir dudas sobre la inflicción eterna de un tormento tan infructuoso como despiadado. Pero cuando los cristianos se acostumbraron a considerar que era la determinación arbitraria del Soberano Todopoderoso salvar a una parte, y sólo a una parte, y al mismo tiempo abandonar al resto a una ruina segura y completa, la doctrina de la miseria sin fin se sostuvo sobre su propio y sustancial fundamento: el consejo

divino; [p.239] porque no era probable que los desdichados y desamparados se salvaran cuando su recuperación no era realmente deseada por Dios (1)

412 a 418 d.C.

Este cambio de doctrina, uno de los más trascendentales que jamás haya ocurrido, parece haber tenido lugar en la iglesia, como muchos otros, por accidente más que por diseño. Dos monjes británicos, Pelagius y su discípulo Celestio, que residían en Roma a principios de este siglo, absorbieron algunos sentimientos peculiares de ciertos (2) cristianos que habían estudiado en Oriente. Aunque estos sentimientos se difundían silenciosamente en la ciudad, se les prestaba poca atención; y Pelagius continuó disfrutando de una alta y merecida reputación por la pureza de su carácter y por la calidez de su devoción a la iglesia. Al ir finalmente a África, trabó cierta relación con Agustín; y luego continuó su carrera en una visita a Juan, en Palestina, dejando a Celestio en Cartago. Aquí este último pronto se vio

involucrado en una acusación de herejía; y fue condenado en el concilio de Cartago, en el año 412 d.C., por enseñar lo que ciertamente era una variación considerable de la creencia popular de la época, que Adán fue creado mortal, y que su transgresión no afectó a ninguno de su posteridad, sino sólo a él mismo.

(1) No olvido, aunque a primera vista pueda parecer incoherente con este razonamiento, que el elevado calvinismo de Whitfield y su escuela fue la ocasión inmediata del surgimiento de la actual secta de universalistas. Pero los principales predicadores de la familia de Whitfield no solían detenerse en el lado negativo del asunto. Los temas favoritos sobre los que muchos de ellos solían explayarse, con todo el fervor del entusiasmo, eran el perdón completo comprado por Cristo, el don gratuito e incondicional de la salvación y la energía omnipotente del Espíritu de Dios para convertir a los pecadores. Cuando estos temas alentadores se exponían con tanto celo, sin una correspondiente consideración por el

decreto de condenación, no era más que un paso adelante hacia la esperanza, la conclusión, de que Dios quería que todos los hombres se salvaran, y a ese paso los impulsaron la fuerte corriente de sus nuevos sentimientos, su visión del reino creciente y victorioso del Mesías, así como los testimonios de las Escrituras, a menudo antes de que estuvieran plenamente conscientes de ello.
(2) Se ha supuesto que un tal Rufino, un sirio (amigo y no oponente de Jerónimo), trajo esta doctrina de Asia Menor, y quizás de Teodoro de Mopsuestia, a Roma, y allí se la enseñó a Pelagius. [p.240]

A estos detalles podemos agregar aquí algunos otros que se involucraron durante el progreso de la controversia subsiguiente, y que completan la doctrina del *pelagianismo*: que como la humanidad ahora nace pura, es capaz, después de la transgresión, de arrepentirse, reformarse y llegar finalmente a los más altos grados de virtud y piedad, incluso a la perfección, mediante el ejercicio meramente de sus

propios poderes naturales; que aunque las excitaciones externas de la gracia divina son necesarias para despertar sus esfuerzos, sin embargo no tienen necesidad de ninguna agencia interna del Espíritu Santo; que el bautismo infantil no lava el pecado, sino que es solo una ceremonia de admisión a la Iglesia de Cristo; y que las buenas obras son meritorias como condiciones de la salvación. Tales, al parecer, fueron los verdaderos principios de Pelagius y Celestio, aunque a veces se les acusó injustamente de desconocer la necesidad de la gracia de Dios en todo sentido relativo a las acciones humanas, y de negar la utilidad del bautismo infantil.

Tras la condena de Celestio en el concilio de Cartago, Agustín comenzó a predicar y a escribir contra la herejía con su característica ternura al principio hacia sus autores, pero siempre con una determinación fría e invencible de destruir su doctrina de raíz. Pero, en la larga contienda que siguió, él mismo se fue pasando, poco a poco, al extremo opuesto; [p.241] Influido, tal vez, por la inclinación

inicial de sus principios *maniqueos,* (1) sostuvo que lo nuevo en la iglesia era que la transgresión de Adán había corrompido tan completamente a toda su posteridad que, por naturaleza, sólo podían hacer el mal y que nada más que el irresistible Espíritu del Todopoderoso podía inclinar sus voluntades al bien e inducirlos, contrariamente a su naturaleza, a aceptar su gracia. Sólo Dios fue, desde el principio hasta el fin, el agente inmediato de su conversión contranatural; y sólo de su placer arbitrario dependía que el pecador impotente fuera renovado. A partir de estas premisas, llegó a la conclusión necesaria de que Dios había predestinado a quién convertir y, finalmente, salvar, sin referencia a nada que ellos debieran hacer; mientras que también había predeterminado pasar por alto a todo el resto de la raza caída. Tal fue la primera organización del sistema ortodoxo actual, en lo que respecta a la depravación total, la elección y la reprobación. (2) Con opiniones muy diferentes, los pelagianos fueron atacados también por otros escritores contemporáneos, y entre ellos

por Jerónimo, con su habitual violencia.

(1) Véase la página 126, nota 1. Es una circunstancia curiosa que casi todos los padres que se habían convertido de otras religiones, siempre conservaron algunas de las peculiaridades de sus doctrinas anteriores, a pesar de que se convirtieron en los opositores más enérgicos de esos sistemas, tomados en su conjunto. Testigos de ello son los conversos de los griegos, que corrompieron el cristianismo con su antigua filosofía; y los de la religión de los magos, que introdujeron las monstruosas fábulas de los gnósticos.
(2) La diferencia entre la doctrina de Agustín y la de Calvino sobre la elección y la reprobación, aunque pequeña, es tal que delata la crudeza del maestro y los toques finales de su alumno. Agustín parece haber sostenido que Dios no ordenó la caída de Adán, y que fue después de que ese evento ocurrió, y cuando se hizo seguro que toda la raza nacería totalmente depravada, y por lo tanto bajo la esclavitud indefensa del pecado, que los

elegidos fueron escogidos y los réprobos abandonados. El plan original de la creación no incluía tal resultado. Pero Calvino y otros reformadores, con un ordenamiento mejor digerido, retrotrajeron el decreto separatista a las eras pasadas de la eternidad; de modo que la humanidad fue creada originalmente para sus respectivos destinos. Agustín no fue en modo alguno completamente sistemático: sostuvo que Cristo murió por todos los hombres; que incluso la conversión genuina no es garantía de felicidad final, ya que los súbditos pueden después recaer fatalmente y perecer; y que la gracia de la perseverancia es solamente la garantía de la elección personal. Ningún infante que no hubiera sido bautizado podía salvarse; porque la regeneración se efectuaba solamente en el rito del bautismo en agua. [p.242]

413 a 420 d.C.

Durante los primeros tres o cuatro años de sus problemas, Pelagius residió en Palestina (413 a 420 d.C.) disfrutando del

patrocinio de Juan de Jerusalén; y cuando, en 413 d.C. En el año 416 fue acusado de herejía ante un sínodo en Diospolis, cerca de Jope, y el prelado lo defendió con ahínco y consiguió su absolución total. (1) Pero Juan no vivió para presenciar la conclusión de la controversia. Una muerte pacífica puso fin a su carrera a principios del año 417, aproximadamente a la edad de sesenta años. Fue algo famoso en su época, pero principalmente por el papel que desempeñó en las contiendas que agitaron a la iglesia. No descubrimos nada en su vida que muestre un conocimiento, talento o piedad superiores; y como se le ha descrito generalmente, delata una considerable petulancia, timidez y astucia cautelosa. Sin embargo, para ser justos con él, debemos recordar que su historia está recogida íntegramente de sus oponentes, y principalmente de sus enemigos acérrimos. Es cierto que sus amigos le dieron el carácter de un hombre digno y piadoso; e incluso el Papa Anastasio y Agustín se dirigieron a él en términos de respeto y estima. En efecto, tal como se le describe realmente, no

sería desmerecer a la mayoría de sus contemporáneos compararlos con él. Fue un celoso patrono de la vida monástica y participó en la veneración prevaleciente de las reliquias; y sus últimos días fueron honrados, para adoptar el lenguaje de aquellos tiempos, por el descubrimiento milagroso de los cuerpos de Esteban, el primer mártir, de Nicodemo, que vino a nuestro Salvador de noche, y de Gamaliel, el maestro de San Pablo.

(1) Fleury's Eccl. Hist., libro xxiii., cap. 19, 20. [p.243]

Estos restos, sin duda de algunas personas anónimas, atrajeron grandes multitudes en su exhibición, despertaron un temor universal y, por supuesto, obraron numerosos milagros, según la invariable costumbre de las reliquias en esa época. (1)

Al despedirnos definitivamente de Juan de Jerusalén, debemos también despedirnos de alguien que ha tenido un papel aún más destacado en los acontecimientos de esta historia. Jerónimo murió, muy

anciano, en Belén, en el año 420; pero el relato que ya hemos dado de su vida y conducta muestra suficientemente su carácter, sin la tediosidad de un análisis formal.

De todos los universalistas antiguos, ninguno es más respetable por su buen sentido y juicio sobrio (420 a 428 d.C.), si podemos confiar en la opinión de los críticos modernos, (2) que Teodoro, obispo de Mopsuestia, un padre ortodoxo muy eminente y un escritor voluminoso. Perteneciente a una ilustre familia siria en Antioquía, fue puesto bajo la instrucción del renombrado sofista y crítico pagano, Libanio; y luego, en compañía del célebre Crisóstomo, estudió teología en la escuela de Diodoro, a quien hemos nombrado como el obispo universalista de Tarso. Al final de sus estudios, parece haber sido ordenado presbítero en su ciudad natal. Aquí, también, poco después lo encontramos ocupado, con Crisóstomo, en instruir a jóvenes en un monasterio, donde tuvo al famoso Nestorio como uno de sus discípulos.

(1) Fleury's Eccl. Hist., libro xxiii.. cap. 22, 23.
(2) Beausobre (Hist. de Manichee, lib. i., cap. 4, tom. i., p. 288), Lardner (Credibility, etc., cap. Theodorus of Mopsuestia) y Mosheim (Eccl. Hist., cent. v., part ii., cap. 2. 3) hablan en los términos más elevados de sus útiles talentos y aparente buen juicio. [p. 244]

En el año 392, poco antes de la muerte de su maestro Diodoro, Teodoro fue nombrado obispo de Mopsuestia, que se encontraba a casi cuarenta millas al este de Tarso y ocupaba ambas orillas del río Píramo. Aquí pasó un largo episcopado de unos treinta y seis años, componiendo numerosos comentarios y obras polémicas; manteniendo, mientras tanto, la reputación de predicador distinguido en Antioquía, en Constantinopla y en todo Oriente. Al igual que su maestro Diodoro, siguió el método natural y sencillo de interpretación, y parece, por algunos fragmentos de sus escritos, que sólo nos han llegado, que cultivó este método con más juicio que una gran parte incluso de

nuestros comentaristas modernos. Tanto le disgustaban las exposiciones alegóricas de Orígenes, de quien no era ningún admirador, que publicó una obra contra ellas. (1) Aunque sostuvo los principios por los que Pelagius fue condenado, y aunque fue, tal vez, la fuente de donde se transmitieron indirectamente a ese desafortunado hereje, sin embargo, su ortodoxia parece no haber sido puesta en tela de juicio nunca durante su vida. Parece, también, que confesó con impunidad la restauración de los malvados del infierno, mucho después de que la disputa con los origenistas la hubiera desacreditado. "Aquellos", dice él, "que hayan elegido el bien, serán bendecidos y honrados en el mundo futuro. Pero los malvados, que han cometido el mal durante todo el período de sus vidas, serán castigados hasta que aprendan que, al continuar en el pecado, solo continúan en la miseria.

(1) Facundi Hermiauensis de Tribus Capit., lib. iii., cap. 6, iuter Sirmondi Opp., tom, ii., p. 362.

Y cuando, por este medio, hayan sido llevados a temer a Dios y a considerarlo con buena voluntad, obtendrán el goce de su gracia. Porque, él nunca hubiera dicho: *Hasta que hayas pagado el último céntimo* (Mat. 5:26), a menos que pudiéramos ser liberados del castigo, después de haber sufrido adecuadamente por el pecado; tampoco hubiera dicho: *Será azotado con muchos azotes,* y nuevamente, *Será castigado con pocos azotes* (Lc. 12:47, 48), a menos que los castigos que se han de soportar por el pecado tengan un fin." (1) Aprendemos, también, de Focio, del siglo IX, que fue uno de los críticos eclesiásticos más confiables de la antigüedad, que encontró, en otra obra de Teodoro, "la noción de Orígenes sobre la terminación de los castigos del estado futuro". (2)

Él sostuvo que la razón por la que Dios permitió el pecado era que, en última instancia, se haría que sirviera al bien de la humanidad. (3) Según Focio, él sostuvo que Adán fue creado mortal: que la

humanidad no hereda de él ninguna corrupción moral; que los infantes nacen sin pecado; y que la humanidad peca, no por naturaleza, sino por su libre albedrío; o más bien, se opone a las opiniones contrarias, que, dice, fueron enseñadas por algunos cristianos occidentales, aludiendo, probablemente, a Agustín y su partido. (4) Siempre fue un opositor firme y constante del arrianismo; pero se sospecha que fue el padre del nestorianismo,

(1) Assemani Biblioth. Orient., tom, iii., par. i., p. 323.
(2) Pliotii Biblioth., Cod. 177. La obra de Teodoro, que Focio cita aquí, debe haber sido escrita aproximadamente en el año 420; ya que es evidente, por sus temas, que la controversia pelagiana ya había hecho mucho ruido incluso en Oriente.
(3) Véase Du Pin's Biblioth. Pat., siglo V, art. Teodoro de Mopsuestia.
(4) Photii Bib., Cod. 177. [p.246]

una doctrina que llegó, aunque de una manera ciega y muy tortuosa, a poco más

que la simple humanidad de Jesucristo. Murió, sin embargo, en la comunión católica, en el año 428 d.C., probablemente a la edad de setenta años.

Pero después de su muerte, a menudo se le reprochó su pelagianismo y su relación con su erudito Nestorio; y, a mediados del siglo siguiente, fue anatematizado, por esta última razón, por el Quinto Concilio General. En consecuencia, sus obras, en su mayor parte, han perecido o se han conservado sólo en lengua siríaca, entre los nestorianos de Oriente. (1)

Dirigiendo nuestra atención desde Cilicia, bajando por la costa mediterránea hasta Tierra Santa, descubrimos que aquí prevalecía el universalismo, en esa época, en gran medida entre los monjes, especialmente alrededor de Cesarea en Palestina. Pero la visión que obtenemos del asunto es casual e imperfecta, y pronto obstruida por la oscuridad circundante. Sólo sabemos que el origenismo había aparecido abiertamente en el país, con un numeroso grupo de defensores; y que los detalles de su doctrina que más ofendían eran la

preexistencia de las almas y la restauración universal.

(1) Además de fragmentos de sus escritos entre las actas del Quinto Concilio General, en Facundus Hermianensis y en Photius, se supone que el Comentario a los Salmos, bajo el nombre de Teodoro, en Catena Corderii, pertenece a nuestro autor. Se dice también que sus Comentarios a los Doce Profetas Menores existen en manuscrito en la Biblioteca del Emperador en Viena, en la Biblioteca de San Marcos en Venecia y en la Biblioteca del Vaticano. Sin embargo, estos forman sólo una parte muy pequeña del catálogo antiguo de sus obras. [p.247]

Contra ambos puntos, Eutimio, el abad principal que presidía los monasterios en el desierto entre Jerusalén y el Mar Muerto, opuso su máximo celo e indignación, (1) pero no sabemos con qué efecto. Sin embargo, no parece que ninguno de los dos partidos fuera procesado ni que sus doctrinas fueran condenadas. Naturalmente sospechamos

que su fe siempre había persistido en las iglesias donde Orígenes predicó y donde Alejandro, Teoctisto y Juan presidieron; y hay alguna razón para suponer que continuó existiendo en el país hasta que estalló, como aprenderemos, sesenta o setenta años después, y se extendió por una gran parte de Palestina.

450 a 500 d.C.

Pero, con una sola excepción que se mencionará al final, buscamos en vano, en el resto del presente siglo, cualquier rastro de la doctrina, al menos dentro de los límites del Imperio Romano. Se había vuelto impopular.

(1) Vita Euthymii, per Cyrillum Scythopolitaniun, inter Cotelerii Monumenta Graec. Ecclesiae, tom, iv., p. 52. Véase también una paráfrasis de esta obra, por Symeon Metaphrastes, en torn. ii. (a)

(a) Teodoreto, obispo de Ciro en Siria, historiador, etc., era universalista. Este hecho ha sido claramente presentado por el erudito Profesor O. Cone, de la Divinity School de la Universidad de San

Lorenzo (Nueva York), en un artículo en el "Ambassador", mencionado por el Dr. T. B. Thayer, en el "Universalist Quarterly", de abril de 1866. Extraemos de esta nota algunas de las siguientes declaraciones: —

Teodoreto nació en Antioquía, en el año 393 d.C. Fue educado en un monasterio, teniendo como condiscípulos y amigos especiales a Nestorio y Juan, más tarde patriarcas de Constantinopla y Antioquía. Su maestro en teología fue Teodoro, de Mopsuestia, obispo y renombrado como universalista; y aprendió elocuencia y literatura sagrada con Crisóstomo, el "boca de oro". Fue consagrado obispo de Ciro a los treinta y cuatro años de edad. Su diócesis contenía alrededor de ochocientas iglesias. Mosheim declara que fue "elocuente, erudito, hábil en todas las ramas de la aprendizaje teológico; " y el Dr. Murdoch, en sus notas a Mosheim, dice que era "franco, de corazón abierto, ingenuo, tenía opiniones y sentimientos elevados, era resuelto e inflexible, pero generoso, comprensivo y ardientemente piadoso". Estuvo involucrado en la

controversia nestoriana y las controversias que surgieron de ella, y fue depuesto de su sede por el Concilio de Éfeso, en el año 449 d.C., pero fue restaurado por el Concilio General celebrado en Calcedonia, en el año 451 d.C. Murió en el año 457 d.C. Sus obras llenan cuatro volúmenes, folio, reimpresos en diez partes, 8vo, por Schulze (Halle, 1768-1774), y consisten en Comentarios sobre muchos libros del Antiguo Testamento y todas las Epístolas de San Pablo; una Historia de la Iglesia desde el año 325 d. C. hasta el 429 d. C., en cinco libros; una Historia religiosa, que consiste en vidas de los Padres del Desierto; los Eranistas, un Diálogo contra el Eutiquianismo; una Historia Concisa de las Herejías, junto con discursos y un gran número de cartas, etc., etc.

Teodoreto pertenecía a la escuela de Antioquía, una escuela hasta ahora poco estudiada por los teólogos modernos. A la misma escuela también pertenecían Teodoro, obispo de Mopsuestia, Diodoro de Tarso, Gregorio de Nisa, etc., todos ellos universalistas.

En una de sus Oraciones sobre la

Providencia (décima), citada por el profesor Cone, utiliza este lenguaje: "Por lo que él (Cristo) dice en otra parte: 'Ahora es el juicio de este mundo, ahora el Príncipe de este mundo será arrojado fuera'. En efecto, una vez que se ha establecido el juicio, será condenado y expulsado de su soberanía, como uno que se ha opuesto injustamente a mí. Luego, enseñando que liberaría del poder de la muerte no sólo su propio cuerpo, sino al mismo tiempo, toda la naturaleza de la raza humana (pasan ton anthropon ten phusin), añade inmediatamente: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos los hombres hacia mí", porque no soportaré lo que he emprendido, resucitar sólo el cuerpo, sino que llevaré a cabo plenamente la resurrección de todos los hombres. Porque para esto vine, y asumí la forma de siervo, y como cordero ante su trasquilador, no abrí mi boca. El bienaventurado Pablo también habla en el mismo sentido, escribiendo a los Colosenses, y a través de ellos a todos los hombres: "Y a vosotros, estando muertos en vuestros pecados y en la incircuncisión de vuestra

carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados", etc. [p. 248]

De esto aprendemos que él ha pagado la deuda por nosotros, y ha borrado la escritura que estaba contra nosotros, y habiendo hecho estas cosas, él vivificó junto con él toda la naturaleza de los hombres."

La resurrección de toda la naturaleza del hombre es su resurrección a la vida superior - a la imagen de lo celestial - a la perfección espiritual de la inmortalidad.

El profesor Cone dice de Teodoreto: ”Él da esta visión espiritual superior de la resurrección (anastasis) en su Comentario sobre Efesios 1:10: 'Porque a través de la dispensación o encarnación de Cristo, la naturaleza de los hombres surge' (anistatai), o es resucitada, 'y se viste de incorrupción'. Él no dice los cuerpos de los hombres, sino que la 'naturaleza' (phusis) es resucitada. En sus comentarios posteriores sobre este pasaje sublime, 'para que en la dispensación del cumplimiento de los tiempos pudiera reunir todas las cosas en Cristo, tanto las que están

en el cielo como las que están en la tierra', dice, 'y la creación visible será ‘Librados de la corrupción, alcanzarán la incorrupción, y los habitantes de los mundos invisibles vivirán en perpetua alegría, porque el dolor, la tristeza y el gemido desaparecerán’”.

En la Comm. sobre Heb. ii. 9, “para que él, por la gracia de Dios, gustase la muerte por todos los hombres”, Teodoreto muestra que Cristo destruye el poder de la muerte y asegura nuestra resurrección a la incorrupción e inmortalidad, y cita Romana viii. 21, y afirma que los ángeles se llenarán de alegría por la obra completa de Cristo: “Porque si se regocijan por un pecador, ¿cuánto más se llenarán de alegría al ver la salvación de tantas miríadas? Por todos, por tanto, él (Cristo) soportó su pasión salvadora”.

Se debe disculpar la extensión de esta nota. No podría ser más corta y colocar los hechos claramente ante el lector. —A. San J. C. [p.249]

Pues aunque no había sido marcado

judicialmente con la marca indeleble de la herejía, salvo cuando abarcaba la salvación del diablo y sus ángeles, sin embargo, incluso en su forma restringida, como extendiéndose sólo a la restauración de toda la humanidad, había sido señalado como un error odioso y afín; y la tranquilidad del público, así como la tranquilidad del individuo, deben haber sugerido la prudencia de ocultarlo. Incluso el nombre familiar de Origenismo desaparece casi por completo durante este período. (1) De hecho, podemos descubrir una disposición favorable en los historiadores eclesiásticos, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto; de los cuales, los dos primeros defendieron la reputación de sus antiguos defensores, y el último descuidó insertarlo en su catálogo general de herejías. Por otra parte, parece que Antipater, obispo de Bostra en Arabia, se propuso refutar la Apología de Orígenes de Pánfilo y Eusebio;

(1) A este período, si no a uno posterior, tal vez se le pueda asignar la *Apología de Orígenes en cinco libros* (anónima), que Focio

describe (Biblioth., Cod. 117), sin fijar su fecha. Según él, era de poco valor. El autor, al parecer, mencionó a Clemente de Alejandría, Dionisio el Grande e incluso Demetrio, como testigos a favor de Orígenes; y se esforzó particularmente por defender a Pánfilo y Eusebio, lo que demuestra que fue después de que habían sido reprochados por su Apología, tal vez por Jerónimo, tal vez por Antípater. También reconoció y mantuvo la doctrina de Orígenes de la preexistencia y algunas otras nociones heterodoxas; Pero negó que Orígenes hubiera sido culpable de los siguientes errores que se le imputaban: "Que el Hijo no debe ser invocado, no es absolutamente bueno y no conoce al Padre como él se conoce a sí mismo; que las naturalezas racionales entran en los brutos; que hay una transmigración en diferentes tipos de cuerpos; que el alma de Cristo era la de Adán; que no hay castigo eterno para los pecadores, ni resurrección de la carne; que la magia no es mala y que la influencia de las estrellas gobierna nuestra conducta; que el Hijo unigénito, de aquí en adelante,

no poseerá reino; que los santos ángeles vienen al mundo como criaturas caídas, no para ayudar a otros; que el Padre no puede ser visto por el Hijo; que los querubines son meramente los pensamientos del Hijo; que Cristo, la imagen de Dios, en la medida en que es la imagen, no es el Dios verdadero". [p.250]

y que, aproximadamente al mismo tiempo, un concilio en Roma, en el año 496 d.C., dio o siguió el ejemplo. (1)

Pero se pueden atribuir otras causas más interesantes al silencio que impregna los escritos eclesiásticos de este período con respecto al universalismo (450 a 500 d.C.). No es de extrañar que se lo haya pasado por alto o, si se sabía que existía, que se lo haya dejado pasar desapercibido, cuando temas muy diferentes y de la naturaleza más desconcertante acapararon la atención de toda la cristiandad. El Imperio Romano de Occidente estaba a punto de naufragar en medio de las olas violentas y conflictivas que lo azotaban desde el feroz Norte; y

finalmente se hundió, bajo los repetidos ataques de los bárbaros, en el año 476. Odoacro, rey de los hérulos, disfrutó del botín y extendió su cetro sobre toda Italia. Otros conquistadores avanzaron desde las inagotables regiones de la barbarie y, a su vez, arrebataron el poder a los recientes vencedores. Desde Roma hasta Britania, desde el Danubio hasta África, todo era un escenario de ansiedad y angustia. En medio de la conmoción general, la Iglesia vio, con igual pesar y temor, a los arrianos exiliados regresar junto con las huestes invasoras de sus conversos bárbaros y, bajo el patrocinio de los hunos, godos y vándalos, asumir la preeminencia en Italia, Galia y las provincias africanas. Los católicos ahora temían, y a veces sentían, el azote de la retribución; pero aún conservaban suficiente espíritu para librar, a intervalos, una contienda polémica con los pelagianos y semipelagianos.

(1) Huet, Origeniano, lib. ii., cap. 4, sect, ii., §§ 24, 25. [p.251]

Los pontífices romanos, sin embargo, tenían otros temas de interés en las terribles y vergonzosas contiendas que estallaban, con una violencia y una duración sin precedentes, en las iglesias orientales.

El imperio de Oriente, aunque poco molesto por los enemigos extranjeros, se agitaba por las desesperadas querellas del clero, que han dejado, en los registros de esta época, una de las manchas más negras que deshonran las páginas de la historia eclesiástica. El gran arzobispado de Egipto, que hasta entonces había mantenido su superioridad entre las diócesis orientales, observaba con ojos envidiosos la creciente influencia de la nueva sede de Constantinopla, que ascendía rápidamente a un rango próximo al de Roma; Los dos prelados de Alejandría que se sucedieron, que heredaron los vicios y los celos de Teófilo, ya habían despojado a Nestorio y después a Flaviano del trono episcopal de la ciudad rival, por medio de algunas intrincadas cuestiones sobre la unión de las naturalezas divina y humana de Cristo.

Todo Oriente, desde el Nilo y el Bósforo hasta el Éufrates, tomó partido en una larga contienda, en la que se jugaban el honor y la libertad, y la destitución y el destierro eran el castigo del fracaso. Los artificios, la injusticia atroz y el descaro desvergonzado que prevalecen en las cortes más degeneradas en tiempos de facción violenta, deshonraron tres Concilios Generales, (1) en rápida sucesión, y procuraron a uno de ellos, incluso en esa época, un apelativo que verdaderamente pertenecía a todos, la Asamblea de los Ladrones. El espectador indignado se aparta con gusto de estas escenas deplorables (2)

(1) En Éfeso, en el año 431 d. C.; en el mismo lugar, en el año 449 d. C.; y en Calcedonia, en el año 451 d. C. El de 449 d. C. no se cuenta, por los católicos, entre los Concilios Generales, porque los legados del Papa fueron excluidos.
(2) De esta contienda, Gibbon (Decadencia y caída, etc., cap. xlvii) ha dado una descripción de la vida que, aunque ligeramente marcada por su ironía infiel, parece bien

fundamentada y no difiere materialmente de la narrativa del católico Fleury. (Hist. Eccl., libro xxv. y siguientes.) [p.252]

Y sólo podemos observar que antes del fin de este siglo, las herejías nestoriana, eutiquiana y monofisita fueron condenadas sucesivamente, a medida que surgían, y que en medio de disturbios, intrigas, sobornos, patadas y golpes, se estableció la fe ortodoxa actual sobre las dos naturalezas de Cristo: que su divinidad y humanidad están íntimamente unidas en una persona, aunque sin embargo son distintas.

Alrededor del año 500 d.C.

Hacia el fin del siglo encontramos un solo ejemplo de universalismo, en el remoto país de Mesopotamia, sin embargo, y más allá de los límites del Imperio Romano. En Edesa, a unas setenta millas al este de las aguas superiores del Éufrates, y a veintiséis al noroeste de la antigua Harán, (1) el abad Stephau Bar-Sudaili presidía un claustro de monjes y mantenía una

distinguida reputación entre aquellos cristianos que sostenían la sencilla unidad de la naturaleza divina y humana de Cristo. Pero, desviándose, al final, de la fe común de sus hermanos, procedió a enseñar que los castigos futuros finalmente llegarán a su fin; que los hombres malvados y los demonios, una vez purificados, obtendrán misericordia; y que todas las cosas serán llevadas a la unidad con Dios, de modo que, como lo expresa San Pablo, él se convertirá en todo en todos. (2) No sabemos si tuvo éxito, en alguna medida, en propagar esta doctrina entre las iglesias de Mesopotamia y Siria.

(1) Véase Los viajes de Buckingham por Mesopotamia, etc., cap. lii.— v.
(2) Assemani Biblioth. Orient., desgarrado. ii.. págs. 30-33, 291. Véanse también las observaciones de Neander, Allgemeine Geschichte der Christlich. Religión, ud. 8. w. 2n. Banda 3te. Abtheil., §§ 793—795.
[p.253]

Sólo sabemos que pronto provocó las

quejas de algunos de sus hermanos, que lo estigmatizaron como herejía; (1) y que abandonó Edesa y se fue a Palestina, tal vez para asociarse allí con los origenistas.

No nos queda más que terminar con una mención pasajera de los maniqueos. Bajo esta denominación, que ahora se había vuelto algo indefinida, se pueden incluir a todos los cristianos gnósticos de este siglo; pues los priscilianistas, que eran numerosos en España, y algunos marcionitas, dispersos en varias partes, fueron clasificados a menudo, y no muy impropiamente, con los seguidores más genuinos de Maniqueos, que acechaban en todos los rincones de la cristiandad. Todos ellos habían sido llevados, por su trato con el mundo romano, a modificar su sistema general y a omitir algunas de sus fábulas; pero siempre se adhirieron a su doctrina fundamental de dos principios originales, las causas distintas del bien y del mal. En un solo punto podemos preferir sus puntos de vista a los de una gran parte de los ortodoxos: contemplaban a la Deidad en el carácter inmutable de la benevolencia universal y

perfecta. Este importante sentimiento, junto con su fantástica noción sobre la emanación divina de todas las almas, los inclinaría naturalmente a esperar la recuperación eventual de la naturaleza humana; pero no se ve claramente hasta qué punto se acercaron a esta conclusión. Todavía conservaban bastante de sus peculiaridades orientales para hacerlos intolerables a las sectas griegas y romanas; y, [p.254] mientras las crueles leyes de persecución los obligaban a ocultarse con el mayor cuidado, el agudo celo de los obispos y gobernadores a menudo los detectaba a través de todos sus disfraces.

(1) Assemani Bib. Orient., tomo I, pág. 303; tomo II, págs. 30-33. [p.255]

CAPÍTULO IX. Desde el año 500 al 554 d.C.

La escena inicial de nuestra narración se sitúa en la árida soledad entre Jerusalén y

Belén al oeste, y la costa hundida del Mar Muerto, o Lago Asfaltitas, al este. Las características salvajes y austeras de la desolación que impregnan este desierto montañoso le vendrán a la mente a todo aquel que haya estudiado atentamente la geografía de Palestina. Pero difícilmente se puede considerar una interrupción inútil si nos detenemos aquí para observar con más atención y detalle una región tan llena de interés y que conserva hasta el día de hoy casi el mismo aspecto que tenía en el siglo VI.

Si comenzáramos nuestro estudio en el extremo noreste y nos situáramos en algún punto elevado, si lo hubiera, en los campos adyacentes a la otrora floreciente Jericó, nos encontraríamos en medio de una llanura irregular, de gran longitud y considerable anchura. Su fertilidad desapareció hace siglos con las tribus desterradas, y no quedaron muchos restos sobre la reseca superficie, salvo una especie de hierba espinosa y algunos bosques y plantaciones aislados. Dos leguas al este, la llanura está dividida por las orillas cubiertas de juncos y arbustos

del Jordán, cuyas aguas turbias corren a toda prisa por un estrecho canal hacia su desembocadura en el Mar Muerto. [p.256] Si nos volvemos para mirar hacia el norte, vemos que la llanura se pierde en la distancia. Pero muy cerca aparece el miserable pueblo de chozas árabes, que ocupa poco espacio en el lugar de la antigua Jericó; y varios puntos de hermosa vegetación, aquí y allá convertidos en jardines, marcan el curso que los arroyos de la Fuente de Eliseo, un poco más lejos, aún mantienen a través de la aridez circundante. Si dirigimos la mirada hacia el oeste, la enorme y escarpada montaña de Quarantania, a sólo tres millas de distancia, se alza ante nosotros y eleva hasta el cielo esos acantilados desnudos desde donde, según la tradición, el tentador mostró a nuestro Salvador todos los reinos de este mundo. Mirando más allá del lado sur de la montaña, descubrimos un poco más lejos, en el camino hacia Jerusalén, la salvaje congregación de colinas estériles que forman el límite de la llanura. Elevándose justo detrás de la primera cordillera, se

ven las cimas de montañas irregulares e informes, entre cuyos profundos y tremendos barrancos se encuentra, oculto a nuestra vista, el Desierto de la Tentación. Lejos, más allá de una zona sucesiva de menor elevación y de menor esterilidad, tal vez podamos divisar, a través de alguna abertura afortunada, las bajas y triples cumbres del Monte de los Olivos, a una distancia de dieciocho millas al suroeste, que excluyen la ciudad de Jerusalén de la perspectiva oriental.

Al girar hacia la izquierda, desde el barrio del Monte de los Olivos, con la espalda hacia Jericó, la mirada todavía se dirige a lo largo de la masa quebrada de colinas, unas pocas millas al sur, donde la llanura termina en sus bases, o es invadida por sus riscos más avanzados y separados. [p.257] Más allá de ellos, vislumbramos eminencias más remotas, que aparecen aquí y allá sobre el horizonte, y por su lúgubre blancura delatan la soledad y la decadencia que reinan en el interior. Si recorremos de soslayo las sucesivas crestas que se extienden hacia la izquierda a medida que

se acercan al mar Muerto, percibimos que su altura aumenta gradualmente hasta el borde mismo, donde de repente se desploman para dejar lugar al lecho del lago. El lago mismo se puede ver aún más lejos, hacia el este, llegando a los límites de la llanura; y sólo un promontorio intermedio oculta a nuestra vista toda la extensión de aguas que se extienden hacia el sur hasta una distancia indiscernible.

Desde nuestro puesto de observación sólo hay cinco o seis millas, sobre una zona arenosa, hasta la parte más cercana del mar Muerto; y si, abandonando los campos de Jericó, continuamos hacia allí y seguimos la costa hacia el sur, llegamos por fin a la frontera montañosa ya inspeccionada. Aquí entramos en una amplia playa, que recorre todo el resto, tal vez, del lago, entre el borde de las olas y la alta almena de acantilados del oeste. Avanzando por este valle desolado, atravesamos montones de arena y parches de barro seco, cubiertos de una espesa capa de sal; y a veces, un arbusto solitario y achaparrado sacude el polvo de su escaso follaje con el viento. A nuestra

derecha, vemos las imponentes masas de roca que siguen avanzando, pero que con frecuencia se ven interrumpidas por enormes abismos que serpentean en muchas complejidades a través de su espesa cordillera. El lúgubre lago ahora se extiende ante nosotros hacia el sur; pero su extremo está fuera del alcance de la vista. [p.258] Al este, sin embargo, vemos su anchura contraída, a una distancia de diez o quince millas, limitada por las oscuras y aparentemente perpendiculares montañas de Arabia, que se alzan en la orilla opuesta como una muralla estupenda. Ningún pico solitario parece romper la uniformidad de su cima continua; solo percibimos ligeras inflexiones, aquí y allá, como si la mano del pintor, que trazó esta línea horizontal a través del cielo, hubiera temblado a veces en la audaz ejecución.

Después de seguir la ancha playa o valle durante seis u ocho millas hacia el sur, podemos girar a la derecha y buscar nuestro camino hacia los precipicios. Al llegar a la cima de la cordillera, todo el país, hasta el Monte de los Olivos en el

noroeste, las colinas de Belén en el oeste y las de Tecoa en el suroeste, estallan de inmediato en desolada majestad ante nuestra vista. Llanuras y estrechos valles sin verdor ni habitantes, colinas cuyas rocas antiguas se están descomponiendo en polvo, crestas agudas y puntas deformes en la distancia, llenan el paisaje. A lo largo de gran parte de esta zona, el espíritu de locura religiosa, de reclusión fanática, puede encontrar alojamiento en los profundos laberintos canalizados entre acantilados sólidos y en numerosas cavernas, algunas de ellas casi inaccesibles. Incluso cerca de la cima en la que nos encontramos podemos ver abismos que se hunden hasta la base misma.

Si miramos hacia el norte, aparece la llanura de Jericó; Si nos dirigimos hacia el sur, la confluencia de las montañas se extiende más allá de la desembocadura del Cedrón y finalmente se pierde en la vista en medio del vasto desierto de Ruba. [p.259] Debajo de nosotros, hacia el oeste, se extiende una llanura considerablemente ancha, a través de la

cual, en tiempos antiguos, se encontraba el camino de Jericó a Hebrón. Descendiendo de las alturas y cruzando este espacio abierto hacia el oeste, nuestro camino corre entre pequeños montículos de tiza y arena, y algunas manchas dispersas de hierba; hasta que, al cabo de tres millas, llegamos al límite. Aquí comenzamos a subir a través de las estrechas gargantas de otra cadena de montañas, blancas, áridas y polvorientas; y ni una sombra solitaria, ni una planta, ni siquiera el último esfuerzo de vegetación, un solo penacho de musgo, se encuentra con la vista a medida que avanzamos. Cuatro o cinco millas en la misma dirección nos llevan al borde del largo y tremendo abismo, a través del cual, en la estación de las lluvias, brota el torrente Cedrón, en su curso sureste desde Jerusalén hasta el Mar Muerto. A través de una abertura repentina, se puede divisar esa ciudad misma, que parece un montón confuso de rocas, casi una docena de millas al noroeste; y las cumbres desnudas que se elevan en cada cuadrante sobre nosotros dominan una perspectiva

del lago oriental. Continuando ahora una pequeña distancia por el canal del Cedrón, descubrimos, en su mismo lecho, y doscientos o trescientos pies más abajo de nosotros, el antiguo monasterio de San Sabas, rodeado de numerosas celdas en los precipicios, y todavía ocupado como convento. (1)

(1) Para la descripción de esta región, véase Relandi Palaestina Illustrata; Pococke's Description of the East, vol. ii., parte 1, págs. 30-45; Los viajes de Sandys, cap. iii., el viaje de Maundrel a Jerusalén; los viajes del Dr. E. D. Clark por Grecia, Egipto y Tierra Santa, cap. 17, 18; y los viajes de Chateaubriand, parte iii. Se pueden extraer varias pistas sorprendentes de Cyrilli Scythopolitani Vita S. Sahae, inter Coteleri Mon. Eccl. Graecaj, tor. iii. Véase también, entre otras, la mejor obra sobre Paleatine, las Investigaciones bíblicas de Robinson, etc. [p. 260]

500 d.C.

A principios del siglo VI, esta gran

soledad llevaba mucho tiempo poblada de monjes. Se prepararon muchas lauras, o conjuntos de celdas y cavernas para reclusos, en diferentes lugares; y se erigieron monasterios, o conventos regulares, en otras partes. De los primeros, el más famoso, en este período, fue la laura de San Sabas, cuyos restos acabamos de examinar. Fue fundada, menos de veinte años antes, por el distinguido abad de ese nombre; y cinco o seis mil monjes ya se habían reunido en el profundo canal del Cedrón, bajo la protección de sus reputados milagros y santidad. Una lucha muy exitosa, de más de cincuenta años, contra todo modo natural de existencia humana, había conferido a Sabas una preeminencia venerable sobre todo el desierto; y un temperamento apacible y paciente le dio a su autoridad una especie de carácter paternal. Con estas cualidades, no es de extrañar que la escrupulosa exactitud de su fe, la miseria de su apariencia y los supuestos dones de ordenar la lluvia del cielo y de cerrar las bocas de las fieras, lo hicieran conocido en esa época como "la

luz y el adorno de toda Palestina".

501 a 506 d.C.

Entre los años 501 y 506, una vieja (1) dificultad estalló de nuevo en medio de su propia laura. Cuarenta de sus monjes se sintieron muy insatisfechos; y él, que rara vez se enfrentaba a la oposición, abandonó el lugar y se retiró a una cueva cerca de Escitópolis. Después de un tiempo regresó; pero al encontrar que los descontentos habían aumentado ahora al número de sesenta,

(1) Vit. Sabae, cap. 19. [p.261]

y se habían vuelto completamente irreconciliables, se fue de nuevo. Esta repentina e inesperada ausencia dio a sus enemigos la oportunidad de halagarse, al menos para decir que había sido devorado por fieras; y, yendo a Jerusalén, pidieron a Elías, el obispo de esa ciudad, que les nombrara otro abad. Sin embargo, su informe no tuvo crédito; y Elías no quedó defraudado cuando, algún tiempo después, vio al propio Sabas, con varios

discípulos de su nuevo retiro, entrar en la Ciudad Santa, en la fiesta del aniversario de la Dedicación del Templo. El obispo le conminó solemnemente a que volviera a su laura, y escribió una carta a los monjes allí, ordenándoles que lo recibieran con honores y se sometieran a su autoridad. Pero cuando Sabas llegó y presentó la carta en público, los descontentos se levantaron en rebelión, asaltaron uno de los edificios en su ira y lo arrojaron al torrente. Los alborotadores, en número de sesenta, tomaron entonces su rumbo por las colinas, en dirección suroeste, hacia la laura de Succa, probablemente a unas ocho o diez millas de distancia. (1) Solicitaron en vano que los dejaran entrar, y siguieron adelante hasta que entraron en el profundo valle que se encuentra bajo el lado sur de la colina en la que se encontraba la aldea en ruinas de Tekoa. Allí, al encontrar un poco de agua y algunas celdas abandonadas, se establecieron y llamaron al lugar *Nova Laura*, o la nueva laura. (2)

(1) La laura de Succa no estaba

lejos de Tekoa, ni al norte ni al sur (compárese Vit. Sabae, cap. 36, con Vit. Cyriaci, inter Cotelerii Mon. Eccl. Graecae, torn. iv. pp. 117, 118); pero no se puede determinar en cuál de estas direcciones. Sin embargo, la forma de la expresión en Vit. Sabae parece indicar que estaba hacia la laura de Sabas desde Tekoa.
(2) Creo que Nova Laura debe haber estado en lo que ahora se llama Wady Jehar. (Véase Robinson's Bib. Researches, vol. ii., p. 185.) Estaba en un valle profundo, no muy lejos al sur de Tekoa. [p.262]

507 d.C.

Al no tener iglesia, se vieron obligados, por un tiempo, a celebrar sus ejercicios públicos en una antigua en Tekoa, dedicada al antiguo profeta Amós, una vez habitante de este pueblo. (1) Sabas, habiendo obtenido información del lugar de su retiro, los visitó con los suministros necesarios; y obteniendo después, de Elías, en Jerusalén, una suma de oro para el propósito, les construyó una iglesia, y la dedicó en el año 507 d.C.

Su beneficencia pareció reconciliarlos; y le permitieron poner sobre su laura a un superior, que la gobernó en silencio durante siete años. (2)

514 d.C.

A la muerte de este supervisor, su sucesor admitió a cuatro origenistas, por ignorancia, según se dice; Entre ellos, los principales fueron Nono, cuya historia anterior es completamente desconocida, y un tal Leoncio de Bizancio o Constantinopla. Su principio distintivo parece haber sido la preexistencia de las almas humanas; pero a esto parece que debemos añadir el de la restauración universal. (3)

(1) Amós i. 1.
(2) Vit. Sabae, cap. 33-36.
(3) No es absolutamente seguro que Nonnus y Leontius fueran universalistas, aunque es muy probable. A continuación, adjunto la mejor evidencia que he encontrado de este hecho: 1. Simeón Metafrastes, un escritor griego del siglo X, que recompuso las vidas de los santos a partir de los documentos originales,

pero que no es de ninguna manera una autoridad indiscutible, aduce, en su Vida de Ciriaco (Cotelerii Mon. Eccl. Graecae, tom, iv., pp. 117, 118), el testimonio de Cirilo, de Escitópolis, un testigo creíble, de que Nonnus y Leontius profesaban las doctrinas de la preexistencia y la restauración universal. 2. El propio Cirilo, que, por así decirlo, era un monje de la laura de Sabas y contemporáneo de Nonnus y Leontius, invariablemente los representa como enseñadores de la preexistencia; 3. Domiciano, arzobispo de Galacia, converso y patrono de Nonnus y Leoncio, fue ciertamente un defensor de ambas nociones (Facundi Hermianensis Defens. Trium Capit. inter Sinnondi Opp., tom, ii., pp. 384, 385); y Facundo, un contemporáneo, observa que fue particularmente a causa de estos principios que su partido fue acusado. Se podrían mencionar varias otras circunstancias a favor de su universalismo; y nada, hasta donde yo sé, se puede encontrar en contra. [p.263]

Ambas opiniones, sin embargo,

permanecieron ocultas, al menos sin ser reprobadas, durante unos seis meses; cuando un nuevo superior, el tercero en sucesión, fue nombrado en Nova Laura, pronto detectó la alarmante doctrina y, por autoridad de Elías de Jerusalén, expulsó a los creyentes. Ellos se retiraron a otras partes del país y propagaron sus sentimientos en silencio. Dos o tres años después, el propio Elías fue depuesto en medio de algunas de las revoluciones eclesiásticas que, en Oriente, siguieron a la controversia nestoriana del siglo anterior; y cuando Juan sucedió en el obispado de Jerusalén, los origenistas vinieron y pidieron ser restituidos en su laura. Pero él, al ser informado por Sabas de su herejía, denegó su petición. Leoncio, de hecho, fue recibido, al final, en la gran laura del propio Sabas; pero, en el momento en que se supo de él, el anciano padre lo echó.

Sin embargo, mejor fortuna esperaba a los marginados: no muchos años después, un tal Mamas, al suceder al cuidado de Nova Laura, admitió, al parecer sin vacilación, (1) a Nonnus, Leontius y su

grupo en la cordial camaradería de la hermandad. Se produjo tal aumento del origenismo en el país que produjo considerable inquietud; y pronto se presentó una oportunidad de presentar el asunto a la atención del ambicioso y ortodoxo emperador Justiniano.

(1) Cirilo dice (Vita Sabae) que Mamas no conocía sus sentimientos; pero ¿cómo podía ignorarlos, después de los disturbios previos? [p. 264]

531 d.C.

Algunos agravios públicos hicieron necesario enviar un agente a la corte de Constantinopla, los obispos de Palestina designaron por unanimidad a Sabas, cuya santidad había sido venerada durante mucho tiempo en el palacio imperial y conocida en todo Oriente. En consecuencia, visitó la capital; Y, habiendo cumplido con su tarea, estaba a punto de despedirse, cuando el adorador emperador humildemente le preguntó qué rentas debería otorgar a los monasterios y lauras del desierto, para asegurar sus

oraciones por él y su gobierno. "Concede las peticiones que he traído", respondió el abad, "y en recompensa Dios aumentará tus dominios, África, Roma y todo el imperio occidental; sin embargo, con una condición: que liberes a las iglesias de las tres herejías de Arrio, Nestorio y Orígenes". El obediente emperador lo colmó de regalos, le prometió todo lo que deseaba y anatematizó esas herejías; pero no aparece si luego emitió algún decreto especial contra ellas. (1)

Sabas murió en su laura, a fines del año 531, poco después de su regreso de Constantinopla;

532 d.C.

y los origenistas de Nova Laura, sintiéndose aliviados de la opresión de su gran autoridad, comenzaron a propagar su doctrina con menos reservas. Su éxito fue, si cabe, más que proporcional a su celo. En poco tiempo convirtieron a todos los más doctos en sus propias celdas, colocaron a sus partidarios al frente de algunos de los monasterios vecinos, difundieron sus opiniones en varias

comunidades grandes de monjes en el desierto y las establecieron incluso en la gran laura de Sabas.

(1) Vit. Sabae, cap. 36; y 70-74. Historia Eclesiástica de Fleury, libro xxxiii., cap. 3. [p. 265]

Entre sus partidarios, quizá entre los nuevos conversos, había dos personas, que ahora se nos presentan por primera vez, y que luego alcanzaron considerable eminencia y desempeñaron un papel destacado en la historia eclesiástica de la época. Domiciano era abad de un monasterio en un desierto; y Teodoro Ascidas era diácono, o uno de los principales funcionarios, de Nova Laura. Ambos eran origenistas; ambos, probablemente, universalistas; al menos, eso es lo que el propio Domiciano confesó. (1) En esa época, cuando fueron a Constantinopla, los acompañaron Nono y Leoncio; y, por recomendación de este último, que parece haber tenido cierta influencia en su ciudad natal, nuestros dos aventureros obtuvieron el patrocinio de

Eusebio, un obispo favorito en la corte. Por su medio, fueron presentados al propio emperador; y, ocultando sus sentimientos y afectos peculiares, se ganaron la parcialidad de Justiniano, que los puso al frente de los dos extensos obispados de Asia Menor. Domiciano fue elevado al rango de sacerdote de Galacia e inmediatamente ordenado en su ciudad metropolitana, Ancira; Teodoro Ascidas, en Cesarea, en la grande e influyente sede de Capadocia,

(1) Facundo, un autor contemporáneo, dice (Defens. Trium. Capital, lib. iv., cap. 4, inter Sirmondi Opp., tom, ii., pp. 384, 385): "Domiciano, ex obispo de Ancira en Galacia, escribiendo un libro al Papa Vigilio, se quejó de aquellos que contradecían la doctrina de Orígenes, de que las almas humanas existían antes del cuerpo en un cierto estado feliz, y que todos los que están destinados a tormentos eternos serán restaurados, junto con el diablo y sus ángeles, a su bienaventuranza primigenia. Domiciano también afirma que

'incluso han anatematizado a los doctores más santos y renombrados, a causa de aquellas cosas que se agitaron a favor de la preexistencia y la restauración universal. Esto lo han hecho bajo el pretexto de condenar a Orígenes; pero en realidad condenando a todos los santos que existieron antes "Este libro de Domiciano fue escrito, probablemente, alrededor del año 546, o un poco después. [p.266]

estaba sentado en el mismo trono episcopal que habían honrado los antiguos, y quizás más dignos, padres, Firmiliano y Basilio el Grande. Ninguno de los nuevos prelados, al parecer, pasó mucho tiempo en sus respectivas diócesis; sino que, siguiendo la moda de la época, recurrieron, entre una multitud de otros obispos, a la corte de Constantinopla, y allí se involucraron en las intrigas del palacio y de la iglesia. Teodoro mantuvo durante mucho tiempo una considerable ascendencia sobre las medidas, aunque no sobre la fe, de la polémica real él mismo, y con frecuencia pervirtió la autoridad imperial para propósitos que, de ser

descubiertos, habrían sido condenados instantáneamente. En medio de los honores a los que había sido ascendido y del esplendor con que estaba rodeado, no olvidó a sus antiguos compañeros en la soledad de Palestina, sino que continuó ejerciendo en su favor toda la influencia que se atrevió a emplear en tal causa. Y ellos, por su parte, no eran inconscientes de las mayores ventajas que podrían derivar del apoyo, por muy cautelosamente concedido, de dos amigos poderosos en la corte. Envalentonados por el patrocinio y alentados por su buena fortuna, los origenistas trabajaron con redoblada energía y en poco tiempo lograron difundir su doctrina por toda Palestina; una empresa que se llevó a cabo más fácilmente debido a la prevalencia anterior del origenismo en el país. (1)

Cinco años después de la muerte de Sabas, su segundo sucesor, Gelasio, al ser elegido sobre el gran laura, decidió frenar la herejía prevaleciente entre su propio rebaño;

(1) Vit. Sabae, cap. 77-83. [p.267]

y, para este fin, consultó a algunos de sus hermanos todavía ortodoxos, y ordenó que el Tratado de Antípatro de Bostra contra Orígenes fuera leído públicamente en la iglesia. Pero esta indignidad sólo provocó un disturbio: y Gelasio pronto consideró necesario, para llevar a cabo su plan, expulsar a algunos de los líderes de la oposición, entre los que se encontraba uno de sus diáconos. Sin embargo, era demasiado tarde para medidas violentas; la expulsión de sus líderes despertó el espíritu del resto, y otros cuarenta fueron expulsados poco después. Los marginados se dirigieron inmediatamente a Nova Laura, donde disfrutaron de la protección de Nonnus, Leontius y sus hermanos, y ayudaron a propagar su fe entre los diversos monasterios del vecindario. (1) El año siguiente, Eusebio, el cortesano episcopal que había presentado a Domiciano y Teodoro a Justiniano, estuvo en Jerusalén; (538 d.C.) Leoncio, en compañía de los marginados de la gran laura, aprovechó la oportunidad para

presentar una queja contra el abad, pidiendo su expulsión. El altivo obispo asumió la silla del juez y, mandando llamar a Gelasio, le ordenó que recibiera a los origenistas o expulsara a sus acusadores. El tímido, o quizás político, abad regresó, ante esto, a la laura de Sabas, y, eligiendo la última alternativa, despidió a seis de sus monjes ortodoxos, probablemente con su propio consentimiento.

(1) La historia de Cirilo (Vit. Sabae, cap. 84) de su expedición hostil con el propósito de destruir la gran laura, de la oscuridad sobrenatural que los cegó y los engañó de modo que no pudieron encontrar el lugar bien conocido, etc., es increíble, a menos que admitamos con él la interferencia milagrosa del difunto Sabas. [p.268]

Estos, sin embargo, fueron directamente a Antioquía, relataron a Efraín, el poderoso arzobispo de esa ciudad, el asunto del origenismo en Palestina, y le mostraron los libros de Antípatro de Bostra contra la

doctrina. Efraín inmediatamente convocó un sínodo provincial en Antioquía, y obtuvo, por primera vez desde los días de Teófilo y Jerónimo, un anatema contra la herejía; Pero no se sabe en qué puntos concretos se había llevado a cabo.

Cuando la noticia de este procedimiento llegó a Palestina, los origenistas, por supuesto, se alarmaron. Leoncio había navegado hacia Constantinopla; pero Nono fue a ver a Pedro, el actual obispo de Jerusalén, y le importunó para que borrara el nombre de Efraín de los dípticos sagrados, o registros oficiales de obispos en comunión y fraternidad. Leoncio en Constantinopla también ejerció su influencia para conseguir la excomunión del arzobispo de Antioquía; y Domiciano y Teodoro se esforzaron por obligar al patriarca de Jerusalén a ejecutar la medida propuesta. Ya había una fuerte desafección contra Pedro entre los monjes del desierto; y, para protegerse de la indignación que era fácil predecir que suscitaría el curso que había adoptado, se las ingenió para conseguir que algunos de los abades ortodoxos

escribieran un tratado contra el origenismo y a favor de Efraín de Antioquía. En consecuencia, lo redactaron y se lo presentaron; y Pedro lo dirigió inmediatamente, junto con algunos "escritos propios, señalando las herejías y los desórdenes de los origenistas, al emperador Justiniano en Constantinopla. Los monjes encargados de estos documentos llegaron a la ciudad imperial, se unieron al diácono, Pelagius, legado del Papa de Roma y enemigo de Teodoro; [p.269] y, por sus esfuerzos unidos, pronto lograron presentar el asunto en forma ante el emperador. (1)

Justiniano, que ahora había estado sentado alrededor de una docena de años en el trono del imperio oriental, fue uno de los pocos soberanos cuya ambición gobernante ha sido brillar en disputas teológicas y adquirir, por una ortodoxia superior y mortificaciones austeras, el orgulloso epíteto de El Piadoso. Nada podría ser más gratificante que esta referencia del asunto del origenismo a su juicio y decisión. Por lo tanto, no perdió tiempo en ordenar que se redactara un

largo edicto, dirigido a Menas, arzobispo de Constantinopla, (539-540 d.C.) y publicada ya en el año 540. "Se nos habla", dice él, "de algunos que, al no tener el temor de Dios ante sus ojos, han abandonado la verdad, sin la cual no hay salvación, y se han apartado de la doctrina de las Escrituras y de los padres católicos, adhiriéndose a Orígenes y manteniendo sus nociones impías, que son como las de los arrianos, maniqueos y otros herejes". Luego procede a enumerar, en un catálogo formal y bajo seis títulos, los errores atribuidos a Orígenes: "1. Que el Padre es mayor que el Hijo, y el Hijo mayor que el Espíritu Santo, como el Espíritu Santo es superior a otros espíritus; y que el Hijo no puede contemplar al Padre, ni el Espíritu Santo ver al Hijo. 2. Que el poder de Dios es limitado, porque puede crear y gobernar sólo un cierto número de almas y una cierta cantidad de materia; que cada especie de ser era coeterna con la Deidad;

(1) Vit. Sabae, cap. 85. y Fleury's Eccl. Hist., libro xxxiii., cap. 3,

4. [p.270]

3. Que los espíritus racionales fueron revestidos de cuerpos, sólo para su castigo; y que las almas de los hombres, en particular, fueron al principio inteligencias puras y santas, las cuales, cansadas de la contemplación divina e inclinadas al mal, fueron confinadas en cuerpos terrenales, como retribución y castigo de sus antiguas locuras. 4. Que el sol, la luna, las estrellas y las aguas sobre los cielos, son criaturas animadas y racionales. 5. Que, en la resurrección, los cuerpos humanos serán transformados en una forma esférica. 6. Que los malvados y los demonios serán finalmente liberados de sus tormentos y restablecidos en su estado original. Justiniano intenta refutar cada uno de estos seis errores con autoridades de las Escrituras y de los padres; pero dirige sus trabajos más particularmente contra el tercero, sobre la preexistencia, y contra el sexto, sobre la restauración. Luego, dirigiéndose a Menas, añade: "Por lo tanto, te exhortamos a que reúnas a todos los

obispos y abades de Constantinopla, y les obligues a anatematizar por escrito al impío Orígenes Adamantius, junto con sus abominables doctrinas, y especialmente los artículos que hemos señalado. Envía copias de lo que se tratará, a todos los demás obispos y a todos los superiores de los monasterios, para que sigan el ejemplo; y, en lo sucesivo, que no haya obispos ni abades ordenados, que no condenen primero a Orígenes y todos los demás herejes, según la costumbre. "Ya hemos escrito así al Papa Vigilio y al resto de los patriarcas." [p.271] Después de una colección de extractos heréticos de los libros de Orígenes, el emperador añade nueve anatemas; seis contra los errores antes mencionados; y tres contra los siguientes sobre la encarnación. "1. Que el alma humana de Jesucristo existía mucho antes de que se uniera al Verbo; 2. Que su cuerpo se formó, en la Virgen, antes de su unión ya sea con el Verbo, ya sea con su propia alma; y 3. Que, de aquí en adelante, será crucificado por la salvación de los demonios". Para concluir, hay un décimo anatema contra la persona de

Orígenes y contra los de sus seguidores. (1)

Este decreto general, que apuntaba totalmente contra el universalismo, salió, por supuesto, como una ley del reino; y la ambición de Justiniano de brillar en la iglesia conspiró con su celo natural como soberano, para asegurar la aplicación rígida de sus órdenes. En consecuencia, los obispos que residían entonces en Constantinopla fueron reunidos inmediatamente en concilio, por el patriarca Menas, para suscribir el Edicto; y poco después, el Papa Vigilio en Roma, Zoilo en el trono arzobispal de Alejandría, Efraín en Antioquía y Pedro en Jerusalén, obedecieron el mandato y siguieron el ejemplo. Incluso Domiciano de Ancira y Teodoro de Capadocia, aunque favoritos, se vieron obligados a ceder al mandato imperial; y, en lugar de sufrir la expulsión, pusieron sus nombres en los anatemas. que condenaba algunos de sus propios sentimientos. (2)

(1) Véase Du Pin's Biblioth. Pat., vol. v., art. Hist, del Quinto

Concilio General. Y Fleury's Eccl. Hist., libro xxxiii., cap. 4. No sé dónde buscar una copia completa de este documento tan importante, el Edicto de Justiniano a Menas, excepto en Harduin's Concilia, tom, iii., p. 243; y esta valiosa colección está fuera de mi alcance.
(2) Fleury's Eccl. Hist., libro xxxiii., cap. 4. Y Du Pin's Biblioth. Patrum, vol. v., art. Hist, del Quinto Concilio General.
[p.272]

540 a 546 d.C.

En Palestina, sin embargo, hubo algunos lo suficientemente audaces y decididos como para resistir la autoridad del emperador. El obispo Alejandro Abyla (1), conocido sólo por su papel en este asunto, se negó a suscribir el decreto, y Nonnus, junto con su partido en general, permaneció fiel a su causa, a costa de ser excluido de la comunión católica y desterrado de Nova Laura. Pero su poderoso protector, Teodoro de Capadocia, pronto se enteró de esta actitud y, enviando a buscar a ciertos agentes de la iglesia de Jerusalén que

residían en Constantinopla, amenazó airadamente con privar a su obispo, Pedro, de su sede, a menos que diera satisfacción a los marginados y los restituyera a su antigua posición. Al mismo tiempo, envió un mensaje a Nonnus y sus partidarios, aconsejándoles que propusieran a su obispo una especie de compromiso, en el que sólo pronunciaría una forma indefinida de palabras, anulando, en términos generales, todos los anatemas que no fueran conformes a la voluntad de Dios. Sin embargo, como la intención real y manifiesta de esta formalidad equívoca era implicar una censura del último Edicto del emperador, Pedro al principio se negó; Pero, temiendo la peligrosa influencia de Teodoro en la corte, finalmente pronunció la sentencia en privado, readmitió a los origenistas en su laura y finalmente nombró a dos de sus miembros principales como sus sufragáneos u obispos que lo atendían de inmediato.

(1) Había varias ciudades o aldeas con el nombre de Abyla o Abila en la

parte norte de Palestina (véase Relandi Palaest. ilust.), y esta era probablemente una de ellas. [p.273]

Envalentonados por el éxito de este intento, los partidarios de Nomius no dudaron en predicar abiertamente su doctrina de casa en casa. Habría sido honorable para ellos no haber ido más allá. Pero, recordando con resentimiento las indignidades que habían sufrido por parte de los ortodoxos, lamentablemente volvieron sobre ellos la marea de desprecio y abuso. Las disputas y altercados violentos fueron rápidamente reemplazados por golpes, que cayeron, por supuesto, sobre el partido católico o más débil, para el cual pronto se volvió peligroso aparecer en el exterior, especialmente en la ciudad de Jerusalén. Al encontrar que sus números no estaban a la altura de la pelea, procuraron un refuerzo de una raza salvaje de monjes de las orillas del Jordán. Cuando estos llegaron a la Ciudad Santa y se unieron a la hueste ortodoxa, se produjo un combate; pero los origenistas lograron al

final ponerlos a todos en fuga, y hacerlos huir hasta la gran laura de Sabas. Aquí, los vencidos se retiraron a un lugar fortificado, y sus perseguidores, a su vez, se vieron obligados a huir, después de que uno de los más valientes de sus enemigos hubiera caído, la única víctima del combate.

El público había estado demasiado familiarizado durante mucho tiempo con escenas de este carácter vergonzoso, como para considerarlas con el aborrecimiento que merecían; y fue probablemente el motivo urgente de la autoconservación, solo, lo que indujo al remanente de los ortodoxos, en la presente exigencia, a buscar la prevención de estos desórdenes. En consecuencia, Gelasio, el abad de la Gran Laura, emprendió un viaje a Constantinopla, para exponer el asunto ante Justiniano. Pero Teodoro de Capadocia, al tener noticia de su llegada, se las arregló para impedir todo acceso al emperador, de modo que, después de varios intentos ineficaces, Gelasio se vio obligado a partir sin lograr su propósito. Volviendo a Palestina, murió

en una pequeña ciudad de Frigia; y con él expiraron, por un tiempo, las esperanzas del partido ortodoxo en el desierto de Judea. Porque, cuando los monjes de la Gran Laura fueron a Jerusalén para pedir el nombramiento de un nuevo abad, los sufragáneos de Pedro, imitando la astucia de Teodoro, los expulsaron; Inmediatamente todas las comunidades monásticas de la región, cediendo a la fuerte corriente popular, fueron arrastradas, por adulación o por miedo, al lado del origenismo. Incluso la gran Laura misma se sometió, poco después, a un abad designado por el partido dominante; y los pocos líderes ortodoxos del lugar abandonaron sus celdas veneradas durante mucho tiempo y buscaron otros retiros. Pero el mismo día en que los origenistas triunfantes vieron retirarse al débil resto de sus oponentes, los llamó también a lamentar la muerte repentina e inesperada de Nonnus, en Nova Laura.

546 d.C.

Esta pérdida se sintió más severamente, ya que Leoncio, el otro jefe del partido,

había muerto un año o dos antes, en Constantinopla. No tenemos medios satisfactorios para determinar cuál era el verdadero carácter de estas dos personas y cuáles eran sus habilidades. Es evidente que tenían una influencia considerable entre los monjes; y es seguro que eran temidos y odiados por sus oponentes. Si los juzgamos por sus contemporáneos, no podemos jactarnos ni de su inteligencia ni de su carácter pacífico y cristiano. Nonnus tuvo la satisfacción de dejar su causa, aunque proscrita por el gobierno, en una condición muy próspera en toda Palestina. [p.275] Sin embargo, en la gran laura de Sabas, los ortodoxos recuperaron su ascendencia siete meses después de su muerte y nombraron un nuevo abad, que fue sucedido en menos de un año por Conon, otro de sus líderes más emprendedores. La pérdida de este importante puesto pareció, poco después, más que compensada para los origenistas, por una afortunada adquisición por su parte:

547 d.C.

Pedro, que siempre se había opuesto a ellos, murió en esa época y, por su influencia, su amigo Macario fue elegido su sucesor en el obispado de Jerusalén. Pero sus asuntos siguieron, durante cinco o seis años, inestables y fluctuantes. Después de la elección del nuevo prelado se produjo una sedición, y Justiniano ordenó expulsarlo de su sede. Lo que fue aún más perjudicial para sus intereses fue que los mismos origenistas habían abusado de su éxito y habían permitido que la prosperidad alimentara un espíritu faccioso que los dividió, en alguna cuestión trivial, en partidos hostiles. (1)

546 a 553 d.C.

Mientras tanto, se urdió y ejecutó en Constantinopla un astuto complot, cuyos detalles es necesario relatar, aunque no tienen otra relación con la doctrina de la Salvación Universal que la que condujo, finalmente, a la reunión del Quinto Concilio General. Teodoro de Capadocia no había olvidado la maliciosa interferencia de Pelagius, al procurar el último Edicto imperial contra Orígenes y

sus doctrinas, y decidió vengarse de su enemigo, aprovechando algunos asuntos no resueltos en la antigua controversia nestoriana.

(1) Vit. Sabae, cap. 86-90, Fleury's Eccl. Hist., libro xxxiii., cap. 20, 40. [p.276]

Resultó que pertenecía a un partido que odiaba la memoria del Concilio General de Calcedonia, celebrado a mediados del siglo pasado; Mientras que el legado romano, por el contrario, apoyó celosamente su autoridad y cuidó su reputación. Para perjudicar su crédito y vejar a sus defensores, Teodoro se las ingenió para conseguir la condenación de algunos de los padres que había aprobado. Entre los de esta clase encontró el nombre de Teodoro de Mopsuestia; e ignorando, probablemente, que había sido, en su día, un universalista, y sabiendo sólo que era célebre como opositor de Orígenes, pensó que, al anatematizarlo, lograría, de inmediato, dos objetivos importantes: el de vengar, en algún grado, las

indignidades pasadas infligidas a la memoria de su propio autor favorito; y también el de traer desgracia al odioso concilio.

En consecuencia, sugirió cautelosamente a su patrón, el emperador, que podría llevar a cabo fácilmente una obra en la que estaba comprometido laboriosamente, la reconciliación de cierto partido en la iglesia, simplemente condenando a Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibas de Edesa, junto con los escritos que habían dejado en favor del nestorianismo. Justiniano no tuvo suficiente penetración para descubrir la sutileza de su consejero; y, con su característica oficiosidad, asumió la autoridad de pronunciarse, en nombre de toda la iglesia, sobre uno de los temas más peligrosos que podría haber elegido. Pero se previó que, una vez que hubiera promulgado su decisión, su vanidad teológica sería una garantía contra toda retractación, y su orgullo de poder una garantía de su perseverancia y victoria final. [p.277]

En consecuencia, Teodoro ya se sentía seguro de su éxito, cuando recibió la

orden de redactar un edicto en nombre del Emperador, condenando a los padres en cuestión, junto con sus odiosos escritos; El edicto, que desde entonces se conoce con el título de los Tres Capítulos, se publicó en el año 546 d.C. en forma de carta dirigida a toda la Iglesia católica, y se exigió a todos los obispos que suscribieran sus anatemas. La mayoría de ellos, aparentemente en contra de su conciencia, accedieron, tras algunas vacilaciones, y fueron generosamente recompensados; pero los que mantuvieron su integridad y se negaron fueron, por supuesto, desterrados. Durante varios años se produjo una violenta y general disputa. Se escribieron libros de ambos bandos. El propio pontífice romano oscilaba continuamente entre el temor a la venganza del soberano y el respeto por la coherencia de la Iglesia. Las pasiones de los hombres se inflamaron, hasta que toda la cristiandad se agitó tanto que se hizo necesario el expediente habitual para calmar, o más bien dar rienda suelta, a la fermentación. (1)

El 4 de mayo del año 553, se inauguró en

Constantinopla, bajo la supervisión de Justiniano, el Quinto Concilio General, con la asistencia de ciento cincuenta y un obispos de las iglesias griega y africana; y se prolongó, con la adhesión de otros catorce obispos, hasta el segundo día del mes siguiente. Todo parece haber sido manejado, como se esperaba, según el placer del emperador. Los Tres Capítulos fueron condenados con extravagantes expresiones de celo;

(1) Fleury's Eccl. Hist., libro xxxiii., cap. 21-43. [p.278]

y la persona de Teodoro de Mopsuestia fue anatematizada, no por su universalismo, sino por su supuesto nestorianismo. Hasta aquí el astuto obispo de Capadocia vio cómo su plan se llevaba a cabo por completo. Pero no pudo detener la pesada maquinaria que había puesto en movimiento; y estaba destinado a sentir, antes del final de sus operaciones, que su astucia había llegado a su límite. Mientras que él era, en realidad, el administrador principal pero

encubierto, controlando firmemente los resultados, primero sugiriendo a Justiniano el curso a seguir, y luego dictando, en su nombre, al concilio, se dice que el tema del origenismo, completamente ajeno a los asuntos de la sesión, fue llevado repentinamente ante el obsequioso cónclave, (1) a pesar de todos sus esfuerzos en contra. La atención del emperador había sido atraída recientemente hacia él por algunos incidentes en Palestina; ciertos diputados de Jerusalén, con Conón, el abad de San Sabas, a la cabeza, instaron a su consideración inmediata; y Justiniano no dudó en mostrar su celo y fidelidad en el asunto. Se cree que envió un mensaje a los obispos reunidos, exhortándolos a examinar la doctrina del "impío Orígenes" y a condenarlo a él y a sus seguidores, junto con sus doctrinas.

(1) Aquí sigo a Huet (Orígenes, lib. ii., cap. 4, sect. lii., § 14–16), Fleury (Hist. Eccl., libro xxxiii., cap. 40, 51), y el testimonio de la antigüedad, en preferencia a la autoridad de los historiadores

modernos, quienes sostienen que el asunto de Orígenes, Didyraus y Evagrius no fue examinado en este Concilio, sino solo en el que fue convocado, en Constantinopla, por Menas, al recibir el Edicto de Justiniano, en el año 540 d.C. Sin incurrir en la acusación de pretender decidir esta cuestión, puedo decir. que la condena de Orígenes, Dídimo y Evagrio, que se había atribuido casi invariablemente al Quinto Concilio General, había sido recibida en la Iglesia católica con la deferencia que se tributa a las decisiones de un organismo de ese tipo. [p.279]

Como modelo que pudieran utilizar para redactar sus decretos, les envió el largo Edicto que había publicado trece o catorce años antes, con su catálogo de herejías y anatemas.

Al recibir estos documentos, los padres del concilio, al parecer, se apresuraron a obedecer la petición; y el decreto siguiente sirvió a la vez para recomendarlos a su maestro y para delatar a los ojos del historiador su

servilismo al dictado imperial. "Quien diga o piense que las almas de los hombres preexistieron como naturalezas intelectuales y santas, pero que, cansadas de la contemplación divina, degeneraron hasta su carácter actual y fueron enviadas a estos cuerpos con el propósito de ser castigadas, sea anatema. Quien diga o piense que el alma humana de Cristo preexistió y se unió al Verbo antes de su encarnación y nacimiento de la bienaventurada Virgen, sea anatema. Quien diga o piense que el cuerpo de Cristo se formó primero en el vientre de la santa Virgen, y que el Verbo y su alma humana preexistente se unieron después a él, sea anatema. Quien diga o piense que el Verbo divino debe volverse como los poderes angélicos y celestiales, y así ser reducido a una igualdad con ellos, sea anatema. Quien diga o piense que en la resurrección los cuerpos humanos deben tener una forma redonda y globular, o quien no reconozca que la humanidad debe levantarse en una postura erguida, sea anatema. Quien diga que el sol, la luna, las estrellas y las aguas que están

sobre los cielos son ciertas potencias animadas o inteligentes, sea anatema. Quien diga o piense que Cristo será crucificado en el mundo futuro por los demonios, como lo fue en este por los hombres, sea anatema. [p.280] Quien diga o piense que el poder de Dios es limitado y que ha creado todo lo que era capaz de abarcar, sea anatema. Quien diga o piense que los tormentos de los demonios y de los hombres impíos son temporales, de modo que, al final, llegarán a su fin, o quien sostenga una restauración ya sea de los demonios o de los impíos, sea anatema. Anatema a Orígenes Adamantius, que enseñó estas cosas entre sus dogmas detestables y malditos; y a todo aquel que crea estas cosas, o las afirme, o se atreva a defenderlas en cualquier parte, sea anatema: En Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien sea la gloria por los siglos. Amén." (1)

Además de estas sentencias fulminantes, se dice que se dictó también un acta de condenación sobre los escritos de Dídimo de Alejandría y de Evagrio Póntico, que abogaban por la preexistencia y la

restauración universal. (2)

El decreto de un Concilio General era inalterable y fijaba la fe, al menos el credo, de la Iglesia Católica, para siempre. Sólo nos queda mencionar los efectos de esta decisión sobre los origenistas de Palestina. Cuando se enviaron las actas condenatorias a esa provincia, fueron suscritas por todos los prelados excepto Alejandro de Abila, que en consecuencia fue expulsado de su obispado. Los monjes de Nova Laura también se negaron a obedecer y se retiraron de la comunión general.

(1) Summa Conciliorum, Auctore M. L. Bail., tomo 1, pág. 285, 286, edit. Taris, 1672.
(2) Vit. Sabse, cap. 90. [p.281]

El nuevo patriarca de Jerusalén, que había sido designado para esa sede durante el último concilio, intentó recuperar a los disidentes; pero, al cabo de ocho meses, al ver que toda persuasión era inútil, se valió de la autoridad del emperador y expulsó por la fuerza a los origenistas del país. (1)

(1) Vit. Sabae, cap. 90. (a)

(a) Con el mayor respeto por la erudición del Dr. Ballou, debemos, no obstante, cuestionar su opinión de que el universalismo fue condenado en este concilio (de 553 d.C.). El doctor ha mencionado el edicto de Justiniano a Menas, patriarca de Constantinopla, que condujo al *Sínodo* del año 544 d. C. No hay duda razonable de que la condena del origenismo (y por lo tanto del universalismo) por parte de este *Sínodo* local, συνοδος ενδημουσα, fue posteriormente atribuida por los escritores, especialmente Cyrillus Scythop. en Vita S. Sabae, c. 90, al Quinto (así llamado) Concilio General, celebrado en el año 553 d.C., confundiendo los dos, ya que ambos se celebraron en Constantinopla. Vide Du Pin, Biblioth. Pat., art. 5th Ecum. Con. I, v., con quien la voz corregida de la historia está sustancialmente de acuerdo. Comp. Walch, Ketzerhist, vii. 660, viii. 280; Le Quien Oriens Christianus, iii. 210. Mosheim dice, al hablar del Concilio de 553 d.C., cent. vi. p. ii, c. iii, § xi.,

nota, "No encontramos en las actas de este concilio a nadie que condene las doctrinas de Orígenes. Sin embargo, generalmente se imagina que estas doctrinas fueron condenadas por esta asamblea; y lo que dio origen a esta noción fueron probablemente los quince cánones griegos todavía existentes, en los que se condenaron los principales errores de Orígenes, y que se titulan "Los cánones de los ciento sesenta Padres, reunidos en el Concilio de Constantinopla", es decir, el de Menas, en el año 544 d.C. Según Geiseler, el Quinto Concilio General, excepto (como es natural) quizás dando una aprobación general a todos los grados imperiales emitidos anteriormente, no tomó en cuenta en absoluto el origenismo. Dice, hablando del Sínodo de Menas, que "de él procedieron, sin duda, los quince cánones contra Orígenes (ed. Prim. Petr. Lambecius en Comment, bibl. August, Vindob. viii. 435, ap. Mansi ix. 395), aunque su título favorece al quinto (Concilio Ecuménico". Cap. Hist. v. 1, 478, Hase, Hist. Ch. Ch., parece tomar la misma postura. Hagenbach, Hist. Doct., refiere

claramente la condenación sólo al año 544 d.C. Neander, Hist. Christ. Relig. y Ch., hace lo mismo.

El Quinto Concilio General fue convocado en realidad en interés del origenismo, a través de la influencia de Teodoras Ascidus, obispo de Cesarea, en Capadocia, por el emperador Justiniano. No fue diseñado para tocar el origenismo, sino para asegurar la condena autorizada de los "Tres Capítulos" y favorecer al monofisismo. El poder imperial controlaba el concilio, aunque estaba presidido por Eutiquio, patriarca de Constantinopla. Por lo tanto, que el origenismo fuera condenado en este concilio es, por decir lo menos, extremadamente dudoso.

Se debe recordar, también, que, de hecho, independientemente de lo que las Iglesias occidentales y orientales hayan decidido desde entonces, este concilio (de 553 d.C., el quinto) no fue verdaderamente ecuménico. No fue más así que el último Concilio Vaticano, que sólo incluyó a los cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, etc., de la obediencia romana. El concilio del año 553 d. C. estaba

compuesto por prelados orientales, y estaba gobernado por un patriarca oriental y controlado por un emperador que en realidad no era más que un monarca oriental. [p.282] Vigilio, Papa de Roma, se negó positivamente a reconocerlo, desde el principio, y no estuvo presente en persona ni por legado. Por negarse a su presencia y reconocimiento, fue, por dictado del emperador, excomulgado por el concilio. Pero eso no hizo que el concilio fuera ecuménico.

Si los Concilios Generales son la autoridad de la fe de la iglesia, el Quinto (al concederle ecuménico) *no* (creemos) condenó el universalismo. Pero en realidad no tiene derecho al título de ecuménico, ciertamente no en un sentido como, por ejemplo, el Concilio de Nicea, en el año 325 d.C. Véase un artículo adicional sobre la condena del universalismo en "Univ. Quart.", octubre de 1864. —A. St. J. C. [p.283]

APÉNDICE. DESDE EL AÑO 554 AL AÑO 1500 d.C.

Habiendo llevado la historia del universalismo hasta su condena completa y autorizada, podemos, con toda propiedad, cerrar la narración regular y conectada; especialmente porque la hemos seguido hasta el oscuro crepúsculo que precedió a la larga era de oscuridad. Pero como la curiosidad naturalmente mira hacia adelante, con un ojo inquisitivo, a través de la sombría sucesión de siglos desde el Quinto Concilio General hasta la era de la Reforma, aquí adjuntaré las notas de la doctrina, durante ese período, que se me han ocurrido.

649 d.C.

En el primer Concilio de Letrán, convocado en Roma por el Papa Martín I en el año 649, contra aquellos que afirmaban que había una sola voluntad en Jesucristo, los padres repitieron el anatema contra Orígenes y sus seguidores, Dídimo y Evagrio, quienes, como se recordará, habían sido condenados sólo por universalismo.

680 d.C.

El Sexto Concilio General, celebrado en Constantinopla en el año 680 d.C., reconoció por alguna razón la condena de Orígenes, Dídimo y Evagrio; [p.284] ya sea por sospecha de que la herejía todavía se mantenía, o bien por una casualidad en la forma de expresión. El asunto principal de este concilio, convocado como el de Letrán contra los monotelitas (una secta llamada así por algunas nociones distintivas sobre las dos naturalezas de Cristo), no tenía la menor conexión con el tema del origenismo. Sin embargo, una de las declaraciones dice así: "Estamos de acuerdo con los concilios santos y universales o generales en todas las cosas; especialmente con el último de ellos, el quinto, que se reunió en esta ciudad contra Teodoro de Mopsuestia, Orígenes, Dídimo y Evagrio".

787 d.C.

El Séptimo Concilio General, que se reunió en el año 787 d.C. en Nicea, Bitinia, con el propósito de defender y establecer el uso de imágenes, reliquias,

etc., en las iglesias, dejó en sus actas una sentencia que puede inducir a sospechar que el universalismo no estaba del todo extinto: “Anatematizamos las fábulas de Orígenes, Dídimo y Evagrio”.

869 d.C.

Y el Octavo Concilio General, en Constantinopla, en el año 869 d.C., también se desvió de sus objetivos propios, para pronunciar un "anatema contra Orígenes, que propuso muchos errores; y contra Evagrio y Dídimo, que están atrapados en el mismo abismo de perdición". (1) Este concilio fue convocado para tratar la memorable disputa que resultó en la separación de la iglesia griega y latina; y por lo tanto no tenía ninguna preocupación natural con los padres aquí condenados.

(1) Para las sentencias extraídas de los Concilios Sexto, Séptimo y Octavo, Bee Hist, de l'Origenisme, por Louis Doucin, pp.321, 322. Para la mención del Concilio de Letrán, véase Huetii Origenian, lib. ii., cap. 4, secc. iii. 17. [p.285]

La introducción de este tema extraño en los sínodos sucesivos es al menos una prueba circunstancial de que no fue del todo accidental y de que se pensaba que los sentimientos odiosos tenían algunos cómplices, probablemente en la iglesia oriental.

713 a 730 d.C.

Esta indicación se ve confirmada por una circunstancia que llegó a nuestro conocimiento. Germanus, arzobispo de Constantinopla en la primera parte del siglo VIII, publicó un libro, según se nos dice, para refutar "la doctrina herética de que los demonios serán restaurados a su estado prístino, y que aquellos que mueren en sus pecados serán, después de ciertos castigos, reunidos en el número de los bienaventurados". Esta impiedad, tan llena de fábulas, él la refutó, primero, con las palabras del Señor, luego con los decretos apostólicos; a los que agrega también los testimonios de los profetas, que muestran claramente que así como el goce de los bienaventurados es eterno e

inefable, también el castigo de los pecadores será interminable e infinito. Y no sólo con estos testimonios confundió el error profano y venenoso, sino también con los de los santos padres; y particularmente con los mismos escritos de él [Gregorio Niseno] a quien esta herejía pérfidamente reclamaba como su patrón. Por medio de todas estas autoridades, liberó a todo el cuerpo eclesiástico de esa esquema de fábulas tan pernicioso para el alma". En parte de su libro, Germanus emprendió la impracticable tarea de demostrar que el antiguo padre, Gregorio Niseno, no era un defensor del universalismo. Se dice que la ocasión de este atrevido intento fue "porque aquellos que favorecían la noción de que los demonios y los condenados podían ser liberados, [p.286] se esforzaron por mezclar el veneno oscuro y pernicioso de los sueños de Orígenes con los escritos luminosos y saludables de Gregorio, y se esforzaron secretamente por agregar una locura herética a la virtud y renombrada ortodoxia de aquel a quien sabían que se distinguía por su doctrina y elocuencia, y

la brillante reputación de cuya santidad sabían que todos hablaban". Se nos dice también que "aquellos libros de Gregorio que los herejes astutamente se esforzaron por llevar en su ayuda, pero que Germano, el abogado de la verdad, había preservado ilesos de sus intentos, eran El diálogo sobre el alma; La oración catequética; y el libro sobre una vida perfecta". (1)

(1) Photii Bibliothec, Cod. 233. Véase nota 2, página 169.

Este relato, tomado de un escritor del siglo IX, que fue uno de los críticos eclesiásticos más renombrados de toda la antigüedad, muestra que, en la época de Germano (siglo VIII), la herejía de la restauración universal hizo algún ruido en Oriente.

En la iglesia occidental apareció, entre varios otros sectarios, un predicador que reclama nuestra atención. Clemente, nativo de Irlanda (siglo VIII), parece haber sido ordenado regularmente como presbítero o ministro en la comunión romana. Pero finalmente descartó sus

supersticiones, renunció a su autoridad y rechazó toda la masa de cánones eclesiásticos, los decretos de los concilios y todos los tratados y exposiciones de los padres; reservándose, probablemente, como guía de su fe, sólo la Biblia, que ahora estaba prohibida al pueblo. Enseñó que Cristo, cuando descendió a los infiernos, resucitó a todos los condenados, incluso a los infieles e idólatras; [p.287] y difería, en algunos detalles que desconocemos, de la doctrina católica sobre la predestinación. Bajo su ministerio se reunieron varias congregaciones independientes en partes de Francia y Alemania, y sus progresos fueron tales que despertaron la atención de los poderes civiles y eclesiásticos. En un concilio de veintitrés obispos, reunido en Soissons, Francia, en el año 744, por el rey Pipino, Clemente fue depuesto del sacerdocio, condenado entre otros herejes y encarcelado. Bonifacio, arzobispo de Mentz y legado de la Santa Sede, presidió, probablemente, este concilio, y envió inmediatamente al Papa un informe del asunto. Pronto se descubrió que Clemente

había dejado discípulos incluso entre las órdenes inferiores del clero; y en un concilio de siete obispos, celebrado al año siguiente, por el Papa Zacarías, en Roma, fue depuesto de nuevo y anatematizado, junto con sus seguidores, en caso de que no renunciaran a su error. Dos años después, el Papa aconsejó a Bonifacio que convocara un concilio en su vecindario y averiguara si Clemente y algunos otros herejes se someterían a la Iglesia; y, en caso de que se obstinaran, enviarlos a Roma. Sin embargo, no parece que se hiciera nada más; y es probable que Clemente muriera en prisión. Bonifacio informó que era culpable de adulterio; (1) pero, como una acusación de este tipo era el recurso habitual de los católicos en ocasiones similares,

(1) Fleury's Eccl. Hist, xlii., cap. 39, 50, 52, 53, 54, 58. El entusiasta ortodoxo, Milner, aplaude el celo salvador de almas de Bonifacio en esta ocasión; y elogia la disciplina infligida a Clemente y sus asociados. Véase su Hist, of the Church, cent, viii., cap. 4. [p.288]

La historia no es digna de mención. Mosheim dice que, "según los mejores y más auténticos relatos, Clemente conocía mucho mejor los verdaderos principios y doctrinas del cristianismo que el propio Bonifacio; y por eso es considerado por muchos como un confesor y un sufridor por la verdad, en esta era bárbara". (1) Priestley también piensa que "es probable que, si sus sentimientos y conducta fueran plenamente conocidos, se le clasificaría entre los primeros reformadores". (2)

(1) Mosheim's Eccl. Hist., cent, viii., pt. ii., cap. 5, § 2.
(2) Priestley's Hist, of the Church, period xv., sect., v., p. 181.

850-870 d.C.

El mayor erudito, y quizás el genio filosófico más grande del siglo IX, fue Juan Escoto Erígena, nativo de Irlanda o Escocia. A temprana edad visitó Grecia, especialmente Atenas, y estudió la literatura oriental así como la clásica. A su regreso fue invitado por Carlos el Calvo a la corte de Francia, donde probablemente

permaneció hasta su muerte, a pesar de los relatos de su traslado a Inglaterra, a petición de Alfredo el Grande, para hacerse cargo de la universidad que ese príncipe había fundado en Oxford. Su estudio favorito, al parecer, era la filosofía, en la que seguía las doctrinas del Nuevo Platonismo: que todas las cosas proceden de Dios y eventualmente regresarán a él. Sin embargo, se distinguió como escritor eclesiástico. En este carácter su influencia fue tan hostil a las doctrinas corruptas de la época, y especialmente a la jerarquía papal, que la corte de Roma amenazó con procesarlo. Escribió contra la transubstanciación y el esquema agustiniano de la predestinación; [p.289] y se dice que enseñó la opinión de Orígenes sobre el fin del castigo de los condenados y la restauración final de todas las criaturas caídas. (1) Se le clasifica entre los filósofos y teólogos místicos.

A partir del año 850 aproximadamente, durante *dos* siglos en adelante, tanto la iglesia griega como la romana o latina disfrutaron, dentro de sus respectivas

comuniones, de la edad de oro de la ignorancia profunda y la ortodoxia imperturbable. Uno de los historiadores católicos más eruditos e imparciales dice: "En esta época de la Iglesia no había controversias sobre los artículos de fe o sobre puntos doctrinales de la divinidad, porque no había herejes ni otras personas inquisitivas que se interesaran por los asuntos de la religión o se dedicaran a sumergirse en el fondo de sus misterios. La parte sobria se contentaba con dar una fe implícita a lo que los eclesiásticos creían conveniente enseñar desde el púlpito; y en cuanto a los desdichados libertinos, se abandonaban a las sensualidades groseras, para la gratificación de sus apetitos brutales, en lugar de a los vicios de la mente, a los que sólo están sujetos las personas ingeniosas. Por lo tanto, en esta época de oscuridad e ignorancia, la Iglesia, al no sentirse perturbada por sus doctrinas, no tenía nada que hacer sino suprimir las enormidades que abundaban en lo que respecta a la disciplina y las costumbres". (2) Un historiador protestante nos

describirá el carácter real de esta Iglesia, tan libre de errores, en este período:

(1) Como autoridad en materia de universalismo, el reverendo T. J. Sawyer me ha proporcionado amablemente las siguientes referencias: Doederlein, Institut. El OL. Cristo., vol. li., pág. 202; DJ. Otto Theiss über d. hibl. Ud. iglesia. Lehnneinung von Ewigkeit d. Hoellenstrafen, s. 24.
(2) Ecel de Du Pin. Hist., vol. viii., cap. 6. [p.290]

"Tanto en las provincias orientales como occidentales, el clero estaba compuesto, en su mayor parte, por un grupo de hombres sumamente indignos, vergonzosamente analfabetos y estúpidos, ignorantes, más especialmente en asuntos religiosos, igualmente esclavizados por la sensualidad y superstición, y capaz de los actos más abominables y flagrantes. Esta degeneración lamentable del orden sagrado se debió, según los relatos más creíbles, principalmente a los supuestos jefes y gobernantes de la iglesia universal,

que se entregaron a la comisión de los los crímenes más odiosos y se abandonaron al impulso ilegal de las pasiones más licenciosas, sin renuencia ni remordimiento; que confundieron, en resumen, toda diferencia entre lo justo y lo injusto, para satisfacer su ambición impía; y cuyo imperio espiritual fue un escenario tan diversificado de iniquidad y violencia como nunca se exhibió bajo ninguno de esos tiranos temporales que han sido el azote de la humanidad". (1) "Tanto los griegos como los latinos situaban la esencia y la vida de la religión en el culto a las imágenes y a los santos difuntos; en buscar con celo y conservar con devoto cuidado y veneración las reliquias sagradas de los santos y santas; y en acumular riquezas para los sacerdotes y monjes, cuya opulencia aumentó con el progreso de la superstición. Casi ningún cristiano se atrevía a acercarse al trono de Dios sin antes rendirle propicio a los santos y las imágenes mediante una solemne ronda de ritos expiatorios y lustraciones. El ardor con el que se buscaban las reliquias

supera casi toda credibilidad;

(1) Mosheim's Eccl. Hist., cent, x., pt. 2, cap. ii. 1. [p.291]

se había apoderado de todos los rangos y órdenes entre el pueblo, y se convirtió en una especie de fanatismo y frenesí; y, si los monjes han de "Se cree que el Ser Supremo intervino, de manera especial y extraordinaria, para descubrir a las ancianas enamoradas y a los frailes con la cabeza descubierta, los lugares donde yacían dispersos o enterrados los huesos o cadáveres de los santos." (1) Tal era la era de la medianoche oscuridad.

Pero, aunque no surgieron nuevas herejías, así llamadas, en este período dentro de las dos vastas comunidades que se arrogaron el nombre de La Iglesia, sin embargo, una secta anterior y muy poderosa, la de los Paulicianos, todavía existía en Oriente, y, bajo varios nombres, se extendió por Occidente. Es en este cuerpo heterogéneo donde los historiadores modernos (2) han buscado, con cierta apariencia de éxito, el germen

embrionario de la Reforma; y es entre las mismas personas que se pueden descubrir algunos elementos vagos del universalismo, confusos y dudosos al principio, pero que luego adquieren un carácter más distintivo y arrojan resultados más decididos. Los paulicianos eran a la vez descendientes y disidentes de los maniqueos, con cuyo gnosticismo estaban considerablemente contaminados, mientras que rechazaban el nombre con el mayor aborrecimiento. "

(1) Mosheim, Eccl. Hist., siglo x, parte 2, cap. iii. 1.
(2) Mosheim (Eccl. Hist., siglo x, parte 2, cap. v. 2, y Cent., xi., parte 2, cap. v., comparado con el cent. xii. parte 2, cap. v., etc.), ha rastreado a los paulicianos hasta los albanenses, albigenses, cátaros, etc., etc. Gibbon (Decadencia y caída, etc., cap. liv.) ha seguido la misma línea de descendencia y los ha conectado con la Reforma; y lo mismo ha hecho Priestley (Hist. de la Iglesia, período xviii., sec. vii., pp. 102—104, etc.). Milner duda de su relación con los

precursores de la Reforma, porque no está convencido de Su dispersión por Europa (Hist. de la Iglesia, siglo IX, cap. 2)1 pero confía en que eran muy buenos santos. Los historiadores católicos están totalmente de acuerdo con Gibbon en lo que respecta a su conexión con los reformadores. [p. .292]

"Por extraordinario que parezca, los mismos principios generales de los cuales se derivaron, en la misma época de los apóstoles, las primeras corrupciones de la doctrina cristiana, fueron los medios para lograr la reforma del cristianismo; y, habiendo llevado a cabo este propósito, ahora se han extinguido." (1)

De la aparición, doctrina y progreso de esta secta, muchos detalles son muy inciertos; pero podemos aventurarnos a seguir, con cierta confianza, a uno de los maestros más clarividentes de la historia, (2) cuyo relato ha sido, en el presente asunto, elogiado tanto por los liberales como por los fanáticos, por los protestantes y los católicos, a pesar de su hostilidad general a la religión revelada.

660 d.C.

Alrededor del año 660, descubrimos por primera vez a este pueblo, en números considerables, extendiéndose silenciosamente desde el vecindario de Samosata, en la región superior del Éufrates, al noreste a través de Armenia y al norte a través de Capadocia y Ponto. Descendientes de los gnósticos, que nunca se habían visto afectados por las corrupciones graduales de los católicos, aborrecían el uso de imágenes, de reliquias, ceremonias pomposas y dominación eclesiástica; e incluso prescindieron de los ritos del agua del bautismo y la cena del Señor. Sus predicadores no se distinguían de sus hermanos por ningún título; y no se permitía ninguna superioridad, excepto la que surgía de la austeridad de sus vidas, su celo o su conocimiento.

(1) Priestley's Hist, of the Church, período xviii., sect, vii., pp. 103, 104.

(2) Gibbon's Decline and Fall, etc., cap. liv. Milner dice: "El candor de

Gibbon es notable en esta parte de su historia. ¡Oh, sisic omnia!" y el erudito Charles Butler (Book of the Roman Catholic Church, nota al final de la Carta xii.) piensa que este es el capítulo más interesante de su obra.

Los libros maniqueos que rechazaban, [p.293] y lo mismo el judío, como llamaban al Antiguo Testamento; Pero el Nuevo Testamento, que en la iglesia ortodoxa casi había desaparecido de los laicos, lo recibieron como el único volumen de Sagrada Escritura y ordenaron su lectura diligente a todo el pueblo. Es probable, sin embargo, que repudiaran las dos Epístolas de San Pedro y el Apocalipsis de San Juan; y es seguro que sus libros favoritos eran los escritos de San Pablo, de quien, tal vez, tomaron su nombre de Paulicianos. Aún sostenían la noción maniquea de dos Principios originales, el Bien y el Malo; y esperaban el triunfo del primero sobre su rival, ya sea por la abolición total (1) o la conquista parcial de la muerte, el pecado y la miseria. Suponían que el cuerpo con el

que Cristo fue visto en la tierra, junto con su crucifixión, había sido solo aparente; y, por supuesto, es probable que negaran su resurrección real y la de la humanidad.

670 a 845 d.C.

Sus ideas orientales podían, con propiedad, ser detestadas por la iglesia. Pero la sencillez absoluta de sus instituciones, su total falta de respeto por las imágenes y reliquias, su desprecio por todos aquellos artificios con los que la artesanía se ganaba la vida, encendieron contra ellos el odio más implacable; y los emperadores ortodoxos de Oriente resolvieron exterminarlos por completo. Durante ciento cincuenta años sufrieron una persecución sangrienta, y con una paciencia y una mansedumbre inofensiva que convirtieron incluso a algunos de sus verdugos.

(1) Me he atrevido, sin ninguna autoridad expresa, a atribuirles una diferencia de opinión entre ellos sobre este punto; porque tal parece haber sido el caso con sus predecesores, los maniqueos y otros

gnósticos, y también con sus descendientes, los albigenses, etc. [p.294]

Pero toda resistencia humana puede ser vencida al final; y cuando aquella fanática sanguinaria, la emperatriz Teodora, sucedió a la regencia del Oriente, durante la minoría de edad de su hijo, los expulsó más allá de los límites de la tolerancia. En aquellas partes de Asia Menor donde abundaban, y en Armenia, confiscó sus bienes y mató a espada, en la horca y en las llamas a más de cien mil de ellos, haciéndolos expirar lentamente mediante una variedad de los tormentos más atroces.

845 a 880 d.C.

Los que escaparon de la horrible matanza huyeron inmediatamente en busca de refugio entre los sarracenos, aceptaron con gratitud el permiso para construir una ciudad en las fronteras de Armenia y entraron en alianza con sus protectores mahometanos. Pronto reunieron un ejército y marcharon de regreso para

vengar sobre los griegos los sufrimientos de sus hermanos martirizados. La guerra se prolongó, con ventajas alternas, alrededor de cuarenta años; Pero hacia finales del siglo, el poder de los paulicianos quedó efectivamente quebrantado y se vieron obligados a buscar seguridad en las fortalezas de las montañas armenias.

Pero ya habían obtenido una base permanente en Europa. A mediados del siglo anterior, en medio de las persecuciones que soportaron con tanta paciencia, uno de los emperadores griegos deportó una colonia de ellos desde Asia a Tracia, al oeste de Constantinopla. Con un celo que ningún sufrimiento pudo reprimir, trabajaron con éxito para difundir su doctrina entre sus vecinos del norte, los búlgaros, en la región baja del Danubio. [p.295]

970 a 1100 d.C.

Después de soportar muchas dificultades y crueldades durante más de doscientos años, finalmente fueron reforzados por otra colonia muy numerosa de Armenia; y

también fueron privilegiados con una tolerancia total de su fe. Con el tiempo ocuparon una línea de aldeas y castillos desde Tracia hacia el oeste a través de Macedonia y Epiro; y por las diversas oportunidades de comercio, emigración y persecución, se dispersaron, en pequeñas cantidades, por toda Europa. Sus principios maniqueos u orientales habrían sido, tal vez, un obstáculo fatal para la recepción de su fe entre los pueblos de Occidente, si no hubiera sido contrarrestada por la sencillez de sus instituciones religiosas. Un fuerte, aunque secreto, descontento había sido provocado en general por la avaricia, el despotismo, la farsa y la disolución de la Iglesia de Roma; y cuando el populacho oprimido y abandonado vio una secta de cristianos profesos sin culpa en sus vidas, humilde en su conducta y negando toda tiranía sobre las conciencias de los hombres, el espectáculo fue tan atractivo para muchos que se convirtieron parcialmente al nuevo sistema, e incluso adoptaron sus doctrinas, aunque con diversas modificaciones. De esta amalgama

surgieron todas esas sectas de los siglos XI, XII, XIII y XIV, que los escritores católicos denominan maniqueas, pero que los protestantes conocen con el nombre de albaneses, albigenses y cátaros. Esta raza mestiza, como es bien sabido, se extendió por Italia, Francia y Alemania, y durante un largo período sufrió por parte de la Iglesia toda la crueldad que la astucia podía idear y el poder infligir. [p.296] "Fue alrededor del año 1150, que varias partes del continente habían sido invadidas por hombres, principalmente de las clases más pobres y laboriosas de la vida, que se estaban formando en comunidades religiosas, distintas de la iglesia católica establecida, y que tenían las Escrituras con ellos en sus idiomas vernáculos, y comparaban atenta y críticamente los principios, el sistema y la conducta del clero papal con los preceptos e instrucciones de los evangelistas y apóstoles. Estaban universalmente difundidos. En Francia se les llamaba Tejedores, Pobres de Lyon, valdenses y albigenses; en Flandes, Pifles; y en Alemania, cátaros. Estaban en Bonn y en

la diócesis de Colonia; abundaban cerca de los Alpes y los Pirineos; estaban muy difundidos por Provenza y en Tolosa; existían en España; y se habían extendido por Lombardía hasta Padua y Florencia, y algunos incluso habían entrado en Nápoles. Se distinguieron por su labor misionera. (1)

A pesar de tener opiniones diversas sobre la doctrina maniquea de los dos principios originales, estaban, sin embargo, unidos en denunciar como anticristianas la autoridad, las ceremonias y toda la jerarquía de la comunión romana. Es probable que muchos de ellos sostuvieran, en alguna forma, la doctrina de la salvación de todas las almas; de esto los acusan los escritores católicos, quienes también afirman que negaban un juicio futuro y un castigo futuro. (2)

(1) Historia de Inglaterra, por Sharon Turner, vol. ii., pp. 381, 352, Londres, 1815, N. B. Este erudito y filosófico historiador sigue a Gibbon al deducir las sectas antes mencionadas de los paulicianos.

(2) Véase Gabrielis Prateoli Marcossii Vita Haereticorum, art. Albanenses, Albigenses, etc.; y Berti Breviarium Hist. Eccl., cent. viii. — xii., cap. 3; y Notitiae Eccl., Pars Tertia, per Sodalet. Academ. Bambergensem, etc. [p. 297]

En esta época encontramos un rastro solitario de universalismo entre los monjes de Francia. En la ciudad de Nevers, que se encuentra a orillas del río Loira, a unas ciento cuarenta millas al sur de París, un tal Raynold, que presidía como abad el monasterio de San Martín, fue acusado, en un concilio celebrado este año en Sens, de mantener dos argumentos que sin duda se derivaban de los paulicianos: 1. Que el pan del sacramento era corruptible y que se digería como cualquier otro pan; y 2. Que todos los hombres se salvarán con el tiempo, como había enseñado Orígenes. (1) No sé cuál fue el resultado de la queja.

1200 a 1210 d.C.

Tal vez sea imposible determinar si debemos incluir a Amalric o a Amauri, un eminente profesor de lógica y teología en

París, entre los universalistas. Al igual que el célebre Wickliffe, (2) se le acusó de sostener el principio panteísta de que el universo es Dios; Pero es cierto que todo el tenor de la doctrina que se le atribuye se opone a esa proposición, al menos en su sentido exceptuable. "Según Fleury, él sostenía que, para ser salva, cada persona debe creer que es miembro de Jesucristo; pero, como el Papa condenó esta opinión, él se retractó de ella antes de su muerte.

(1) Priestley's Hist, of the Christian Church, período xviii., sect. ix., pp. 136, 137.
(2) Lenfant's Hist, of the Council of Constance, gancho iii., cap. 42, art. 28, vol. i., p. 419.

Fleury también atribuye a los seguidores de Amauri una opinión que se dice que surgió de un libro de Joachim, titulado El Evangelio Eterno, a saber, que Jesucristo abolió la antigua ley, y que en su tiempo comenzó la dispensación del Espíritu Santo, [p.298] en el que la confesión, el bautismo, la eucaristía y otros sacramentos no tendrían lugar; Pero que

las personas pueden ser salvadas por la gracia interior del Espíritu Santo, sin ningún acto externo. Además, dice que Amauri negó la resurrección, dijo que el cielo y el infierno estaban en el propio pecho de los hombres, que el Papa era el anticristo y Roma, Babilonia. (1) Ahora expondré, en sus propias palabras, el catálogo que otros escritores católicos han hecho de sus errores: "1. Amalrico dijo que el cuerpo de Cristo no estaba presente de otra manera en el pan del sacramento que como está en otro pan, y en todo lo demás; de modo que negó la transubstanciación. 2. Dijo que Dios había hablado por Ovidio tanto como por Agustín. 3. Negó la resurrección del cuerpo, y asimismo el cielo y el infierno; diciendo que quien disfrutaba del conocimiento de Dios en sí mismo disfrutaba también del cielo en sí mismo, y que, por el contrario, quien cometía pecado mortal experimentaba el infierno en sí mismo. 4. Afirmó que dedicar altares a los santos, quemar incienso a las imágenes e invocar a los santos, era idolatría. 5. Afirmó, no sólo con los

armenios, que Adán y Eva nunca habrían cohabitado si hubieran continuado en su primer estado, sino también que no habría habido diferencia de sexo, y que la multiplicación de la humanidad habría sido como la de los ángeles, contradiciendo así lo escrito en el Génesis: *Dios creó al hombre a su imagen; a su imagen lo creó varón y mujer*. 6. Afirmó que Dios no se ve en sí mismo, sino en sus criaturas, como se ve la luz en el aire.

(1) Priestley's Hist, of the Christ. Church, period xix., sect., xi., pp. 296-299. [p.299]

7. Dijo que lo que de otro modo sería pecado mortal, si se hace por caridad, no sería pecado: prometiendo así impunidad a los pecadores. 8. Afirmó que las ideas que están en la mente divina son capaces de ser creadas y realmente lo son; cuando Agustín, por el contrario, ha declarado que no hay nada en la mente divina sino lo que es eterno e incomunicable. 9. Se imaginó que el alma del santo contemplativo o feliz se perdería a sí

misma, en cuanto a su propia naturaleza, y volvería a esa existencia ideal que tenía en la mente divina. 10. Enseñó que todas las criaturas, al final, volverían a Dios y se convertirían en él; (1) Como este relato lo dan sus enemigos, debemos hacer una concesión a su favor; y no es una conclusión irrazonable que él sólo se opuso a las corrupciones y errores de la iglesia, que adoptó algunas nociones místicas que prevalecían entonces sobre la unión espiritual con la Deidad, y que creía que Dios finalmente se convertiría en "todo en todos" (1ºCor.15:28). Con respecto a la resurrección, puede haber hecho, como el célebre Locke, algunas distinciones que dieron a sus adversarios la ocasión de acusarlo de negarla.

Algunas de las opiniones de Amalric, o Amauri, como generalmente se le llama, fueron condenadas por la Universidad de París, y también por el Papa Inocencio III, y justo antes de su muerte el autor se vio obligado a retractarse de ellas. Pero dejó discípulos, y, en 1209 d.C., se convocó un concilio en París, en el que diez sacerdotes o estudiantes de teología

fueron condenados a las llamas, y cuatro a prisión perpetua.

(1) Summa Conciliorum; por M. L. Bail, tom, i., p. 432. [p.300]

Al mismo tiempo, el nombre de Amauri, que había muerto en paz, fue anatematizado, y sus huesos fueron desenterrados y arrojados a un estercolero.

1222 d.C.

Salomón, obispo metropolitano de Basora, sobre el Éufrates, a unas setenta millas de su desembocadura, fue un escritor de considerable renombre entre los nestorianos de Oriente. Algunas de sus obras, en lengua siríaca, todavía permanecen, aunque sólo en manuscrito. En una de ellas analiza la cuestión: "¿Los demonios y los pecadores, que ahora están en el infierno, obtendrán finalmente misericordia, después de haber sufrido su castigo señalado y haber sido purificados?" En respuesta, cita la opinión afirmativa de Teodoro de Mopsuestia y de

Diodoro de Tarso, y él mismo la suscribe. También intenta demostrar, pero lo dice de manera inconcluyente, que otros escritores nestorianos enseñaron la misma doctrina. (1)

(1) Aesemani Biblioth. Orientalis, tom, iii., par. i., pp. 323, 324.

1230 a 1234 d.C.

Presento al lector el siguiente relato completo, tal como aparece en un historiador católico. No añado ninguna observación, porque cualquier persona reflexiva descubrirá muchas incongruencias entre las diferentes partes de la declaración; y todo aquel que esté familiarizado con el lenguaje habitual de los antiguos autores romanos sobre los herejes, o con las odiosas representaciones que se dan incluso ahora, en nuestro propio país, sobre los universalistas, comprenderá fácilmente el presente caso: "Entre todas las sectas que comenzaron durante el siglo XIII, no hubo ninguna más detestable que la de los Stadings, que se mostró por los ultrajes y

crueldades que ejerció, en Alemania, en 1230 d.C., contra los católicos, y especialmente contra los eclesiásticos. [p.301] Esas personas impías honraron a Lucifer y arremetieron contra Dios mismo, creyendo que había condenado injustamente a ese ángel a la oscuridad, que un día sería restablecido y que ellos se salvarían con él. Por lo que enseñaron que, hasta ese momento, no era necesario hacer nada que agradara a Dios, sino todo lo contrario. Estaban persuadidos de que el diablo aparecía en sus asambleas. En ellas cometieron los herejes, que se extendieron por el obispado de Brema y por las fronteras de Frisia y Sajonia, cometieron infamias y profirieron extrañas blasfemias. Se dice que, después de recibir la eucaristía de manos del sacerdote católico en Pascua, la mantuvieron en la boca sin tragarla para tirarla. Estos herejes se extendieron por el obispado de Brema y por las fronteras de Frisia y Sajonia y, llegando a un punto crítico, masacraron a los eclesiásticos y monjes, saquearon las iglesias y cometieron un mundo de desórdenes. El

papa Gregorio IX incitó a los obispos y señores de esos países a hacer la guerra contra ellos para extirpar esa raza malvada. El arzobispo de Brema, el duque de Brabante y el conde de Holanda, habiendo reunido fuerzas, marcharon en el año 1234 para enfrentarse a ellos. Hicieron una vigorosa defensa, pero al final fueron derrotados y hechos pedazos. Seis mil fueron asesinados en el lugar; el resto pereció de diversas maneras y todos fueron derrotados. (1)

(1) Du Pin's Eccl. Hist., vol. xi., cap. 10, p. 153. [p. 302]

"La secta de los lolardos se extendió por Alemania y tuvo como líder a Walter Lollard, quien comenzó a difundir sus errores alrededor del año 1315. Despreciaban los sacramentos de la iglesia [católica] y se burlaban de sus ceremonias y constituciones, no observaban los ayunos de la iglesia ni sus abstinencias, no reconocían la intercesión de los santos [fallecidos] y creían que los condenados en el infierno y los ángeles

malos algún día serían salvados. Trithemius, que recita los errores de estos sectarios, dice que Bohemia y Austria estaban infectadas con ellos; que había más de veinticuatro mil personas en Alemania que sostenían estos errores; y que la mayor parte los defendió con obstinación, incluso hasta la muerte." (1)

(1) Du Pin's Ecel. Uist., vol. xii., cap. viii., p. 113.

En Inglaterra, Langham, arzobispo de Canterbury, convocó un concilio, en 1368 d.C., y, con el consejo de sus teólogos, dictó sentencia contra treinta proposiciones que se enseñaban en su provincia. Entre ellas, se condenaron las siguientes opiniones: 1. Todo hombre debe tener la libre elección de volverse a Dios, o de él; y según esta elección será salvo o condenado. 2. El bautismo no es necesario para la salvación de los infantes. 3. Ninguna persona será condenada solo por el pecado original. 4. La gracia, como se explica comúnmente, es una ilusión; y la vida eterna puede

adquirirse por la fuerza de la naturaleza. 5. Nada puede ser malo simplemente porque está prohibido. 6. El fruto que a Adán se le prohibió comer, le fue prohibido porque en sí mismo era malo. 7. El hombre es necesariamente mortal, incluido Jesucristo, lo mismo que los demás animales. [p.303] 8. Todos los condenados, incluso los demonios, pueden ser restaurados y volverse felices. 9. Dios no puede hacer que una criatura razonable sea impecable o libre de la tendencia al pecado. "Fue un honor para la época y para el país", dice Priestley, "provocar sentimientos como estos; pero no fue más que un incendio repentino en medio de una oscuridad muy espesa y, por lo que parece, pronto se extinguió". (1) (1) Priestley's Hist, of the Christian Church. período xx., sect. xii., págs. 498, 499. Véase también Du loin's Eccl. Hist., vol. xii., cap. viii., pág. 115.

1400 a 1412 d.C.

"En el año 1411 se descubrió en Flandes, y más especialmente en Bruselas, una secta que debía su origen a un hombre

analfabeto, cuyo nombre era Egidius Cantor (AEgidius), y a Guillermo de Hildenissen, un monje carmelita, y cuyos miembros se distinguían por el título de Hombres de Entendimiento. Había muchas cosas", dice Mosheim, "reprensibles en la doctrina de esta secta, que parecía derivarse principalmente de la teología de los místicos. Porque pretendían ser honrados con visiones celestiales, negaban que alguien pudiera llegar a un conocimiento perfecto de las Sagradas Escrituras, sin los extraordinarios socorros de una iluminación divina; declaraban la proximidad de una nueva revelación del cielo, más completa y perfecta que el evangelio de Cristo; sostenían que la resurrección ya se había cumplido en la persona de Jesús, y que no se debía esperar otra resurrección; afirmaban que el hombre interior no estaba contaminado por las acciones externas, cualesquiera que fueran; que los dolores del infierno habían de tener un fin, y que, no sólo toda la humanidad, sino incluso los mismos demonios, habían de volver a Dios y ser

hechos partícipes de la felicidad eterna. [p.304] Esta secta parece haber sido una rama de la de los *Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre*, ya que declaraban que una nueva dispensación de gracia y libertad espiritual iba a ser promulgada a los mortales por el Espíritu Santo. Sin embargo, debe reconocerse, por otra parte, que sus absurdos se mezclaban con varias opiniones que mostraban que no estaban totalmente vacíos de entendimiento, ya que sostenían, entre otras cosas, 1. Que solo Cristo había merecido la vida eterna y la felicidad para la raza humana, y que, por lo tanto, los hombres no podían adquirir este inestimable privilegio por sus propias acciones; 2. Que los sacerdotes, a quienes el pueblo confesaba sus transgresiones, no tenían el poder de absolverlos, sino que era solo Cristo en quien estaba investida esta autoridad; y, 3. Que la penitencia voluntaria y la mortificación no eran necesarias para la salvación. Estas proposiciones, sin embargo, y algunas otras, fueron declaradas heréticas por Peter D'Ailly, obispo de Cambray, quien

obligó a Guillermo de Hildenissen a abjurar de ellas, y quien se opuso con la mayor vehemencia y éxito al progreso de esta secta. (1) Tal es el relato de Mosheim, que es el más detallado que he visto.

(1) Mosheim's Eccl. Hist., cent, xv., part ii., cap. v. 4.

1480 a 1494 d.C.

Giovanni Pico, conde de Mirandola y Concordia (Johannes Picus de Mirandula), un erudito distinguido en Italia, alarmó a la iglesia, en este período, al proponer algunas opiniones que apropiadamente nos llegan. [p.305] Desde la infancia había demostrado una notable rapidez mental y una memoria prodigiosa. A la edad de catorce años estudió derecho en Bolonia; y luego pasó siete años visitando las universidades más famosas de Francia. En 1486, cuando tenía sólo veintiún años, publicó en Roma novecientas proposiciones sobre diversos temas de las diversas ramas de la teología, la magia, el arte cabalístico y la filosofía, y se

comprometió a mantenerlas en disputa pública, según una costumbre de aquellos tiempos. Estas proposiciones eran, en su mayor parte, de tipo metafísico o de carácter meramente verbal; pero entre ellas estaban las siguientes, de naturaleza más importante: "Jesucristo no descendió a los infiernos en persona, sino sólo en efecto. El dolor infinito no se debe ni siquiera al pecado mortal; porque el pecado es finito y, por lo tanto, merece un castigo finito. Ni las cruces ni las imágenes deben ser adoradas. Hay más razones para creer que Orígenes se salvó que para creer que se condenó, etc." Pero, en lugar de una controversia que había desafiado, encontró que era probable que se emplearan otros medios para refutarlo. Sus enemigos dieron la voz de alarma sobre la herejía; el Papa designó comisionados para examinar sus publicaciones; y, para su consternación, al final presentaron una sentencia censurando las proposiciones anteriores, junto con otras nueve, algunas de las cuales parecían estar en desacuerdo con la doctrina de la transubstanciación.

Sobre esto, Pico escribió una Apología, y por medio de sutilezas metafísicas explicó el carácter herético de las proposiciones odiosas, y se sometió humildemente a la Santa Sede. [p.306] En cuanto a su declaración anterior sobre el demérito del pecado, ahora trató de reconciliarla con la doctrina de la miseria sin fin. Después de todo, el Papa prohibió la lectura de sus libros; y algún tiempo después, cuando Pico se había retirado de Roma, fue citado para comparecer ante el tribunal de la iglesia. Pero mientras esto todavía estaba pendiente, obtuvo la absolución del pontífice, en el año 1493. Después de esto se dedicó por completo al estudio de las Escrituras y a los escritos polémicos, renunció a su condado y distribuyó todos sus bienes entre los pobres. Murió en Florencia en 1494 d. C., con sólo veintinueve años. (1)

(1) Du Pin's Eccl. Hist., vol. xiii., cap. 4, pp. 95, 96.

1490 a 1498 d. C.

En el año 1498, un prelado español,

llamado Pedro D'Aranda, fue degradado y condenado a prisión perpetua en el castillo de San Ángel, en Roma, al ser declarado culpable, según se dice, de judaísmo. Era obispo de Calahorra en Castilla la Vieja, cerca del río Ebro; y tenía el cargo de Maestro del palacio sagrado. Se dice que enseñó que la religión judía reconocía un solo principio, mientras que la cristiana reconocía tres, aludiendo probablemente a la doctrina de la Trinidad. "En sus oraciones decía: Gloria al Padre, sin añadir: al Hijo, o al Espíritu Santo. Decía que las indulgencias no servían para nada, sino que se inventaron para el provecho que se sacaba de ellas; que no había purgatorio ni infierno, sino sólo paraíso. No observaba ayunos y decía misa después de la cena. [p.307] Por su manera de decir misa o de recibir la cena del Señor, es evidente que no era judío, sino probablemente un cristiano unitario". (1)

(1) Priestley's Hist, of the Christian Church, período xxi, secc. vii. [p.309]

ÍNDICE.

___

Original en inglés:
"Ancient history of universalism : from the time of the apostles, to the fifth general council : with an appendix, tracing the doctrine to the Reformation"
Ballou II, Hosea, 1796-1861.
Digitized by the Internet Archive in 2009 with funding from:
Princeton Theological Seminary Library (http://www.archive.org/)

Traducido al español por Maxwell Granatto Borges en Noviembre de 2024. (Hecho con la ayuda de Google Traductor.

Las correcciones y mejoras se pueden enviar a mgborges10@yahoo.com)

Para obtener más libros electrónicos gratuitos sobre Universalismo y sobre el Sadhu Sundar Singh, visite:
https://independent.academia.edu/MaxwellBorges1
https://archive.org/details/@maxborges
https://www.tentmaker.org

___